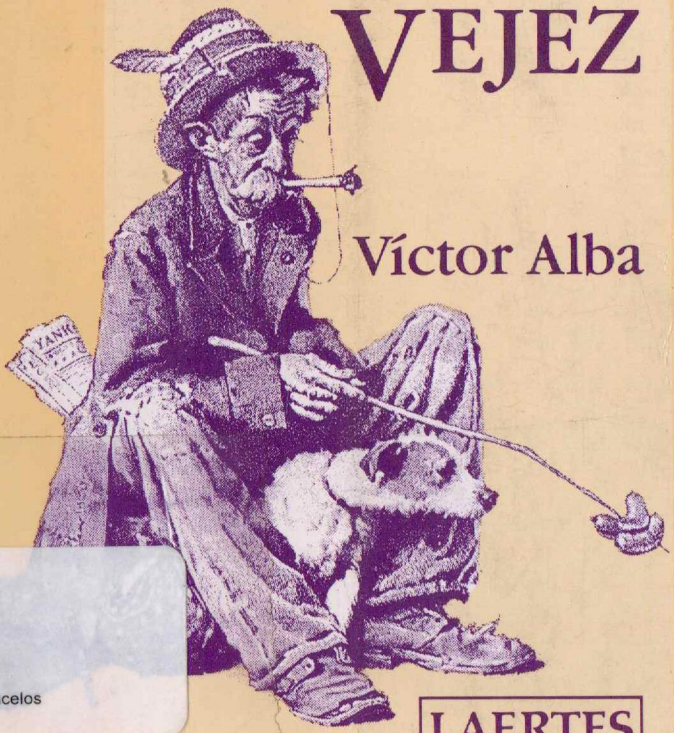
# HISTORIA SOCIAL DE LA VEJEZ



Víctor Alba

LAERTES

a Vasconcelos

VICTOR ALBA

# HISTORIA SOCIAL DE LA VEJEZ

EDITORIAL LAERTES

Cubierta: Duatis Disseny (ilustración de Norman Rockwell:
*Bum Cooking Sausage, Saturday Evening Post,*
18 de octubre de 1924

LIBRO PROPIEDAD EXCLUSIVA DEL GOBIERNO FEDERAL CON FINES DIDÁCTICOS Y CULTURALES, PROHIBIDA SU VENTA O REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL CON FINES DE LUCRO, AL QUE INFRINJA ESTA DISPOSICIÓN SE LE APLICARÁN LAS SANCIONES PREVISTAS EN LOS ARTÍCULOS 367, 368 BIS, 368 TER Y DEMÁS APLICABLES DEL CÓDIGO PENAL PARA EL DISTRITO FEDERAL EN MATERIA COMÚN; Y PARA TODA LA REPÚBLICA EN MATERIA FEDERAL.

Primera edición: febrero de 1992

© Víctor Alba
© de esta edición: Laertes, S. A. de Ediciones, 1992
c/. Montseny 43, bajos - 08012 Barcelona
ISBN: 84-7584-187-2
Depósito legal: B. 6.333 - 1992
Impreso en Romanyà/Valls, S. A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

## ÍNDICE


Nota del autor ..... 9

I. DEFINICIONES ..... 11
1. Un fenómeno inevitable ..... 11
Las edades del hombre ..... 11
A pesar del desarrollo ..... 14
2. La idea social de la vejez ..... 16
La proporción de viejos ..... 16
¿Quién era viejo? ..... 18
El destino de los viejos ..... 18
La psicología de la vejez ..... 20
El miedo al cambio ..... 21
3. Las funciones de la vejez ..... 22
Los grupos de edad y las generaciones ..... 23
El poder de los viejos ..... 24
Vejez y creatividad ..... 25
El envejecimiento de la población ..... 28
El juego de las citas ..... 29

II. EL PASADO LEJANO ..... 31
4. En las sociedades primitivas ..... 31
El conocimiento del primitivo ..... 31
El viejo en la familia ..... 33
El poder y la magia ..... 34
La eliminación de los viejos ..... 35
La muerte y los antepasados ..... 36

5. En la antigüedad ..... 36
Las sociedades fluviales ..... 37
Las sociedades de lluvia ..... 39
Los griegos ..... 40
Los romanos ..... 43
6. En la Edad Media ..... 46
El cristianismo ..... 46
Los pueblos germanos ..... 48
La demografía medieval ..... 49
Una situación ambigua ..... 51
La senectud ..... 54
El respeto y la burla ..... 56
7. Las revoluciones ..... 58
Todo favorece a la vejez ..... 58
El envejecimiento de la sociedad ..... 60
El capitalismo y la vejez ..... 62
El control de los pobres ..... 65
Las realidades y las utopías ..... 68

III. EL PASADO PRÓXIMO ..... 71
8. El viejo y la máquina ..... 71
Las revoluciones burguesas ..... 71
El patriarca burgués ..... 73
Los obreros viejos ..... 75
Un cambio de actitud ..... 78
La legislación sobre la vejez ..... 80
El papel de la conciencia ..... 83
El despegue de la vejez ..... 85
9. El viejo y las ideologías ..... 86
Ideología y experiencia ..... 87
Los adversarios del *status quo* ..... 88
Los partidarios del *status quo* ..... 90
La edad en la política ..... 92

IV. NUESTRA ÉPOCA ..... 95
10. El viejo y el poder ..... 95
La autoridad familiar ..... 95
Las oligarquías de viejos ..... 98
La gerontocracia ..... 100
La paidocracia ..... 103
11. En el Tercer Mundo ..... 106

Vejez y desarrollo ..... 106
Los pueblos «primitivos» ..... 110
La esfera cultural latinoamericana ..... 111
La esfera cultural islámica ..... 114
La esfera cultural negroafricana ..... 116
La esfera cultural india ..... 119
12. Tres casos especiales ..... 121
La China tradicional ..... 121
La modernización de la China ..... 124
La modernización japonesa ..... 127
Las tensiones de Israel ..... 129
13. El viejo y las dictaduras ..... 131
Las dictaduras tradicionales ..... 132
La dictadura totalitaria ..... 133
Los fascismos ..... 135
El comunismo ..... 136
La experiencia soviética ..... 138
El culto a la personalidad ..... 140
Los países satélites ..... 141
14. El viejo y las democracias ..... 143
Los efectos de la prosperidad ..... 144
La vida desperdiciada ..... 146
La explosión de los seniors ..... 147
El financiamiento de la vejez ..... 148
Los privilegiados ..... 150
15. Hacia la eliminación suave ..... 151
La situación en Norteamérica ..... 151
La situación en Europa ..... 156
La decadencia de la gerontocracia ..... 159
Transición hacia la nada ..... 162
16. El miedo a la vejez ..... 163
Los miedos de la sociedad ..... 164
La fe y la cultura ..... 166
La segregación ..... 167
La discriminación sexual ..... 169
Una pérdida para todos ..... 171
La primera víctima de la crisis ..... 172
17. Otro Tercer Mundo ..... 174
La irrupción del interés ..... 174
Las tentativas de consuelo ..... 176
Los rasgos negativos ..... 177
La ética del bote de náufragos ..... 178

Sin libertad de trabajar ..... 178
Sin libertad de movimiento ..... 179
Sin educación para envejecer ..... 181
Sin medicina para la vejez ..... 182
El sexo y la muerte ..... 185
La pérdida del tiempo ..... 186
La organización para el futuro ..... 189
Por una vejez juvenil ..... 191

Bibliografía ..... 193
Índice alfabético ..... 201

## NOTA DEL AUTOR

«Si no fuese vieja, estaría muerta», dice una abuela en una novela francesa. Por mucho que desagrade, el envejecimiento es la menos mala de las alternativas que se ofrecen desde el nacimiento. Claro que la muerte viene a la larga; este «a la larga» es lo que da sentido al envejecimiento.

No se ha envejecido siempre igual, ni ha sido siempre idéntica la posición de los viejos en la sociedad. Hay muchas referencias a la situación de los viejos en obras de historia, novelas, películas, poesía y artes plásticas. Pero, que yo sepa, no se ha trazado una visión de conjunto de la evolución a lo largo de los siglos de la condición social de la vejez. Precisamente porque es un primer intento, este libro tendrá lagunas, errores e insuficiencias. Es, por lo demás, resultado de un curso dado en la Universidad de Kent y de la colaboración de los estudiantes con sus preguntas, objeciones y trabajos. Los jóvenes tienen la sensación de ser inmortales; el envejecimiento y la muerte sólo existen como figuras lógicas, pero no como vivencias. Me temo, pues, que este libro no les interesará, aunque ellos son quienes más provecho podrían sacarle.

Desde luego, no se buscan ni exponen aquí remedios —inexistentes— contra el envejecimiento. Esto es una historia social y no un tratado de gerontología. Nuestra época siente miedo a enfrentarse con las realidades y las disfraza dándoles nombres nuevos. La vejez se ha convertido, así, en la «tercera edad». No seguiré esta moda. A los viejos los llamaré viejos, y esto por dos razones: porque no hay nada vergonzoso en ser viejo y porque es bueno que quienes no lo son se vayan acostumbrando a la idea de llegar a serlo si antes no se convierten en cadáveres.

Sitges, 1991

# I
# DEFINICIONES

## 1. UN FENÓMENO INEVITABLE

Todo cuanto existe envejece. Pero sólo en los seres vivos conduce a la muerte, es decir, a la cesación de la vida. No resulta exagerado, pues, decir que el envejecimiento es un fenómeno inevitable.

### *Las edades del hombre*

Sin duda el hombre se preguntó, desde que tuvo conciencia del fenómeno, por sus causas. Se dio respuestas que, poco a poco, se fueron acercando a la verdad científica: influencia de seres mágicos, voluntad de los dioses, pérdida de humores, desgaste del organismo. Las respuestas científicas de hoy son todavía inciertas. De ahí que la gerontología esté todavía en sus comienzos.

En el lenguaje corriente, el concepto de envejecimiento es aún más vago que en el científico. En éste, por lo menos, se toman en cuenta ciertas características mensurables, mientras que en aquél todo es cuestión de apreciación subjetiva, y ésta cambia no sólo de lugar a lugar y de época a época, sino también con la actividad profesional y la posición social. Desde luego, el envejecimiento cambia de individuo a individuo. Sus señales aparecen en unos antes que en otros. Decimos de una persona apática y aburrida que nació vieja y de una de edad avanzada pero activa, extrovertida, que es eternamente joven.

Una cosa es cierta: se equipara juventud con lo deseable y vejez con la indeseable. Ser joven es bueno y ser viejo es malo.

Hace dos siglos, la vejez comenzaba a los 40 años, como la ju-

ventud a los 14 o 15. Si la ciencia progresa, en este terreno, es posible que dentro de un siglo comience a los 80.[1] El envejecimiento se inicia con el final de la juventud, pero en circunstancias normales durante años no disminuyen las facultades. Es sólo a partir de cierto momento, distinto en cada persona, que el envejecimiento se hace aparente y empieza a «cortar las alas».

En cada especie —y dentro de ella, en cada individuo— el proceso de envejecimiento tiene su ritmo propio. La mosca vive unos días; ciertas bacterias, siglos; los perros llegan a viejos a los 10 o 12 años; los simios mayores raramente viven más de 30 años; entre los mamíferos, el único que rebasa los 60 (salvo el elefante indio) es el hombre. En general, los animales con mucha descendencia y un tiempo de reproducción breve tienen una vida corta y los de pocas crías y preñez larga, viven más. La duración de la vida está relacionada, pues, con los mecanismos de reproducción. Es un condicionamiento funcional. Pero hay una causa de envejecimiento que debe hallarse no en la especie, sino en el organismo individual. La explicación común es que el cuerpo o las células se desgastan o se reponen más lentamente. Que este proceso se haya ido alargando en la especie humana se debe a la lucha del hombre contra la naturaleza, base de eso que llamamos progreso. La prolongación de la vida es una victoria del hombre.

El envejecimiento es irreversible; las tentativas de rejuvenecimiento no han dado otro resultado que paliar sus efectos, pero no detenerlo. Afecta no sólo a los mecanismos internos del organismo, sino también a su aspecto.

El deseo de eternizarse hace que se dé crédito popular a las leyendas de edades fabulosas. Matusalén habría vivido 969 años. Los gerontólogos han desenmascarado a ciertos ancianos que falsifican su edad. De los 1.750 centenarios registrados en 1926, una investigación reveló que solamente 50 habían cumplido los cien años. Los gerontólogos afirman que a lo máximo que se puede llegar, hoy por hoy, es a los 110 años.

Pero lo importante no son los records de edad, sino la longevidad promedia de una población y la esperanza de vida de quienes nacen en ella. Estos datos varían según las épocas y los lugares. La longevidad y la esperanza de vida han ido creciendo a lo largo de la historia. Del examen de los huesos prehistóricos deducen los especialistas que el hombre no vivía más allá de los 50 años. En la

1. Heinz Woltereck: *La vejez, segunda vida del hombre.* México DF, 1962, págs. 12-13.

Roma imperial la longevidad no rebasaba los 25 años, como en el resto del mundo clásico. Esto, claro, no quiere decir que no hubiese quien viviera hasta los 50 y aun los 80 años, pero el promedio era el citado. No cambió en la Edad Media. Subió algo en el siglo XVII europeo, hasta los 30 años, para pasar a los 35 a mitad del siglo XIX. En la ciudad se vivía más que en el campo en la Edad Media, y la relación se invirtió en la época de la monarquía absoluta. Esto se debía no sólo a factores sanitarios y médicos, sino también a las guerras entre señores feudales, cruzadas y bandolerismo medievales. Cuando hay menos inseguridad, la ciudad, más insalubre, ve aumentar en relación con el del campo el porcentaje de sus jóvenes muertos. Epidemias, incendios y hacinamiento eran más destructores en las ciudades que en el campo. La longevidad de los obreros amontonados en las primeras fábricas, en los comienzos del industrialismo, era inferior a la de los propietarios de las mismas, y la de los campesinos menor que la de los propietarios de tierras.

La esperanza de vida comenzó a calcularse a mediados del siglo pasado. En el último cuarto de siglo empezó a aumentar en los países industriales y hacia 1900 en sus colonias, y ha seguido creciendo en todo el mundo. Las cifras varían según las clases sociales. La esperanza de vida de los obreros empezó a aumentar más tarde y aumentó más lentamente que la de los componentes de las clases privilegiadas. En Inglaterra u Holanda este aumento es mayor que en México o la India. En Alemania se hicieron los primeros cálculos de esperanza de vida. Un alemán nacido en 1870 podía esperar vivir 35 años; uno nacido en 1880, 37 años; uno nacido en 1890, 40 años, y uno nacido en 1900, 44 años. Estos promedios son semejantes en los demás países industriales. Para ganar 10 años en la esperanza de vida se necesitaron apenas cuarenta a finales del siglo XIX, mientras que para pasar de los 25 a los 35 fueron necesarios dos mil años. Esta aceleración hizo cambiar las ideas sobre la vejez y aumentó el porcentaje de viejos en la población de los países industriales. De 1900 a 1915 se agregaron otros diez años a la esperanza de vida. En medio siglo, la vida se había duplicado en su duración, cosa nunca sucedida ántes. En 1950, la esperanza de vida en los países industriales era de 65 años y más. Hoy, ha llegado a los 76 años en esos mismos países. La de las mujeres es superior a la de los hombres. Aunque se carece de datos para el pasado remoto, es legítimo suponer que no siempre fue así, pues un alto porcentaje de mujeres moría al dar a luz, cosa que ya no ocurre. Una inglesa de 50 años puede esperar vivir todavía más que una niña nacida bajo Augusto o un discípulo de Platón. En los Estados

Unidos, la esperanza de vida siempre ha sido ligeramente superior a la de Europa, lo mismo entre hijos de inmigrantes recientes que entre los de familias llegadas al Nuevo Mundo hace unos siglos. Son, pues, las condiciones externas las que condicionan este factor, aunque no debe descartarse la herencia —los genes— como elemento de la longevidad individual.

*A pesar del desarrollo*

Este alargamiento de la vida no se debe principalmente a eso que llaman desarrollo económico, sino a los progresos de las ciencias médicas y de las técnicas sanitarias. Hay numerosos casos de desarrollo sin aumento de la longevidad o con un aumento mínimo y sólo en determinados grupos sociales. La historia está llena de pueblos desarrollados, en el contexto de su tiempo, cuyos componentes no vivían más que los de pueblos más primitivos. La esperanza de vida de los romanos, por ejemplo, no parece haber sido superior a la de los germanos o los íberos. La esperanza de vida de los países industriales del Norte de Europa en la primera mitad del siglo XIX no era superior a la de los pueblos mediterráneos, todavía agrícolas.

Claro que el desarrollo económico ayuda a que los avances de las ciencias médicas y de las técnicas sanitarias puedan ponerse al alcance de buena parte de la población. El cuidado de la salud cuesta dinero y sin desarrollo no hay dinero para costearlo. Pero el desarrollo por sí mismo no basta para prolongar la vida. Es necesario que haya además la voluntad de emplear una parte de la riqueza creada con el desarrollo en combatir la mortalidad. Hasta hace un siglo y medio, los países europeos eran más desarrollados, en los términos de la época, que los del resto del mundo. Sin embargo, la esperanza de vida no se incrementó en ellos durante muchos siglos. Sólo en las últimas cinco o seis generaciones ha habido un aumento espectacular. No hay que olvidar que hasta el siglo XVIII, la ciencia fue una actividad de privilegiados al servicio exclusivo de éstos; la medicina era sólo para los bienestantes, mientras que el «bajo pueblo» seguía con las viejas rutinas mágicas y el «saber popular». La ciencia no buscó disminuir la mortalidad porque quienes morían eran mayormente hombres del común fácilmente substituibles. De rebote sufrían de este atraso los privilegiados, pero ha sido siempre característica de éstos que estuvieran dispuestos a sacrificar beneficios «invisibles» a cambio de conservar sus privile-

gios, de impedir a otros gozarlos o de mantener sumisos a los desposeídos que eran la base de aquéllos.

En el siglo XVIII con la Ilustración y en el XIX con el maquinismo, la ciencia encontró posibilidades de inspirar adelantos técnicos y de ponerse al servicio, en principio, de toda la humanidad, y en la práctica de capas sociales mucho más amplias que en el pasado. La burguesía tenía en la riqueza, el poder y la educación motivos poderosos para desear gozar de una vida más larga o para no aceptar fácilmente la idea de morirse joven. El aristócrata no es muy diferente a los 20 años que a los 40, su poder es el mismo, la duración de su vida no es requisito de su propio desarrollo, sino sólo ventaja personal, pero no colectiva o de clase. El burgués, en cambio, no tiene tiempo, a los 20 años, debe haber desarrollado sus negocios y enriquecido y, por tanto, para llegar a su plenitud como burgués necesita una vida más larga.

Por otra parte, el industrialismo, al ir avanzando, exigía mano de obra más adiestrada, lo cual requería tiempo. Era conveniente, pues, que los obreros vivieran más para compensar el tiempo usado en el adiestramiento. Pero hasta que la sociedad no alcanzó cierto nivel de prosperidad, que le permitió dirigir hacia la sanidad para todos (y no sólo para los privilegiados) cierto porcentaje de excedentes, no hubo aumento de vida para el hombre común. Nada de esto, naturalmente, fue consciente, planeado, sino que sucedió a medida que las necesidades y las posibilidades se presentaban, y se justificó, sin que se viera relación entre ambos hechos, por la liberalización del modo de pensar y de vivir.

Cuando los países industriales colonizaron otros pueblos, fue preciso adoptar medidas de protección de los colonizadores, que beneficiaron también a las clases privilegiadas de las colonias y eventualmente a las otras, aunque en mucho menor grado. En los países industriales de hoy, el desarrollo ha creado condiciones que amenazan la vida: armas más poderosas, contaminación del medio ambiente, modos de vida que ponen sordina a la vitalidad e instinto de conservación de los componentes de la sociedad industrial. En pasando de cierto nivel, el desarrollo se vuelve autodestructor. Casi podría decirse que la sociedad industrial envejece, va creando, a medida que crece, las condiciones de su propia destrucción y muerte.

El envejecimiento es cuestión de tiempo, pero no tanto cronológico cuanto biológico. El ritmo de vida de un ser determina su tiempo biológico, influido también por la duración promedia de la vida en la especie a la cual pertenece. La edad influye también en el tiem-

po biológico. Un año es una quinta parte de la vida de un niño de 5 años, pero es la cincuenta parte de la de un hombre de 50. En un año de la infancia hay crecimiento y descubrimientos, absorción, mientras que en un año del adulto hay destrucción o envejecimiento y poco se descubre y absorbe. Por esto las personas de poca vida cultural —es decir, pocos descubrimientos— envejecen peor que las que viven aquélla con intensidad. Algunas de las enfermedades de la vejez se han visto agravadas por defecto de la civilización moderna: cardiopatías de los ejecutivos, por ejemplo que se han generalizado a otras edades. Esta situación empeora por la prosperidad que fomenta el uso y abuso de comidas demasiado ricas, y de bebidas y drogas.

El envejecimiento biológico tiene consecuencias sociales, que varían según los lugares y las épocas. Estas consecuencias son el tema del presente libro.

## 2. LA IDEA SOCIAL DE LA VEJEZ

La diversidad, en el tiempo y en el espacio, de la duración media de la vida humana, no permite delimitar la vejez en términos de años, cuando se trata de trazar su historia. Ha de hacerse en términos de funciones y situación social. Lo que podría llamarse edad social depende de la conjunción de distintos factores: la longevidad en el momento y lugar dados, la función que la sociedad atribuye a las personas que considera jóvenes o maduras y la que asigna a las que califica de viejas.

Pero esto no es sencillo, porque el envejecimiento no depende de consideraciones sociales, sino de realidades biológicas. Un hombre de 40 años es biológicamente viejo, aunque en una sociedad con la longevidad de 25 años, se le considere tal.

### *La proporción de viejos*

Los avances de la medicina y la sanidad favorecieron ante todo a los jóvenes, puesto que hicieron disminuir la mortalidad infantil y juvenil. En los años recientes, ha disminuido también la mortalidad senil. La muerte llega más tarde para muchos más. En los países industriales, la proporción de viejos se ha duplicado en menos de un siglo.

En 1900, el 4 por ciento de los habitantes de los Estados Unidos rebasaban los 65 años; en 1950 eran el 8 por ciento y hoy más del 23 por ciento. En Alemania, la proporción de viejos era del 5 por ciento en 1910, del 8 por ciento en 1939 y es hoy, en su parte occidental, del 28 por ciento. En Europa Occidental, el 20 por ciento de los varones y el 22 por ciento de las hembras tienen más de 65 años. Se ha calculado que, de no haber cambios en la tendencia, para el año 2020 el número de personas de más de 60 años de edad superará al de jóvenes. Esto se debe, a la vez, a la mejora de la atención médica y la consiguiente prolongación de la esperanza de vida y al descenso de la natalidad. En 1950 el 10 por ciento de la población mundial vivía en lo que ahora es la CEE; en 1990, el 6 por ciento, y en el año 2020 sólo será el 4 por ciento, a causa no sólo de la baja tasa de fecundidad europea, sino de la continuación de la explosión demográfica en el Tercer Mundo.

Este aumento del porcentaje de viejos tiene consecuencias importantes. Plantea problemas a los sistemas de jubilación, a los que lleva a una crisis crónica, mientras que favorece a las compañías de seguros de vida, puesto que los que tienen pólizas cotizan más tiempo antes de morirse.

Los genes influyen en la duración de la vida. Un estudio de las partidas de nacimiento y defunción de los países escandinavos, desde 1500 hasta ahora, permite afirmar que los descendientes de longevos suelen tener también larga vida. La longevidad de la madre es más influyente que la del padre.

Otro factor que influye en la longevidad es la profesión. La máxima se encuentra entre sacerdotes, maestros, campesinos y jardineros, mientras que los profesionales en general, comerciantes, militares, artistas e intelectuales forman un grupo intermedio, seguido por el de menor longevidad: el de los obreros manuales, los ejecutivos y los empleados (entre los cuales los que trabajan en labores penosas o insanas —mineros, metalúrgicos— ocupan el lugar más bajo). Desde luego, en estos estudios se han eliminado las defunciones por accidentes de trabajo. En general, las profesiones que se ejercen al aire libre favorecen la longevidad y la perjudican las muy sedentarias. A esto hay que agregar los factores económicos para explicar que la longevidad aumente de sur a norte. No disponemos de datos para afirmar que esos factores se ejercían también en el pasado, pero puede suponerse que fue así *grosso modo.*

Es difícil conocer la proporción de los que se consideraban viejos en sociedades del mundo antiguo o medieval. Las conjeturas que se han hecho llevan todas a la misma conclusión: mientras la

esperanza de vida no rebasó los 40 años, la proporción de viejos en términos modernos (es decir, de personas de más de 65 años) fue muy pequeña.

*¿Quién era viejo?*

El concepto de vejez se relaciona con el de Productividad (de herencia o de hijos). Mientras producía, no se le consideraba viejo. En cuanto dejaba de producir (o de guerrear, en ciertos estamentos) se entraba en la vejez. La edad cronológica debía tener escasa importancia y mucha función. Es posible que la dureza de la vida, la intensidad del trabajo, la falta de comodidades, la inseguridad y la deficiente sanidad hicieran envejecer más rápidametne que hoy. Quien rebasaba la edad promedia debía atraer la atención y suscitar trato especial. Pero, ¿cómo se consideraba al hombre de 30 años en una sociedad en que la esperanza de vida era precisamente 30 años? Nada en las leyes, la literatura o el arte, permite suponer que se le tuviera por viejo. Podía trabajar y, por tanto, no era viejo. Emocional e intelectualmente, el hombre de 30 años era más maduro que hoy, cierto, porque el paso de una edad a otra era más temprano. El niño de hoy hubiera sido joven hace unos siglos, y el joven, adulto. A los 30 años se había avanzado en la vida familiar, la profesión, la política, el saber, mucho más que hoy. Se podía ser abuelo sin que eso significara que se era viejo. Si bien se consideraba viejo a quien rebasaba bastante la edad normal de morirse, no se les daba un trato especial mientras fueran productivos. No había jubilación ni retiro, desde luego. Era el cuerpo lo que retiraba. No había, en cierto modo, una vejez social, sino sólo una vejez biológica que tenía repercusiones sociales.

*El destino de los viejos.*

A partir de cierta edad avanzada, la esperanza de vida no ha cambiado. Un hombre de 90 años tiene hoy la misma probabilidad de vivir dos años que hace diez siglos.[1] Esto es cierto estadísticamente, pero no socialmente. Las sociedades han respondido diferentemente, en efecto, a la pregunta de qué debía hacerse con los viejos —es decir, con los que ya no podían producir—. Hoy se les

1. Woltereck: *Op. cit.* pág. 52.

retira. En el pasado, se les eliminaba o se les daba una autoridad especial. En ciertas sociedades, el llegar a viejo significaba privilegios. De nuestras lecturas infantiles recordamos el Consejo de los Ancianos de las tribus piel-rojas. En las sociedades en que la división del trabajo no era profunda, el anciano recibía autoridad por el hecho de su edad. En otras sociedades en que esa división se había ahondado y en que el poder lo detentaba una clase privilegiada, lo corriente era que este poder se ejerciera por los ancianos de la clase privilegiada. Únicamente en las sociedades de poder unipersonal la edad representaba poco, aunque en general los consejeros del monarca solían ser ancianos. La Iglesia es todavía una sociedad en la cual el poder está en manos de los ancianos, y ello pese a las reformas recientes que obligan a abandonar los altos cargos a los 75 años. En las sociedades muy burocratizadas, el ascenso exige tiempo y quienes llegan a la cumbre y ejercen el poder son los viejos. Los ejércitos en tiempos de paz, con sus ascensos por antigüedad, son otro ejemplo de la subsistencia de esos criterios de edad.

En ciertas sociedades que funcionaban en condiciones naturales precarias, se eliminaba a los ancianos o se les dejaba morir. Había una conciencia colectiva de que la comunidad debía subsistir aún a costa de sus componentes. Los viejos, que eran una carga, se sacrificaban por todos, ya dejándose morir, ya aceptando que los sacrificaran. Todavía existía esta práctica en algunos pueblos cuando llegaron a ellos los colonizadores o los misioneros occidentales, a mediados del siglo pasado. No hay que escandalizarse por ella. No es, en principio, distinta de la costumbre de que los ancianos declaren las guerras y las libren los jóvenes por el bien de la comunidad. Esta actitud de defensa social fue desapareciendo espontáneamente a medida que las técnicas de producción permitieron una vida menos agobiante. En efecto, la razón para eliminar a los viejos (en general, autoeliminación) no era su edad, sino su improductividad, y por esto se encuentra sólo en sociedades con una producción de excedentes muy limitada o inexistente. Como ninguna sociedad puede subsistir por muchas generaciones sin producir excedentes son pocos los casos de pueblos en que se elimine a los viejos, pues o bien desaparecen tales sociedades o bien desaparece la costumbre por innecesaria.

Entre esos dos casos extremos, la eliminación y la gerontocracia, hay toda una gama de posibles posiciones sociales para los viejos. La primera fue la excepción, la segunda se generalizó y hoy vivimos en una extraña combinación, disimulada, de las dos.

*La psicología de la vejez*

Dos factores son determinantes en la psicología del viejo: la decadencia física, que entraña la terminación de su sentimiento de utilidad, y el acercamiento de la muerte. En ciertos pueblos, el sentimiento de inutilidad es menor, debido a la autoridad que se reconoce a los viejos. En algunas clases, ese sentimiento no existe, porque el viejo continúa gozando de privilegios que son como la prueba de que se es útil. Pero el común de los viejos no pueden eludir el sentimiento de ser una carga. Se compensa, en parte por la utilidad —especialmente de las mujeres—en el seno de la familia y, en la sociedad actual, por la participación a veces en la defensa de alguna causa. La afición de los viejos a los nietos y a los niños en general es como una expresión disimulada de ese deseo de seguir siendo útiles. Muchas veces la inutilidad no es biológica, sino social. Innumerables viejos podrían seguir siendo útiles, pero han de dejar paso a los jóvenes o no han de sobrecargar el mercado de mano de obra. En ciertas actividades —como las intelectuales— que no están reglamentadas, esta sensación de inutilidad puede ser ligera. Pero aun así, el viejo intelectual o bien imita a los jóvenes o pierde el contacto con la realidad; son raros los que pueden sustraerse a esos dos peligros.

La muerte —prefigurada por esa inutilidad—, no se hace más aceptable por ella. En la juventud la muerte es una abstracción, pero para el viejo es una realidad personal e intransferible. El «instinto de conservación» del viejo suele sobreponerse. Son pocos los suicidios de viejos porque el aferramiento biológico a la existencia coarta la libertad de disponer de la propia vida precisamente cuando más necesaria es esta libertad. El hecho de que se recuerde como excepcional el caso de Laura Marx y Pablo Lafargue, que se suicidaron a los 75 años, por haberlo resuelto así con el fin de no ser carga de nadie, muestra cuán raro es que se adopte una decisión que parecería lógica (por lo menos en quienes no tienen objeción ética al suicidio).

Los psicólogos nos dicen que la posibilidad, para los viejos, de mantener frescas y activas sus facultades mentales está en proporción directa con su actividad intelectual durante la juventud y madurez. Esto sólo sería razón suficiente para condenar los sistemas educativos que no den al hombre, independientemente de su clase y futura profesión, la necesidad de una vida intelectual intensa, porque además de disminuir sus posibilidades de gozar de la vida, le hace envejecer intelectualmente. La misma condena debería ser im-

plícita para toda sociedad en la cual los métodos de trabajo tienden a destruir la curiosidad, la iniciativa y el deseo de participación, pues hacen envejecer prematuramente a quienes se hallan sometidos a esos métodos de trabajo, es decir, a la mayoría de la población de las sociedades industriales.

*El miedo al cambio*

La vejez se caracteriza, psicológicamente, por una serie de miedos: a la inutilidad, al aislamiento, a la muerte. Se resumen en el miedo al cambio.

El joven quiere cambiar las cosas que le rodean porque él mismo cambia. Es en la madurez cuando se moderan las actitudes —y no sólo las políticas—, por influencia de los intereses creados, de la experiencia acumulada, de las responsabilidades contraidas. La vejez no es propicia al cambio, ni siquiera a ese cambio que es el volverse moderado. El viejo persiste en pensar, razonar, actuar como lo hizo cuando era una persona madura. No son los viejos quienes se moderan, por lo común, sino los hombres maduros.

Eso sí, el viejo se vuelve conservador. Conservador de sus convicciones de la edad madura. De ahí que en general no quiera cambios. Se debe esto a una serie de factores: sensación de inutilidad (ya no cree que tenga ningún papel en el cambio), cercanía de la muerte (no es interesante arriesgar algo por lo poco que le queda por vivir), experiencia acumulada (que le prueba que los cambios son pocos, espaciados, a menudo superficiales, pues los que fueron beneficiosos se han integrado en su vida y ya no lo sienten como cambios), y disminución del tono vital (que lo hace menos curioso, activo y participante). Finalmente, el cambio requiere una dosis de aprendizaje y de curiosidad activa que no suele encontrarse en los viejos.

Así se explica el fenómeno de los dirigentes políticos muy radicales en los comienzos de su carrera, que van moderándose con los años y se aferran a los cargos. No es necesariamente por mala fe o simple ambición; es que el envejecimiento les hace ver las cosas de modo distinto y la idea de abandonar una función de dirigente representa un cambio. Es más el temor a este cambio que a la pérdida de influencia lo que les hace agarrarse al cargo.

De ahí la intransigencia de los viejos, no sólo en cuestiones ideológicas, sino también familiares, éticas, de modo de vida. Admitir cambios significa resignarse a cambiar. Negarse a cambiar es pare-

cerse a su propio pasado, rechazar en apariencia su envejecimiento, aunque en realidad sea confirmarlo. Este miedo al cambio es a veces menor entre los intelectuales, porque el tipo de su actividad los prepara para adaptarse.

Este miedo al cambio tiene consecuencias que pueden ser importantes cuando se manifiesta en política, en cuestiones sociales o en el modo de vida. Los candidatos moderados atraen un porcentaje de votos de viejos mayor que los de izquierda o los reaccionarios. Si los viejos viven dispersos en la población, sus votos no son decisivos, pero pueden serlo si viven concentrados en barrios o ciudades. Más decisiva que esta influencia electoral es la de los cargos ocupados por viejos que, como es natural, reflejan en sus decisiones ese temor por el cambio. Ese miedo no es siempre y necesariamente perjudicial para el conjunto de la sociedad. Constituye en ocasiones un contrapeso a la impaciencia e improvisación juveniles o de grupos que, por su preparación, actúan como si fueran juveniles, y con ello contribuye a dar mayor viabilidad a los cambios que, pese a los viejos, se consiguen. En otros casos, ese miedo tiene resultados negativos. Por ejemplo, los viejos ven la guerra como algo que ellos conocieron de jóvenes y, por tanto, no es un cambio, sino una situación que ya vivieron. De ahí que en cuestiones de «interés nacional» y de patriotismo suelan manifestarse más intransigentes que los no viejos. Si ellos fueron a la guerra de jóvenes, les parece normal que los jóvenes de ahora vayan también y que sean ellos, viejos, quienes decidan si ha de haber guerra o no, como fueron los viejos quienes decidieron cuando ellos estaban en la juventud.

## 3. LAS FUNCIONES DE LA VEJEZ

Hay terrenos en los cuales el viejo no sólo puede seguir siendo productivo —es decir, útil a la comunidad de la que forma parte— sino que puede aportar a ella algo de lo que los no viejos no disponen y que aquella necesita. Unas veces es el producto de la creatividad refinada por los años; otras, la experiencia que la esperanza media de vida de los habitantes de un lugar no permite acumular. La vejez, cuando no es senilidad, no es inútil. Hay funciones para ella. Unas sociedades les sacan ventaja, otras las desaprovechan. De las actitudes predominantes dependerán las relaciones entre las generaciones.

*Los grupos de edad y las generaciones*

El concepto de generación es ambiguo. El de grupo de edad, en cambio, es preciso. En los pueblos primitivos, por ejemplo, hay grupos de edad que reflejan el papel que se desempeña en la comunidad. Y hasta suele haber ritos que marcan el paso de un grupo a otro. Existen algunos pueblos en los cuales se forman aldeas por edades, costumbre que está siendo reinventada en las sociedades industriales (donde hay ciudades para viejos —en lugares cálidos—, para jóvenes —los *campus* universitarios y los barrios de tugurios— y para adultos —los suburbios—, como se ve en los Estados Unidos y cada vez más en Europa). Y cuando no son comunidades, son edificios especiales para viejos o para solteros.

Durante muchos siglos, los supervivientes de una generación fueron una exigua minoría. Resultaba, por tanto, poco costoso mantenerlos y, siendo en cierto modo excepcionales, se les respetaba como tales. Pero al ir aumentando la esperanza de vida, los supervivientes fueron siendo más numerosos. Sostenerlos comenzó a representar un problema económico y, dada su tendencia a oponerse al cambio, constituyeron un obstáculo a la adaptación de la sociedad a nuevas necesidades. Esto es lo que conduce algunas veces en el pasado y constantemente en nuestros días a lo que los norteamericanos llaman la *generation gap*, la oposición o separación de generaciones. Diferencia entre generaciones la ha habido siempre y es condición de todo progreso. Pero si por el aumento del poder o del número de los viejos se paralizan los cambios, los jóvenes se impacientan y hacen por su cuenta los que pueden, en la familia, en el modo de vida, en las costumbres y la cultura. Esto es la *generation gap*. Existe más entre los jóvenes y los adultos que entre los primeros y los viejos, que gozan aún de cierto respeto entre los jóvenes, porque no tienen poder.

Cuando los medios técnicos eran muy primarios, la fuerza física contaba enormemente en el aprovechamiento de la riqueza. Sólo algunos viejos cegados por la ambición o el miedo se aferraban al poder cuando ya no tenían fuerzas para utilizarlo. Pero con el avance de la técnica, la fuerza física ha ido perdiendo importancia y ha sido frecuente que los viejos se agarren al poder —político, económico, familiar, cultural, poco importa—. La sociedad busca, en esos casos, medios de transacción, acomodos, o bien crea escalas de valores que den a la ancianidad el derecho al poder o que abra éste a los no viejos, según sean los tiempos y los pueblos.

Eugene O'Neil resume todo esto en uno de sus dramas, en el

cual el padre no quiere reconocer la aportación de su hijo a la granja familiar; finalmente, el hijo se marcha con la segunda esposa del padre y éste queda dueño absoluto de una granja que no puede atender solo.

*El poder de los viejos*

Toda generación llega a un momento en su desarrollo en que adquiere conciencia política. Si sus mayores viven en una situación política normal, le proporcionan puntos de referencia ante los cuáles puede reaccionar, aceptándolos, reformándolos o rechazándolos. Si no le proporcionan esos puntos de referencia, porque carecen de vida política (bajo regímenes de dictadura o totalitarios) han de inventarlos y, siendo jóvenes, lo más frecuente es que rechacen cuanto encuentran. Por esto las dictaduras tienen siempre un límite, que no es tanto la vida del dictador cuanto la emergencia de una generación que no recibe ninguna herencia política.

Una generación, cuando entra en la vida política, se encuentra el camino bloqueado. Puede votar, discutir, luchar, pero raramente se le presenta la oportunidad de llegar al poder antes que la generación precedente lo haya abandonado o haya desaparecido. La generación que está en el poder quiere envejecer en él. El ejercicio del poder es una de las pocas actividades en las que no hay edad de jubilación. Los *establishments* tienden —por lo menos hasta hace unos pocos decenios— a estar formados por viejos. Y esto es válido lo mismo para el aparato del Estado que para los partidos, sindicatos, asociaciones profesionales, culturales, empresas, etc.

Esto crea frustraciones en las generaciones más jóvenes, pero no pasan de ahí si las circunstancias son normales. Mas cuando las generaciones jóvenes se han formado en situaciones muy distintas de aquéllas que formaron a los viejos (por ejemplo, las que se formaron durante e inmediatamente después de las guerras mundiales, durante la revolución rusa, o bajo dictaduras largas como la franquista), sus aspiraciones, angustias y reacciones son muy diferentes de las que caracterizan a los viejos en el poder. Estos tienden a tratar de resolver los nuevos problemas derivados de estas situaciones mediante los métodos de la época en que ellos se formaron, en tanto que las generaciones surgidas de estas situaciones ven las soluciones de otro modo. Entonces se produce una ruptura genera-

cional que puede expresarse en formas extremas (fascismos, revolución, o bien indiferencia y cinismo juveniles).[1]

Una anécdota ilustra esta influencia política de la edad. Cuando Kruschev quiso justificarse en el Comité Central del Partido comunista soviético por el fracaso de su aventura de instalar misiles en Cuba, en octubre de 1962, dijo: «Por lo menos, Eisenhower era de mi generación pero ¿cómo tratar con un muchacho [el presidente John F. Kennedy] que es más joven que mi hijo?»[2]

Víctor Hugo hizo decir a uno de los personajes de su novela *Noventa y Tres:* «La revolución es más peligrosa cuando la predican los cabellos blancos. Se tiene fe en las arrugas». Incluso en los jóvenes rebeldes de los años sesenta y setenta, que aconsejaban «desconfiad de los que tienen más de 30 años», ejercieron una influencia poderosa dos ancianos, Herbert Marcusse y Bertrand Russell.

Se olvida algo que hizo notar Simone de Beauvoir: que el hombre, al llegar a la mayoría de edad, adquiere unos derechos que permanecen inmutables hasta su muerte, para los cuales no hay jubilación (votar, ser elegido, disponer de sus bienes, etc.). No se trata a los viejos como un grupo aparte. Hay periódicos, cine, programas de televisión, música para niños y para jóvenes, pero no los hay para viejos. En cambio, en el terreno económico, la sociedad considera a los viejos como si fueran diferentes, unas veces para darles privilegios y otras para reprocharles su improductividad.[3]

La vejez es una injusticia «cometida» por la naturaleza y la especie en beneficio colectivo y perjuicio individual. Pero los viejos en el poder disponen de medios de vengarse o de corregir esta injusticia. La verdad es que han hecho mucho más lo primero que lo segundo, como iremos viendo.

### *Vejez y creatividad*

La curva del envejecimiento fisiológico comienza a descender a partir de los 20-30 años. La de la creatividad sigue ascendiendo

1. Philip G. Albad y Robert S. Lamper: «The Political Future of Activist Generations» en *The New Pilgrims*, (S. M. Lipset y E. C. Ladd, recop.), Nueva York, 1972.

2. Elie Abel: *The Missile Crisis*. Nueva York, 1966. pág. 132.

3. Simone de Beauvoir: «Frank Talk on a Forbidden Subject» en *The New York Times Magazine*, Nueva York, 26 de mayo de 1972.

hasta pasados los 50, para estabilizarse o descender lentamente, aunque a veces no baja nunca. Las dos curvas no coinciden, porque con la edad se agregan factores de desarrollo intelectual, factores que resumimos con la palabra experiencia. No es la experiencia de la que alardean los viejos (que suele ser el acomodamiento a lo peor de la sociedad). La experiencia de tipo intelectual (pero no reservada a los intelectuales) es la acumulación de vivencias, el aprovechamiento de sus lecciones, la extensión de la experiencia personal a la experiencia colectiva, es decir, a la historia. Es paradójico que la historia, que sería más útil a la juventud, sólo suele tomarse en cuenta en la vejez, cuando ya poco aporta en términos de advertencia contra la repetición de fracasos y errores. En culturas antiguas, esta experiencia histórica era más general y duradera, en forma de leyendas, mitos, poesía popular, religión.

Con los años, se afina la capacidad crítica, se perfecciona el razonamiento sobre los conocimientos relativos a la actividad normal, por la acumulación no sólo de trabajo, sino también de contactos humanos. A medida que avanza en edad, el hombre piensa más y piensa mejor (cada uno a su nivel educativo, desde luego), lo cual no quiere decir que piense más acertadamente, sino sólo que deja menos margen al dominio de las emociones en la guía de su conducta.

A partir de determinada edad, que varía de individuo a individuo, las facultades mentales disminuyen. Tanto mejor se conservan y más duran cuanto más intensa ha sido la vida intelectual de una persona. La historia de la cultura nos presenta numerosos ejemplos de ancianos creadores, pero cada lector puede encontrar en torno suyo a casos de personas no famosas que siguen intelectualmente alerta en la vejez. El Tiziano pintó su famoso autorretrato cuando tenía 90 años. Muchas de las novelas de Zola fueron escritas después de los 50. Galileo, ciego, seguía trabajando en sus investigaciones pasados los 60. Churchill tenía más de 60 cuando encabezó el gobierno inglés en la Segunda Guerra Mundial y Clemenceau más de 70 cuando presidió el francés en la primera. Gandhi tenía 75 años al lanzar su última campaña por la independencia de la India. André Gide y Bernard Shaw sostenían polémicas con éxito después de los 80. Konrad Adenauer y Robert Schumann rebasaban los 70 al crear el Mercado Común Europeo.

Sin embargo, no es lo más frecuente que lo mejor de una obra se produzca en la extrema vejez. Tomando como base el común de los creadores, los psicólogos han establecido que la edad de óptima creatividad es alrededor de los 40 años para físicos y químicos, los

44 para poetas, los 46 para novelistas, los 47 para militares, los 48 para compositores, los 51 para políticos, los 52 para médicos, los 54 para filósofos, los 56 para matemáticos, los 57 para historiadores y los 59 para juristas. Ahora bien, la edad óptima lo es para la originalidad, la creación, la innovación, pero no forzosamente para otros tipos de actividad intelectual, como la investigación, la crítica, la recopilación, la aplicación práctica de la ciencia pura, aspectos en los cuales la experiencia, la habilidad, la seguridad, la rapidez (es decir, lo que llaman el oficio) tienen más importancia que en la innovación.

El resto del cuerpo crece y decrece, pero el cerebro sigue creciendo siempre y cuando se llega a la vejez no está todavía «acabado».[1] Probablemente la inmensa mayoría de los hombres que han vivido a lo largo de la historia no llegaron a la edad en la cual el cerebro hubiese completado su desarrollo, ni siquiera en que pudiese considerarse capaz de su pleno rendimiento. Esta característica del cerebro —su desarrollo más lento que el resto del organismo— permite dividir la vida humana en dos edades distintas: durante la primera predomina el organismo; durante la segunda, la actividad intelectual. Pero importa a qué nivel se piense y sobre qué base de educación. El hecho es que a partir de cierta edad el cerebro pesa más en la vida que cualquier otro órgano, porque todos los otros órganos han entrado en decadencia cuando el cerebro está todavía desarrollándose. Cabría decir que durante la primera fase el hombre sirve a la propagación de la especie y durante la segunda a la humanización del individuo y hasta de la especie a través del individuo.

La mujer está aún menos preparada que el hombre para transferir a la vida intelectual o mental el grueso de sus motivaciones de seguir existiendo. (Hay que señalar aquí una injusticia adicional: nuestros cánones de belleza y atractivo hacen que la vida sexual de la mujer suela terminar antes que la del hombre, no por menos capacidad, sino porque aquellos cánones ya no la hacen atractiva, siendo así que es al terminar la capacidad reproductora cuando el placer, es decir, la parte intelectual del sexo, pueda florecer con más esplendor). La vejez, no como antesala de la muerte, sino como etapa creadora, es hoy por hoy un privilegio, no tanto del dinero cuanto de la educación. Que la sociedad y sus sistemas educativos no prepararan para sacar provecho de esa fase de la vida era lógico cuando a ella llegaba una ínfima minoría; que no lo haga

1. Woltereck: *Op. cit.* pág. 143.

hoy es injusto, una forma de explotación del hombre de la que éste no se percata.

Esto, por otro lado, debería hacer que se subviertiera uno de los hábitos más arraigados: el de ejercer toda la vida una misma profesión u oficio, cuando hay profesiones para las cuales el organismo joven es más apto y otras para las cuales la mejor aptitud se encuentra en la madurez o la vejez. La sociedad debería organizar su producción de modo que a medida que se avanzara en edad se cambiara de tipo de profesión, para que se aprovecharan al máximo todas las capacidades del hombre y se diera a éste el máximo de satisfacciones. Esto, claro está, exigiría un nuevo tipo de educación. Sospecho que la vejez se retrasaría con ello, porque una de las causas de que se haga muy presente es la monotonía del trabajo y de la existencia.

## *El envejecimiento de la población*

Aunque en todo el mundo aumenta la esperanza de vida, en los países industriales lo ha hecho más deprisa. En ellos disminuye, al mismo tiempo, la natalidad. Esto significa que en las zonas más productivas de la Tierra la población está envejeciendo.[1]

Esto plantea problemas inéditos: sostenimiento por la parte productiva de la población de un número creciente de viejos durante un período cada vez más largo; imposibilidad económica de dejar que los viejos capaces de ello sigan produciendo, puesto que no habría empleo al mismo tiempo para ellos y los jóvenes y los adultos; creciente carga impositiva para la población productiva. Esto se justifica con dos consideraciones obvias: que los jóvenes de hoy serán viejos mañana, si tienen suerte, y deberán ser sostenidos por los jóvenes de entonces, y que sólo con la eliminación de los viejos del

1. Unas cifras: en Austria, el porcentaje de ancianos ha pasado del 29 por ciento en 1970 al 40 por ciento, en 1990 (del 36 al 47 por ciento, para las ancianas). En Noruega hay, en 1990, un 45 por ciento de ancianos y casi un 50 por ciento de ancianas. El porcentaje de mayores de 65 años es del 22,3 por ciento en Bélgica, del 25,2 en Dinamarca, del 28 en Alemania Occidental, del 21,2 en Grecia, del 23,3 en España, del 23,1 en Francia, del 17,2 en Irlanda, del 24,9 en Italia, del 25 en Holanda, del 20 en Portugal, del 20 en la Gran Bretaña. En contra de lo que cabría suponer, ese porcentaje es un tercio menor en los Estados Unidos que en Europa. (*La Vanguardia,* Barcelona, 2 de abril y 24 de septiembre de 1990).

mercado de trabajo se pueden sostener ciertas condiciones económicas que caracterizan a la sociedad industrial.

*El juego de las citas*

Pocos autores jóvenes escriben sobre la vejez. Son los viejos quienes la toman por tema, pero sus actitudes varían mucho desde la desesperación hasta el escepticismo. Me limitaré a dar un muestrario de citas escogidas casi al azar.

Para François Mauriac «el secreto de la vejez es que no existe». Según Ambrose Bierce «la experiencia es una revelación en virtud de la cual renunciamos a los errores de la juventud a cambio de los de la vejez». «La denuncia de los jóvenes» dice L. P. Smith, «es parte de la higiene de los viejos y les ayuda a acelerar la circulación de la sangre». Pensaba Oscar Wilde que «los viejos lo creen todo, los adultos lo sospechan todo, los jóvenes lo saben todo».

«Cualquier viejo es una confesión», escribió André Malraux, «y si muchas son vacías, es que muchos hombres estaban vacíos y lo ocultaban». En cambio, Cicerón pensaba que «la vejez es la única cosa que llega sin tener que esforzarse en conseguirla... La inteligencia, la reflexión y el juicio residen en los viejos, y sin ellos no puede existir el Estado». Menos optimista era Séneca, para quien «la vejez es una enfermedad incurable». Y menos pesimista Bernard Baruch, que decía que «viejo es aquél que tiene 50 años más que yo». El profeta Joel afirmaba que «los viejos sueñan sueños; los jóvenes ven visiones», y Shakespeare consideraba que «la vejez y la juventud no pueden vivir juntas». Para Benjamín Franklin «todos deberían vivir mucho y nadie debería ser viejo». Su compatriota Waldo Emerson decía, en cambio, que «no contamos los años hasta que ya no queda otra cosa por contar». Escéptico era Jonathan Swift, al afirmar que «cuando un viejo se vuelve virtuoso sólo sacrifica a Dios los restos dejados por el diablo». No pensaba distinto la Rochefoucauld, según quien «al envejecer se tiene más juicio y se hacen más locuras» y «los viejos gustan de dar buenos consejos para consolarse de no poder seguir los malos».

Stefan Zweig sostenía que «la vejez no significa nada más que dejar de sufrir por el pasado» y Karin Michaelis que «no es de temer la vejez, sino la dura ascensión hasta ella».

Para Federico Amiel, «saber envejecer es la obra maestra de la sabiduría, la parte más difícil del gran arte de vivir». En cambio, para Jean de la Bruyére «el viejo es frío, desdeñoso, orgulloso, si

no posee mucho ingenio». Goethe deseaba que «al hombre la vejez sorprenda niño» y Lope de Vega que el viejo «ponga el sentido en dejar que quien viene atrás mancebo pase por el camino que ha venido».

Y, finalmente, esas dos citas anónimas: «Una dulce vanidad persuade a los viejos de que el mundo declina con ellos», «los años no nos hacen más sabios, sino más viejos».

# II

# EL PASADO LEJANO

## 4. EN LAS SOCIEDADES PRIMITIVAS

Como ya se indicó durante milenios, la vejez es un estado excepcional ante el cual caben, al parecer, dos actitudes: el respeto o la eliminación. El primero ha sido más frecuente que la segunda.

### *El conocimiento del primitivo*

No se han hallado, por ahora, huesos de hombres o mujeres de avanzada edad. Si la edad media en el Imperio romano era de 25 años, no hay motivos para suponer que en la prehistoria fuese mayor. Los riesgos que el hombre prehistórico corría eran más considerables, agravados por el nomadismo. Sólo en casos excepcionales se debió rebasar la edad media. Puede concluirse que la vejez como estado de improductividad era desconocida, aunque no la improductividad debida a accidentes, enfermedades, malformaciones, (probablemente no duraba mucho, pues la muerte debía seguirla pronto). A medida que la horda primitiva evolucionaba hacia el clan y la tribu, y adquiría costumbres sociales de convivencia e intercambio, y ciertas artes de relación con los poderes mágicos, así como ciertas técnicas de producción (domesticación de animales, agricultura, condimentación, construcción, indumentaria) debieron aparecer medios que permitieran la productividad de los pocos que rebasaban la edad media y debían facilitar ese rebasamiento, aunque todavía de modo excepcional.

En la horda y en las sociedades derivadas de ella, «la cooperación era indispensable para obtener comida y abrigo y defenderse

de enemigos humanos y subhumanos».[1] Además de estas motivaciones económicas, las hay también religiosas y sociales, si el parentesco era bastante poderoso para servir de cimiento a esas sociedades, debía serlo también para dar al viejo un *status* determinado. Es perfectamente imaginable que en un período de penuria se decidiera, para bien de la comunidad, eliminar a los no productivos, y que pasado el período de hambre la costumbre subsistiera. Como es imaginable también que en sociedades prósperas, la comunidad sostuviera a los viejos, parientes, de todos sus miembros, y que siguiera haciéndolo si se entraba en un período transitorio de penuria. Porque tanto el sostenimiento como la eliminación no aparecían a los ojos de los miembros de una comunidad como acciones económicas, y si de raíz moral o mágica.[2] En la sociedad precivilizada, dice Redfield, la economía estaba determinada por el *status* y no por mercado. El hombre no buscaba salvaguardar su interés individual, sino la buena voluntad de los suyos, su *status*. Por otra parte, «nuestra deuda con el hombre prehistórico es impresionante. Prácticamente todos los descubrimientos básicos de las técnicas que hacen posibles los modos de vida... se hicieron en una época en que la economía del hombre se caracterizaba por el uso de herramientas de piedra».[3]

En toda sociedad hay, en una forma u otra, educación. En las primitiva, se enseñan no sólo las técnicas heredadas de los antepasados y las modificaciones introducidas en ellas, sino modos de conducta calcados de los que fueron inculcados a los niños y jóvenes por sus mayores. La educación es el instrumento de la continuidad de la comunidad primitiva (mientras que hoy fomenta la discontinuidad: convertir el hijo de campesino en oficinista, el analfabeto en hombre de saber, etc.).[4]

El viejo es un factor importante del sentido de la continuidad. Transmite conocimientos y modos de vida, valores morales y mitos. Cuando su capacidad de producir disminuye, puede ser todavía útil consagrando más tiempo que los adultos a los niños y adolescentes. Puede enseñar y utilizar fórmulas mágicas. Todo esto hace

1. V. Gordon Childe: *Prehistoric Migrations in Europe.* Cambridge, Mass. 1950. pág. 7.
2. Robert Redfield: *El mundo primitivo y sus transformaciones.* México DF, 1963, págs. 26-28.
3. Melville J. Herskovits: *El hombre y sus obras.* México DF, 1952, pág. 149.
4. Margaret Mead: *Education and the Cultural Process.* Nueva York, 1943. pág. 9.

del viejo un ser excepcional no sólo por la edad, sino también por la experiencia, por la memoria. Es, en cierto modo, la historia viva, diferente de esa otra historia que es la mitología. Por lo que recuerda, crea leyenda. Como en una comunidad hay pocos viejos, su misma rareza realza esa misión que les asigna la edad.

*El viejo en la familia*

Después de la horda primitiva, la familia es la institución más antigua que se conoce. Tiene numerosas funciones: sexual, económica, de continuación de la especie, educativa. Hasta hace relativamente poco, era una unidad productiva, especialmente en medio rural. Varias familias nucleares unidas por lazos de sangre, formaban una unidad superior, productiva y hasta sexual. La familia extensa podía agregarse «clientes», viajeros, forasteros, personas sin familia, que se integraban a ella, con derechos disminuidos (no podían heredar), pero que recibían su protección. El clan o gens es la forma más común de familia extensa, probablemente porque es la que resulta más eficiente para la defensa, la división del trabajo y hasta la localización. Todos los miembros de un clan se consideran descendientes de un mismo antepasado —a menudo legendario o mitológico—. Los antepasados comunes sirven de lazo de unión entre familias extensas para formar metrias o fratrias, tribus, que tienen totems, tabús y leyendas en común.

Esas instituciones implican la existencia de alguna forma de autoridad: el jefe de familia, el jefe de clan o patriarca, el jefe o consejo de fratria o tribu (a menudo formado por los ancianos). El jefe no se designa, sino que es automáticamente el patriarca, el padre de la familia tronco, cualquiera que sea su edad.

Si bien el patriarca tiene más autoridad, no posee ventajas —salvo, a veces, la de trabajar menos duro—, porque el clan es una organización igualitaria. Pero con la división del trabajo este carácter igualitario se va perdiendo y se desarrolla un clan «cónico», en cuya cima está el patriarca y en cuya base se hallan siervos y esclavos. La sociedad tenocha tal como la halló Hernán Cortés estaba formada por clanes «cónicos»; al jefe o *thatoani* le sucedía el hijo mayor de la mujer principal (pues la monogamia no era de rigor en los pueblos primitivos). Ejercía funciones religiosas, civiles, militares, fiscales.[1] La jefatura de la tribu se llenaba ora por

1. Angel Palerm: *Introducción a la teoría etnológica.* Mexíco DF, 1967. págs. 306 y sig.

herencia, ora por elección. Solía haber un consejo del que se formaba parte ya por representar a un clan, ya por la edad.

*El poder y la magia*

Probablemente porque los viejos eran pocos, se les consideraba dotados de ciertas virtudes. Esto acarrea un ceremonial de respeto y precedencia, su poder no es sólo el de la autoridad formal (patriarca, jefe de tribu, miembro del consejo de ancianos), sino también el de la autoridad espiritual. Al viejo se le pide asesoramiento y enseñanza, lo cual hace que la sociedad le considere aún productivo, aunque de otra manera que en la edad adulta.

Todas las acciones del hombre primitivo están rodeadas de magia (muchas de cuyas formas han llegado hasta nosotros de manera disfrazada). El jefe de la tribu, el soberano, el patriarca son quienes se encargan de comunicar con los poderes mágicos. Pero a medida que avanza el conocimiento de la naturaleza y que a la magia se mezcla la medicina, aquélla rebasa la capacidad del simple patriarca. Requiere conocimientos, técnicas de ritual, poderes especiales.[1] Va surgiendo así una especialización, en las sociedades para sostener a personas no productivas, como los magos. Se tiende a atribuir esos poderes especiales a los viejos, cuya vejez es ya una prueba de ellos, de una protección especial.[2]

El pensamiento abstracto arranca de la magia y si suponemos que muchos de los magos fueron viejos, habrá que atribuir a la vejez los inicios del «arte de pensar». Es lógico que así fuera, pues los viejos disponían de más ocio, no estaban sujetos a la necesidad de buscar soluciones a problemas cotidianos, «técnicos», y además tenían mayor experiencia, podían recordar más acontecimientos, más conversaciones, más pensamientos de otras gentes, y relacionar unos con otros, que esto es, en definitiva, pensar.

Los magos viejos debieron enseñar sus artes a algunos jóvenes que consideraban dotados —de preferencia de su familia—. De ahí a formar un grupo cerrado, esotérico, sólo había un paso, y del grupo

1. Víctor Alba: *Historia Social de los intelectuales.* Barcelona, 1976, cap. 4.

2. Se ha señalado que la diferencia de funciones entre los sexos se volvía imprecisa después de la menopausia. Por esto, con frecuencia se permite a las ancianas que participen en las ceremonias mágicas y también aumenta su autoridad en la familia y en el clan. (Ralph Linton: *Cultura y personalidad.* México DF. 1962. pág. 77).

a la religión o iglesia, otro. De la acción de los viejos, pues, puede muy bien derivar la religión organizada.

Por otra parte, la violación de los tabús podía acarrear castigos —enfermedades, catástrofes—. El mago señalaba al culpable y fijaba su castigo para apaciguar la ira de los poderes mágicos.[1] Los magos lanzan maleficios y protegen contra ellos. Fijan las fechas favorables para las decisiones de los jefes. Indirectamente, pues condicionan el ejercicio del poder e institucionalizan la administración de justicia. «La profesión de mago ha sido uno de los caminos por los cuales los hombres han llegado al poder y por esto ha contribuido a emancipar a la humanidad del cerco de la tradición y a llevarla a una visión más amplia, más libre, de la vida.»[2]

### *La eliminación de los viejos*

En ciertas sociedades los recursos disponibles son tan escasos que se deshacen de los viejos ante la dificultad de sostenerlos. Tal vez en algunos casos el origen de esta costumbre no sea económico, sino mágico o político. Es posible que en esas sociedades se eliminara también a los niños malformados y a veces a las niñas. Es verosímil que donde más se generalizó la costumbre de eliminar a los viejos fuera en las sociedades nómadas, debido a la dificultad de los ancianos para seguir a la comunidad en sus traslados.

Los viejos, antes de serlo, tuvieron el derecho de eliminar a sus padres envejecidos o decrépitos. Entre los teutones, los padres podían matar, mandar matar o vender a sus hijos y éstos podían matar a sus padres cuando ya no producían, pero no antes. Más frecuente que la muerte dada es el abandono o que se indique a los viejos —por el jefe o el consejo— que se den muerte o se dejen morir. Los viejos encontraban esto natural, puesto que ellos, de jóvenes, habían hecho lo mismo con los ancianos. A menudo, siguiendo la costumbre, son los viejos quienes deciden marcharse y dejarse morir. No debía ser excepcional la antropofagia de los viejos eliminados, especialmente si habían sido guerreros famosos, con el fin de captar, con la ingestión de sus órganos, su valor. Los bactrianos arrojaban los perros de presa contra los viejos enfermos —pero no los sanos—. Los masagetas sacrificaban a sus dioses ganado y an-

1. Alfonso Villa Rojas: *Notas sobre la etnografía de los indios tzeltales de Oxchuc.* México DF, 1955.

2. James George Frazer: *The Golden Bough.* Nueva York, 1947. pág. 48.

cianos y luego comían un condimento hecho con entrañas de los sacrificados.

Cabe suponer que cuando hubo mayor abundancia en los pueblos que practicaban tales costumbres, éstas cayeran en desuso y finalmente fueran prohibidas por la moral social que había ido cambiando con la relativa prosperidad. La influencia de la religión, muchos de cuyos sacerdotes debían acercarse a la vejez, pudo tener el mismo efecto.

*La muerte y los antepasados*

La muerte ha estado siempre rodeada de ritos, para proteger a los vivos espíritus del muerto o para facilitar a éste la entrada en el más allá. De ahí sepulcros, embalsamiento, ataúdes, comida en los entierros, incineración de viudas.

Allí donde la enfermedad se veía como un castigo de los dioses, a veces se abandonaba a los enfermos. (Los sirionós de Bolivia todavía lo hacen). Allí donde la vejez gozaba de privilegios, los supervivientes buscaban la manera, a través de la magia, de adquirir para ellos la longevidad. En China, los vivos se ponían los vestidos de los viejos muertos. El culto de los antepasados es sin duda un intento de ganar para la comunidad la ayuda, protección y guía de los que murieron. En la China este culto es la base misma de la vida religiosa. En otros pueblos, es una parte importante de la religión y la vida social, como el culto de los dioses lares entre los romanos.

## 5. EN LA ANTIGÜEDAD

La historia de la vejez ofrece, hasta el siglo XVII por lo menos, numerosas ambigüedades y rompecabezas, derivados del tratamiento de los hechos por los historiadores, los cronistas y los novelistas del pasado. Una se debe al hecho de que siendo los historiadores, hasta recientemente, varones, cuando se refieren a los viejos entienden siempre los ancianos varones. Así, la información de que se dispone, ya de por sí reducida, se reduce aún más al considerar que

abarca solamente a menos de la mitad de las personas de edad avanzada.[1]

Otra ambigüedad es que las referencias a los viejos suelen ser a creadores o gobernantes, como si sólo hubiera viejos en las clases privilegiadas.

Si las fuentes de información ignoran las viejas ricas y los viejos y viejas pobres, en cambio abundan las alusiones a la vejez como estado humano en muchas obras de filósofos, leyendas, etc. No son un reflejo de lo que la vejez era, sino tentativas de consuelo. Bastará que el lector se fije en la literatura clásica para ver que los viejos, en ella, son ruines o venerables, pero casi nunca humanos. La vejez, así, más que una realidad individual es un estado simbólico.

Salvo en contados casos, las leyes de la antigüedad no diferencian entre viejos y adultos. Pero en no pocos casos esas leyes estuvieron inspiradas por los viejos. Las leyes, por tanto, son una fuente útil sólo si se interpretan en su contexto.

*Las sociedades fluviales*

Ciertas regiones del mundo antiguo se desarrollaron gracias a las aguas de enormes ríos (Nilo, Eúfrates y Tigris, Ganges, Indo, Yang-Tse) cuyo caudal sólo podía aprovecharse mediante una rígida centralización burocrática, mientras que en otras regiones, poco abundantes en agua, había que confiar en la lluvia. En éstas últimas no eran necesarias ni la centralización ni la burocracia.[2]

El desarrollo económico, y por ende el social y político, fue distinto en las sociedades surgidas en esos dos tipos de territorio. En las sociedades de economía fluvial emergieron regímenes autoritarios (con una burocracia eclesiástica), mientras que en las sociedades que podemos llamar de lluvia emergieron regímenes que evolucionaron hacia las formas originales de la democracia.

Es posible que la longevidad se viera afectada por el modo de

1. Simone de Beauvoir: *La Viellesse,* París, 1970 (Las frecuentes citas de este libro se sacan de su edición inglesa, *The Coming of Age,* Nueva York, 1972, que contiene adiciones y revisiones de la autora). Beauvoir considera que los viejos nunca han influido en el progreso del mundo (pág. 89). Creo que esta afirmación es resultado de una proyección hacia el pasado de la presente condición de los viejos.

2. Víctor Alba: *Historia general del campesinado.* Barcelona, 1973. caps. 1 y 2.

cultivo. En la economía fluvial, los privilegiados (monarca, guerreros, sacerdotes burócratas, comerciantes) vivían mucho mejor que el pueblo y es probable que en esos grupos hubiera una más alta proporción de viejos. Esta proporción debía ser superior a la de los grupos privilegiados de las sociedades de lluvia, cuyo modo de vida era similar al del grueso de la población y cuyos miembros efectuaban labores manuales. Durante un tiempo, las ciencias y técnicas progresaron más en las sociedades fluviales, porque se disponía de más tiempo y más medios que en las de lluvia y había una clase, la sacerdotal, en cuyo seno existían las condiciones propicias para la investigación. Esto, a su vez, debió favorecer la longevidad entre quienes podían beneficiarse de estos progresos.

Egipto es el país típico de esta clase de economía. En el siglo I llegó a tener ocho millones de habitantes, y Alejandría, su ciudad principal, más de un millón.[1] No hay referencias en papiros o jeroglíficos a la condición de la vejez. Sabemos que los faraones prometían a los artistas y artesanos que trabajaban para ellos que no tendrían que preocuparse nunca más en su vida, pero ignoramos cuánto era este «nunca más» y qué ocurría con los viejos que no tenían la suerte de trabajar para el faraón. Los sacerdotes y burócratas debían tener pocas inquietudes respecto a su vejez, a la que probablemente llegaban con más facilidad que los artesanos y campesinos. La sociedad fluvial producía bastantes excedentes para que no fuese necesario eliminar a los viejos. En cambio, tenemos algunas noticias de la vejez como achaque; ha llegado hasta nosotros un papiro titulado «La manera de transformar un viejo en un joven», que consistía en comer glándulas arrancadas a animales jóvenes, lo cual no es muy distinto de lo que hizo, treinta siglos más tarde, el yugoslavo Dr. Voronof que «rejuvenecía» inyectando extractos de glándulas de simio.

Hace 4500 años, un poeta, Ptah-hotep, escribía: «Cuán duros y penosos son los últimos días de un anciano... La vejez es la peor de las desgracias».[2] Pero entre los males que enumera no figuran la desconsideración o los malos tratos. Hay que concluir, pues, que la vejez no significaba pérdida de *status.*

En la mitología de los sumerios había un dios anciano, Apsu, que de su unión con la diosa Tiamet, tuvo una serie de dioses me-

1. T. Walek-Czernicki: «La population de l'Egypte ancienne» en *Demographie historique,* París, 1938, págs. 11-13.

2. Pierre Montet: *La vida cotidiana en Egipto en tiempos de Ramsés.* Buenos Aires, 1964. pág. 173.

nores. Se rebelaron contra el viejo Apsu, dirigidos por Marduk, quien, proclamado rey de los dioses, mató a su madre. Vemos ahí, en forma mitológica, el paso del matriarcado al patriarcado y la rebelión de los jóvenes contra los viejos. Esta misma rebelión se refleja en la leyenda egea de Cronos atacando y mutilando a su padre Epigeios.

Herodoto, al hablar de los medos y los persas, señala que nunca hubo parricidios entre ellos, «pues es contra lo verosímil, dicen, que un hijo mate a su padre.» En las ciudades, había distritos por edades; en el de los viejos, un consejo elegido se ocupaba de mantener el orden y de que «cumplieran sus deberes», entre los cuales estaba el de enseñar a los jóvenes. Se entraba en la clase de los viejos al cumplir los 50 años. Los viejos no iban a la guerra fuera del país y se ocupaban de la administración de justicia. Tienen, pues, una condición de relativo poder. Pero la edad no ayuda a pasar de una casta a otra, a menos que se quiera ser sacerdote.

*Las sociedades de lluvia*

Allí donde la economía depende directamente de la lluvia, las familias extensas, clanes y tribus subsisten mucho más tiempo que en las sociedades fluviales, porque no hay necesidad de autoridad por encima de esas instituciones. Se pasa, en el curso de muchas generaciones, del gobierno del patriarca y el rey a una forma seminal de democracia, de gobierno por la mayoría. Los excedentes agrícolas son menos abundantes que en los territorios con grandes ríos. En cambio, se distribuyen con cierto grado de equidad, porque es cada comunidad la que los produce y consume. Hasta que las ciudades pasan de ser ferias a ser centros comerciales no se presentan problemas agudos de distribución. De todos modos, los excedentes bastan para sostener a los miembros no productivos de la comunidad: maestros augures, sacerdotes, atletas, filósofos, y naturalmente, los viejos. Esto resulta más fructífero para el desarrollo intelectual que la concentración del saber en los templos, propia de las sociedades fluviales.

La esclavitud fue una de las razones principales de esa posibilidad de ocio. Tal vez los esclavos viejos eran los únicos componentes de esa sociedad en riesgo de no ser sostenidos, hasta que la ley los protegió. No se olvide que en esas sociedades la esclvitud no era cuestión racial, sino económica y militar (se caía en ella por deudas o por ser prisionero de guerra).

La sociedad de los hebreos es acaso aquella en que, entre las de lluvia, los viejos gozaron de mayor consideración social. Desde luego, no se pueden aceptar las edades fabulosas que se encuentran en la Biblia. Los 969 años de Matusalén y los 600 de Jacob no pueden haber sido realidades biológicas, sino leyendas o resultado de la semántica. Pero estas cifras fantásticas indican el respeto en que se tenía la ancianidad. Los ancianos fueron elegidos muchas veces por Jehová como sus portavoces. La vejez es recompensa de la virtud, de la obediencia a Dios. «El temor del Señor prolonga los días, pero los de los malvados serán acortados», afirman los Proverbios. Si un hijo se niega a obedecer a su padre, éste lo llevará ante los ancianos, que lo condenarán a que se le lapide. Jehová ordenó a Moisés que reuniera a sesenta ancianos para que compartieran con él el gobierno del pueblo de Israel. El Senaderín, más tarde, estaba formado por los sumos sacerdotes y los ancianos. Sin embargo, la vejez no era garantía de honradez ni sensatez, como se ve en la historia de la casta Susana, que al negarse a acostarse con dos jueces viejos, es acusada por estos de haber yacido con hombre. Daniel, un joven, la salva de que la ejecuten. Otros casos de reacción de los jóvenes contra los viejos son los profetas (todos jóvenes, aunque en el Renacimiento se les representó canosos y senectos), que reclaman las virtudes pretéritas perdidas bajo el gobierno de los ancianos. Jesús mismo predicó de los 30 a los 33 años, y se peleó con los viejos del Senaderín y del Templo.

Entre los hititas, los viejos se ocupaban sobre todo de magia. A las adivinadoras se las llamaba simplemente «mujer vieja».[1]

Entre los etruscos, se consideraba viejo a quien ya no podía participar en sus festines sexuales, en los que se hacía el amor en grupo sin distinción de sexos. A los que llamaban viejos les confiaban la adivinación y el cuidado del culto a los antepasados. Uno de sus dioses era Tages, niño de cabello cano y sabiduría de anciano.[2]

### *Los griegos*

El Zeus de los griegos se rebeló contra su padre Cronos, que antes se había rebelado contra el suyo, Urano. Éste odiaba a sus hijos y los enterraba; Cronos se comía a los suyos. No se precisa ser un lince para ver ahí un reflejo de la lucha de generaciones. A

1. O. R. Gurney: *The Hittites.* Londres, 1952. pág. 158.
2. Alain Hus: *Los etruscos.* México DF, 1962. pág. 209.

pesar de ella, los viejos tuvieron el poder en las primeras etapas de la historia griega. En Esparta el senado estaba compuesto únicamente de ancianos. Platón consideraba que este senado de ancianos «fue la principal causa de la prudencia del gobierno y del Estado», porque «los veinticinco senadores se ponían al lado de los (dos) reyes cuando había que detener los progresos de la democracia y fortalecían al partido del pueblo para impedir que el poder de los reyes degenerase en tiranía».[1]

Solón con sus reformas no dio el poder a los ancianos de Atenas, pero creó las condiciones para que, bajo la apariencia de democracia, gobernaran los aristócratas y, de entre estos, los viejos. Sólo los ricos y los viejos disponían de ocio para participar sistemáticamente en las asambleas y de ahí que de hecho gobernaran. Antes, en los tiempos homéricos, los viejos eran respetados pero no tenían el poder, pues los consejos de ancianos de los reyes no eran muy influyentes. El rey era elegido raramente entre los viejos. Laertes, por ejemplo, dejó que subiera al trono de Itaca su hijo Odiseo. En cambio, Néstor, tan viejo como Laertes, se mantuvo en su cargo y tomó parte, pese a su edad, en la guerra de Troya. Príamo, padre de 50 hijos, hubiera debido ser, por edad, el jefe de las huestes de Troya, pero el mando recayó en su hijo Héctor. La vejez, pues, no bastaba por sí misma, en el Ática y el Egeo, para ocupar el poder. En cambio, daba derechos en las asambleas, pues el primero en hablar ante el rey era siempre el más anciano, y sólo los ancianos podían interrumpir a quien estaba en el uso de la palabra.[2] La mayoría de los gobernantes atenienses fueron jóvenes o adultos; no hay entre ellos viejos. Pero aún así, se busca el consejo de los ancianos y se les encarga a menudo de administrar justicia.[3]

A los ancianos se les reservaba el poder en su gens, pero a medida que se perdía la influencia de los viejos en la política, se relajaban los lazos de la gens, se tendía a la familia nuclear —por lo menos en las ciudades— y se debilitaba la autoridad del padre sobre los hijos. Aquél podía exigir que lo mantuvieran cuando ya no pudiera valerse por sí mismo, a condición de que hubiera hecho aprender o enseñado un oficio a sus hijos.

Los viejos trataron de contener esos cambios en la familia, que iban en contra de sus tradiciones y amenazaban su influencia. Fracasaron porque no obedecían a un capricho, sino a las necesidades

1. Plutarco: *Vida de Licurgo,* cap. X.
2. M. I. Finley: *El mundo de Odiseo.* México DF, 1961. pág. 88.
3. A. Jardé: *La formation du peuple grec.* París, 1923, pág. 196.

creadas por el desarrollo del comercio que las gentes no podían satisfacer. Fue un proceso largo, de varias generaciones, y no una rebelión juvenil lo que acabó con el poder de los ancianos en el mundo griego.

Con todo, los filósofos veían en la ancianidad una garantía de prudencia. Aristóteles, sostenía en la *Retórica* que «los jóvenes tienen fuertes pasiones y tienden a satisfacerlas... son apasionados e irascibles... Obligados por su sentimiento de honor, no pueden soportar el verse desdeñados... Aman muy poco el dinero, por no haber aprendido todavía lo que significa carecer de él... Tienen ideas exaltadas, porque no se han visto humillados por la vida ni han aprendido sus necesarias limitaciones... Sus vidas están reguladas más por el sentimiento moral que por la razón. Creen que lo saben todo y están siempre completamente seguros de todo. Esta es, en verdad, la causa de que todo lo exageren». Los viejos, en cambio, «a menudo han sido engañados y a menudo han cometido errores y para ello, en conjunto, la vida es un mal negocio. El resultado es que no están seguros de nada y se quedan cortos en todo. Su experiencia los hace desconfiados... Guían su vida demasiado por consideraciones de lo que es útil y demasiado poco por lo que es noble... carecen de confianza en el futuro, en parte debido a la experiencia, porque la mayoría de las cosas van mal, o, en todo caso, peor de lo que uno espera». Por esto, concluye, «la virtud descansa en el centro, entre el joven y el viejo, libre de los extremos de uno y otro». Esta virtud se alcanza por los «hombres en su plenitud». Ahí, Aristóteles difiere de Platón, quien, estima que los gobernantes de la ciudad ideal deben escogerse entre los ancianos, y de entre estos, los filósofos. Para él, «la ancianidad es mucho más respetable que la juventud a los ojos de los dioses». La vejez proporciona clarividencia, como se ve en la leyenda de Tiresias, anciano, ciego y dotado por Zeus del don de la profecía. Esta relación entre ceguera, edad e inspiración es frecuente. Homero, probablemente un personaje legendario, poseía las tres cosas.

El miedo a la decrepitud es fuerte, especialmente entre los griegos, aficionados a juegos y concursos olímpicos. Existían numerosas fuentes de juventud con santuarios para cuidarlas. Había sobre esto leyendas irónicas: Titonio recibió de los dioses el don de la inmortalidad, pero no el de la juventud; su esposa lo torturaba con sus esfuerzos para darle energías, hasta que los dioses, apiadándose de él, lo convirtieron en cigarra.

El lenguaje es a veces revelador. *Gero, gero,* significa a la par ancianidad y honores. Los amantes desdeñados cantan, si son poe-

tas, la decadencia física futura de quienes los despreciaron. Algunos, como Anacreonte, ensalzan los placeres de la vejez, (vivir entre riquezas y criados, comer y disfrutar de cosas bellas). Pero no todo era tan simple. Jenofonte exclamaba: «¿Cuándo respetarán los atenienses a sus ancianos, como hacen los lacedomonios? Los atenienses empiezan a despreciarlos en la persona de sus padres». «Los viejos han vivido demasiado, la edad los aplasta» dice Eurípides en su *Alceste*. Aristófanes utiliza a los viejos como personajes cómicos, pero toma partido contra los jóvenes en *Los arcanios*, donde habla de algo que ya no dejará de aparecer en la literatura: la lubricidad de los viejos. En cambio, en *Lisístrata* señala algo que se olvida a menudo: los viejos están por la guerra y las mujeres en contra de ella. Los satíricos se burlan de las viejas que tratan de seducir; Luciano es especialmente cruel con ellas.

En suma, podría decirse que con la prosperidad, el refinamiento cultural y la ampliación de la democracia, la vejez pierde terreno en la consideración social de los griegos.

### *Los romanos*

Un investigador ha calculado por medio de las estelas funerarias que por cada 1.000 muertos romanos de más de 15 años de edad, dos eran nonagenarios.[1]

En épocas posteriores, para mandar al diablo a alguien, solía decirse que se le enviaba *ad pontes*, es decir, al puente desde el cual, en épocas pretéritas, se precipitaba a los ancianos a las aguas del Tíber. Claro que los viejos de clanes o familias ricas probablemente no sufrían esta suerte. El Senado estaba compuesto de patricios —jefes de familias acaudaladas, propietarias de tierras—, que hubieran sido magistrados. Ser senador era, pues, la culminación de una actividad de gobernantes. Los senadores eran en su mayoría viejos. Era una disposición para dar al Senado la experiencia de quienes habían ya ocupado otros cargos públicos y, a la vez, un retiro que dejara libres para los hombres maduros aquellos cargos. Pero el resultado fue que los ancianos dominaron el organismo supremo de gobierno.

Ese poder de los viejos se basaba en los valores de una sociedad rural que practicaba el culto a los antepasados —los dioses lares—

1. Walter F. Willcox: «The Length of Life in the Early Roman Empire», en *Démographie historique*. París, 1938, pág. 11-15.

y que consideraba como máxima virtud la *pietas*, la lealtad al patriarca, los magistrados, el país. El *pater familias* tenía un poder casi absoluto; podía castigar, vender o matar a los componentes de su familia. Al hijo que golpeaba a su padre, se le condenaba a muerte. Para casarse se requería el consentimiento no sólo del padre, sino también del miembro más anciano de la familia.

La sociedad fue cambiando con la expansión. Cuando el poder de los viejos se desvaneció, con el imperio (la mayoría de los emperadores fueron jóvenes y no llegaron a envejecer), la expansión se aceleró. El poder del Senado y del padre menguaron al mismo tiempo. Se reconoció a la madre un poder igual al del padre sobre los hijos, la familia se redujo, se volvió nuclear en las ciudades. Esta evolución tuvo por efecto, a juzgar por la literatura, una suavización de las relaciones entre generaciones. Los hijos llegaron a ser los que realmente mandaban en el hogar.[1]

No hay legados ni instituciones que se ocupen de los ancianos. La indiferencia privada y pública eran de rigor. Es posible que el problema del viejo sólo, si existía, se encontrara aliviado por los gremios o corporaciones, que se parecían a las mutualidades.[2] Para el esclavo se instituyó el peculio, cuenta en la cual se depositaban los premios que recibía por su productividad y buena conducta y que garantizaba que no huyera (de hacerlo, perdía el peculio) y pudiera comprarse su manumisión al llegar a viejo.

Dos personajes simbolizan la evolución de la condición del viejo en Roma. Catón, ascético, duro, moralizante, se opuso a la influencia griega y se mostró implacable en la prosecución de la ganancia. Su ancianidad, rodeado de respeto y temor, caracteriza la época en que la vejez daba poder. Cicerón, ya muy influido por los griegos, conservador, enemigo de la tiranía, orador, escribió un ensayo, *De Senectute*, en que elogia a la vejez como suma de todas las virtudes y trata de consolar por la decadencia física. «El viejo», dice, «planta sus árboles para servir a una raza por venir», lo que permite esperar la muerte con serenidad. Pero no todos lo veían con tanta complacencia como Cicerón a los 63 años. Plauto y Terencio ridiculizan en sus comedias a los viejos por su autoridad y a las ancianas por su persistencia en querer seguir seduciendo.

Otro estoico sostiene la misma posición que Cicerón. Séneca,

1. Jérôme Carcopino: *La vie quotidienne à Rome à l'apogée de l'Empire.* París, 1939, págs. 97 y sig.

2. Frank Frost Abbot: *The Common People of Ancient Rome.* Chantaqua, NY 1921, págs. 222 y sig.

a los 61 años, esperando la muerte, desea que la vejez recobre su poder y, para justificarlo, hace su apología. Los poetas —Ovidio, Horacio, Propercio y otros— ven, en cambio, en la vejez una fuerza destructora. Juvenal se burla de quienes rezan para vivir largo tiempo, porque, dice, la vejez es la peor desgracia que puede acontecer al hombre.

Tal vez resulta difícil querer o respetar a los viejos, que tiranizan a los jóvenes, bloquean el ascenso de los adultos, se oponen a los cambios y son una carga para todos. Pero, al mismo tiempo, estas reacciones contradecían a los valores vigentes, y acaso por esto, nunca desapareció el culto a los antepasados, hasta que el cristianismo lo sublimó en el culto a los santos. Los antepasados, evidentemente, no eran forzosamente viejos, pero su existencia legendaria hacía que se les identificara con la ancianidad. Parte de este culto es lo que los supervivientes hacen para facilitar el tránsito al más allá de los muertos: momificarlos, enterrarlos con joyas y pertenencias, organizar en su honor juegos y ceremonias, rezar por ellos. Otro aspecto es el altar de los lares o manes, que persistió en las familias cuando ya había desaparecido de los clanes. En toda casa romana había un rincón consagrado a los antepasados. Se creía en la inmortalidad del alma y se temía que, de no apaciguarlos con ceremonias, los muertos se vengaran del olvido en que se les tuviera. Se celebraban fiestas en su honor —las parentalia y feralia—. En Roma se inició la costumbre de comprar lotes de terreno para asegurarse una tumba. Este culto fue menos refinado allí donde la cultura latina se mezclaba con la autóctona (Hispania, Galia, Dacia, etc.). En las provincias, la pérdida de autoridad del padre nunca llegó a ser tan general como en Roma, pues en ellas la vida rural tenía más peso que la urbana. Y como la vida municipal de provincias era más autónoma, los viejos, que ejercían en ella cierta influencia, conservaron más poder. El culto a los antepasados decayó con la desintegración del imperio y la expansión del cristianismo. No se encuentra ya apenas en Bizancio, donde la edad nunca tuvo la importancia política que tuvieron en Grecia y Roma. En latín, Senado deriva de *senior*, anciano, pero en Constantinopla no se llama *gerusia*, sino asamblea o *sugkeltos*. Los viejos no formaban parte de ella como tales, sino por pertenecer a alguna de las clases senatoriales. Se era senador por haber ocupado determinados cargos; ahora bien, estos cargos eran de los que suelen obtenerse ya en la madurez, de modo que había muchos ancianos en la asamblea. Pero ésta tenía escasa influencia.[1]

1. Steven Runciman: *Byzantine Civilization*. Nueva York, 1936, pág. 60.

La burocracia era poderosa. En ella se ascendía más por antigüedad que por méritos o favoritismo, lo cual determinaba que en los altos cargos hubiera muchos viejos. Lo mismo ocurría en el comercio, especialmente en las empresas grandes.

La legislación de Justiniano limitó los derechos de los padres, pero les reconocía el de ser sostenidos por sus hijos. Pese a esto, se fundaron asilos para viejos, los primeros de la historia occidental, lo cual indica que esas leyes no se cumplían.[1]

Con el poder absoluto del basileus y de la burocracia, había poca política. Su lugar lo ocupaban las disputas entre las distintas sectas cristianas. Entre los perseguidos, lapidados, encarcelados o exiliados abundaron los ancianos, tan apasionados por sus dogmas como los jóvenes.

## 6. EN LA EDAD MEDIA

En realidad, hubo dos Edades Medias. Una es la del desarrollo del feudalismo, con servidumbre rígida, ciudades pequeñas y reyes débiles. La otra, es la de la desintegración del sistema feudal, crecimiento de las ciudades, su burguesía y su artesanado y del poder de los reyes. Y con el mejoramiento de la condición servil gracias, sobre todo, a los efectos de la «muerte negra»; es la época en que surgen herejías y rebeliones campesinas y urbanas, se desarrollan las lenguas romances y se inicia el capitalismo moderno.

### *El cristianismo*

En las primitivas comunidades cristianas la religión ocupaba un lugar secundario respecto a lo fundamental, es decir, la comunicación de los miembros entre sí y la conducción de la vida de acuerdo con los principios morales derivados de las enseñanzas del Cristo. No había en esas primitivas comunidades autoridad ni disciplina. Se centraban en el ágape, la comida en común. Los obispos y diáconos eran consejeros elegidos, pero sin autoridad.

Entre los componentes de esas comunidades no debían haber muchos viejos, puesto que el cristianismo rompía con los modelos tradicionales. Tal vez los hubo entre los esclavos cristianos. Esas co-

1. N.H. Baynes: *El imperio bizantino.* México, DF, 1951, pág. 167.

munidades debían proporcionar a los pocos viejos que hubiera en ellas el calor y hasta los cuidados que no encontraban entre los demás esclavos o en las familias. Fue cuando los jóvenes cristianos llegaron a la madurez que comenzaron las disputas teológicas y se pasó de la moral al dogma, con la época de la patrística.

Hay que aguardar a la segunda o tercera generación de cristianos para hallar entre ellos a numerosos viejos. Los Padres de la Iglesia fueron ancianos o se acercaban a la vejez. La presencia de un alto porcentaje de viejos entre los obispos contribuyó poderosamente a la institucionalización de las comunidades cristianas y a que los ágapes se convirtieran en misas y el acto de compartir pan y vino en comunión. Los ancianos propiciaron también la creencia en la virginidad de María y la divinidad de Cristo. La avanzada edad de Papas y obispos no debió ser ajena a la facilidad con que aceptaron que Constantino, en el siglo IV, reconociera a la Iglesia y la convirtiera en religión de Estado. Estas son tendencias que, sin necesidad de intenciones turbias, aparecen en la vejez.

Los viejos, pues, debieron tener parte importante en lo que en la Edad Media las sectas heréticas llamaron la degeneración de la Iglesia y el apoderamiento de ella por el «espíritu diabólico» de la riqueza y el ansia de poder. Pero, al mismo tiempo, por la presencia de esos viejos en cargos influyentes, el cristianismo fomentó los lazos familiares —que necesariamente debían favorecer a los ancianos— y una actitud general de afecto y respeto hacia los viejos. Fueron las comunidades cristianas y luego la Iglesia las que por primera vez en la historia pensaron en los viejos como seres merecedores de atenciones especiales. Conventos y monasterios los acogían si estaban desvalidos o abandonados. En el siglo IV se fundaron los primeros asilos y hospitales. El estado de ánimo colectivo creado por la Iglesia, según el cual la caridad era un medio de ganar el cielo, si bien moralmente distaba de ser sano, en la práctica debió beneficiar a los viejos pobres.

Parece que en toda la Edad Media frailes y monjas alcanzaron bastante longevidad, tanto porque estaban más protegidos de los azares de una existencia brutal, como porque la comunidad los atendía mejor que podían hacerlo las familias, y no había entre ellos los excesos de vitalidad —comida, bebida, violencia— común entre los señores. Los enclaustrados se encontraban, de este modo, a salvo de varias de las causas de mortalidad que afectaban a los seglares.

Nos hallamos así ante una situación peculiar: las gentes que ejercían el poder —reyes, nobles— morían a menudo antes de llegar a la

vejez, mientras que sus consejeros y altos funcionarios —casi todos religiosos, por ser los únicos con cierta cultura libresca— eran gentes que aunque no necesariamente viejas, vivían en sus conventos en contacto con viejos. Independientemente de la edad de los Papas, que solían ser viejos, porque los conclaves no elegían a hombres con muchos años por delante, la Iglesia era una institución dirigida por viejos.

En sus comienzos, la Iglesia consiguió que se prohibiera el infanticidio y se opuso a la esclavitud (pero no logró su abolición). La contemporización, propia de ancianos, hizo que la Iglesia no rompiera con la cultura greco-romana, contra la cual se alzaban las comunidades cristianas primitivas. La pureza se perdió con los viejos, pero se ganó con ellos un papel no previsto: el de salvador y transmisor de parte de la cultura clásica.

San Isidoro de Sevilla dividía la vida en siete edades: la adulta iba de los 35 a los 45 años; luego venía la senectud y finalmente la ancianidad, a partir de los 65, en la cual «el cuerpo se encoge, la mente también y se empieza a chochear». Isidoro vivió 75 años.

## *Los pueblos germanos*

Varias de las tribus germanas que acabaron con el Imperio romano habían practicado la eliminación de los ancianos. En la leyenda de Parsifal, éste se felicitaba de no ser como los galeses, que sacan a sus padres enfermos de la cama «para evitarles la vergüenza de morir en el lecho» y que tienen una «maza sagrada» colgada en la puerta de la iglesia para que al llegar los padres a los 70 años, los hijos los desnuquen con ella.

En esos pueblos no debía haber muchos que llegaran a esa edad. La dureza de la existencia y del clima y el nomadismo, debieron acortar considerablemente la vida de quienes conseguían sobrevivir a las constantes luchas y guerras. Por eso, cuando sabemos que los consejos del rey (quien era elegido) estaban formados por nobles «envejecidos en las expediciones guerreras», suponemos que el envejecimiento debía ser, más que cronológico, en el sentido de acumulación de experiencia.[1]

En las mitologías germánicas, los dioses que matan a su padre son a su vez vencidos en batalla por sus descendientes, que los destruyen junto con el mundo, mientras unos pocos supervivientes en-

1. A. M. Poinsignon: *Les origines de la societé moderne*. París, 1856, pág. 71.

tre los hombres comienzan a repoblar la Tierra. El significado de la leyenda como reflejo de la historia es evidente: cuando un rey o consejo trataban de oponerse a los cambios-expediciones a nuevas tierras, por ejemplo, —una rebelión de los jóvenes los disponía—. Entre los esclavos, los cambios debieron ser pacíficos, porque su mitología nos presenta la substitución de dioses ancianos por jóvenes sin necesidad de combates.

En la literatura latina sobre los pueblos conquistados hay relatos de la eliminación de los viejos. Los galos mataban a los ancianos que lo pedían. Los hérulos, en cambio, no tenían en cuenta su voluntad. «La muerte por vejez era vergonzosa y quienes morían de viejos eran cubiertos de insultos por sus descendientes», cuenta Amiano Marcelino. Para ser respetado había que morir en combate. La edad significaba pérdida de valor para la sociedad bárbara. Esto se ve en la indemnización por la muerte de una persona. La ley visigoda establecía 60 sueldos de oro por la muerte de un niño de un año, 150 por la de un varón de 20 años, 300 por la de un adulto de 30, 200 por la de un hombre de más de 50 años y 100 por la de un anciano de más de 65 años. Para la mujer, la indemnización desciende mucho al llegar a la menopausia, cuando ya no puede procrear, pero luego baja poco, sin duda porque seguirá siendo útil en el hogar.

Para pasar de esta condición de inferioridad de los viejos entre los pueblos germánicos a la de respeto que se les reconoció en la Edad Media, fueron necesarios varios factores: la influencia del cristianismo, la mejora del nivel de vida de los germanos en las tierras que conquistaron, su paso al sedentarismo y, finalmente, la disminución relativa de luchas y guerras.

### *La demografía medieval*

La demografía medieval es incierta, pues se basa en el azar del hallazgo de documentos. Permite, con todo, llegar a algunas conclusiones. La primera es que la Edad Media fue un período joven. Hubo primero un descenso de la población y a partir del siglo XII un crecimiento que se detuvo bruscamente a causa de la «muerte negra» en el siglo XIV, y que se reanudó en el XV para no detenerse hasta hoy.

La muy alta mortalidad infantil debió endurecer los sentimientos respecto a la muerte. A juzgar por los monarcas (menos expuestos a una muerte prematura que sus súbditos), la longevidad era baja.

«Ese mundo, que se creía muy viejo, estaba de hecho dirigido por hombres jóvenes».[1]

Epidemias, hambres y luchas causaron muchas muertes prematuras y eliminaron a casi todos los viejos, dotados de menos resistencia física que los jóvenes. El regusto de provisionalidad que esto daba a la vida «fue sin duda una de las razones mayores de la inestabilidad de los sentimientos tan característica de la mentalidad de la era feudal, sobre todo en su primer período».[2] Sobrealimentación en los ricos y subalimentación en los demás, falta de higiene y miedo a lo sobrenatural (que acarrea neurosis), agravaron la situación.

El tiempo tenía una importancia distinta que para nosotros. Hasta el siglo XII no se generalizaron los relojes de arena o las velas medidoras de tiempo. Hasta entonces, no hay registros de nacimientos y defunciones. Mucha gente no sabe su edad real. De hecho, más que en otras épocas, la edad se cuenta por la capacidad de trabajar o guerrear, según se sea villano o señor. Para Gregorio de Tours, en el siglo VI, vivir hasta los setenta era tan excepcional que debía considerarse un milagro. En una necropolis del siglo VIII cercana a París, la edad de los adultos muertos se sitúa entre los 19 y los 20 años; en un cementerio de Lyon, tres siglos más tarde, todas las lápidas indican que la muerte ocurrió antes de los sesenta. Una densidad de población de 9 a 12 habitantes por kilómetro cuadrado era frecuente y la de 20 se daba sólo en regiones con ciudades. Éstas no empezaron a crecer hasta el siglo XII y sólo en el XIV las hubo que rebasaron los 20.000 habitantes. Dada la baja productividad agraria, esas cifras podían considerarse superpoblación y de ahí que los jóvenes se marcharan a poblar las tierras del Este; esta emigración en masa hizo envejecer la población de Europa Occidental.[3] Nadie se asombró de ver a Carlos V gobernar a Francia a los 17 años (en 1356) y fallecer a los 42 años con la reputación de viejo prudente. Una tercera parte de los niños morían antes de cumplir el año y la mitad de los que pasaban de esa edad no alcanzaban los 15 años.

Pese a sus hábitos gastronómicos, las gentes privilegiadas vivían algo más que las desposeídas, porque sus guerreros las protegían contra el bandolerismo y las cuadrillas de desertores y miserables

1. Marc Bloch: *La societé feodale*. París, 1968, pág. 116.
2. Bloch: *Op. cit.* pág. 118.
3. Guy Fourquin: *Histoire économique de l'Occident Medieval*. París, 1969. págs. 56 y 176.

que recorrían los campos pero no asaltaban los castillos; podían vestirse y calentarse mejor en invierno y aunque la higiene fuese muy primaria, había más en un castillo o una vivienda urbana que en una choza de siervo de la gleba. La poca medicina disponible, estaba más al alcance de los ricos que del pueblo llano, si bien éste disponía del saber popular de curanderos y brujos (no se olvide que éstos no fueron considerados aliados del diablo hasta comienzos de la edad moderna). Era más fácil sostener con cierta comodidad y ocio a los ancianos en una familia rica, que podía darles cuidados, que en una pobre, donde la atención a los viejos quitaba tiempo a las labores cotidianas ineludibles.

Agravaba la vejez la ausencia de medios para corregir ciertos signos de decadencia física (sordera, pérdida de vista, pérdida de dentadura), que ya desde finales de la Edad Media comenzaron a subsanarse, aunque por procedimientos muy primitivos (dentaduras de madera, por ejemplo). Así se parecía viejo antes de serlo (sobre todo por las consecuencias en todo el organismo de las afecciones dentales).

*Una situación ambigua*

La sociedad feudal atribuía la soberanía al señor de la tierra —señor por sus títulos, por pertenecer a una familia noble—. La edad no tenía nada que ver con esto. La niñez no sustraía nada a la soberanía, ni la ancianidad le agregaba nada. No había consejos de ancianos.

Cuando entre los germanos los nobles elegían al jefe de la tribu o rey, no se tomaba en cuenta la edad (o, en todo caso, para eliminar a candidatos demasiado viejos). Sólo al volverse sedentarios empezaron a permitir que el trono o jefatura se heredara. Esto no quita que en las costumbres hubiera signos externos de respeto y acatamiento. El culto de los santos substituyó al de los antepasados, pero los hijos de los muertos debían pagar misas por el alma de los difuntos y hacer actos de contrición por ellos. Así, en el país de Gales, donde había la substitución en los casos de delito, los hijos de un muerto pagaban a un pobre diablo cualquiera, al que llamaban *sineater* (comedor de pecados), para que tomara sobre sí los pecados del difunto; el precio (en dinero y alimentos) era objeto de agrias disputas y dependía de lo pecadora que hubiese sido la vida del difunto. En Irlanda se consideraba nulo todo contrato firmado por una persona cuyo padre estuviera vivo; el padre debía

firmarlo independientemente de la edad del hijo, a menos que éste se hubiese comprometido a sostener a su padre anciano. Como se ve, se trataba de un arma de los padres para obligar a sus descendientes a mantenerlos, lo que indica que no siempre lo hacían de buena gana. En Francia, a la muerte del padre se cubrían con trapos negros las colmenas y se ponía un lazo negro en torno al cuello del carnero padre del rebaño del difunto, si lo tenía. Costumbres distintas, pero de idéntico significado existen en todas partes.

Ya se ha dicho que el mundo medieval estuvo gobernado por los jóvenes. La experiencia tenía sólo valor en cuanto era parte de la lucha violenta y a ésta podían dedicarse los no viejos. Chindasvinto entre los visigodos y Carlomagno entre los francos fueron excepciones (el primero fue elegido a los 79 años y el segundo reinó hasta los 72). Se les recordó entonces, más por su edad que por cuanto hicieron. Pero la eficacia de sus reinados probaba que la experiencia podía ser un buen factor de gobierno. Mas los nobles no eran entusiastas del buen gobierno; cuánto mejor fuera, peor les iba a ellos. Entre los Papas, el que realmente organizó la Iglesia, Gregorio I, fue elegido a los 50 años y murió a los 64. Ahí también la vejez fue fructífera. En cambio los hubo elegidos apenas adolescentes (Juan XII a los 16 años, Gregorio V a los 23 y Benedicto IX a los 12), porque eran hijos de familias nobles romanas que codiciaban el poder y las riquezas del papado.

Cuando los señoríos empezaron a hacerse hereditarios, el señor puede esperar la vejez —si la violencia le permite alcanzarla— con mayor tranquilidad, porque el no ser capaz de ir a la lucha ya no es motivo de que se le substituya. Pero, ¿y los vasallos? Además de trabajo y otras prestaciones, deben a su señor servicio de armas. Cuando por su edad, no puede llevarlas o trabajar, el señor se desentiende de ellos. Es la familia inmediata quien los sostiene. Ni siquiera son útiles los viejos entre los mercaderes, pues estos suelen ir de ciudad en ciudad en caravanas armadas, para vender productos de los artesanos. Entre estos, el viejo trabaja mientras puede, no hay edad límite, y cuando ya no produce, la familia lo mantiene.

En el campo, entre los siervos y los campesinos libres, era común que cuando el padre no podía ya trabajar, dejara sus bienes al hijo mayor, que entonces se casaba —sus hermanos menores, si estaban en edad, se casaban antes, porque no debiendo heredar, esperar no tenía sentido—. El nuevo dueño se instalaba en el lecho de sus padres y éstos se mudaban a otro, la cocina o el establo. El trato que se les daba no debía ser muy bueno, pues la leyenda del

rey Lear fue muy popular antes de que la dramatizara Shakespeare, probablemente porque reflejaba una realidad cotidiana.

¿Qué ocurría con los viejos sin hijos o cuyos hijos se habían marchado del hogar? Los monasterios tenían enfermerías a las cuales, además de acudir los enfermos, iban los viejos solos. Los gremios urbanos se ocupaban de los ancianos sin familia pertenecientes a ellos. Para los restantes, la mendicidad era la solución, en una época en que los mendigos eran respetados y socorridos, pero esto constituía una existencia dura, que sin duda acortaba lo que les quedara de vida.

En un único caso, en Europa, los viejos tuvieron poder: en Venecia, donde los jefes de las familias patricias elegían al Dogo. Salvo una vez, siempre se seleccionó a ancianos, porque se les consideraba incapaces de mandar efectivamente y así las familias nobles gobernaban a través suyo.

Incluso en los rituales cristianos se encuentra la supremacía de los jóvenes. La Iglesia gira en torno a Cristo y no a Dios padre. La religión medieval es, en cierto modo, la victoria del hijo sobre el padre. La Iglesia se llamaba «cuerpo de Cristo» y no cuerpo de Dios. El Padre Eterno se representa como un anciano de luengas barbas, que, a los ojos de los fieles, había delegado su poder en su hijo, igual que se hacía en las familias. A la misma Virgen, casi nunca se la representa como una anciana.

En los movimientos heréticos, tan abundantes en la Edad Media, los ancianos no ocupan un lugar importante. En general, los fundan jóvenes —lo mismo que ocurre con las nuevas órdenes religiosas—. Pocos debieron hacerse heréticos ya en edad avanzada, porque ésta no es la más propicia para rebelarse y tampoco para lanzarse al proselitismo. La dirección de las sectas estaba en manos de adultos y a menudo de mujeres. Pero entre los heréticos el respeto por los viejos era más real, más profundo que entre los cristianos ortodoxos, posiblemente como reacción a la negligencia de éstos.

Cuando los artesanos, los burgueses o los campesinos se sublevan, los viejos suelen quedar al margen. No hay jefes rebeldes viejos. Únicamente en la alta burguesía, en las familias patricias, los viejos, al abandonar los negocios a sus hijos, pasan a ocupar cargos en el gobierno municipal (mejor dicho, se eligen los concejales entre hombres viejos pero de cabeza clara). Esto, junto con sus intereses inmediatos, determina que el patriciado tome poca parte en las protestas burguesas medievales. Los patricios a menudo son aliados de los señores y sólo si los artesanos y mercaderes les obligan

se ponen al lado del rey contra la nobleza. Por esto, cuando la presión popular se endurece, los reyes suelen conceder a mercaderes y artesanos el voto municipal y esto, a su vez, determina que los patricios tiendan a nombrar para representarlos, no ya a viejos, como cuando tenían el monopolio del poder municipal, sino a adultos más combativos y más dispuestos a aceptar cambios. Los gremios —especialmente los italianos— nombran a su jefe *(podestá)* para mandatos breves lo que permite que con frecuencia elijan a viejos experimentados hasta el punto de que a los presidentes de los gremios italianos se les llama *anziani.*

*La senectud*

Los romanos llamaban *senex* a quienes rebasaban la sesentena. En su lenguaje militar, el *senior* era el hombre de 45 a 60 años que seguía sujeto al deber de empuñar las armas si lo llamaban. El concepto de «senectud» indica tanto la avanzada edad del hombre como su madurez de juicio.[1]

Aunque los ancianos no tuvieran poder en cuanto tales, y en el pueblo a veces se les tratara con dureza (pero esto dependía tanto del temperamento individual de los hijos como de los valores de la sociedad), la Edad Media mostró respeto por el *senex*. La Iglesia —y en especial la orden fundada por San Benito— hizo del *senex* el ideal del hombre religioso. El Papa Gregorio I, al escribir la vida de ese santo, afirmó que «desde su juventud, su corazón latió siempre como el de un anciano». Siglos más tarde, en el XIII, un judío catalán, Jefuda Gresques, sostenía que «los buenos jóvenes son aquellos que parecen viejos». El papa Borja le reprochaba a su hijo César sus extravagancias y le decía en su lengua natal: *Fes que et portes no com a jove, sino com a vell* («Condúcete no como joven, sino como viejo»).

La aristocracia tiene de sí misma una visión de *senex*, puesto que el noble dispone de una experiencia acumulada por las generaciones y las tradiciones. «El carácter y la concepción del mundo de los nobles son siempre conservadores; grandes y heroicos a veces, pero estancados y unilaterales; su espíritu, mecido en una seguridad sosegada, se contenta con asimilarse y dominar los valores transmitidos por la tradición. Las dudas, los problemas angustio-

1. Johannes Bühler: *Vida y cultura en la Edad Media.* México DF, 1946, pág. 79.

sos y el afán de seguir los caminos nuevos son, por lo general, ajenos a la mentalidad y al modo de sentir de la aristocracia», escribió Bühler.

Tal vez por esto «raramente se encontrará a un viejo que no se case con una muchacha», decía el autor anónimo de *Le ménager de Paris*, que escribió este libro en 1932, a los 60 años, para la instrucción de su joven esposa.

Este concepto de senectud como sinónimo de prudencia y sabiduría es evidente, sobre todo, en la vida intelectual. La longevidad de los intelectuales medievales —como la de los de cualquier otra época— tendía a ser superior a la de las personas dedicadas a labores manuales. Aunque muchos comenzaron de estudiantes con los excesos, pobreza y riñas que caracterizaron la vida universitaria medieval, no pocos llegaron a viejos. Gran parte de los profesores eran hombres maduros, pero no tenían su cargo por la edad, puesto que en realidad los nombraban los propios estudiantes.[1] En el siglo XIII se establece en la mayoría de las universidades que para obtener un título hay que haber cumplido los 21 años (y los 35 para enseñar teología). Muchos profesores comenzaron jóvenes, y llegaron a viejos en sus cátedras. No había jubilación; se dejaba de enseñar cuando los estudiantes dejaban de inscribirse en sus cursos —cosa que hacían directamente con el profesor y pagándole individualmente sus honorarios—. Los maestros de escuela (todos religiosos) son novicios o viejos; éstos, porque por su edad no pueden resistir los rigores del trabajo monacal. Muchos curas viejos suelen dejar el cuidado de la parroquia a un vicario y se ocupan de la escuela o de enseñar al hijo de algún señor o mercader rico.

A los juglares y trovadores, se les paga mal y se les admira. Algunos señores y burgueses instalan en sus mansiones a un trovador, y como los poetas ambulantes tienen fama de que con el cuento del «amor cortés» consuelan a esposas negligidas y a las doncellas impacientes, muchos prefieren tener en su casa a un viejo, por considerarlo incapaz de estas labores extrapoéticas.

Otro tipo de intelectual es el alquimista, a cuya actividad se debieron no pocos avances científicos. Para el vulgo, es un viejo obsesionado por el deseo de transmutar los metales viles en oro o de encontrar el elixir de larga vida. Los pintores de épocas posteriores los representaron con largas barbas, cabello hirsuto, ojos iluminados, del mismo modo que los monjes fueron representados como ancianos venerables. La imagen es falsa, pues muchos se entrega-

1. Víctor Alba: *Historia social de la juventud.* Barcelona, 1975, cap. 9.

ban a la alquimia o al estudio en la juventud. Pero es posible que, siendo ambas cosas a la vez obsesión y tensión, y poco expuestas a los riesgos físicos habituales, no pocos de sus cultivadores llegaron a viejos, como ocurría también con los astrólogos. La creencia de que los alquimistas hacían pactos con el diablo para llegar a viejos estaba generalizada; en todo caso, el diablo no debió cumplir nunca, pues no se descubrió el elixir de larga vida. Pero el hecho de que se dedicaran tantos esfuerzos a buscarlo y también a buscar las fuentes de la juventud que las leyendas colocaban en distintos lugares, indica cuan poderoso era el deseo de prolongar la vida por medios sobrenaturales en una sociedad con escasas posibilidades de lograrlo con medios naturales.

La brujería, que era a la par medicina, psicoterapia y esperanza de alargar la vida por medios mágicos, estaba muy extendida. Para ciertas mujeres muy intuitivas, fue un medio de rebelarse contra la condición femenina. Para ciertos viejos, debió ser un medio de seguir siendo respetados y hasta temidos, cuando por su edad deberían encontrarse arrinconados. La edad era importante, porque daba tiempo de aprender no sólo encantamientos, sino usos de hierbas medicinales, alucinógenas, modos de combatir afecciones, etc. El pueblo imaginaba a las brujas viejas y feas, pero capaces de transformarse en jóvenes y hermosas para seducir a quienes querían entregar al diablo. Es curioso que a éste no se le presentaba como viejo, sino como joven o adulto. La brujería no fue apenas perseguida en la Edad Media; sólo cuando la medicina ha progresado algo y los médicos forman una corporación cerrada, surge la histeria colectiva de los exorcismos, paralela a la de las posesiones, ya en el siglo XVII.

## *El respeto y la burla*

La situación social del viejo, como se dijo, es ambigua, objeto a la vez de respeto y de burla, sin poder y con influencia. La literatura nos da abundantes muestras de esto. En novelas y relatos abundan las referencias a lugares míticos donde no se envejece,[1] así como el tema de la danza de la muerte, que iguala a todos, ricos y pobres, poderosos y humildes. Es también frecuente la crítica de los jóvenes por los viejos, como la muy popular de Rogelio Wire-

1. Howard Rollin Patch: *El otro mundo en la literatura medieval.* México DF, 1956 pass.

ker, *Espejo de necios*, en la cual se dice que «chiquillos recién nacidos se creen más viejos que Néstor, más elocuentes que Cicerón, más sabios que Catón».[1] El joven ideal de Alain de Lille es aquél que «está dotado de los atributos de la ancianidad». Boecio simboliza la filosofía en una noble matrona «con inagotable vigor a pesar de su avanzadísima edad».

En la alta Edad Media pocas referencias hay a la vejez. Los héroes de los cantares de gesta son a veces longevos (Artús tiene más de cien años), pero su fuerza y actividad no los hace considerar viejos. Carlomagno, que fue realmente viejo, es ensalzado, no por su longevidad y prudencia, sino por su valor y fuerza, mientras que en algunos poemas que lo critican, inspirados por los señores, se le presenta como chocheante; la edad, en este caso, perjudica la imagen. En el romancero del Cid hallamos al padre viejo que pasa a su hijo la misión de vengar una ofensa, cosa que él, por su edad, ya no puede hacer; cuando el Cid corta la cabeza al ofensor, su padre lo sienta en el lugar de honor de la mesa familiar.

En el siglo XIII empiezan a menudear los lamentos sobre los achaques de la vejez. Se compara la vida a las cuatro estaciones del año. Una fábula cuenta que cuando Dios creó el mundo, dio a todos los seres vivientes treinta años de vida; el asno pidió que se le acortara de 18, el perro, de 12, y el mono, de 10; Dios accedió y acumuló estos años al hombre, que no había pedido nada. Así, después de vivir sus 30 años el hombre pasa los 18 del asno, trabajando, los 12 del perro, quejándose, y los 10 del mono, chocheando.

Las mujeres viejas son odiosas y en las fiestas populares las cosas desagradables se simbolizan con ancianas. La imagen de la vejez se prodiga en el arte, ya en series sobre las edades del hombre, ya en figuras bíblicas, ya en sátiras, y, también en las iluminaciones de los manuscritos. Los viejos aparecen ora como venerables, ora como figuras de risa. Los símbolos del tiempo —un viejo con un reloj de arena— y de la muerte —un viejo con una guadaña— se popularizan. No se olvide qué en el *Apocalipsis,* Cristo aparece rodeado de 24 ancianos vestidos de blanco y coronados de oro, y esta imagen pudo influir en la iconografía de una época propensa a imaginar el fin del mundo a la vuelta de la esquina.

Dante considera que a los 35 años comienza la decadencia del hombre. En el siglo XIV se ponen de moda los libros que adoctrinan a los viejos a prepararse para la muerte —entre otras cosas so-

1. Ernst Robert Curtius: *Literatura europea y Edad Media latina.* México DF, vol. I, pág. 149.

bre cómo hacer testamento—. Bocaccio, Chaucer y otros se burlan de los viejos, en especial de los que usan su riqueza y ladinería para procurarse mujeres jóvenes.

Entre el respeto y la mofa, la vejez no parece demasiado envidiable. La casi certidumbre de no llegar a ella se hace soportable gracias a la mentalidad comunitaria del hombre medieval, que piensa, más que en términos personales, en términos colectivos.

## 7. LAS REVOLUCIONES

El largo período entre el fin de la Edad Media y el comienzo de la revolución industrial está formado por una serie continua de cambios profundos, que desembocan en las revoluciones burguesas de Inglaterra, Estados Unidos y Francia. La Reforma y el Renacimiento luego el racionalismo preparan el cambio hacia ellas al individualizar a la persona humana y al someter a examen numerosas creencias anteriores. Se trata de distintas etapas de una misma revolución, caracterizada por el ascenso económico de la burguesía y finalmente por su toma del poder en países clave del mundo occidental. En otros, esto ocurre más tarde, en el siglo XIX y hasta en el XX.

Naturalmente, esta larga revolución afectó la condición social de los viejos.

### *Todo favorece a la vejez*

En ese período, es preciso señalar constantemente la diferencia de condición de los viejos según la clase social a la cual pertenezcan. Esta diferencia, desde luego, ha existido siempre, pero en ese período es más visible y no queda paliada por ninguna de las circunstancias que la suavizaban en el pasado.

Las condiciones de vida de las clases «inferiores» —artesanos, obreros, campesinos—, cambian mucho y con ello cambia la condición de los viejos en esas clases. Los valores sociales que determinan esa situación y que proceden de la burguesía en ascenso, se fueron uniformando con el tiempo, pero las posibilidades de aplicarlos en la realidad cotidiana eran muy distintas para una familia burguesa que para una obrera o campesina. Únicamente en los últimos cien años crecieron estas posibilidades para los desposeídos,

al mejorar su nivel de vida gracias a las luchas sociales y a la evolución general de la técnica y de la economía.

En conjunto, —y siempre recordando esas diferencias— puede afirmarse que todo, en esos siglos, favoreció a los viejos, tendió a darles, con el tiempo, más seguridad emocional y económica, —suponiendo que quepa separarlas—, más respetabilidad y hasta más poder. Esta evolución favorable a la vejez es mucho más rápida en las clases «altas» que en las medias y es lenta en las «bajas». Nada se hizo directamente para mejorar la situación de la vejez. Pero cuanto se hizo concurrió a que uno de los resultados fuera ese mejoramiento. En cierto modo, vejez y burguesía van constantemente acordes. Ya vimos que los viejos de la Edad Media mejor tratados eran los de las familias burguesas.

Los valores burgueses fueron generalizándose, poco a poco, al resto de la sociedad, a medida que los servicios y la experiencia de los viejos podían utilizarse por capas cada vez más extensas de la población. Al hacerse más compleja la vida, la experiencia es más necesaria, se convierte en un activo que la sociedad aprovecha y, en consecuencia, quienes pueden proporcionarla gozan de mayor consideración social. El Renacimiento, con su afirmación de la personalidad individual, da lugar a las primeras manifestaciones de esta nueva situación. El viejo empieza a verse como un individuo que ha acumulado saber, que ha llegado, por efecto del mayor tiempo vivido, a un grado mayor de «personalización». Como el buen *gentiluomo* y el sabio humanista han de estudiar mucho y conocer muchas cosas, el viejo cuenta con más posibilidades de destacar, en el mundillo del humanismo, que el joven o el adulto.

La Reforma, con su libre examen, acelera este proceso. Muchos de los místicos de esta época, tan abundante en ellos, son viejos; hasta podría suponerse que encuentran en el misticismo una compensación por las privaciones físicas impuestas por la edad.

Que esta tendencia coincida con los sentimientos y valores de la burguesía la favorece considerablemente. La favorecen también los progresos técnicos que, a partir de finales del siglo XVII, tienen lugar en la agricultura y que permiten la producción de más excedentes agrícolas que en el pasado y, por tanto, que crezca la población y aumenten las ciudades, que el lujo prolifere con el incremento del comercio, y que, por consiguiente, el sostenimiento de los viejos deje de ser una carga para la familia privilegiada y lo sea menor para la familia desposeída. Es ya posible respetar a los viejos sin tener que sufrir económicamente por ello.

La serie de avances científicos y técnicos conocidos por revolu-

ción industrial, desde mediados de siglo XVIII, se conjuga con el racionalismo de la misma época y crea condiciones muy favorables para el viejo. Su calidad de persona útil, prudente, experimentada se pone de relieve por lo que puede aportar al progreso general. Claro que esto es sólo posible en las clases privilegiadas, pues el maquinismo conduce, al mismo tiempo que a la prosperidad de la burguesía, a la formación del proletariado, que durante decenios vivirá en condiciones infrahumanas. Mas cuando, con sus luchas, empieza a salir del pozo de la miseria, en la segunda mitad del siglo XIX, puede absorber los valores de la burguesía, entre ellos el respeto por los viejos. Aunque en la familia obrera, que vive de la venta de su fuerza de trabajo, el viejo incapaz de trabajar no es útil (y mientras trabaja, cualquiera que sea su edad, no se le considera viejo), se le respeta y se le sostiene.

Nada de esto significa poder para los viejos, pero sí seguridad e influencia, utilidad y consideración, lo cual hará posible que, pasadas las revoluciones burguesas a los jóvenes envejezcan en el poder y que más y más el *establishment* de los países que han hecho su revolución burguesa envejezca y bloquee el ascenso de los jóvenes. Este triunfo no buscado de los viejos, que no obedece a leyes o decisiones, lleva incluido el germen del descontento que, con el tiempo, lo pondrá en peligro. Además, refleja un proceso social muy peculiar.

### *El envejecimiento de la sociedad*

Simultáneamente con la resolución agrícola hubo cierto progreso de la medicina. Esto, junto con el mejoramiento de la alimentación, de la sanidad de la vivienda y del cuidado de los enfermos, aumentó las posibilidades de vivir más tiempo que en el pasado. No fueron avances espectaculares ni lo fue tampoco el incremento de la esperanza de vida (de los 22 años bajo el Imperio romano a los 30 años en el siglo XVII). Había más viejos que en cualquier época anterior, con ser todavía pocos. Tener abuelos se hizo más corriente.

Esto, claro está, determinó un gradual envejecimiento de la población. Fue un proceso largo. En el Renacimiento, apenas era visible. El *Governo della famiglia,* de Pier Filippo de Pandolfini, nos presenta a un anciano que da consejos a sus dos hijos y tres nietos. Los exhorta al ahorro y a mantenerse alejados de la vida pública, —de la política, diríamos hoy—, y de los nobles, a los que nunca debe prestarse dinero. Alviso Cornaro, a los 83 años, escribió unos

*Discorsi della vita sobria,* en los cuales explica el modo de vida gracias al que llegó a edad tan povecta: dieta, ejercicio, lecturas, mucho dormir; a los 95 años, escribió otro libro vanagloriándose del éxito del primero, del cual él mismo era una prueba. Murió en 1565.[1] En su *Cortigiano,* Baldasare de Castiglione fija las muestras de respeto que el *gentiluomo* debe dedicar a los viejos: levantarse a su llegada, cederles el asiento, dejarlos hablar primero, no tratar de hacerles perder la fe o la confianza en lo que creen o piensen si no se dispone de algo mejor por ofrecerles.

Si bien algunos monarcas llegan a viejos (Felipe II de España a los 71 años), y algunos príncipes también (el duque Anne de Montmorency murió en combate a los 74), cuando Carlos V se retira, a los 55 años, se le considera ya un anciano.

En Alemania «los campesinos mueren sin haber utilizado jamás un remedio. Nadie piensa en el médico, porque está demasiado lejos y es demasiado caro». Por las estadísticas que se ha logrado recopilar a base de los registros parroquiales, parece que nacían más varones que hembras, pero que, como ahora, había más viudas que viudos. En Castilla —acaso por las guerras y la emigración a América— esta diferencia es más marcada que en otros países.[2]

La Reforma, en sus comienzos fue desfavorable para los viejos, pues provocó una serie de guerras de religión muy crueles, en las cuales perecieron cientos de miles de personas; como una gran parte de las muertes no eran en batalla, sino por hambre y enfermedad, muchos que normalmente hubieran podido vivir más, perecieron. Pero en cuanto terminó la violencia, la Reforma favoreció a los viejos en la medida en que favoreció el desarrollo del capitalismo. La doctrina calvinista de la predestinación veía en el éxito una prueba del favor divino; ¿qué mejor éxito que el vivir largos años? Los viejos, pues, eran distinguidos por la gracia.

En los países de Contrarreforma, las condiciones materiales cambiaron menos. Pero como en ellos se trataba de resistir a los cambios religiosos, los viejos adquirieron más autoridad por su aferramiento a las tradiciones, que eran una de las armas de la oposición al protestantismo. La literatura española, por ejemplo, está llena de viejos prudentes y venerados, de hombres de honor que peinan canas. El Pedro Crespo de *El alcalde de Zalamea* es un anciano.

Montaigne, que murió a los 59 años, sostiene en varios de sus

1. J. Burckhardt: *La cultura del Renacimiento,* México DF, 1956, pág. 499.
2. F. Braudel: *Civilisation materiélle et capitalisme.* París, 1967, págs. 67-68.

ensayos que el sufrimiento es sólo imaginación y, en todo caso, pasajero, pues la muerte libra de él. Pero ridiculiza a la vejez: es injusto llamar a los cargos y honores únicamente a los ancianos, que no pueden disfrutar de éstos ni cumplir bien con aquéllos. «El mucho vivir y el poco vivir son idénticos ante la muerte... Tengo por probado que mi espíritu y mi cuerpo han retrocedido más que avanzado desde que pasé de aquella edad [20 años]».[1]

Por motivos distintos, pues, el Renacimiento, la Reforma y la Contrarreforma fomentaron un mayor respeto a los viejos, les dieron más autoridad y, a la larga, ayudaron a crear las condiciones que, a partir del siglo XVIII, harían aumentar la esperanza de vida y envejecer la población de Europa.

### *El capitalismo y la vejez*

En los siglos XVII y XVIII la burguesía va imponiendo sus valores, entre los cuales están la autoridad del padre y el respeto a la vejez. Allí donde la Reforma triunfó y la burguesía prosperó, adoptó las formas económicas que hoy llamamos capitalistas, y el aumento de producción fue seguido por un aumento de población. Los viejos, dejaron de ser una carga. Pero allí donde triunfó la Contrarreforma, la burguesía decreció, la aristocracia siguió predominando, no hubo apenas aumento de la producción y en consecuencia los viejos continuaron siendo una carga, que se hizo más pesada a medida que crecían la población y la longevidad. El respeto a los viejos debió ser materialmente más difícil por cuanto entrañaba proporcionarles seguridad económica, cosa que las condiciones hacían más penosa que allí donde el capitalismo se desarrollaba. Pero el impulso hacia ese respeto se había dado antes de que la situación económica empeorara y por tanto la gente aceptaba los sacrificios económicos que implicaba. Recordemos que en esos países el aumento de longevidad fue más lento y, por consiguiente, el porcentaje de viejos que los no viejos debían sostener era menor.[2]

A pesar de que el aumento de población estaba en parte contrarrestado por las malas condiciones sanitarias de las ciudades, agravadas por el rápido crecimiento urbano, andando el tiempo, aún

1. Michel de Montaigne. *Essais.* Libro I, caps. LVII y XX.

2. F. Braudel: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo.* México DF, 1953. vol. I, págs. 375 y sig.

persistiéndose en la gastronomía desorbitada (tanto que el pedo y el eructo se aceptaban como normales en torno a la mesa), las condiciones de higiene, vivienda y urbanismo mejoraron algo para las clases privilegiadas, y entonces se hicieron sentir los efectos demográficos ya apuntados de los progresos médicos.

En una empresa capitalista, la presencia de viejos da un sentido de continuidad que es, frente a la larga tradición de la aristocracia, una especie distinta de carta de nobleza. Hacia 1700 empiezan a ponerse en las fachadas de las tiendas y negocios carteles con la mención: «fundado en ...». Este sentido de continuidad no es solamente cuestión de prestigio, sino también de economía, puesto que refuerza el crédito, da la impresión de solvencia y acumula en una empresa los progresos técnicos y los secretos de fabricación que dan calidad e identidad a sus productos. Entre los artesanos, la continuidad, al pasarse el oficio de padres a hijos, es también importante, y ello contribuye a que la presencia de viejos, incluso cuando ya no pueden trabajar, sea importante y a veces ayude a resolver problemas técnicos.

El lujo fue una de las consecuencias del ascenso del capitalismo. Debió favorecer a los viejos, pues gastar en ellos, rodearlos de criados y atenciones eran manifestaciones de lujo que realzaban el prestigio de la familia burguesa. Claro que el lujo no era general ni siquiera en la burguesía. Para ciertas familias puritanas y la clase media, el lujo consistía en ahorrar y capitalizar. Era sobre todo la burguesía relacionada con el Estado y a través de él con la nobleza, la que hacía ostentación de riqueza.[1]

El capitalismo, para expandirse y sostener el lujo, necesitaba materias primas baratas, que obtenía en las colonias, y mano de obra barata, que obtenía sobre todo de los campesinos trasplantandos a las manufacturadoras. En esta mano de obra, los viejos constituían una carga, no pocos se encontraban abandonados y no eran raros los casos de familias que echaban de su lado a los viejos que no podían trabajar. Fueron bastantes en esta situación para que plantearan un problema.

Cuanto contribuyera a producir beneficios debía fomentarse; de ahí que los viejos, mientras pudieran trabajar —es decir, ayudar a hacer dinero para quienes los empleaban— resultaran respetables. Pero en cuanto el viejo no burgués dejaba de ser productivo, ya no tenía ningún valor. No era posible volver a la costumbre primitiva de su eliminación. La «solución» fue dejarlos por los caminos y

1. Werner Sombart: *Lujo y capitalismo.* Madrid, 1951, passim.

las calles, mendigando. Pero esto hacía recaer sobre un solo grupo, el de los acomodados, el costo de esta «solución». Cuando el número de viejos pobres abandonados creció, la «solución» resultó onerosa y, además, peligrosa, pues se formaban bandas de vagabundos y mendigos que robaban y agredían, a las que podían unirse hombres en edad de trabajar, con lo que crecía su agresividad y disminuía la mano de obra disponible. Esto ya no era cuestión de caridad. La sociedad entera debía solucionar el problema y pagar por ello.

Las masas de pobres son mudas, porque siendo casi todos sus componentes analfabetos y viviendo una existencia infrahumana, con jornadas de trabajo de 14 y 16 horas, no encuentran manera de expresarse. Esta mudez, ese alejamiento del modo de vida «normal», hace que la sociedad tema a los pobres, a quienes su misma pobreza libera de muchas de las inhibiciones que la sociedad impone a la conducta de quienes, aun no siendo ricos, se sienten integrados en ella.

A finales del siglo XVII había en Inglaterra unos 30.000 vagabundos, mendigos y ladrones y unos 40.000 indigentes con residencia fija. En el siglo XVIII, en Francia, se considera pobre toda persona con ingresos por debajo de una determinada cifra (435 libras anuales) o que no puede consumir más allá de una cantidad dada de cereales.[1] El pobre es pues, una persona marginada por la sociedad o que se margina a sí misma. En la Edad Media, la sociedad no margina a los pobres, sino que los acepta y ayuda, por influencia de las prédicas religiosas y también por conveniencia, pues de artesano para abajo nadie está seguro de no acabar algún día en mendigo.

En la Edad Moderna desaparece esta tolerancia social. Se ve en el mendigo a un espía enemigo, un propagador de herejías o de epidemias, un ladrón. Durante la peste de 1649, los pobres de Nimes se refugian en la Arena y los albañiles tapian las puertas, dejando sólo un hueco por el cual les entran alimentos.

No hay rebeliones de pobres, pero están presentes en las «emociones populares», insurrecciones, alzamientos, revoluciones. A la hora de la represión, reciben castigos más duros, pues no tienen donde ocultarse y no son necesarios para la producción. Después de las rebeliones por la carestía —las más frecuentes— encontramos una fuerte proporción de mujeres y de viejos en las listas de los ahorcados.

1. Jean-Pierre Gutton: *La societé et les pauvres en Europe.* París, 1974, pág. 6.

En el siglo XVI, los gobiernos deciden que cada municipio sea responsable de sus pobres. Entonces, los municipios prohiben que los vagabundos entren en sus términos o los expulsan, procurando con ardides meterlos en el término municipal contiguo, pues cuantos menos pobres, menos gastos, ya que ser responsable de los pobres significa alojarlos y alimentarlos, no dejarlos morir de hambre y frío. Muchos mendigos son detenidos y, si no hay donde mandarlos, permanecen largo tiempo encarcelados. Los ejércitos mercenarios de la época son un medio de librarse de los menos débiles, pues los reclutan a la fuerza. Pero los viejos no tienen ni este recurso. Tampoco tienen el de unirse a las bandas de bandidos, aunque las hubo bastante fuertes para tener escondrijos permanentes donde empleaban a viejos en preparar comida y municiones y espiar por caminos y villas.

No todos los viejos pobres, pero, vagabundean o mendigan. Los hospitales de esa época son, más que lugares de tratamiento, asilo de desvalidos. Sólo los miserables o los abandonados recurren a los hospitales, la entrada en los cuales exige la formación de un expediente para demostrar la pobreza y la residencia. Si el viejo posee algo, por poco que sea, lo lega al hospital o asilo, a cambio de la admisión.

Las listas de hospitalizados están llenas de tullidos e inválidos. Estos signos de vejez aparecen relativamente pronto en la vida, a causa de la dureza del trabajo y de las condiciones de existencia. Viudas y solteronas forman un porcentaje grande de los asistidos. En el pueblo francés de Auxonne en 1666 había 144 viudas pobres y ancianas entre 618 habitantes. En la ciudad castellana de Medina del Campo, en 1561, la mitad de los hogares pobres estaban representados por 197 viudas. Los pobres no solían ser más allá del 10 por ciento de la población y de ellos acaso la mitad eran viejos. Pero cuando había carestías, hambres o guerras que forzaban a desplazarse, los viejos lo pasaban muy mal.

### *El control de los pobres*

En los siglos XVI y XVII los gobiernos y municipios empiezan a controlar a los pobres. Esta tendencia se acentúa a medida que la burguesía se infiltra en la administración y que propaga su «ética del trabajo». Se desarrolla, así, una política de los pobres que no había existido desde que Roma, sin coartar su libertad, les daba pan y circo. Ya no se les ve como los destinados a poseer el reino de

los cielos, sino como una amenaza social. En 1529 estalla el motín en Lyon; unos años después se funda en esa ciudad la *Aumone Générale,* y los pobres se ven forzados a escoger entre marcharse de la villa o asilarse. Al mismo tiempo, los humanistas escriben que una «honrada mediocricidad» es necesaria para el desarrollo del hombre y que el Estado debe proporcionarla. Si en España, la novela picaresca exalta al mendigo, pues proporciona al rico ocasión de practicar la caridad, en el resto de Europa se le persigue. Zurich utiliza los bienes eclesiásticos secularizados para fundar asilos. Juan Luis Vives escribe *De Subventione Pauperum* y propone una reforma de los medios de asistencia, por la que éstos deben estar a cargo de los municipios y proporcionar trabajo a los pobres; quienes se nieguen a trabajar han de ser encarcelados y quienes no puedan trabajar han de recibir atención (y no tienen derecho a rehusarla).

Los reyes prohiben la mendicidad y dar limosna. Los vagabundos trabajan encadenados en los caminos y las murallas. Los hospitales van pasando de la Iglesia a los municipios y estos fundan «oficinas pobres» y crean talleres para el aprendizaje de los hijos de los pobres, en los cuales ejercen de maestros muchos artesanos viejos. La policía descubre a los pobres locales, los obliga a trabajar y expulsa a los forasteros. Los Papas se muestran implacables en la persecución de los pobres de Roma. En Inglaterra las reformas de Enrique VIII terminan con las instituciones caritativas de la Iglesia y se establecen una burocracia y un impuesto especial para dar trabajo a los pobres. Isabel I promulga en 1601 una ley de pobres que seguirá en vigor hasta 1834. Por ella se fundan las *Workhouses* (talleres-asilo). En España[1] y en menor medida en otros países de la Contrarreforma, se quiso aplicar una política semejante, pero los pobres, los ricos y la Iglesia se opusieron y se publicaron numerosos libros en «defensa de los pobres». Solamente en Cádiz y Barcelona, ciudades burguesas, hubo una política asistencial coactiva. En las ciudades españolas, pero, hay un fenómeno menos extendido en otros países: los pobres viven en barrios aparte, en los suburbios, y los ricos hacen donaciones a la Iglesia para que los atienda en vez de crear instituciones con tal fin. En vez de trabajo, se dan pan y sopa y se conserva a los ricos la ocasión de hacer buenas obras.[2]

El siglo XVII encuentra las líneas ya trazadas. Acentúa aquéllas

1. María Jiménez Salas: *Historia de la asistencia social en España en la Edad Moderna.* Madrid 1958, págs. 211-212.

2. Bartolomé Benassar: *L'homme espagnol.* París, 1975, págs. 109 y sig.

que tienden a encerrar a los pobres y viejos desvalidos. Los hospitales y asilos se multiplican, los mercaderes hacen buenos negocios encargando trabajos a los asilados. Se trata, además, de reformar a los pobres, de transformarlos en personas deseosas de trabajar en las manufacturas. En la *Rasphuis* de Amsterdam, al pobre que se negaba a trabajar lo metían en un pozo que se iba llenando lentamente de agua; para evitar verse ahogado debía bombear continuamente.

El siglo XVIII cambia algo las cosas. Apasiona el problema del pauperismo. Se critica la idea de Maquiavelo, según la cual el príncipe ha de mantener pobre al pueblo, para que se esté quieto. El Estado, dicen los fisiócratas, tiene el deber de mantener a los pobres, especialmente a los viejos e inválidos. En el artículo «Trabajo» de la *Enciclopedia* se lee: «Toda persona que no posee nada y a la que se prohibe mendigar, tiene derecho a pedir que se le permita vivir trabajando». La caridad deja el lugar a la beneficiencia, que Voltaire ve como la virtud misma. Practicarla es asegurar la propia felicidad —gran preocupación del siglo— asegurando la de los demás.

Esto significa se traduce en la reorganización de asilos y hospitales, con el fin de hacerlos rentables, quitarles el aire de prisión (pero sin abandonar su carácter obligatorio) y dar a los acogidos un pequeño ingreso producto de su trabajo. Se propugna por una educación que fomente el odio al ocio y proporcione lo que hoy llamamos instrucción vocacional. Daniel Defoe sugiere un sistema de seguros contra la enfermedad y se habla mucho de la necesidad del ahorro. Es decir, se va a lo que se ve como la raíz de la pobreza, y se proponen instituciones que la hagan imposible. En Inglaterra, a los pobres que aun trabajando no logran mantenerse, se les da un subsidio *(allowance)*. El novelista Henry Fielding explica la causa de estas aparentes contradicciones: «Los sufrimientos de los pobres se conocen menos que sus fechorías; esto disminuye nuestra piedad por ellos. Para mendigar o robar van a la casa de los ricos; se quedan en su casa para morirse de hambre o frío». Se crean en toda Europa escuelas de oficios, dispensarios, asilos laicos e «ilustrados» para ancianos. El despotismo ilustrado logra vencer las actitudes tradicionales, incluso en España, donde Pablo de Olavide y el poeta Meléndez Valdés critican la limosna como perjudicial para los propios pobres.

*Las realidades y las utopías*

Leonardo de Vinci se interesó mucho por los viejos. Uno de estos, en el hospital de Santa María Novella, le confiaba que se sentía débil y friolento, pero sano. Murió sin enfermedad y Leonardo disecó inmediatamente el cadáver para averiguar la causa de una «muerte tan dulce». Encontró en sus vasos «calcificaciones». Fue la primera idea de lo que hoy se llama arterioesclerosis. El artista se pregunta qué aconsejar a los viejos que temen al frío más que los jóvenes, y lo único que se atreve a decir es que «la ciencia rejuvenece el alma, disminuye la amargura de la vejez. Atesora, pues, la sabiduría, que alimentará tus últimos años».

A medida que aumentaba la probabilidad de llegar a viejo, aumentó el número de escritores, médicos y artistas que se interesaron por la vejez.[1] Los humanistas describen a menudo al anciano ejemplar, como el de Erasmo en sus *Coloquios*: a los 66 años, nada de arrugas ni canas, más joven en apariencia que quienes, por una vida de excesos, parecen sus padres aunque podrían ser sus hijos. Tomás Moro, en su *Utopía*, pone a los ancianos en los puestos de poder de su isla ideal, y encarga a la sociedad el cuidado de quienes no pueden trabajar, aconsejando que se les encuentren ocupaciones ligeras que les den el sentimiento de ser útiles, al mismo tiempo que prescribe que los hijos cambien a menudo de familia, para evitar los lazos demasiado estrechos con los padres. Fernando de Rojas, en *La Celestina*, presenta por primera vez a una anciana como protagonista de una obra, aunque sea en un papel nada heroico, el de trotaconventos, oficio que la pedibundería de la época hace necesario y útil. Por lo demás, las viejas tienen mala prensa entre los humanistas. Erasmo las describe con crueldad y burla. Los poetas de la Pleiade francesa ven en las viejas a dueñas que se oponen a sus designios. Solamente Pierre de Brantôme, en su *Vida de las damas galantes*, las defiende y se atreve a aconsejarles que sigan haciendo el amor y que procuren mantenerse bellas después de los sesenta. En la *Comedia del l'arte* italiana hay siempre un viejo tonto y zote. Nicoló Maquiavelo considera en su *Clizia* que «el amor es repugnante en la vejez». En general, el teatro hace burla de los viejos enamorados y de las ancianas emperifolladas.

El aspecto físico de los viejos del Renacimiento y siglos posteriores nos ha llegado a través de las artes plásticas. Los viejos de Miguel Ángel no son muy representativos, pero sí lo son los de

1. Beavoir, págs. 147 y ss.

Breughel, Rembrandt, Le Nain o Ribera. El hecho de que los anacoretas, santos y jueces suelan representarse como ancianos indica algo acerca de lo que de ellos se pensaba, no en los libros, sino en la vida cotidiana.

La vejez y la muerte exasperan y desesperan, como en cualquier época. Ponce de León vaga por la Florida buscando una mítica fuente de la juventud. Shakespeare grita contra la devastación de la edad y su *Rey Lear* es la primera obra, después del *Edipo en Colonna*, que tiene por protagonista a un anciano.

El siglo XVII ve a más gobernantes viejos —empezando por Luis XIV y su Madame de Maintenon— que cualquier otro período anterior, pero aún así están en minoría. La sociedad se burlaba de los matrimonios entre personas con gran diferencia de edad —veáse a Moliére—, pero éstos empiezan a ser relativamente frecuentes. Persiste la creencia de que la sensatez es privilegio de los viejos. «Florido en años y en prudencia cano», dice Luis de Góngora del Virrey de Nápoles. Sólo François Maynard se atrevió a escribir una oda a la *belle vielle*: «La belleza que te sigue desde tu juventud no quiere abandonarte cuando tus días declinan». El teatro toma a los ancianos como árbitros o intercesores de las pasiones de los jóvenes. Corneille, pero, que se enamoró pasados los 50, defiende el derecho de los viejos a tener amantes y casarse; es el primero que osa presentar en serio los tormentos de un anciano enamorado en *Pulchérie* (y acaso por ello esta obra es de las menos conocidas entre las suyas); Charles de Saint-Evremond, que a los 80 se enamoró, afirmaba que lo ridículo no era que los ancianos amaran, sino que creyeran que todavía podían agradar, y razonaba: «El mayor placer que le queda a un viejo es vivir y nada le da mayor seguridad de que vive que el amar».

La sutileza con que se analiza la vejez aumenta en el siglo XVII. Entre los *philosophes* los había viejos y venerados. Se formaron muchas sociedades de beneficiencia, cuya lista en Francia llenaba dos volúmenes titulados *La Bienvellance Française* (1788). La *Societé Philantropique* ayudaba a 814 ancianos tres años antes de estallar la Revolución. Sin embargo, Denis Diderot indicaba que «se honra la vejez, pero no se la ama». Un *best-seller* de la época fue *La Vie de Mon Pére* de Restif de la Bretonne. Beaumarchais sostenía en *La Mére Coupable* que toda persona que no es malvada de nacimiento acaba siendo en la vejez buena y agradable.

En Italia persiste el chiché del viejo grotesco, pero Carlo Goldoni presenta en sus comedias conflictos familiares en los cuales los viejos son tiránicos y tercos, mas no grotescos. Jonathan Swift

se burla en su *Gulliver* de quienes quisieran prolongar la vida. Los inmortales que su protagonista descubre son decrépitos, con mala memoria, sin deseos de vivir, sin serenidad ni prudencia. La muerte adquiere una nueva función: la de condicionar, por su certidumbre, el desarrollo espiritual del hombre. En ese siglo aficionado a la naturaleza, se la ve como algo natural. Los utopistas —Louis Mercier, como antes Campanella y Moro, que dieran a los viejos tanta importancia en la ciudad futura—, ven en la muerte y en la reflexión sobre la misma un medio de limitar la ambición y de recordar la igualdad fundamental: todos nacen desnudos y todos mueren sin llevarse nada consigo.[1]

1. Michel Vovelle: *Mourir autrefois.* París, 1974, págs. 163 y sig.

# III
# EL PASADO PRÓXIMO

## 8. EL VIEJO Y LA MÁQUINA

El siglo XIX se caracteriza por el desarrollo del maquinismo y su corolario el industrialismo. La máquina influye en todo. Pero antes del pleno desarrollo del maquinismo ocurre algo que ejercerá una influencia importante en la situación de los viejos: las revoluciones burguesas, que aceleraron la transformación de las condiciones de vida de los viejos.

*Las revoluciones burguesas*

Una serie de cambios —Renacimiento, Reforma, revolución agrícola, racionalismo— desembocan en las revoluciones burguesas que podríamos llamar típicas y que, a su vez, provocaron nuevos cambios.

Las revoluciones burguesas resultaron, respecto a los viejos, paradójicas. De momento, no se ocuparon de ellos y hasta los perjudicaron. Pero crearon condiciones que beneficiaron a los viejos de generaciones posteriores. La revolución burguesa clásica, la francesa de 1789, estuvo precedida por la inglesa de Oliver Cromwell del siglo XVII y por la norteamericana de 1776. Las tres fueron obras de jóvenes y adultos, y sólo algunos viejos descollaron en ellas. Es interesante notar que los dirigentes burgueses, sin ser ancianos, eran en general de mayor edad que los dirigentes de la clase media y de los artesanos. Estos últimos, al ver abolido el sistema de gremios, perdieron la seguridad económica relativa que amparaba a sus viejos. Al aceptar las premisas revolucionarias de la individualización de la propiedad y de qué ésta —y no el simple hecho de ser ciuda-

dano de un país— daba derechos políticos, los viejos de las clases desposeídas se hallaron, de momento, en condiciones peores. Al mismo tiempo, siguiendo la tendencia ya manifestada por los racionalistas se mostró, mayor interés por los miembros más débiles de la comunidad: los niños y los viejos. En todas las fiestas revolucionarias francesas, por ejemplo, se les reservaban los lugares de honor.

Incluso en la burguesía —especilmente en la mercantil— los viejos se vieron desplazados. Con la libertad de comercio, los viejos comerciantes habituados a tener siempre en cuenta las reglamentaciones, normas, limitaciones y engorros burocráticos, se encontraron desorientados. Fueron los jóvenes, que la habían reclamado, quienes tomaron la dirección de los comercios, aunque nominalmente siguieran siendo propiedad de sus padres o abuelos.

Las iglesias se convirtieron en el refugio de los ancianos habituados al ritual tradicional y durante mucho tiempo los viejos de ambos sexos fueron su principal clientela. No fue raro, tampoco, que los viejos campesinos conservaran su lealtad al señor perseguido o exiliado. Sin embargo, la oposición activa a la revolución no fue obra de viejos, sino de jóvenes aristócratas. A juzgar por las actas notariales de la época, los viejos de las familias burguesas se mostraron más acuciosos que los jóvenes en la compra de bienes expropiados, y ello a pesar de que, por su educación prerrevolucionaria, hubieran debido tener más escrúpulos en quedarse con bienes que fueron de la Iglesia.

Los jóvenes rurales iban al ejército y los viejos debían trabajar la tierra y vivir más parcamente, pues la productividad agrícola descendió. Los viejos obreros no pueden acogerse a los «talleres de caridad» que se organizan para hacer frente al paro forzoso, porque no son capaces de trabajar; no quedan conventos que les den sopa. Muchos se ganan unos asignados haciendo cola ante las tiendas y vendiendo su puesto a mujeres jóvenes. Desaparecida la reglamentación de los gremios, como se dijo, los obreros se encuentran sin protección. La ley Le Chapelier, promulgada en 1791, prohibe las «coaliciones obreras» (sindicatos, diríamos hoy), pero establece que «corresponde a la Nación y a los funcionarios públicos proporcionar trabajo a quienes lo necesitan para subsistir, y proporcionar socorro a los inválidos». Cuando Napoleón hace redactar su código, un artículo de éste considera como prueba la palabra del patrón frente a la de su obrero.

Las cartas de nobleza de la burguesía eran la riqueza y el trabajo, éste como justificación de aquélla. Trabajar era la actividad más noble del hombre, que lo diferenciaba del animal. El trabajo daba

sentido a la vida: Esta moral tenía un corolario práctico: el derecho al trabajo, todo hombre tenía derecho a trabajar. Vives y otros humanistas ya lo dijeron antes; Lutero lo repitió. Nada de limosnas, sino trabajo, y «tutores de los pobres» (expresión propuesta por Lutero) para ocuparse de quines no pudieran trabajar y obligar a quienes no quisieran hacerlo.

Cuando en el mercado no hay oferta de brazos —cosa rara— se cierran los asilos, para que la haya y se evite la subida de los salarios. Así, la caridad organizada encuentra una nueva función: sostener una oferta de trabajo suficiente para mantener los salarios bajos. Hubo casos, en Inglaterra, en que los ancianos asilados iban del asilo al taller y regresaban a aquél, que percibía el salario.

*El patriarca burgués*

El concepto de que sólo la propiedad daba derechos políticos —o de que solamente los propietarios tenían intereses dignos de defenderse y, por tanto, razones para preocuparse de la política—, llevaba aneja la idea de que un viejo, si era propietario, conservaba toda la autoridad que le daba la propiedad. Las leyes prevenían los casos en que los ancianos no estuvieran en condiciones mentales de administrar sus bienes (cosa que, por lo que se ve en las novelas dio lugar a muchas intrigas y cohechos con médicos y jueces). Pero la mayoría de los propietarios viejos seguían siéndolo hasta su muerte. Esto les daba un peso en la familia que los colocaba en la posición del patriarca. Naturalmente, había limitaciones a esta autoridad: no se tenía derecho de vida y muerte sobre los hijos y en algunos países estaba condicionado el derecho a desheredar a los herederos naturales.

A lo largo del siglo XIX, la longevidad aumenta en las clases adineradas. Los abuelos son ya corrientes en las familias ricas. En ese siglo, la diferencia de longevidad entre las familias de privilegiados y de desposeídos aumenta, como lo hacen el lenguaje, la indumentaria y los modales de ambos grupos. La autoridad del padre no sólo es legal, sino que también es efectiva. Ha de dar el consentimiento para el matrimonio de sus hijos y muy a menudo elige con quién se casarán. Gobierna la educación y hacienda de la familia. Surgen formas de respeto —besar la mano, por ejemplo—, que perduran hasta la Primera Guerra Mundial. Los castigos corporales de los hijos son cosa común.

El patriarca burgués es un tiranuelo familiar. Dickens, Jane Aus-

ten, Balzac, Galdós, en sus novelas, nos dan numerosos ejemplos de ello. La pintura *Pompier* abunda en escenas de familia con los cabellos canos en el centro. Estos se convierten en símbolo de prudencia, sabiduría, virtud. De los viejos ricos no se piensa mal. Comienzan a vestirse diferente, con más austeridad, sin adornos, con colores sobrios. «No hace para tu edad» es una expresión que arranca de la época victoriana, como también de ella es la idea de que tras la menopausia la vida sexual de las mujeres ha terminado y los hombres deben «dejarlas en paz». Aunque persista la figura del viejo verde, se cree erróneamente que pasada la cincuentena los hombres pierden virilidad.

El terror al padre, adquirido en la infancia, persiste toda la vida. El abuelo, en cambio, es la figura benévola de la familia, que puede suavizar los rigores de la autoridad paterna. Los abuelos viven en su casa, en la que residen, a menudo, los hijos solteros y hasta los casados. Son la autoridad última, incluso cuando no la ejercen y abandonan los negocios a los hijos. Pero esto no es lo corriente. Los viejos quieren conservar en sus manos el poder y la hacienda familiares. Acostumbrados a mandar, no renuncian a ello ni a «hacer dinero».

Es proverbial la severidad del *Pater familias* victoriano. Habla poco con sus hijos, en la mesa todos guardan silencio. Fuera de la casa es igualmente severo. Los periódicos que lee —casi todos dirigidos por viejos—, los libros que lee —casi todos escritos por viejos—, diríase que van de luto permanente. Esos ancianos terribles forman parte de clubs, partidos, academias, directivas de instituciones benéficas, consejos municipales, parlamentos, gobiernos. Todo el poder les pertenece. Aunque su longevidad no se contagia, su severidad, sí. Los jefes de familias de las clases media y campesina se conducen como los de las familias burguesas. Son ellos quienes pronuncian las sentencias a que nos acostumbraron las novelas de la época: «¡Ya no eres mi hija!», a la muchacha que «faltó». «No vuelvas a poner los pies en esta casa», al hijo que «desobedeció».

Los viejos llevan una activa vida de sociedad. «En los círculos se encuentran esos ancianos caballeros, de inigualable *chic*, que saben ser anticuados sin parecer polvorientos... Son a la vez conmovedores, pintorescos y llenos de soberbia. No asombran a nadie. Desde su juventud, la vida ha fluído sin cambiar profundamente. Por esto se les respeta y nadie, ni siquiera entre los jóvenes, los encuentra ridículos».[1]

1. Robert Burnand *La vie quotidienne en France de 1870 a 1900*. París 1947, pág. 147.

En su casa hay criados viejos que crecieron con ellos y que permanecerán en un cuarto de los altillos cuando ya no puedan trabajar. Esos criados, cuya vida privada es la vida pública de sus señores, dan una estabilidad y una continuidad a la familia que acaso sus componentes no lograrían de otro modo. Una canción norteamericana anterior a la guerra civil nos informa que «el padre da sus bondadosas órdenes,/la madre agrega las suyas,/los hijos, todos atentos, escuchan de pie,/y luego, obedientes, cumplen».[1]

*Los obreros viejos*

Los privilegiados viejos no pensaban en sí mismos como viejos, sino como hombres de peso y buen consejo, gente de experiencia. En cambio, los viejos de la clase trabajadora eran viejos y nada más. Como tales, nunca merecieron atención ni consideración especiales por parte de los viejos en cuyos negocios trabajaron y cuyas órdenes —dadas desde la empresa, la mansión o el gobierno— tuvieron que obedecer toda la vida. No existió ni asomo de lo que podría llamarse solidaridad de edad. Los ancianos privilegiados eran venerables; los desposeídos eran viejos inútiles a los ojos de los venerables.

En una investigación de 1889 sobre la pobreza en Londres, se encontró que en el 51 por ciento de los casos la pobreza se debía a los bajos salarios; en el 22 por ciento, a lo numeroso de la familia; el 16 por ciento, a la muerte o abandono del jefe de la familia y principal fuente de ingresos; en el 5 por ciento, a la ancianidad del jefe de la familia, y en el resto, a falta de empleo.[2]

Estas cifras son reveladoras. Si una de cada veinte familias pobres lo era porque su jefe había llegado a la vejez, esto indica que los obreros viejos tenían escasas posibilidades de lograr ingresos. Cabe imaginar cuán pesada debía ser la presencia de esos viejos en una familia que, a causa de su vejez, caía en la pobreza. Y eso era cuando ya la peor época del industrialismo había pasado y existían sindicatos y algunas leyes sociales.

En 1831, medio siglo antes, un médico francés explicaba que una familia obrera de Lyon ganaba 930 francos al año (600 el padre,

1. Robert Lacour-Gayet: *La vie quotidienne aux Etats Unis à la veille de la guerre de Sécession*. París, 1957, pág. 76.

2. Thomas Sewall y Helen L. Sumner: *Labor Problems*. Nueva York, 1905. pág. 148.

200 la madre y 130 un hijo menor, mientras otro hijo tenía menos de seis años de edad a partir de la cual se empezaba a ir a la fábrica). Esta familia gastaba, viviendo con pobreza, 859 francos por año. Quedaban, pues, 71 francos para imprevistos: enfermedad, desempleo. Con este superávit anual no podía pensarse en ahorrar para la vejez. Pero, dice el médico, esta familia era afortunada, pues la mayoría de las familias obreras se endeudaban y debían pagar las deudas trabajando horas extra (sobre una jornada de 14 horas). No existía, pues, ninguna perspectiva para el día en que la edad impidiera trabajar. No existía tampoco edad legal límite. El patrón despedía cuando, por la vejez, un obrero producía menos. O bien le reducía su salario.[1] «En sótanos próximos a las fábricas textiles viven los obreros. Descansan juntos los de los dos sexos y de edades muy distintas, la mayoría sin camisa, en una suciedad repelente. Padre, madre, viejos, niños se amontonan».[2] En la literatura sobre las condiciones de vida de los obreros, que prolifera de 1840 a 1890, no se encuentran apenas referencia a la situación de los viejos; tampoco las hay en los manifiestos de las primeras organizaciones sindicales ni en sus canciones de protesta. Lo que el trabajo no lograba, lo conseguía el alcohol: matar en edad relativamente temprana, pues el alcoholismo entre los pobres era «normal» y daba a los ricos la buena conciencia de decirse que a causa de él no prosperaban. Debía haber pocos obreros viejos y es posible que muchos adultos parecieran ancianos. En todo caso, en esas familias obreras, cuando uno de sus miembros dejaba de trabajar a causa de la edad o la salud, vegetaba en el sótano, embrutecido, desesperado por falta de alcohol, y no debía sobrevivir mucho tiempo. Nada, allí, de autoridad de los viejos, de respeto por ellos, de experiencia, prudencia y veneración. Los viejos eran una carga y más de una vez debían hacérselo sentir. Si el viejo rico mandaba mientras poseía la riqueza, el viejo pobre mandaba mientras trabajaba.

«En Londres, todas las mañanas se levantan cincuenta mil personas que no saben donde podrán reposar la noche siguiente. Si encuentran un penique o dos, podrán ir al asilo nocturno, después de vagar todo el día en busca de comida. En los asilos, no hay camas, sino bancos, con una cuerda de muro a muro delante del banco, en la cual se apoyan los brazos y la cabeza; por la mañana, el

1. Villermé: *Tableau de l'état physique et moral des ouvriers dans les manufactures de coton, de laine et de soie.* París, 1840, pág. 181.

2. Georges Lefranc: *Histoire du travail et des travailleurs.* París, 1957, pág. 302.

encargado suelta la cuerda y se despierta con un trancazo».[1] De esos cincuenta mil londinenses, una buena proporción debían ser viejos sin familia, o a los que su familia había echado de casa, o que se habían marchado de ella para no ser una carga o no oirse reprochar que lo fueran.

Los primeros sindicatos no presentaron en sus reivindicaciones ninguna relacionada con los viejos, ni pidieron leyes de retiro. Se daba por descontado que la edad debía acarrear la miseria y el abandono o se suponía que muy pocos llegaban a viejos. La brutalidad de estas actitudes no debe hacernos pensar que los obreros carecieran de sentimientos; simplemente, su condición no les permitía seguir sus impulsos. Con todo, «los pobres se dan recíprocamente más que los ricos dan a los pobres», escribía un canónigo de Manchester. «El obrero es mucho más humano que el burgués en la vida corriente. Los mendigos suelen dirigirse casi exclusivamente a los obreros y por lo general para la asistencia a los pobres se hace más de parte de los obreros que de parte de los ricos». «La mayoría [de los obreros de Manchester] son incapaces de trabajar a los cuarenta años, algunos resisten hasta los cuarenta y cinco, casi ninguno hasta los cincuenta». El obrero, pues, era viejo antes que el adinerado; lo era por menos tiempo, si esto podía servirle de consuelo. «Es raro que se llegue a los sesenta años».[2]

En el campo, aunque solía vivir algo más, la pobreza era también la suerte de los viejos. Ya se indicó que en el siglo XVIII se crearon asilos en los pueblos, pero su existencia acabó siendo contraria a los intereses de los ricos, porque esos asilos frenaban la emigración del campo a la ciudad necesaria para abastecer de mano de obra a la industria. De constatar esto a modificar las leyes de pobres sólo había un paso, que pronto dieron los ancianos que desde gobiernos y parlamentos protegían los intereses de los ancianos propietarios de empresas.[3]

Engels da una explicación de este cambio de actitud.[4] Si bien se refiere a Inglaterra, puede aplicarse a otros países que estaban industrializándose. Dice así el compañero de Marx: «Puesto que los ricos poseen todavía el poder, los proletarios deben someterse,

1. F. Engels: *La situación de la clase obrera en Inglaterra.* Buenos Aires, 1946, pág. 50.

2. Todas las citas en Engels: *Op. cit.* págs. 122 y 148.

3. E. Royston Pike (recop.): *Hard Times. Human Documents of the Industrial Revolution.* Londres, 1966, passim.

4. Engels: *Op. cit.*págs. 246-247.

en caso de que no quieran comprenderlo de buena voluntad, a ser declarados por la ley como realmente inútiles. La vieja ley derivaba todavía ingenuamente del principio de que era el deber de la comunidad el proveer a los pobres de los medios de subsistencia [...]. La nueva ley [de 1834] suprimió todas las ayudas en dinero y víveres; el único auxilio que se mantuvo fue el asilo en las casas de trabajo (*work-houses*)... [En ellas] el alimento es más malo que el del más pobre de los obreros ocupados, mientras que el trabajo es más duro [...]. A fin de que su trabajo no haga competencia a la industria privada, se dan a los pobres, por lo general, ocupaciones casi inútiles[...]. Se disuelven las familias, el marido es enviado a una de las casas, la esposa a otra y los hijos a una tercera, y sólo pueden verse en fechas determinadas y siempre que se hayan portado bien a juicio del administrador».[1] El trato dado a los viejos pobres determinó que se planteara, a la larga, el problema aunque a menudo tenían que hacer frente a las intrigas familiares. Aún así, no les amenazaban ni la soledad, ni la miseria, ni el abandono.

*Un cambio de actitud*

Nadie se alzaba contra el principio de las leyes de pobres, sino sólo contra la manera cómo se aplicaban. Los pobres debían asilarse, pero con ciertas consideraciones. Esta actitud fue cambiando. A medida que la economía y la industria se extendía, junto con los imperios coloniales, la pobreza fue siendo menos común y menos peligrosa. Ya no causaba miedo. Desaparecido éste, pudo comenzar a pensarse en otros términos. Y se echó de ver que la manera corriente de mirar la pobreza no sólo era inhumana, sino económicamente contraproducente. Esta evolución fue muy visible en lo relativo a los viejos pobres, a quienes no cabía achacar pereza y que, por tanto, no se consideraban como delincuentes. Este cambio de actitud —primero en estudiosos, luego en políticos, finalmente en la burguesía misma—, determinó con el tiempo un cambio en la legislación de los países industriales.

Los hechos muestran que el precio pagado por la sociedad por su indiferencia ante la vejez es prodigioso.[2] Hay costos computa-

1. Sobre el funcionamiento de este sistema, véase de Norma Longmate: *The Workhouse.* Nueva York, 1974, passim.

2. Abraham Epstein: *Facing Old Age.* Nueva York, 1922; Paul H. Douglas et al: *The Worker in Modern Economic Society.* Chicago, 1923, págs. 463 y sig.

bles: el costo para el contribuyente del sostenimiento de los asilos, al que ha de agregarse el de lo aportado por particulares a las instituciones de beneficiencia; el costo para quienes reciben la ayuda, que por lo degradante de los modos de darla, pierden el respeto por sí mismos, lo cual acrecienta el pauperismo; el costo para la industria, porque la productividad sufre por el estado de ánimo de los trabajadores, que saben que al final de su época activa habrán de recurrir a la caridad, y finalmente el costo para la generación más joven. El contrato, —escrito o, lo más frecuente, tácito—, entre el trabajador y quien lo empleaba tenía una validez temporal, y el patrono, de acuerdo con él, no estaba obligado a sostener al obrero en los años en que su productividad declinaba. El obrero de cierta edad quedaba, así, entregado a sus propios recursos, es decir, a sus ahorros (inexistentes o insuficientes) y a su familia, a la que imponía sacrificios que pagaban, sobre todo, los miembros más jóvenes, quienes, para ayudar a mantener a los viejos, debían renunciar a la escuela, a la comodidad en el hogar y empezar a ganar un salario antes de perfeccionarse en el oficio.

Fue la constatación del costo de la vejez para la sociedad y la industria lo que permitió que los estudios y protestas de inspiración humanitaria fueran haciendo cambiar la actitud de la gente. El movimiento sindical, aunque hablaba del tema, no planteaba reivindicaciones favorables a los viejos, porque estos, una vez fuera del trabajo, no formaban parte de él.

Únicamente en Alemania, bajo Bismarck, se trató, por razones pragmáticas, de substituir la caridad por sistemas de seguros y ahorros para cuando los trabajadores llegaran a viejos. El ejemplo alemán influyó en los intentos de reforma de los sistemas de beneficencia de otros países. Algunos aducían que parte del dinero gastado en sostener a los viejos pobres debería emplearse por el Estado en pagar parte del seguro de vejez, y unos pocos afirmaban que los patronos deberían contribuir al pago de las primas puesto que ellos recibían los beneficios del trabajo del obrero durante el largo período en que era productivo. De momento, pero, lo que hizo mella en la opinión fue el hecho de que liberaba a los municipios y al Estado de obligaciones respecto a los ancianos, y, por tanto, aligeraba las cargas de los contribuyentes a la vez que terminaba, se creía, con el fantasma de la pobreza.

Donde más eco encontraron esas ideas fue en Francia e Inglaterra. Se abrieron incluso paso entre socialistas y sindicalistas. Los socialcristianos franceses, por su parte, sostenían que debía pasarse de la caridad al reconocimiento del derecho a poder vivir deco-

rosamente por el simple hecho de haber sido creado.[1] A medida que la Iglesia perdía, en Francia, sus lazos con el Estado, se daba cuenta de que la actitud caritativa tradicional debilitaba la familia, indispensable para el mantenimiento de la influencia católica. Por tanto, debía denunciarse el daño que causaba a la familia la indiferencia respecto a los viejos pobres. De ahí a reconocerles el derecho a ayuda había un paso, que sólo dieron unos pocos pensadores, como Robert de Lamennais y sus «abates demócratas», Armand de Melun y Marc Sagnier y su movimiento del *Sillon*, puesto al índice por el Vaticano.

A este cambio contribuyeron otros factores. La industria, al hacerse técnicamente más compleja, necesitaba mano de obra especializada y para que ésta pudiera formarse precisaba cierto estado de ánimo en los trabajadores (que la inseguridad del futuro no propiciaba) y un aprendizaje largo (que la necesidad de sostener a los viejos de la familia obrera dificultaba). Por otro lado, la expansión colonial permitió elevar algo el nivel de vida de las clases trabajadoras, lo que, a su vez, provocó una expansión de la industria, la cual, para seguir expandiéndose, necesitaba ampliar sus mercados, lo mismo en la metrópolis que en las colonias. Esto sólo era posible si quienes apenas compraban disponían de medios para comprar más; entre ellos estaban los obreros y campesinos viejos. No hay que olvidar la propaganda revolucionaria de anarquistas y socialistas, que en muchos países inclinó a los parlamentos a mostrarse más «comprensivos» con los intereses obreros inmediatos, con el fin de alejar a los trabajadores de las «ideas subversivas». Tampoco hay que desdeñar el efecto de esta propaganda en intelectuales, clases medias y profesionales, y hasta jóvenes de la burguesía, todo lo cual fue formando un clima más propicio a que empezaran a verse como derechos lo que hasta entonces había sido sólo «caridades» y que se comenzara a comprender que lo que debía atemorizar a la burguesía no eran los pobres, sino la certidumbre de los desposeídos de acabar convirtiéndose en pobres.

### *La legislación sobre la vejez*

De 1896 a 1905 se habían presentado sin éxito al Parlamento británico 37 proyectos de ley en favor de los pobres. El congreso de las *trade unions* (sindicatos) se declaró en 1900 favorable a las

1. François Schaller: *De la charité privée aux droits économiques et sociaux du citoyen.* Neuchatel, 1950, passim.

pensiones a los ancianos, por considerarlas un «derecho cívico». En 1907 el partido laborista propuso una ley que diera pensiones no sólo a los pobres, sino a todos los viejos. En 1908, David Lloyd George, jefe de los liberales, con ayuda de Winston Churchill, entonces liberal, presentó otro proyecto, que no pedía aportaciones de los obreros, «porque éstos han aportado vigor y habilidad, salud y fuerza, a la creación de la riqueza que se debe imponer para pagar las pensiones, y esto constituye ya una aportación al fondo que ha de darles la pensión». La *Old Age Pensions Act,* que establecía el derecho de toda persona de más de 70 años y con un mínimo de 12 años de residencia en el país, y sin ingresos anuales superiores a 31 libras y media, a recibir a costa del Estado una pensión de 5 chelines semanales. Al pensionado no se le consideraría pobre y no se le privaría de ningún derecho a causa de su pensión. La prensa los acusó de «anarquistas», pero finalmente se aprobó.

El voto de los ancianos no ricos fue importante para el cambio de la legislación. Era natural que fuese así; lo extraño es que los votos de los viejos no despertaran antes el deseo de los partidos de atraérselos satisfaciendo sus necesidades. Tal vez esto se debió a que, comparados con el total de los electores, no eran muchos o a que, siendo viejos y pobres, en general no votaban.

Se luchó luego por reducir la edad de retiro de los 70 a los 65 años y para extender el sistema de pensiones a los no pobres. En 1919, el 56 por ciento de los ingleses de más de 70 años recibía pensiones. En 1925 se consiguió una nueva ley que establecía la pensión para cualquier persona que alcanzara los 65 años, independientemente de sus ingresos, con tal de que estuviese asegurada en el sistema organizado por la ley de Seguro Nacional de Enfermedad (en el cual sólo se aceptaba a los asalariados y no a los rentistas).[1] En 1929, con un gobierno laborista minoritario, se aprobó otra ley que aumentaba las pensiones, extendía el sistema a las viudas de más de 60 años y aportaba otras mejoras. En 1928, 950.978 personas se beneficiaban con pensiones; la nueva ley aumentó este número en 366.584, en su mayoría mujeres. Como se ve, se pasó de aislar a los pobres a ayudarlos, de esto a reconocerles el derecho a la ayuda y finalmente a reconocer este derecho a todos los viejos, fuesen o no pobres. Y se afirmó claramente que con su vida de trabajo habían creado el fondo del cual debían salir las pensiones por medio del impuesto general.

1. Charles W. Pipkin: *Social Politics and Modern Democracies,* Nueva York, 1931, vol. I, págs. 104 y sig.

Estos principios, que llegaron a ser la base de la legislación social británica, encontraron menos aceptación en el resto de Europa. Los viejos franceses, en el poder de los negocios, se mostraron tan pertinaces como los ingleses en negar a los viejos desposeídos el derecho a tener derechos. Había ya alguna legislación protectora de los viejos a mitad del siglo pasado, pero no se refería a los pobres. Por ejemplo, se estableció que el padre que dividiera sus bienes entre sus hijos, tendría derecho a una pensión anual pagada por los hijos; se habló mucho de padres a los que los hijos dejaban morir para terminar la pensión, sobre todo en el medio rural.[1] Hubo que aguardar a comienzos del siglo actual para que las cosas comenzaran a cambiar. En 1910 se aprobó una ley estableciendo pensiones para obreros, campesinos arrendatarios y pequeños propietarios, que se financiaban con aportaciones iguales de los futuros beneficiarios, los patronos y el Estado, pero sólo podían recibirlas quienes tenían ingresos inferiores a 3.000 francos anuales. Se excluían mineros, ferroviarios y marinos, porque a través de su lucha sindical habían conseguido sus propios fondos de pensión. Se calculó que habría unos diez millones de beneficiarios y se permitió que otros seis millones de personas con bajos ingresos pudieran optar por beneficiarse de la ley haciendo sus propias aportaciones. Pero en 1920 había sólo siete millones de pensionistas obligatorios y medio millón de voluntarios.[2] La ley francesa considera que haber trabajado toda la vida no basta para adquirir el derecho al retiro. Hay que pagar por él, cuando menos en parte. Este modelo influyó más que el inglés en otros países, porque entrañaba menor esfuerzo fiscal. El principio de la aportación obrera, en efecto, inspiró las leyes de previsión que se fueron aprobando en algunos cantones suizos, Italia, Austria, Hungría, Bélgica y también los sistemas de pensión de ciertas industrias, establecidos ya por presión sindical, ya por paternalismo patronal, y que eran, de hecho, sistemas de seguros fomentados por el Estado pero sostenidos por sus beneficiarios.[3]

En Holanda y los países escandinavos abundaban las cooperativas de ahorro y crédito y las sociedades de ayuda mutua, que ya desde mediados del siglo XIX se ocupaban del retiro. En Rusia no había nada, fuera de unas pocas iniciativas paternalistas de patro-

1. Eugéne Bonnemére: *Histoire des Paysans.* París, 1877, págs. 86 y sig.
2. Pipkin: *Op. cit.*, vol. II, págs. 174 y sig.
3. René Lavollée: *Les classes ouvriéres en Europe.* París, 1884. pass.

nos «liberales»; la Iglesia ortodoxa era menos activa que la católica en este terreno.

En Alemania, en cambio, Bismarck, como ya se dijo, tomó por su cuenta la cuestión en 1889 y propuso leyes de seguro obligatorio de los obreros contra accidentes, invalidez, enfermedad y de retiro. La presión de los tradicionalistas obligó al Canciller de Hierro a disfrazar el sistema de pensiones; la ley, en efecto, afirmaba que a los 70 años debe presumirse la invalidez y de este modo la vejez entró en el sistema por la puerta falsa. En Nueva Zelanda se estableció en 1898 el triple sistema de seguro (enfermedad, accidentes de trabajo y retiro) con subsidio estatal.

Hay que señalar que las leyes casi nunca preven algo para los trabajadores a domicilio, sin patrono permanente, tal vez porque, siendo en su mayoría mujeres, se piensa que el marido ya se ocupará de ellas al llegar a la vejez. Únicamente la ley francesa de 1910 los autoriza a pagar su aportación e inscribirse en el sistema, pero dado lo mal pagado que estaba ese trabajo, las inscripciones fueron pocas.

Es interesante señalar que uno de los argumentos empleados universalmente contra los proyectos de ley de pensión fue que exigiría tantos desembolsos estatales que «constituiría un ataque directo a la propiedad privada, una violación de las relaciones fiscales establecidas».[1]

En los Estados Unidos, hasta que F. D. Roosevelt estableció un sistema de seguridad social (de pensiones, en realidad) en 1934, sólo algunos Estados tenían leyes reglamentando los fondos de pensiones organizados ya por empresas, ya por sindicatos o por ambos conjuntamente. Los primeros Estados que aprobaron leyes de retiro fueron los de Nevada, Montana y Pennsylvania, en 1923.[2] Muchos economistas y políticos arguyeron en favor de sistemas de seguros en vez de los de pensiones, afirmando que los primeros, al ser automáticos, eliminaban la presión de los viejos sobre el Parlamento para que les dieran mayores beneficios.

### *El papel de la conciencia*

En pocas épocas se ha escrito tanto sobre los viejos como en la segunda mitad del siglo XIX. Hubo, por un lado, la literatura de

1. Paul Louis: *L'ouvrier devant l'Etat.* París, 1904, pág. 394.
2. Douglas: *Op. cit.* pág. 464.

protesta y denuncia, que a menudo proponía también soluciones. Se refería sobre todo a la condición de los asilos, *workhouses* y otras instituciones. Un abate, L. C. Labreuille, dedicó un libro a un solo asilo, el de Montrichard, en Francia, y denunció que los viejos asistidos debían entregar al asilo, no sólo sus bienes, sino también sus posesiones personales, por lo que no era raro que sus hijos, al llevarlos al asilo, les quitaran, antes de trasponer la puerta, hasta los vestidos.[1] Ya se ha indicado que no pocos autores ingleses, entre los que destaca Dickens, no dejaron de denunciar los asilos, así como las prisiones de deudores, a las que iban a dar muchos ancianos, que de ellas pasaban a los asilos al comprobarse que no podían pagar sus deudas. En la novela no faltan alusiones a los viejos; Balzac habla a menudo de ellos, con menos veneración que Dickens; en *Eusébec Lombard*, de André Theuriet, se ve a los hijos acusándose mutuamente de haber dejado morir al anciano padre; Guy de Maupassant, en *Le Pére Amable*, describe a un viejo inválido y sordo, que acaba suicidándose cuando su nuera, viuda, se vuelve a casar; Emile Zola habla mucho de la vejez y con crudeza; en *La Terre*, los hijos acaban asesinando a su padre, testigo de un crimen cometido por ellos; Mark Twain señala con sarcasmo la triste situación de los viejos campesinos, y eso que en la sociedad norteamericana de la época todavía persistía cierto patriarcalismo rural. *La cabaña del tío Tom*, de Harriet Beecher-Stowe, se basa en la suerte de un viejo esclavo para condenar la institución misma de la esclavitud.

Los pensadores, como en el pasado, tienden a considerar la vejez como la edad de la sensatez y la clarividencia. Shopenhauer ve en los ancianos a quienes han sufrido ya todas las desilusiones, por lo cual son prudentes y sabios; para Emerson, el viejo es feliz; Jacob Grimm cree que la decadencia física queda compensada por la tranquilidad que acompaña a los años; en cambio, Lamennais llama al viejo «una tumba que se mueve»; en casi todas las novelas de Víctor Hugo el anciano simboliza la bondad, mientras que Flaubert señala que después de una vida sin biografía, los viejos acaban abandonados. Acaso fue una dama rusa de París, la señora Swetchine, quien dijo cosas más acertadas: «Nada crea más contradicción en el espíritu que la vejez; es un fantasma en el cual la juventud no cree, un atosigamiento para los adultos, y, sin embargo, todos esperan alcanzarla y transigen con todas sus desventajas con tal de gozarla». Mas «la juventud no hace a la vejez el honor de considerarla un mal necesario, de aceptarla como se acepta la

1. Beauvoir, págs. 194 y sig.

muerte». La autora rusa se lamenta, finalmente, de que Cristo no santificará esa edad viviendo hasta la vejez.[1]

En cierto modo, el arte de la época la santifica. Los viejos de cuadros y esculturas son poderosos si están airados, piadosos si están adoloridos. Ciertos tipos son siempre ancianos: profetas, mendigos, Dios. Algunos —Goya, Daumier— ven la vejez fea y deprimente. Sólo en algunos ilustradores, Steinlen, por ejemplo, hallamos a viejos de verdad, ni viejos verdes ni patriarcas. Si bien muchos hombres de ciencia llegaron a viejos, en general su fama la alcanzaron de adultos jóvenes, aunque Verdi compuso sus mejores óperas pasados los 70 y Tolstoi aprendió a ir en bicicleta a los 67.

No debe descartarse el papel de la conciencia, incluso en quienes se benefician con la opresión; hubo burgueses y aristócratas entre los primeros teorizantes del socialismo y del anarquismo, y hombres entre los primeros partidarios de la emancipación de la mujer. Estos «tránsfugas» influyen en mucha gente que, de otro modo, no se percataría de la existencia de un problema dado. Con los viejos sucedió algo similar. Fueron hombres y entre ellos viejos de las clases privilegiadas, que se beneficiaban con la condición infrahumana de los viejos pobres, quienes protestaron por ella y propusieron cambios. Cuando la situación lo permitió, la conciencia de su necesidad pasó de ser minoritaria a ser mayoritaria y los cambios, por moderados que fuesen, tuvieron lugar.

### *El despegue de la vejez*

Las condiciones que habían ido desarrollándose antes del siglo XIX se generalizaron y reforzaron: crecieron los excedentes agrícolas, se aceleraron los progresos técnicos y en especial los médicos; decreció la mortalidad infantil, aumentaron la longevidad y la población. Después de Napoleón, las guerras, más limitadas, causaron menos bajas, las epidemias se dominaron o fueron menos mortíferas, parir dejó de ser peligroso. Durante buena parte de ese tiempo, lo dicho se aplicaba solamente a la parte de la población compuesta de quienes gozaban de privilegios. Pero por interés mismo de los privilegiados, tuvieron que generalizarse las medidas sanitarias y los progresos de cualquier orden acabaron aplicándose a la larga, también a una gran parte de los desposeídos. Por esto, a partir de 1870, la población europea y norteamericana creció de

1. Beauvoir, pág. 203.

modo regular y acelerado y disminuyó la mortalidad (no sólo la infantil y de parturientas, sino la de adultos y ancianos también). El promedio de vida subió: en Francia era de 40 años en 1840; en Inglaterra, de 41 años; en los Estados Unidos (para los blancos) de 39 años; en Alemania (en 1871) de 37 años. La esperanza de vida al nacer había subido a 51 años en los Estados Unidos en 1910, a 54 años en Francia en 1920; a 57 años en Alemania en 1926 y en Inglaterra en 1922. En 1931 era de 61 años para los blancos norteamericanos y para los suecos. En el Japón, de 1880 a 1920 había pasado de 40 a 51 años.[1]

Aumentó, pues, la proporción de viejos en la población. Así, en Inglaterra, la de personas de más de 50 años pasó de 14.4 en 1881 a 22.7 en 1931. En Francia, esos porcentajes fueron de 22.5 a 25.5. En Alemania, de 15.8 a 21.8. En Italia, de 17.8 a 19.8. En Suecia, de 18.8 a 23.4. En los Estados Unidos, de 11.8 a 20.4.[2]

En el mismo período, la edad promedia del matrimonio tendió a subir, lo cual contribuyó a envejecer estadísticamente la población y a polarizarla, por edades, en términos sociales y culturales. En efecto, si la juventud termina cuando se adquieren responsabilidades familiares, creció el porcentaje de los jóvenes «sociales». De igual modo, si la vejez comienza cuando se deja de ser productivo, aumentó el número de viejos «sociales».

## 9. EL VIEJO Y LAS IDEOLOGÍAS

El aumento del porcentaje de viejos en la población, la generalización del sufragio en los países industriales, el lento mejoramiento del nivel de vida de las clases desposeídas, dieron a los viejos cierta capacidad de influir en las cosas, que hasta entonces sólo tuvieron en ciertos períodos y sólo los de las clases privilegiadas. Esto coincidió con un período de la historia occidental en el cual las ideologías políticas y sociales, así como los partidos y movimientos que las representaban constituyeron factores más determinantes que en cualquier etapa anterior.

1. Walter F. Willcox: «The Length Life...» en *Demographie historique.* París, 1939.

2. Warren S. Thompson: *Population Problems.* Nueva York, 1942. pág. 102.

*Ideología y experiencia*

Ideologías, en el sentido lato del término, las ha habido siempre. En ellas, los viejos tienden a desempeñar el papel de institucionalizadores. Así ocurrió, por ejemplo, con el cristianismo, que los jóvenes tomaron como una norma de conducta y que, al envejecer, convirtieron en una religión.

En los movimientos medievales de protesta social y religiosa, los viejos trataron casi siempre de contemporizar, nunca tomaron la iniciativa y a menudo se mantuvieron al margen. El patriciado burgués, dirigido por lo común por viejos, tuvo tendencia a mantenerse al lado del poder y aunque reclamaba para sí la democracia municipal, se opuso a que se extendiera a los artesanos.

En los movimientos estrictamente políticos, no era raro encontrar a ancianos. En esos movimientos, en general dentro de las clases dominantes, los lazos de sangre y las tradiciones de amistad y odio, jugaban un papel importante, como lo tenían también las ofensas, el rango, el honor y el prestigio, cosas que eran más capaces de sacudir a los viejos aristócratas que las perspectivas de cambio social a los viejos artesanos o burgueses. Los cambios políticos, en efecto, no rebasaban la experiencia personal, los había siempre, no exigían esfuerzos de adaptación ni imaginación, mientras que los cambios sociales requerían imaginar nuevas sociedades, confiar en el tiempo para que dieran fruto y suponían transformaciones de modos de vida, lealtades y maneras de pensar. Todo esto era más fácil para los jóvenes impacientes, con tiempo por delante, que para los viejos, ya adaptados, resignados y escépticos acerca de las posibilidades de transformar las cosas.

Los viejos no ejercieron ninguna influencia notable en el desencadenamiento de las protestas del pasado. Cuando más, algunas veces intervinieron al final de ellas para tratar de salvar lo que se pudiera o de desviar los golpes de los vencedores. Ya se vio que las revoluciones burguesas crearon las condiciones para que el poder pasara eventualmente a manos de los viejos, no como tales, sino como representantes de las clases privilegiadas, pero en las revoluciones mismas apenas intervinieron. Durante largo tiempo, ese poder político de los viejos fue menos seguro y general que su poder económico en el seno de las clases privilegiadas y, a través de ellas, en la sociedad.

En los movimientos y organizaciones que querían transformar la sociedad, los viejos no tuvieron tampoco, como tales, una influencia importante, aunque hubo entre sus teorizantes y dirigentes mu-

chos que siguieron siéndolo al llegar a la vejez. En esos movimientos, se asciende de modos diversos: mediante el carisma, por habilidad y muy a menudo por veteranía. En la vida de una organización, la experiencia es valiosa, lo cual da a los viejos ventaja sobre los jóvenes. Además, los primeros tienen tiempo de hacerse una biografía, es decir, de que las masas los conozcan por lo que han hecho y dicho. Por esto, cuanto más disciplinado es un partido, sindicato u otro tipo de organización, cuanto más permanencia consigue, tanto más probable es que en su cima se encuentren viejos o adultos próximos a la vejez.

Aunque la mayoría de los teorizantes comenzaron a escribir relativamente jóvenes, suele ser en las cercanías de la vejez o plenamente en ésta cuando producen sus obras definitivas. Marx era ya maduro al escribir *El Capital*, lo mismo que Kautsky al enfrentarse con Bernstein o Kropotkin al producir sus obras principales. La teoría es, así, resultado de la acumulación de experiencias, lecturas, discusiones.

## *Los adversarios del* status quo

Entre los adversarios del *status quo* social hay que distinguir dos grandes corrientes: la de quienes consideran que la autoridad es la causa fundamental de los males sociales, y la de quienes la atribuyen a la propiedad privada de los medios de producción. Los primeros, anarquistas, no podían aceptar la vejez como fuente de autoridad, puesto que se oponían a cualquier forma de ésta. Pero su acentuada tendencia a la emotividad les hacía expresar un profundo respeto hacia los viejos. Además, como en su movimiento abundaban los autodidactas, los viejos, que habían tenido más tiempo para desarrollar por su cuenta su propia cultura, ejercieron una fuerte influencia en su pensamiento. Siendo un movimiento de acción directa ésta acaparaba la energía de la mayor parte de sus adherentes jóvenes, por lo cual sus publicaciones y propaganda quedaba en manos de adultos y de ancianos. El anarquismo se desarrolló sobre todo en países agrarios con enclaves industriales (Francia, España, Rusia, Bulgaria, Suecia, China, Argentina), y atrajo especialmente a masas campesinas sin tierra y a campesinos trasplantados a las urbes. En el medio rural, donde todavía sobrevivían formas degradadas de la familia patriarcal, los viejos eran más respetados que en el medio obrero urbano y encontraban en la familia más autoridad y seguridad. Esta actitud se trasplantó al movimiento anar-

quista. Los viejos hallaban en él un calor que acaso no sentían ni en su familia ni en la sociedad y ello a pesar de que, por la edad, no podían apenas participar en las acciones violentas, manifestaciones, motines, etc., que durante decenios jalonaron la historia del anarquismo.

En su esquema de una sociedad ideal, los anarquistas preveían que la sociedad —a través de las federaciones de comunidades o de los sindicatos—sería responsable del bienestar de los viejos, de darles seguridad y sentido de utilidad. Entretanto, a través de los sindicatos que dirigían, los anarquistas reclamaron beneficios para ellos. No pensaban tanto en sistemas de pensiones cuanto en niveles de vida que permitieran a cada uno preparar su vejez. La prensa anarquista denunció a menudo la utilización de la ayuda a los viejos en períodos electorales, en lo cual encontraba un argumento más en favor de su apoliticismo.

Distinta fue la situación en la otra tendencia del movimiento obrero, la socialista. Ya se indicó que entre los utopistas se atribuyó a los ancianos un papel preeminente en la sociedad ideal, que debía cuidar de ellos, pero aunque Marx, Engels y muchos teorizantes marxistas siguieron escribiendo pasada la sesentena, nunca se ocuparon de los problemas específicos de la vejez. Daban por descontado que los resolvería una sociedad socialista.

Los partidos socialistas y los sindicatos dirigidos por socialistas pusieron en sus reivindicaciones la adopción de sistemas de jubilación, dentro de un complejo de demandas referentes a la seguridad material de los trabajadores. Pero la legislación de pensiones, como ya se explicó, no se debió a los socialistas, sino a la conveniencia del sistema capitalista, que había llegado a una etapa de desarrollo en que le interesaba fomentar entre sus trabajadores cierta seguridad. Mas la presión socialista y sindicalista, apoyada indirectamente por el miedo a la acción de los anarquistas, consiguió transformar lentamente esta legislación y hacerla pasar de ayuda a viejos pobres a ayuda a todos los viejos asalariados. Luego se presionó, en general con éxito, para que la edad de retiro descendiera y para que se incluyera a las mujeres en el sistema (con una edad de retiro más baja que para los varones).

No fue el movimiento obrero el que primero se ocupó de la condición de los viejos. Mucho antes, algunos radicales burgueses trataron el tema. Tom Payne había propuesto, en 1796, en los Estados Unidos, que se diera una pensión a cuantos llegaran a los 50 años. En 1844, los gobiernos de Holanda y Bélgica otorgaron pensiones a los funcionarios y Luis Felipe de Francia la dio a los militares y

burócratas, sistema que el Segundo Imperio extendió a marinos, mineros y ferroviarios. Las pensiones sirvieron, pues, para premiar a los servidores y para atraer mano de obra a los oficios peligrosos.

En los partidos socialistas, los viejos fueron adquiriendo influencia a medida que avanzaban en edad los fundadores. Los equipos directivos envejecían. El apoyo y la experiencia de esos fundadores era indispensable para los dirigentes jóvenes, que subían lentamente, y que habían salido de entre los discípulos y colaboradores de los fundadores.

Igual aconteció con los sindicatos. Los formaron adultos y jóvenes, pues los viejos solían rehuirlos. Cuando los fundadores envejecieron, se dieron cuenta, por experiencia propia, que habían negligido poner en sus reivindicaciones algunas relativas a la vejez. Primero se pidió ayuda para los que ya no podían trabajar por causa de la edad; luego, para cuantos acumularan un determinado número de años de empleo en la misma empresa; finalmente, para cuantos llegaran a cierta edad, porque los años de servicio eran motivo de que muchos viejos obreros se vieran despedidos al acercarse el momento en que podrían retirarse. Estas demandas sólo tuvieron éxito en un número limitado de casos, con grandes empresas y con ciertos patronos de mentalidad moderna. Por último, esta presión sindical, conjugada con la acción socialista, la de pensadores burgueses y la coyuntura económica, desembocó en la legislación de pensiones que ya se ha expuesto.

Los sindicatos, al crecer, se volvían más complejos. La experiencia de la lucha, las negociaciones, las huelgas, acumulada en los viejos era indispensable. Por esto los viejos suelen permanecer largo tiempo en los puestos dirigentes. Pero no prestan atención a los problemas no materiales de la vejez: soledad, falta de sentido de utilidad, etc. Bien es verdad que el sindicato —o el partido obrero, en su caso— los resolvería para un número limitado de viejos militantes.

### *Los partidarios del* status quo

Los partidos y movimientos favorables al mantenimiento del *status quo* social suelen tener una organización menos disciplinada que los adversarios del mismo. Se forman en torno a personalidades o cuestiones concretas y transitorias. Hay que distinguir dos tipos de movimiento: el que se opone a cambios lo mismo sociales que políticos (conservadores) y el que sin querer cambiar la sociedad, acep-

ta y propicia cambios de su estructura política (radicales). Un tercer tipo, no se somete a las reglas del juego democrático, quiere una estructura política autoritaria y dirigir toda la vida de los ciudadanos (militarismo, dictaduras tradicionales, totalitarismo).

Fueron los radicales quienes dieron el apoyo decisivo a las leyes de pensiones, aunque posiblemente no lo hubiesen hecho de no ser por la presión del movimiento obrero, del mismo modo que fueron ellos quienes, a mediados del siglo pasado, denunciaron de modo más persistente los sufrimientos causados por el industrialismo y en especial la condición de los trabajadores viejos, lo que, como se vio, permitió el cambio de actitud de los «bienpensantes».

Las tendencias partidarias del *status quo* social están dirigidas, en lo alto, por viejos y adultos cercanos a la vejez. En los conservadores, los viejos se encuentran en todos los escalones de la dirección, mientras que en los radicales abundan más en ellos los adultos y jóvenes.

Los dictadores de tipo tradicional son otra cosa. En los casos de golpes militares por orden de los altos mandos, los que asumen el poder son viejos, puesto que los ascensos son, en muchos ejércitos, por antigüedad. Pero hay otros golpes que responden a ambiciones personales o a una crisis del sistema. Como la audacia no es característica de la vejez, el militar golpista, en estos casos, suele ser adulto o hasta joven o refleja las aspiraciones de militares de baja graduación —es decir, en su mayoría jóvenes—. El dictador, si logra mantenerse en el poder, puede llegar a viejo. Esto es válido lo mismo para las dictaduras militares que para las civiles. Al envejecimiento del dictador corresponde el de los cuadros que lo apoyaron y, por tanto, del sistema. Son pocos los dictadores que se atreven a rejuvenecer los cuadros de su régimen; cuando desean hacerlo, suelen encontrarse con la oposición de sus compañeros de los primeros momentos, que no quieren dejar paso a «sangre nueva».

Por esto, a los motivos ideológicos para oponerse a una dictadura se agregan, a menudo, motivos generacionales. Los jóvenes encuentran el camino bloqueado por los cuadros vetustos de la dictadura. El régimen autoritario se identifica con los problemas de los viejos y se ocupa poco de ellos, pues no constituyen una amenaza. La condición de los viejos bajo una dictadura no suele empeorar ni mejorar ni más ni menos que la del resto de los ciudadanos.

El Estado totalitario, en cambio, suele ocuparse de los viejos. Un sistema totalitario no se contenta con la neutralidad de sus súbditos, sino que quiere la adhesión activa y explícita. Ha de ha-

cer, pues, algo por ellos y como todos los súbditos esperan llegar a viejos, ha de ocuparse de éstos. Por ello, los viejos de los países totalitarios suelen estar menos mal, materialmente, que los no viejos, aunque compartan con éstos los inconvenientes del régimen. Para éste, el viejo tiene la ventaja suplementaria de que, por su edad, es menos probable que sea oponente, aunque se han dado casos en que los viejos encuentran que no merece la pena sacrificar sus convicciones por una supervivencia que, de todos modos, será breve.

En los sistemas totalitarios sucede lo mismo que en las dictaduras con respecto a los cuadros de mando: envejecen y provocan, así, frustraciones generacionales, que pueden transformarse en discrepancias políticas, aunque esto, por ser más peligroso, eso es menos frecuente que en las dictaduras tradicionales.

*La edad en la política*

Eventualmente, todo analista de la política llega a formularse esta pregunta: ¿por qué tanta gente vota contra lo que son sus intereses materiales (obreros por conservadores, por ejemplo, o profesionales y hasta burgueses por candidatos partidarios del cambio social)? Factores hasta ahora poco estudiados acaso ayuden a hallar la respuesta. La psicología de las profesiones podría explicar porqué ciertos oficios proporcionan un porcentaje especialmente alto de inconformistas. La psicología profunda podría explicar porque hay personalidades que tienden a ser inconformistas (poco importa aquello con lo que no se conformen), mientras que otras tienden a ser conformistas, en uno y otro caso a menudo en contra de sus intereses materiales inmediatos.

En un movimiento social o político, de cualquier ideología, los jóvenes y los intelectuales suelen sostener las posiciones más radicales e intransigentes, numantinas, violentas. Los adultos suelen dar el tono, aunque teniendo en cuenta las posiciones juveniles, pues en ellos hay una evidente ambivalencia: conservan la retórica juvenil, no quieren perder la imagen radical, pero han aprendido que en toda cuestión puede haber más de una verdad y que las circunstancias exigen casi siempre que se transija. Este posibilismo de los adultos acaba predominando casi siempre.

Los viejos presentan un caso especial, contradictorio. Muchas veces vuelven al lenguaje y las actitudes intransigentes de la juventud, pero como por su edad no se encuentran en condiciones de aplicarlas, confían en los demás para hacerlo. Esto se ve, por ejem-

plo, en casos de guerra, cuando los viejos, que no pueden hacerla, son los más belicosos y patrioteros, lo que les gana el reproche de querer hacer la guerra hasta el último cadáver de joven. No es un caso de doblez, sino de no darse cuenta de la ambigüedad de su situación. Esto sólo ocurre por lo general en situaciones límite. Por ejemplo, Bertrand Russell, el famoso filósofo inglés, reprochaba a los Estados Unidos no haber emprendido en 1948 una guerra atómica preventiva contra la URSS, pero se volvió en la ancianidad un pacifista y desarmamentista unilateral, como lo fue durante la guerra europea mundial.

En cambio, en situaciones normales, sin grandes presiones emotivas colectivas, los viejos suelen mostrarse cautos, dispuestos a la transigencia, y no es raro que de ellos vengan las advertencias más clarividentes sobre el futuro. Por eso se les achacan posiciones de resignación, reformismo, revisionismo, paciencia, blandura. Y ellos, a su vez, se exasperan ante la impermeabilidad de los jóvenes y adultos a las lecciones que aprendieron por la experiencia y que nadie parece querer escuchar. Acaban concluyendo con el proverbio según el cual nadie aprende en cabeza ajena, que en el fondo constituye la mejor explicación de la eterna lucha de generaciones.

Por otro lado, los viejos suelen tener un puesto ya consolidado dentro de un partido, organización o movimiento, o simplemente en el lugar de trabajo. Están menos dispuestos que los jóvenes a exponerlo si las posibilidades de éxito les parecen escasas o nulas.

Hay que señalar que la ideología a la que se adhieren tiene una influencia decisiva en la capacidad del viejo de aprender las lecciones de la realidad. Si su ideología se presenta como una verdad absoluta —comunismo, fascismo, conservadurismo, por ejemplo—, no aprende, pues si tenía la verdad medio siglo atrás, sigue teniéndola. Si se adhiere a ideologías no dogmáticas —socialismo, liberalismo, anarquismo—, es posible que el viejo, sin abandonar los principios de su juventud, los adapte a nuevas circunstancias.

Otra nota: los «cambios de camisas», el paso de una ideología a otra, se producen más frecuentemente en la juventud o la madurez que en la ancianidad. El viejo, por su misma dificultad en cambiar, no cambia de ideología. La mayoría de las escisiones en cualquier clase de organización las inician los jóvenes o los adultos, no los viejos, pues estos experimentan por la organización a la que han consagrado su vida un afecto que no les permitiría abandonarla; se sienten en ella «en su casa», «en familia».

# IV
# NUESTRA ÉPOCA

## 10. EL VIEJO Y EL PODER

La mejora de la condición social de los viejos tiene tres aspectos complementarios entre sí: más seguridad material (el viejo rico sigue siendo dueño de sus bienes hasta su muerte, y el pobre recibe una pensión); mayor consideración y, por tanto, menos soledad; posiciones de poder en instituciones de gobierno, partidos, sindicatos, negocios, clubs, etc.

Sería difícil comprender esta situación y la evolución de la misma si no se tuviera en cuenta la relación entre vejez y poder. Esto es interesante, no porque la presencia de viejos en lugares de poder entrañe un mejoramiento de las condiciones de la vejez, sino porque explica, paradójicamente, el empeoramiento de estas condiciones en nuestra época. En efecto, el hecho de que el habitual conflicto de generaciones se haya agravado hasta constituir una de las características del tiempo presente se debe, en gran medida, al monopolio de la autoridad por los viejos. De él arrancó lo que llaman la crisis de autoridad, que es, en realidad, crisis de la autoridad de los viejos.

### *La autoridad familiar*

Ya se ha visto como con el ascenso de la burguesía, la autoridad del viejo en la familia adquiría caracteres lejanamente comparables a los del patriarca de la antigüedad. Estaba ligada al concepto de la propiedad privada absoluta. Nadie pensó, claro está, que debía establecerse firmemente la autoridad del jefe de familia porque era la manera de conservarle el dominio de la propiedad o, alternativa-

mente, puesto que el jefe de familia tiene el dominio de la propiedad, que debía dársele la autoridad que le permitiera ejercerlo.

En la inmensa mayoría de familias en que no había propiedad familiar o era de escaso valor, la autoridad del jefe de familia se relacionaba con su capacidad de sostenerla o, por lo menos, de aportar la mayor parte de los ingresos de la misma. Por esto, era una autoridad no vitalicia, puesto que al dejar de trabajar o de ganar, la perdía en la práctica (por lo menos, muy a menudo), aunque se mantuviera en la ley.

Esto nunca se vio con esta brutalidad por sus protagonistas, y pocos atribuyeron a la autoridad paterna, o de los abuelos, una motivación económica. El respeto y la veneración, el ceremonial con que ambas actitudes se expresaban, se veían como cosa natural, del mismo modo que otras costumbres de origen económico —la virginidad, la fidelidad conyugal—se consideraban también naturales y, por ende, prescritas por la moral. Por tanto, cuando se leen en novelas de la época casos de heroico amor filial y de respeto ciego a la voluntad paterna, hay que creer que reflejan la realidad del momento, del mismo modo que la reflejan cuando hablan de los absurdos sacrificios por conservar la virginidad o de los sádicos castigos a la infidelidad (femenina, desde luego). Por la misma razón hay que creer los relatos de maniobras complicadas, venganzas tenaces, crímenes rebuscados con el fin de hacerse con los bienes de un viejo, tema frecuente en las novelas sobre la burguesía.

Ya se dijo que poco a poco, a medida que la condición económica de las familias de las clases desposeídas lo iba permitiendo, el carácter «natural» y «moral» de la veneración por los viejos se generalizó entre ellas. Una vez aceptada esta norma, aunque la familia pasara por apuros o cayera en la miseria, ya a nadie le pasaba por la cabeza deshacerse de los viejos, aunque constituyeran una pesada carga.

A partir de la Primera Guerra Mundial, la autoridad del anciano comienza a decrecer, no en las leyes, que no se cambian, sino en las costumbres. El descenso se acentúa después de la Segunda Guerra Mundial y se acelera a partir de los años sesenta. Hay un cambio en los modales de los hijos hacia los padres (menos respeto, hasta desprecio porque predican una conducta y practican otra). Es frecuente que los hijos que se alejen de los padres, muestren respeto y cariño por los abuelos, a pesar de que pueden reprocharles lo mismo que a los padres, y de que sus reacciones y valores morales les parecen aún más anacrónicos. Pero los abuelos ya no son la autoridad.

El relajamiento de los lazos familiares y de la autoridad paterna son manifestaciones de la absorción de la burguesía por el capitalismo. La primera dio nacimiento a dos fuerzas que podían destruirla: el proletariado (creando una sociedad sin propiedad privada), y el capitalismo (transformando la propiedad en dominio o control de los bienes de producción). El capitalismo ha realizado su labor más rápidamente que el proletariado, entre otras razones porque era una simple continuación de la iniciada por la burguesía. Esta es una clase en vías de desaparición, que va siendo substituida por una nueva clase de ejecutivos, cuadros, técnicos, que no es propietaria, sino administradora de los bienes de producción. El viejo amo va desapareciendo en las empresas clave de la economía nacional, y ésta va desapareciendo en la economía mundial o, cuando menos, de grandes bloques económicos. Todo esto se ve poco en países todavía en vías de desarrollo, como España, pero es ya visible en los países muy industrializados. Lo mismo cabe decir de la agonía del proletariado, substituido más y más por robots y otros medios mecánicos de producción (como antaño el artesanado fue substituido en gran medida por el proletariado); dentro de unos años habrá que recurrir a una disminución drástica y simultánea de la jornada de trabajo en todos los países industrializados, cuando la economía no pueda ya sostener los subsidios a los parados, cuyo número irá creciendo; esto requerirá una nueva forma de educación, que se preocupe de formar no consumidores y productores, como la de ahora, sino gente que dispondrá de largos ocios y que necesitará haber aprendido cómo llenarlos con algo que no sea el aburrimiento y sus secuelas (drogas, violencia, disponibilidad para la demagogia, etc.). Los mismos servicios, que absorben ya parte de la mano de obra desplazada de la industria (como ésta absorbió antaño a la desplazada agricultura) verán aumentar el paro y tendrán, igualmente, que reducir sus horas o días de trabajo. Es un proceso lento, con sacudidas de aceleración de vez en cuando, pero parece imparable. Es un proceso que afectará profundamente no a los viejos de hoy, sino a los adultos y jóvenes actuales, cuando lleguen, a su vez, a la vejez, porque la sociedad de servicios y ocio será muy distinta de la de hoy y su cultura lo será también.

Con estas transformaciones, la herencia pierde importancia y la pierden asimismo los dos valores morales derivados de ella (de la necesidad del padre de saber que su heredero es realmente su hijo): la virginidad y la fidelidad. Esto ha hecho posible la liberación sexual, y la pérdida de importancia de la familia. Su función económica se difumina y le quedan sólo funciones secundarias de educa-

ción, seguridad emocional, compañía, contacto cultural, que por ser las únicas que permanecen, adquieren realce especial. Por la misma razón, la autoridad del jefe de familia se desvanece, pues ya no es necesaria; la rebelión de los jóvenes es resultado de esta pérdida de indispensabilidad de la autoridad familiar.

El debilitamiento de la autoridad en la familia precede al de la autoridad de los viejos en otras esferas de poder, —organizaciones, negocios, política—. Allí donde se insistía más en que la autoridad de los viejos era «natural» y «moral», es allí donde ha sido más breve. Precisamente porque era menos funcional, se trataba de envolverla en un ropaje de frases convencionales que le dieran un soporte emocional.

*Las oligarquías de viejos*

Ya se indicó que muchos dirigentes de partidos, sindicatos, asociaciones, empresas y gobiernos permanecían en su puesto hasta su muerte o hasta que su decadencia mental o física les forzaba a abandonarlo. En la primera y hasta la segunda generación de miembros de cualquier organización o institución, esto parecía normal. Pero cuando los viejos que estaban en la dirección no eran ya los fundadores, los jóvenes y adultos se impacientaban, porque veían bloqueado su avance hacia el poder. Esta ambición de puestos no era necesariamente de carácter «arribista», pues muy a menudo se deseaba el puesto para poder aplicar desde él unas convicciones en las que se creía sinceramente. Pero quienes habían llegado al poder —cualquiera que éste fuese— no querían soltarlo. El dirigir o mandar se convierte en un modo de vida —no tanto material cuanto de costumbre mental—y, por tanto, se vuelve un fin en sí mismo. Se podía considerar lógico que los viejos llegaran al poder, pero no se aceptaba que se aferraran a él a toda costa.

Esta rivalidad de generaciones tendía a dividir cualquier movimiento u organización, porque los jóvenes adoptaban posiciones diferentes, que los viejos no pudieran aceptar, con el fin de desplazarlos. Surgía así una divergencia ideológica que a menudo era artificial —sin que se percataran de ello sus protagonistas—. Así, nos encontramos con el caso paradójico de que en el partido socialdemócrata alemán las teorías reformistas, moderadas, de Eduard Bernstein, hallaron más apoyo entre los jóvenes que entre los viejos aferrados a la interpretación tradicional del marxismo; el deseo de

desplazar a éstos era más poderoso que la tendencia al radicalismo normal en la juventud.

Los viejos en el poder, más duchos por su dilatada experiencia, suelen vencer, a menos que la edad les haya anquilosado imaginación y voluntad. Acostumbran también a ser los que recurren a las tretas más sucias, no porque sean peores que los jóvenes, sino porque para ellos cada combate es el último y porque conocen las tretas de cuando los viejos de su juventud las emplearon contra ellos.[1]

Hay en las masas, según algunos sociólogos, tal necesidad de veneración que, dada la imagen de la vejez fomentada por la burguesía, tiende a vertirse en jefes o dirigentes ancianos, de aspecto venerable, paternal. Por otro lado, el ejercicio del poder desarrolla en los dirigentes caracteres de jefe, espíritu dominador, y hasta los lleva a creer que sus convicciones son la verdad, la razón, la «línea justa». Masas y militantes ven con inquietud el momento en que falte el dirigente al que se han habituado por decenios y en el cual, a menudo, han delegado su facultad de pensar y decidir. Podría afirmarse que, con la edad, se acentúan en el carácter de militantes y dirigentes los lazos de paternalismo, autoritarismo, uniformismo y dogmatismo que existen en general en todas las personas interesadas activamente por la política, independentemente de su ideología.[2]

Entre los militares esa tendencia a la formación de oligarquías es también fuerte, está implícita, de hecho, en las ordenanzas, en la costumbre del ascenso por antigüedad y en la casi imposibilidad por los oficiales jóvenes de hacerse oír, ni siquiera cuando exponen ideas brillantes. Charles de Gaulle, con su libro sobre los tanques, años antes de la Segunda Guerra Mundial constituye, un ejemplo de ello.

En la Iglesia católica —y en general en todas las iglesias y sectas— se halla la misma tendencia, aunque a partir de Pablo VI se ha generalizado la costumbre de dimitir de los altos cargos al llegar a los 75 años. Igual tendencia se encuentra en los colegios

1. Robert Michels: *Les partis politiques. Essai sur les tendances oligarchiques des démocraties.* París, 1919, passim.

2. En los medios anarquistas estas tendencias tienen menos oportunidad de manifestarse por la fluidez de sus equipos dirigentes. Michels, que no era anarquista, tituló uno de los capítulos de su libro «La acción profiláctica del anarquismo». Pero no debe dejarse de lado el hecho de que en un contexto sindical, con una organización más estructurada, muestran las mismas tendencias oligárquicas que los adherentes a cualquier otra ideología.

profesionales y en las universidades. Podría decirse, generalizando, que la burocratización conduce al envejecimiento de las direcciones.

*La gerontocracia*

Lo que da ventaja a los viejos es un mayor adiestramiento en las mañas y el arte de permanecer en el poder. Si en los negocios la propiedad da el poder, en partidos y gobiernos nada lo garantiza.

Pero desde hace siglo y medio, la realidad es que el poder en gobiernos y organizaciones políticas ha estado casi siempre en manos de viejos, incluso en circunstancias excepcionales. (En la primera parte de la guerra civil española, por ejemplo, el gobierno estuvo dirigido por Francisco Largo Caballero, de 67 años; el primer gobierno del Frente Popular francés lo estuvo por León Blum, de 64 años. No hay que olvidar el papel de otros viejos, Georges Clemenceau y David Lloyd George, en la primera Guerra Mundial). La costumbre de escalar el poder pasando por puestos menores, lo que llevaba años, era tan fuerte que no escapaban a ella ni siquiera los que se consideraban revolucionarios (los bolcheviques rusos fueron una excepción y no puede decirse que tuviera consecuencias mejores que el poder de los viejos).

El hecho de que hubiera tantos gobernantes ancianos reforzaba la posición de los viejos en partidos y sindicatos. La gente —el votante, el lector de periódicos y el radioyente— se acostumbró a identificar poder con ancianidad. Esto condujo a considerar que el poder era una prerrogativa de la edad. Cierto que hubo también gobernantes que ascendieron al poder relativamente jóvenes, pero a menos de fracasar, siguieron gobernando, contínua o intermitentemente, por años y decenios, hasta entrada la vejez. Mussolini rebasaba los sesenta cuando fue ejecutado. Si Hitler no hubiese perdido la guerra, es probable que hubiese llegado a viejo como Reichführer.

La lista de gobernantes que llegaron al poder a una edad en la que, de haber sido trabajadores, estarían ya jubilados, o que siguieron en él mucho más allá de su edad de jubilación, es larguísima. No se trata sólo de reyes longevos —Luis XIV, Felipe II— sino de gobernantes en regímenes más o menos democráticos, a quienes los votantes podían no reelegir, pero que, pese a su vetustez (o debido a ella), obtenían una y otra vez la victoria electoral.

Incluso en la Revolución Francesa, pasados los primeros entusiasmos, los viejos ejercieron cierta influencia. Durante el Directo-

rio, una de las dos cámaras del parlamento era el Consejo de Ancianos, lo que que daba confirmación constitucional a la idea de que vejez y sensatez eran equivalentes.

Ciertos países parecen tener predilección por los gobernantes viejos. Jules Grévy, presidente de Francia, se retiró de la política a los 80 años. René Coty tuvo que ceder la presidencia en 1958, a los 77 años, a Charles de Gaulle, de 68, quién murió, poco después de dejar el poder, a los 80. En 1932 el presidente Paul Doumer fue asesinado por un terrorista croata cuando llegaba a los 75, Falliéres terminó su mandato a los 72 y MacMahon a los 71 años.

En Inglaterra, también la vejez parece ser un buen camino hacia el poder. Neville Chamberlain tenía 68 años cuando firmó el pacto de Munich con Hitler y Mussolini. Disraeli tenía 64 años al ocupar por primera vez el cargo de primer ministro y 76 al dejarlo por última vez, un año antes de morir. Su rival, Gladstone, contaba 59 años al ser nombrado primer ministro y 85 al dimitir por última vez de este cargo.

En la España del siglo XIX, los liberales tendían a ser más jóvenes que los conservadores al llegar al gobierno, pero con la Restauración los dos partidos de turno se igualaron en la vetustez de sus dirigentes. Después de la generación de adultos que unificó a Italia, los Crispi, Giolitti y demás fueron ancianos. Bismarck en Alemania tenía 75 años al dimitir, para que le sucediera otro anciano. En Austria —Hungría la vejez de los ministros era sólo comparable a la del emperador. Los héroes de las nuevas naciones surgidas de la Primera Guerra Mundial—, Masaryck en Checoslovaquia, Paderewski en Polonia— bordeaban la vejez.

En América Latina muchos gobernantes fueron relativamente jóvenes —acaso porque subían al poder por guerras civiles o golpes—, pero numerosos fueron los que continuaron en él literalmente a sangre y fuego y cumplieron los 80 y hasta los 90 años estando en el candelero. Porfirio Díaz en México, Juan Vicente Gómez en Venezuela y Rafael Leónidas Trujillo en la República Dominicana son los ejemplos más conspícuos, pero no los únicos. Por contra, en los Estados Unidos, los presidentes viejos son la excepción; con todo, los hubo sesentones y hasta de setenta años, como Washington, Grant y Reagan. Roosevelt murió a los 63.

Ya veremos que en los países del Tercer Mundo, en esa época —para ellos colonial—, solían ser gobernantes locales viejos quienes colaboraban con los colonizadores. En algunos de los países que salieron de las colonias, los políticos de la independencia siguieron en el gobierno hasta la vejez o la muerte: Nehru en la In-

dia, Jinnah en Pakistán, Abdullá en Transjordania, Ibn Saud en Arabia. En los países gobernados por comunistas, las élites gubernamentales estuvieron compuestas hasta los años setenta por hombres que hicieron la «revolución», es decir, que tomaron el poder a la sombra del ejército soviético y que, por lo tanto, son viejos. En la URSS, hasta los años ochenta, el equipo gobernante estaba formado por viejos —el más joven pasaba de los 60— y Stalin murió a los 74 años, después de haber hecho ejecutar a los camaradas de Lenin, de su misma edad o mayores que él; Brejnev falleció a los 76 años.

La Segunda Guerra Mundial, del lado de los aliados, fue dirigida no por jóvenes, sino por viejos. Roosevelt se acercaba a los 60, Churchill tenía 66, Chiang Kai Chek se aproximaba a los 60, cinco años más que su rival Mao Dzedong. Cuando Francia quiso rendirse, creyó hallar un salvador en un anciano que rebasaba los 80, el mariscal Philipe Petain, y cuando la Gran Bretaña quiso cambiar su forma social puso en el poder, en 1945, a un laborista de 62 años, Clement Attlee.

Después de la guerra, la iniciativa de lo que llegó a ser la Comunidad Europea salió de cuatro viejos: Jean Monnet, Robert Schuman, Alcide de Gasperi y Konrad Adenauer. Truman, en el momento del plan Marshall y de la OTAN, había reabasado la sesentena. Einsehower le sucedió al cumplir 64 años.

Hay que decir que si en las guerras los viejos no mueren en el frente, el número de víctimas ancianas en la retaguardia fue considerable, en campos de concentración, ejecutados o muertos en bombardeos. En Alemania, el único complot importante contra Hitler fue planeado por viejos. Y si en la Resistencia armada hubo pocos viejos, no faltaron éstos en otras tareas igualmente arriesgadas (prensa, alojamiento, radio): Puede decirse que, a diferencia de lo que ocurría en guerras anteriores, los viejos politizados de nuestra época se mostraron tan activos como los no viejos.

Es interesante notar que entre los intelectuales la vejez lleva a menudo —pero no siempre— a la desilusión y el escepticismo. En otros casos, la extrema vejez puede conducir a adoptar actitudes extremistas y juveniles, (caso de Bertrand Russell, ya citado). Herbert Marcuse, cuyos libros inspiraron a la juventud rebelde de los años 1960-1970 (que leían en ellos lo que deseaban leer, y no lo que el autor había escrito), se manifestó decepcionado por la conducta de esa generación de lectores suyos. Truman murió a los 88 años sin arrepentirse de haber ordenado lanzar la primera bomba atómica, y Churchill, a los 91, seguía siendo tan conservador y tan poco

dispuesto a reconocer haber cometido errores como a los 25. Probablemente sin esta testarudez sería imposible hacer lo necesario para mantenerse mucho tiempo en el poder; acaso el poder endurezca contra las dudas o crea un hábito de disimulo que acaba ocultando incluso al propio anciano las vacilaciones y decepciones que experimenta, o el instinto de conservación, tan agudizado en la vejez, haga impermeable a ellas.

Basta con hojear la prensa ilustrada para darse cuenta de que hasta los años cincuenta, los gobiernos, consejos municipales, y legislaturas estaban formadas por viejos y adultos. Como si esto no bastara, existían en los parlamentos las llamadas «cámaras de reflexión» (Senado, Cámara de los Lores) cuyos miembros tenían en general edad provecta. En la época del voto restringido a los propietarios, ese gobierno de los viejos resultaba normal, porque la mayoría de los electores eran adultos cercanos a la vejez o ancianos. En la época de Luis Felipe, la mitad de los electores franceses tenían más de 55 años de edad. Un político afirmaba entonces que los 54.000 electores liberales contaban con 28 millones de ciudadanos detrás de ellos y los 46.000 electores conservadores, estaban apoyados por 3 millones de viejos.[1] Aún con el sufragio universal y a pesar del aumento de la proporción de viejos en la población, el porcentaje de ancianos en el poder era muy superior al de viejos en la sociedad.

Un ejemplo revelador de gerontocracia es el sistema llamado de *seniority* en el parlamento norteamericano. Sistema en vía de lenta desaparición tras dos siglos de vigencia; por él, los puestos de presidente de las comisiones claves del parlamento recaen automáticamente en aquellos que llevan más tiempo en él.

### *La paidocracia*

Contra la gerontocracia se han ido alzando los adultos y los jóvenes, movidos por la impaciencia. Pero esta no hubiese bastado para obtener resultados, de no haber aparecido condiciones objetivas adversas al poder de los viejos.

Los métodos empleados por éstos en el poder acabaron resultando ineficaces. El mundo no es más pacífico que hace un siglo, ni la economía más segura (aunque el nivel de vida sea más alto). Las ideas generadas por los adultos y aceptadas por los viejos como

1. Beauvoir, pág. 198.

norma de su política, han fracasado lo mismo en el Oeste que en el Este. Hay crisis, hambre, imperialismo. La paz no se ha mantenido, pese a organismos y estrategias puestos en marcha por los gobiernos de viejos.

En los países «nuevos», gobernados por adultos y jóvenes, las concepciones de los viejos fracasan también. La democracia no se mantiene en ninguno de ellos y las dictaduras son sólo en provecho de las minorías urbanas de la clase media. De igual modo, la acción juvenil, tan activa en las décadas de los cincuenta a los setenta (manifestaciones, contracultura, «contestación», «nueva izquierda», terrorismo) es una repetición a destiempo de viejas tácticas elaboradas hace dos o tres generaciones y que ya habían fracasado. El derrumbe de los regímenes concentristas de Europa del Este, en 1989, y la «perestroika» de Mijail Gorbachov en la URSS han desbancado a los gobiernos de viejos, tal vez por la vejez de sus componentes, que ya habían perdido la fe en su ideología, cayeron sin a penas derramamiento de sangre.

Es toda la política de los viejos la que se ha venido abajo. Pero sería engañarse creer que se derrumba porque la propugnaron y aplicaron viejos. El fracaso refleja el de un tipo de sociedades que ya no pueden resolver los problemas que suscitan —y eso lo mismo en el Este que en el Oeste, aunque con distintos grados de bienestar y de libertad en uno y otro lado—. Tal vez es el tipo de sociedad misma lo que ha llegado a la vejez.

Mas la gente, que no ve la crisis de los sistemas, achaca a los gerontócratas la responsabilidad de sus fracasos. Esto satisface la impaciencia de los jóvenes occidentales y les ahorra la labor penosa de analizar un sistema que, a fin de cuentas, les permite ponerlo en tela de juicio y sentirse, al mismo tiempo «revolucionarios» y en paz con su conciencia sin hacer realmente nada para cambiarlo.

De todos modos, es evidente que en nuestra época los viejos no son, en general, aptos para gobernar, y ello no por alguna falla inherente a la vejez, sino por las características del tiempo. La vida ha cambiado tanto, durante los decenios de su existencia, que les limita la compresión de los fenómenos actuales, porque tienden a compararlos con los que conocieron, a pesar de que son inéditos y sin precedentes.

La política se hace como sesenta años antes, los presupuestos se elaboran como en 1930 (aunque con ayuda de computadoras) y en la época de la bomba atómica y de la defensa computarizada, los militares siguen creyendo en uniformes, medallas y saludos. Las empresas se llevan con ordenadores, pero las ideas de los eje-

cutivos no son radicalmente distintas de las de los «amos» de antaño. Hay, pues, un desfase entre la realidad y la administración de esta realidad —que eso es gobernar o dirigir—. Pero es a ese desfase que se achacan todas las culpas, cuando en realidad son del sistema —una de cuyas culpas, precisamente, consiste en haber hecho posible la gerontocracia—. La impaciencia de los jóvenes comenzó a manifestarse en las filas del trabajo, cuando las empresas empezaron a negarse a contratar a obreros de más de 40 años. Siguió luego en las filas de los ejecutivos de medio nivel, por el rejuvenecimiento de las mismas, y está ya llegando a los ejecutivos de alto nivel. Amenaza a los gobernantes, entre quienes hay menos viejos que hace unos años. Queda por ver si los impacientes de hoy, al llegar a su vez a la vejez, se dejarán desplazar por los jóvenes o si se aferrarán a sus puestos y provocarán una nueva rebelión juvenil.

Es significativo que la solución de los problemas específicos de la vejez vaya pasando a manos de los no viejos a medida que se rejuvenecen los cuadros de mando en los negocios y la política. Son soluciones pensadas no tanto para los viejos cuanto para los jóvenes, puesto que son éstos quienes las adoptan. Es también revelador que en las numerosas obras de futurología no se hable casi nunca de los viejos ni se indique lo que será, en el futuro, la vida de quienes hayan dejado de trabajar o de mandar.

No puede tampoco pasarse por alto la persistencia con que se habla de «rejuvenecimiento» de partidos, sindicatos, administraciones, instituciones, y, a la vez, la rapidez con que envejecen las organizaciones creadas por jóvenes, que parecen pasar por todas las etapas de la vida en pocos años.

Este fenómeno del envejecimiento acelerado de las organizaciones se ha estudiado poco y no se ha investigado la posible relación entre el mismo y la edad de dirigentes y afiliados o con la sucesión de generaciones en aquellas organizaciones que tienen una existencia larga. También se habla del envejecimiento de un periódico, una compañía teatral, una orquesta u otras instituciones culturales; aunque no se hable apenas de ello el fenómeno ocurre asimismo en empresas, universidades y hasta clubs deportivos. Merece la pena señalar este problema, por más que parezca quedar fuera de nuestro tema. Pero sólo lo parece, porque un examen de la historia de esas organizaciones nos mostrará que mientras no se habla de la conveniencia de rejuvenecerlas, continúan marchando de modo normal, pero en cuanto algunos comienzan a señalar la necesidad de rejuvenecer un partido, un sindicato, etc., parece que se inicia realmente el proceso de envejecimiento acelerado. Cabe, pues, sospechar

que el rejuvenecimiento de las organizaciones no es más factible que el de las personas.

## 11. EN EL TERCER MUNDO

Hasta ahora, se ha hablado aquí de los viejos en los que son ahora países industrializados; probablemente, en números absolutos son tantos o más que los del resto de la Tierra, puesto que en los países subdesarrollados la proporción de ancianos es baja. En lo que se ha dado en llamar Tercer Mundo hay sociedades tribales, otras de feudalismo usurero, otras de feudalismo burocrático, y en muchas se está en un período de transición hacia el dominio autoritario de la clase media urbana y la individualización de la propiedad.

Como los países del Tercer Mundo están cambiando, la vejez en ellos se encuentra también en una situación de transición, lo cual entraña, para los viejos, tensiones, desajustes, adaptaciones difíciles y en muchos casos tragedias individuales. Es una transición lenta en el medio rural, acelerada, artificial y desequilibrada en el medio urbano. Por lo tanto, los viejos más afectados son los de las ciudades.

Es imposible predecir cuál será la condición de los actuales jóvenes cuando lleguen a viejos —los que lleguen—, pero no es aventurado suponer que se irá pareciendo, en líneas generales, a la de los viejos de las sociedades industriales, aunque probablemente, por largo tiempo, con menos seguridad material.

### *Vejez y desarrollo*

Los países en desarrollo suelen tener legislaciones sociales muy «avanzadas», copiadas de las occidentales. Pero en la práctica, la seguridad que ofrecen suele ser ilusoria, y los medios económicos que ponen a disposición de los viejos nulos o tan exiguos que pueden considerarse inexistentes. Por lo tanto, la transición de los viejos se hace con sus propios recursos y los de sus familias, es decir, en condiciones penosas.

A ello hay que agregar el trauma cultural que significa para los viejos, formados en culturas tradicionales y estables durante siglos, el ver que las cosas cambian sin que comprendan el sentido y los

fines de esos cambios, y el sufrir las consecuencias de ellos sin recibir sus beneficios.

En la mayoría de las sociedades subdesarrolladas, los viejos gozaban de autoridad, sin ser propiamente gerontocracias, les daban un papel que los hacía sentirse útiles. De súbito, se hallaron sin autoridad y sin función. Esto debía provocar inevitablemente frustración, ira, incomprensión, soledad y una agudización de las tensiones generacionales que en esas sociedades solían ser muy débiles. Si la transición es dura para los jóvenes, que se benefician con ella, más ha de serlo para los viejos, que con ella pierden cuanto a sus ojos era la base de su interpretación de la vida. La pérdida de privilegios, por injustos que sean, resulta siempre penosa. Si va acompañada de privaciones materiales, lo es aún más, y si ocurre a una edad en que es imposible comenzar una nueva vida, no dista de constituir una tragedia.

En el Tercer Mundo, la esperanza de vida al nacer era —en la época de la independencia— apenas mayor de lo que era en la Europa medieval. Esto se debía a la gran mortalidad infantil. Al ir decreciendo ésta, por la introducción de la medicina occidental, la esperanza de vida subió, pero no por ello aumentó el número de viejos, puesto que quienes no morían ya en la infancia, tenían probabilidades de morir en la juventud o en la edad adulta, mientras que las de llegar a viejo seguían siendo pocas. Claro está que hubo, antes, viejos y hasta centenarios. Pero era bajo el porcentaje de personas de más de 50 o 60 años (y en muchos países, los 50 años pueden considerarse ya vejez, por las condiciones especialmente duras de la existencia, que provocan prematuramente la incapacidad física de trabajar). Este porcentaje ha ido aumentando paulatinamente en el último medio siglo.[1]

En el Tercer Mundo las estadísticas son vagas. Con todo, se sabe que el porcentaje de mayores de 50 años es algo inferior al que era en los países industriales en 1880, o sea, alrededor del 10 por cien de la población. A partir de esa edad, se muere más rápidamente en el Tercer Mundo industrializado.

Las hambres frecuentes, en algunos lugares endémicas, eliminan a los viejos con mayor rapidez que a los adultos. Acaso más que en los países industriales, el pertenecer a una clase privilegiada da una mayor esperanza de vida, no sólo porque se puede disponer de mejor atención sanitaria, sino también porque los trabajos de los privilegiados son menos duros y porque en situaciones de pe-

1. Willcox: *Op. cit.*

nuria colectiva, sufren menos privaciones. Por esto, se cuenta con un alto porcentaje de viejos en puestos de poder.

Un caso claro es el de la India, donde ha aumentado el número de viejos, cuya existencia disminuye el nivel de vida, ya bajo, de las familias. Los recursos oficiales y privados no bastan para ayudarlos. Con las técnicas occidentales llegaron nuevos modos culturales y con ellos la pérdida de autoridad de los ancianos, lo cual les hace sentirse frustrados, aburridos y aislados. Como muchos hijos —en un país cuyas ciudades ofrecen un enorme déficit de viviendas— tienden más y más a echar a los viejos de sus casas, cuando ya no trabajan, ha surgido la costumbre de que varios ancianos compartan un mismo alojamiento, lo cual acentúa su aislamiento del resto de la sociedad.[1]

En los comienzos del período colonial, los viejos se opusieron a los colonizadores europeos. Allí donde se luchó violentamente, a menudo los viejos encabezaron la resistencia armada (los jefes de tribu en África, los ulemas en los países islámicos, los sacerdotes aztecas e incas, los derviches en la India). Era comprensible, pues la colonización rompía con el modo de vida al que estaban habituados y en el cual tenían, a menudo, posiciones de privilegio.

En cambio, ya establecido firmemente el dominio colonial, los viejos se mostraron, en general, acomodaticios, pues una vez acostumbrados a la vida colonial o nacidos en ella, no se sentían frustrados como los jóvenes por la imposibilidad de avanzar socialmente. Las ideas nacionalistas, que los jóvenes aprendían de los colonizadores, no influían en ellos. Los colonizadores, además, aprovecharon el prestigio de la edad, allí donde existía, para captarse a los viejos, darles cierto poder y utilizarlos con el fin de reforzar su dominio. Así, los privilegios de las antiguas clases o castas dominantes se confundieron con los intereses de los colonizadores. Frecuentemente, los movimientos nacionalistas, al surgir hallaron la oposición de los viejos.

Llegada la independencia, los viejos vieron subvertidos todos sus valores. Perdieron los privilegios que tuvieron o los sintieron amenazados. Además, los cambios administrativos, técnicos, sociales, los perjudican. Por ejemplo, la individualización de la propiedad allí donde existía propiedad tribal, de clan o de aldea, significa que los viejos corren el riesgo de perder la ayuda de la comunidad para su sostenimiento, sin que se hayan creado, simultáneamente, instituciones que la proporcionen. Esta misma individualización,

1. *The New York Times,* pág. 4, 9 de marzo de 1976.

al fomentar la familia nuclear, deja a los viejos aislados, pues los hijos se marchan a la ciudad, los padres ancianos se quedan en la aldea y en ésta ya nadie siente la responsabilidad de atenderlos, o se les atiende por seguir la tradición, pero sin que conserven ninguna autoridad en una familia que se desintegra. Existen aldeas habitadas sólo por viejos. (Este fenómeno se halla también en ciertas regiones agrícolas de España, Italia, Turquía, Grecia). Naturalmente, la situación material de esos viejos rodeados de viejos es precaria y tiende a empeorar. No es raro que ciertas tribus se opongan a la apertura de carreteras, instalación de empresas, etc., por decisión de sus consejos de ancianos, temerosos de que esos avances acarreen la pérdida no sólo de su autoridad, sino incluso de su seguridad material.

El desarrollo se lleva a cabo sin que quienes lo fomentan presten la menor atención a las consecuencias que pueda tener, y en especial las que afectan a los viejos, pese a que numerosas experiencias anteriores pueden advertirse de las mismas. El desarrollo elimina a los viejos con la frialdad con que se eliminaban en los pueblos «primitivos» sin ni siquiera la justificación de la amenaza del hambre. Esta eliminación no es para que los no viejos puedan subsistir, sino para que puedan prosperar y obedeçe no a una necesidad de supervivencia, sino de comodidad e imitación de los países que fueron colonizadores. La eliminación no se efectúa al modo ritual, por decisión de los viejos mismos o de la comunidad, sino que consiste en colocar a los viejos en una situación en la cual su supervivencia es penosa, su decaimiento rápido, rodeado de humillaciones y soledad. No es extraño, así, que los viejos tengan motivos de oponerse casi siempre a los cambios.

Es lógico que los dirigentes y gobernantes que llevaron a sus países a la independencia aspiren a llegar a viejos en el poder. Pero salvo algunos casos, los golpes militares, insurecciones tribales, contragolpes, etc., han cortado su vida, subtituyéndolos por otros jóvenes o adultos, por lo común uniformados.

Todo esto no quiere decir que el desarrollo —en cualquiera de las posibles acepciones de este término—, sea por definición malo para los viejos. Al contrario, a la larga favorece el aumento de la longevidad. Los viejos de pasado mañana saldrán beneficiados con los resultados del desarrollo, pero a los de hoy no les queda otro remedio que soportar sus consecuencias inmediatas.

*Los pueblos «primitivos»*

El concepto de pueblo primitivo —o «salvaje» como lo llamaban cuando los blancos se creían la medida de toda civilización—, es vago. Hay en algunas islas —Fidji, Nueva Guinea— y algunas zonas amazónicas pueblos que apenas han tenido contacto con la civilización de los blancos y viven todavía como debieron vivir hace miles de años. En otros lugares —México, Guatemala, India, Camboya, Birmania—, hay regiones habitadas por aborígenes que, a pesar de sus contactos con otras culturas, conservan sus formas tradicionales.

En los pueblos primitivos, la condición social de la vejez es muy diversa. Quedan algunos donde, aún recientemente, se practicaba la eliminación de los viejos por sometimiento a la tradición. Pero esos casos son la excepción. En la mayoría, los viejos tienen cierto poder de decisión, forman los consejos de ancianos de la tribu, y a veces su autoridad familiar es tal que el padre, para castigar a sus hijos, ha de pedir permiso al abuelo, si vive todavía (o al suegro allí donde la tradición matrilineal se perdió en épocas relativamente recientes). En casi todas partes, los magos, brujos y sacerdotes son viejos, ayudados por jóvenes que sólo al llegar a la vejez gozarán del prestigio necesario para comunicar con los poderes mágicos.

Los viejos son quienes se oponen más enérgicamente, por lo común, a que los jóvenes abandonen la tribu, cuando ésta entra en contacto con la «civilización». En esto, los mitos y leyendas les son un poderoso auxilio. La diosa de los esquimales Nerwik es una anciana que vive bajo el mar con el espíritu de los muertos y los castiga si, vivos, no respetaron a los viejos.

En muchos de esos pueblos, el respeto a los viejos no se contradice con el desprecio por la vejez. Mientras los ancianos pueden aconsejar y ordenar, se les obedece y consulta. Pero en cuanto sus facultades decrecen, se les desdeña y trata con dureza. En pueblos de vida material precaria, y en los cuales los padres han de racionar la comida de los hijos, es común que los hijos, en cuanto a los padres llegan a la vejez (que no suele ser más allá de los 45-50 años), les den de comer sólo las sobras.

En ciertas tribus indias de Estados Unidos y el Canadá, los viejos, a través de los consejos de ancianos, mantuvieron la cohesión de grupos extensos, que de otro modo se habrían fragmentado. Esos mismos viejos, cuya autoridad política es respetada, pierden la familiar cuando ya no pueden trabajar; se les sostiene, pero no se les obedece.

Los libros de antropología están llenos de casos referentes a la vejez. Pueden clasificarse en una de las siguientes categorías: a) los viejos tienen el poder político y el familiar; b) conservan el político, pero pierden el familiar; c) pierden todos los poderes, y d) los eliminan o se eliminan a sí mismos. No hay que olvidar que, siendo estas sociedades muy tradicionales, con cambios mínimos y lentos, los viejos encuentran el mismo tratamiento que ellos, de jóvenes, dieron a sus viejos, y los jóvenes les dan el mismo tratamiento que esperan recibir en la vejez.[1]

Los pueblos primitivos actuales viven rodeados de otros pueblos cultural y técnicamente más avanzados. Todos forman parte de Estados más o menos modernos. Es probable que representen, en su tratamiento de la vejez, una etapa superada por sus vecinos, por la que éstos también pasaron, y no es extraño que entre esos vecinos más avanzados se hallen formas de tratamiento que, bien analizadas, presentan analogías ocultas con las de los pueblos más primitivos a los que rodean.

*La esfera cultural latinoamericana*

En los países latinoamericanos, que reflejan la influencia de las culturas ibéricas, el mestizaje cultural está probablemente más avanzado que el biológico.

Entre los aztecas y los pueblos a los que sucedieron se creía que los dioses enviaban las enfermedades y se hacían promesas a los mismos para que las curaran. Para saber cual era el dios causante —pues cada uno estaba especializado—, se recurría al sacerdote que diagnosticaba mediante artes mágicas, pero en realidad confiando en su experiencia. Estos médicos magos eran en general viejos.

Quienes sobrevivían a guerras, enfermedades y trabajo, se encontraban en una situación privilegiada, la de los *ueuetques*; si habían servido al Estado (guerreros, burócratas) recibían una pensión (uno de los primeros casos conocidos de retiro). Si eran plebeyos, formaban automáticamente parte del consejo de su barrio o pueblo, y se les escuchaba en silencio si se les soltaba la lengua, cosa frecuente, pues parece que eran dados a la oratoria. La ebriedad de los viejos se alentaba, pues se creía que bajo sus efectos sus con-

1. George Peter Murdock: *Nuestros contemporáneos primitivos,* México, D.F., 1945; Abram Kardiner: *Fronteras psicológicas de la sociedad,* México, D.F., 1955; O.I.T.: *Poblaciones indígenas,* Ginebra, 1953.

sejos y órdenes eran más acertados. «Honra a los ancianos. No comas ni camines antes que ellos. No reproches sus errores, pues el próximo error será tuyo», decían los consejos que se daban a los jóvenes mexicas.

Al acercarse la muerte, el viejo se confesaba y todos sus pecados —y sus delitos— quedaban automáticamente perdonados. Como sólo se permitía una confesión en la vida, únicamente la hacían quienes eran muy ancianos o estaban seguros de morir pronto; se hacía a un sacerdote, que imponía penitencia, en general un ayuno que posiblemente acercaba la hora de la muerte. Entre los sacerdotes abundaban los ancianos y como se trataba de una teocracia, puede considerarse que los viejos estaban en situación de poder.[1]

Entre los incas, la vejez gozaba también de seguridad, pero de menos poder, aunque su sociedad era asimismo teocrática. Estaba dividida en diez «clases», la décima de las cuales comprendía a cuantos no podían valerse por sí mismos —ciegos, tullidos, enfermos, ancianos—, que recibían del Inca ayuda y un subsidio en comida, dado por sus burócratas. Era, pues, un sistema de asistencia a la vejez. A los 50 años terminaban el período de servicio militar (en reserva), pero debían continuar el trabajo mientras tuvieran fuerzas; cuando éstas faltaban, se dedicaban a tejer, hilar y otras labores ligeras. Si poseían tierras, sus vecinos las cultivaban y cuidaban de sus animales. Todos los viejos tenían derecho a pegar a niños y adolescentes si creían que lo merecían y se les consideraba como maestros en cuaqluier ocasión que quisieran enseñar o reprender. La edad no daba poder, pues éste dependía de la pertenencia a una clase determinada: la del Inca para los sacerdotes, la de los guerreros para los militares, etc.[2]

En otras sociedades menos estructuradas, la autoridad de los ancianos dependía en gran parte de la facilidad con que subsistieran. De todos modos, como era frecuente que en esos pueblos el marido fuera esposo de todas las hermanas de su mujer, el viejo tenía posibilidades de que lo mantuviera algunas de las esposas supervivientes.

Durante el período colonial, mientras entre españoles y criollos predominaban las costumbres del país de origen, entre los indios

1. Jacques Soustelle: *La vie quotidienne des Azteques á la veille de la conquête espagnole,* París, 1955, págs. 228 y sig.

2. Louis Baudin: *La vie quotidianne au temps des derniers Incas.* París, 1955; Ugo Stornaiolo: *La civiltá incaica,* Milán, 1975.

los viejos adquirieron un poder considerable. En la primera generación colonizada, eran los únicos que podían transmitir el recuerdo de la época anterior a la llegada de los colonizadores. Estos, que habían decapitado las sociedades locales, eliminando a sacerdotes y guerreros, designaban a los viejos de cada comunidad para encabezarla y tener en ella quien transmitiera las órdenes y las hicieran cumplir. Los viejos —y los consejos de ancianos que los asesoraban, —se convirtieron, así, en jefes de la comunidad, como lo eran de la familia. La legislación colonial trató de proteger la familia indígena contra la facilidad con que los conquistadores la desintegraban para llevarse los hijos a las minas y las hijas a servir en haciendas o mansiones. Del mismo modo que en la sociedad española, el padre elegía marido para sus hijas, los padres indios decidían sobre el casamiento de sus hijos e hijas. La autoridad de los viejos en el seno de la familia era tanta que aún hoy, en las regiones indias o fuertemente mestizas, no es raro que viejos o viejas peguen a sus hijos adultos sin que estos se sientan humillados por el castigo.

La independencia debilitó la legislación colonial protectora de la familia, porque los terratenientes criollos que pasaron a ocupar el poder deseaban tener las manos libres para el aprovechamiento de los indios y mestizos, a los que sometieron a una servidumbre más dura que la de la época colonial.[1] En el siglo y medio de caudillismo que siguió a la independencia, varios caudillos llegaron a viejos en el poder. Los que eran jóvenes, para darse respetabilidad, se rodeaban de ministros ancianos. La familia era casi patriarcal, lo que daba seguridad a los viejos. Allí donde persistían las comunidades indígenas (*ayllús* en el Perú, *ejidos* en México), la comunidad atendía a los viejos si éstos quedaban solos. Bajo la colonia se fundaron asilos y su número aumentó a medida que los nuevos países se fueron urbanizando. Pero hubo que aguardar a la época de las legislaciones sociales «avanzadas» (a partir de 1925 y sobre todo de la Segunda Guerra Mundial), para que se establecieran dependiendo de la familia.

En las pequeñas comunidades, los viejos gozan de mayor respeto que en las ciudades. Las mujeres pueblerinas tienen una vejez menos difícil que los hombres, porque cosen, hacen de curanderas o comadronas y con ello se sostienen, mientras que los hombres poco pueden hacer, esencialmente a medida que la vida se tecnifica

1. Plácido Alberto Horas: «Apéndice» a *Familia y política social,* de Pedro Calderón Beltrao, Buenos Aires, 1963, págs. 342 y sig. Jean Descola: *La vie quotidianne au Pérou au temps des Espagnols.* París, 1962, págs. 126 y sig.

y las actividades artesanales pierden mercado.[1] Hay algunos lugares con un alto porcentaje de centenarios, como el valle ecuatoriano de Vilcabamba. En el campo, el viejo suele ser conservador, aconseja en el trabajo y narra las leyendas locales, mientras que en la ciudad es un elemento marginal y su experiencia se encuentra pronto superada por los avances de la técnica.[2]

*La esfera cultural islámica*

El Islam no es sólo una religión, sino un modo de vida. Bajo él, en cualquier país, la condición social de la vejez ha seguido la misma evolución.

La palabra *sunna*, tradición, ortodoxia, deriva de la raíz *snn*, que significa envejecer. *Mussin* es el anciano respetable. (En cierto modo, ocurre lo mismo que con la voz latina *senex* y sus derivados *senectus, senatus*). La pureza religiosa arraiga en la tradición, que se identifica con la vejez. Al viejo está confiada la misión de conservar las costumbres; a él se le encarga muy a menudo la enseñanza, sobre todo en el medio rural.[3] Para las clases acomodadas, hay maestros profesionales y tener un maestro joven es signo de distinción.

Ya antes del Islam, los árabes tenían un personaje fabuloso, Chydhyr, joven bello y fuerte con barba cana, símbolo de la prudencia. En *Las Mil y una Noches* se habla de un visir de doce años de edad, del cual se dice que era «joven en años, pero viejo en entendimiento».[4] Prudencia, sabiduría y sensatez se identifican con vejez, como en Roma y en la Europa medieval.

La persistencia de la familia patriarcal da al viejo una fuerte autoridad. Esta llega al punto de que en Arabia, los obreros que sufren un accidente de trabajo no se dejan tratar hasta que reciben autorización del anciano de su familia. (Por cierto que esta exigencia de permiso de los viejos para someterse a los cuidados de la medicina occidental existe también en algunos lugares de Asia Oriental y África negra).[5] Los padres deciden los matrimonios de sus

1. Oscar Lewis: *Life in a Mexican Village. Tepoztlán Restudied.* Urbana, Illinois, 1963. págs.411 y sig.
2. Daniel D. Vidart: *Sociología rural.* Barcelona, 1959, vol. I, págs. 434 y sig.
3. Aly Mazahéri: *La vie quotidianne des musulmans au Moyen Age.* París, 1951, pág. 131.
4. Curtius: *Op. cit.* vol. I, pág. 153.
5. C. M. Foster: *Las culturas tradicionales y los cambios técnicos.* México, D.F., 1964, pág. 106.

hijos y discuten la dote, pero nada se concluye sin la aprobación de los viejos de la familia. Los viejos son también poderosos en la religión. La mayoría de los santones y *ulemas* son ancianos; antes de llegar a la vejez se les considera como simples ayudantes de unos u otros. Hasta hace unos decenios, había también un alto porcentaje de viejos en el poder político, aunque tradicionalmente la subida al poder se hacía de joven, pues los ascensos no eran por antigüedad, sino por méritos o favoritismos. De todos modos, en el feudalismo burocrático de los países islámicos, la veteranía tenía cierto peso. De ahí que cuando, a comienzos de siglo, se formó en Turquía una oposición, se la bautizara con el nombre de «los Jóvenes Turcos».

La atención material a los viejos corresponde a la familia, pues si bien en algunos países hay sistemas de seguridad, sus beneficios son irrisorios. En países donde la mendicidad es aceptada como modo normal de vida, la mayoría de los mendigos son ancianos. Precisamente porque la mendicidad es aceptada, no todos esos mendigos carecen de familia; simplemente, practican la única actividad para la cual se hallan en condiciones. Las viejas, en cambio, suelen quedarse en casa.

Un indicio del respeto a la vejez es el hecho de que el jefe de la secta de los Asasins, en Alamut, recibiera el título de Viejo de la Montaña, por más que a menudo no fuese un anciano.[1] Hoy, los jefes de la secta Hermanos Musulmanes, que ha cometido numerosos asesinatos políticos, son ancianos que deciden quienes han de caer víctimas de los ejecutores de sus órdenes.

Existen países en los cuales el islamismo es relativamente moderno —África Negra, la India, Malasia, Indonesia—, y donde convive, no de muy buen grado, con gentes de otras religiones, que influyen en las creencias islámicas. Así, en el Magreb hay pueblos de origen bereber en los cuales los ancianos gozan de menos autoridad que en pueblos contiguos de raíz árabe. Entre los Seksawa, el anciano guarda las llaves de la despensa y distribuye la comida. Entre los Mutgga, en cambio, cada familia nuclear prepara sus alimentos, pero se reúne, para consumirlos, en torno al jefe anciano al que cada una alimenta por turno. En esas familias patriarcales ya fragmentadas, no es raro que el jefe distribuya entre los hijos sus bienes inmuebles, reservándose el usufructo de los que le convienen.

En ciertos pueblos —los negros, especialmente—, los viejos pa-

1. Joseph Calmette: *L'élaboration du moderne.* París, 1949. pág. 440.

recen ser visitados más frecuentemente que los jóvenes por los éxtasis y, acaso por esto, se les atribuye el papel principal en las fiestas rituales. No es excepcional que se les den, para su servicio, muchachas nubiles de la familia o la tribu a la que visitan, pues esos ancianos propensos al éxtasis acostumbran a viajar haciendo de su misticismo un modo de vida.[1]

*La esfera cultural negroafricana*

«Por muy grandes que sean, las orejas no son mayores que la cabeza», dice un proverbio Kongo. Los jóvenes, por ricos e instruidos que sean, no son más grandes que sus mayores. El viejo, en el África Negra, está casi siempre en una situación de superioridad.

«En África, la muerte de un anciano equivale al incendio de una biblioteca», afirma el malinés Hampete Ba, pues él es el depositario de la tradición, del saber, de la historia. Los *griot*, poetas y narradores de leyendas, han sido durante siglos los intelectuales y a la vez las bibliotecas. Además, son los magos y médicos.

La población negroafricana es muy joven. El 43 por ciento de sus componentes tiene menos de 14 años de edad. Hay más viejos en el campo que en las ciudades. Los recientes sistemas de seguridad social atienden a los viejos de un modo casi simbólico, simplemente para imitar a los países industriales. Ni siquiera en los países gobernados por blancos segregacionistas hay sistemas de pensiones eficaces para los no blancos, aparte de los que algunas misiones hacen por ellos.

El respeto a los ancianos es general. Incluso donde hay esclavos, el más joven ayuda al más viejo y, si no lo hace, entre los Hovas, el dueño lo castiga. En África Occidental, los jóvenes han de saludar a todos los viejos, aunque no los conozcan, y han de doblar la rodilla si se les acercan. Entre los Oromo, la falta de respeto a los viejos se castiga igual que el latrocinio. Los viejos siempre se sientan en el lugar de honor, cualquiera que sea su posición social, y se les sirve primero. Entre los Hereros, la propiedad siempre es del viejo, hasta cuando su hijo le atiende y trabaja. Los ancianos bendicen la leche y la carne antes de que se pueda consumir.[2] En las tribus de África del Sur, los viejos siempre pasan delante, se sien-

1. Jacques Berque: *Structures sociales du Haut-Atlas.* París, 1955. págs. 36 y 249.

2. Sumner: *Op. cit.* pág. 322.

tan primero, comen primero. En ciertas tribus, se forman grupos de edad para trabajos específicos y el de los viejos supervisa y da órdenes a los jefes de los otros grupos.[1]

El paso de un grupo de edad a otro se marca con ritos. Los Masai tienen siete grados, tres de ellos para viejos, el último de los cuales es el de los *ildasati* o ancianos, que si no pueden caminar, se dejan morir voluntariamente. Esta división está tan arraigada que incluso cuando van a misa en las misiones, los fieles se agrupan de acuerdo con su edad. En los lugares donde la familia es frágil o reducida y donde otras estructuras sociales están en desintegración, persisten los grupos de edad y, por ejemplo, los viajeros consideran como su derecho recibir hospitalidad de personas de su mismo grupo de edad, aunque sean desconocidas. En algunas tribus, los ancianos arbitran conflictos y actúan como jueces para los otros grupos.

Entre los Yevimbé, se construyen las chozas más alejadas de la del padre cuanto más joven es su dueño. En ciertas regiones, hay asociaciones secretas que a veces emplean el terror y son verdaderas *mafias* o *gangs*; sus componentes, al llegar a la vejez, forman un consejo que pueden vetar las órdenes de un jefe o deponer a éste, decidir sobre los nuevos miembros y las formas de iniciación. Los mau-mau, entre los Kikuy de Kenya, lucharon contra los blancos formando una de esas asociaciones; Jomo Kenyatta era uno de sus jefes y luego, anciano, fue Presidente de Kenya.

El negro africano vive desde la infancia —por lo menos en el campo— sujeto a la dependencia de los antepasados y a la de los mayores. Pero a la preeminencia política y religiosa de los viejos corresponde la preeminencia de los jóvenes en la guerra y la caza, lo que establece cierto equilibrio que hace soportable esta doble dependencia. Contribuye a ello la certidumbre de que, si no muere, llegará a gozar de preeminencia por viejo, antes de entrar en un período de semiabandono, si sus facultades mentales disminuyen, y de recobrar la preeminencia después de la muerte, al entrar en la categoría de antepasado. Porque la muerte es como un rito de iniciación a una nueva edad, la de antepasado, los funerales y entierros africanos suelen ser festivos y alegres.[2]

La modernización ha menguado la autoridad de los viejos y el respeto hacia ellos. Los conflictos de generación se acentúan cuan-

1. I. Schapera: *The Bantu-Speaking Tribes of South Africa.* Londres, 1950, págs. 81 y 93.

2. Georges Balandier: *Sociologie actuelle de l'Afrique Noire,* París, 1955. págs. 142 y sig.

do los hijos quieren emigrar a las ciudades o modernizar el trabajo agrícola. El concepto de familia extensa y de tribu es todavía muy fuerte en la mente de los adultos y ancianos, pero pierde terreno en la de los jóvenes a medida que avanzan la urbanización y la individualización de la propiedad.

Una encuesta hecha en Etiopía todavía en tiempos del Negus mostró hasta qué punto todo esto es cierto. Se preguntó a los estudiantes etíopes quién tenía más influencia en ellos; el 46 por ciento de los de secundaria declararon que siempre seguían el consejo de sus padres, el 43 por ciento, que habitualmente y el 11 por ciento que pocas veces. Estos porcentajes eran, para los universitarios (varones) el 17 siempre, el 65 habitualmente y el 18 pocas veces.[1]

Sí, como ya se indicó, en los gobiernos de los países africanos hay pocos viejos, —como hubo pocos en los movimientos por la independencia—, en cambio en el medio tribal la autoridad política de los ancianos conserva cierta influencia, aunque no es tan absoluta como en el pasado. África ofrece la mayoría de los ejemplos de gerontocracia pura que existen (fuera del ámbito comunista). Es todavía vivaz entre los Bantús y en muchos lugares de África Occidental. Los ancianos forman el consejo de la tribu, que puede anular las órdenes del jefe, arbitrar disputas y ejercer funciones judiciales y religiosas. El jefe, personificación de la comunidad o la tribu, se convierte en un peligro para ella si envejece y pierde facultades; por esto, hay tribus (las nilotas y en África Central) que ejecutan al jefe cuando ya no está en condiciones de ejercer sus funciones, para que sus poderes, considerados mágicos, puedan transmitirse con plenitud a su sucesor. Es frecuente que el mismo jefe, cuando le caen los dientes, se envenene, y hay tribus en las cuales, al proclamársele jefe, se le entrega un frasco de veneno. Si se le ejecuta, ha de ser por estrangulamiento, sin causarle ninguna herida visible; a menudo, los ejecutores, son sus parientes más próximos, pero nunca su sucesor. El rey de los Hungwe era estrangulado por su esposa principal, cuando así lo ordenaba el consejo de los ancianos. Los Machonas le cortaban la cabeza y con su sangre regaban un campo, para darle feracidad.[2]

La elección de jefe —o la herencia del cargo cuando éste es el sistema tradicional, —no suele tener en cuenta la edad. Si la elec-

1. Donald L. Lewine: *Wax and Gold. Tradition and Innovation in Ethiopian Culture.* Chicago, 1965, pág. 118.

2. Robert Cornevin: *Histoire des peuples de l'Afrique Noire.* París, 1963, págs. 204 y sig.

ción se hace en asamblea, ha de ser aprobada por el consejo de ancianos y éste es el que presenta los candidatos. Cuando un jefe muere o se le elimina a causa de su edad, le sucede provisionalmente el más viejo del consejo de ancianos, hasta que se elige al sucesor definitivo. No fue raro, en la época colonial, que para satisfacer al administrador colonial se nombrara un jefe «de paja», al que se proclamaba sin todos los ritos, y que se designara otro real, rodeado de todo el ritual, que daba órdenes al jefe oficial.[1]

El desarrollo va haciendo desaparecer esas costumbres y con ellas el sistema tribal y la preeminencia de los viejos, lo que acarrea la disminución para ellos de la seguridad material y de la autoridad familiar.

*La esfera cultural india*

Lo mismo entre hinduistas que entre budistas, el anciano cuenta siempre con la familia y es una autoridad en ella. Se le consulta y se busca su aprobación. El respeto a los viejos se extiende a los esclavos, cuyos dueños deben mantenerlos cuando ya no pueden trabajar y a cuya muerte han de encargarse de los ritos funerarios.

Se prohibía aplicar la tortura a los viejos (lo mismo que a las mujeres en cintas o los brahmanes). Los viejos hallaban acogida en los asilos sostenidos por los rajás. Muchos ancianos se retiraban a los conventos brahmánicos después de distribuir sus bienes entre los hijos. La doctrina brahmánica señala cuatro etapas en la vida: la iniciación, la del señor de la casa, la del ermita —cuando, ya viejo, el hombre se retira a meditar—, y la de renunciación, —cuando se pone a mendigar y rompe todos los lazos con la familia y la sociedad, atento sólo a perfeccionar su *karma* con el fin de mejorar sus futuras reencarnaciones.[2] No todos los viejos se decidían a ser ermitaños o mendigos. La esposa que iba a verse abandonada trataba de retener al marido porque, ausente éste, se convertiría en criada de sus nueras, aunque se la rodeara de muchos signos externos de respeto.

Para el budista, la vejez era la etapa de la vida en que se alcanzaba mayor prudencia. Buda, se decía, había llegado a la cima de la sabiduría ya cerca de la muerte, a los 80 años.

1. Balandrier: *Op. cit.* pág. 136.

2. Jeannine Auboyer: *La vie quotidienne dans l'Inde ancienne.* París, 1961, págs. 210 y 275.

Una secta separada del brahmanismo, la de los jaina, estaba dirigida por ancianos. Su control ha sido tan severo, que los ritos y creencias de la secta han permanecido inalterables durante casi veinte siglos.

La familia es patriarcal, de linaje —por lo menos en las regiones rurales—. El jefe, *gurú,* lleva el nombre del *gotra* (linaje), que nadie más de la familia puede ostentar. El *gurú,* cuando su esposa ya no puede tener hijos, distribuye sus bienes entre los descendientes, nombra *gurú* al hijo mayor y se retira a un convento o sigue en la familia, pero ya sin autoridad. De todos modos, su seguridad material está asegurada, incluso en las castas más bajas y entre los intocables.

Para la viuda vieja, es posible que la costumbre de quemarla junto con el cadáver de su marido fuese una liberación del temor de hallarse sometida a sus nueras. Para la joven, la cosa debía ser menos soportable. Pero no parece que hubiera protestas contra esta costumbre, que fue desapareciendo por presión de las autoridades coloniales y de los misioneros.

La autoridad moral de los viejos era considerable. Una de las dificultades con que se encontraron los médicos europeos consistía en que los enfermos sólo aceptaban seguir el tratamiento que se les prescribía si les autorizaba el anciano de la familia, y éste raramente confiaba en las medicinas de los blancos.[1]

En Balí, en la asamblea de jefes de familia que gobierna la aldea, la edad determina el ascenso en rango, de modo que, de hecho, los viejos mandan. Los viejos celebran una comida anual para compartirla con los dioses, enseñan a los jóvenes, recitan leyendas y atienden a los enfermos. Cuando empiezan a perder los dientes, se les retira su poder, pero no su cargo, pues se les coloca al lado un ayudante que habla y decide por ellos.

El desarrollo industrial crea, como en otras partes, problemas de adaptación, pero como a nivel nacional el poder se halla fuera de las manos de los viejos, la capacidad de estos de oponerse a los cambios es limitada, aunque la ejercen a menudo a nivel local.[2]

1. Foster: *Op. cit.* pág. 106.
2. Donald O. Cowgill y Lowell H. Holmes: *Aging and Modernization.* Nueva York, 1972. passim., para todo este capítulo.

## 12. TRES CASOS ESPECIALES

Los países del Tercer Mundo se hallan en vías de formación como naciones, de estructuración como Estados y de transformación como sociedades. Hay, pero, tres casos de modernización mucho más acelerada que en el resto. En la China fue obra de una burocracia encuadrada sucesivamente en un partido «democrático» y un partido comunista. En el Japón la emprendieron ciertas capas feudales y la continuaron los capitalistas surgidos de ellas. En Israel tuvo como motor el deseo de una parte del pueblo judío de poseer un Estado propio.

### *La China tradicional*

La sociedad china, después de un largo período de fragmentación, desembocó en un imperio burocrático y centralizado, impuesto por las características del territorio: grandes ríos para cuyo aprovechamiento era indispensable una amplia labor de conjunto. La China, como el Egipto faraónico, como los imperios asirio y persa, fue una sociedad hidráulica. A diferencia de esos imperios, no fue una sociedad teocrática, sino que en ella la burocracia se presentó sin adoptar formas sacerdotales. Únicamente al emperador se le atribuía un carácter sagrado: Hijo del Cielo. En el ámbito cultural chino coexistieron varias religiones, cosa posible porque ninguna de ellas llegó a desarrollarse en institución jerarquizada.

La China, como otros pueblos, pasó por un período en el cual la esclavitud permitió el desarrollo de las ciencias y la filosofía y el progreso de las técnicas, que se alcanzó allí antes que en otros lugares, aunque se aprovecharon menos en el terreno económico. Se pasó luego al período feudal, de larga duración, que condujo a una etapa de absolutismo expansionista, durante la cual las relaciones de propiedad seguían siendo feudales, pero las de poder —por imperativo económico y geográfico—, fueron despóticas. La China tuvo antes que Europa sus déspotas ilustrados. Lo que nunca tuvo fue el equivalente de las revoluciones burguesas, tal vez porque el aparato burocrático que ocupaba el poder era más flexible que la aristocracia de corte que lo detentaba en Europa, y en él tenían entrada los hijos de las clases sociales. Tres instituciones chinas influyeron directamente sobre la situación de los viejos: la fa-

milia comunitaria, el culto de los antepasados y el mandarinato.[1]

Aunque existía la familia nuclear algo extendida, lo más frecuente, sobre todo en el campo, era la familia comunitaria, es decir, un grupo de personas unidas por los antepasados comunes, que poseía un presupuesto y bienes en común y que era, a menudo, una unidad de producción. No siempre la familia comunitaria o *chia* tenía un mismo *hu* u hogar, pero era frecuente que todos sus miembros vivieran dentro de un mismo recinto. El padre administraba el presupuesto, distribuía el trabajo, adoptaba las decisiones económicas, buscaba marido a las hijas, fijaba las dotes, etc. Esta autoridad solía compartirse con los demás viejos de la familia y con el hijo mayor.

El gobierno ayudaba a mantener esta forma familiar, pues facilitaba la aplicación de las medidas administrativas, el cobro de los impuestos, el censo y el control de la población. La ley establecía diferencias entre las ofensas a un miembro de la familia y a una persona ajena a ella. Si un joven, por ejemplo, pegaba a un pariente de mayor edad, se le castigaba más severamente que si atacaba a un forastero. Los parientes mayores podían pegar impunemente a los jóvenes, a menos que se vertiera sangre. En cambio, robar a un pariente era menos grave que robar a un forastero. Quien delataba a sus padres recibía cien latigazos y se le desterraba por tres años; si no se acudía en ayuda de un anciano de la familia, cien latigazos; si se golpeaba a un familiar anciano y se le hacía sangrar, decapitación. Pero en los delitos contra los forasteros, la ancianidad de la víctima no agravaba la pena.

No había, pues, para los viejos, problemas de seguridad material. La solidaridad familiar era muy real y rígida.[2] Los esclavos viejos eran atendidos por la familia de sus dueños cuando ya no podían trabajar.

Esta autoridad familiar del viejo era tan severa que en el código de Hsia, uno de los más antiguos, se leía: «Mientras los padres viven, se les debe tratar como dioses terrestres, rodearlos del mayor respeto, cuidarlos cuando son viejos, y llorarlos cuando mueren».[3]

Esta comunidad de vida entre los parientes continuaba después de la muerte. Todo cambio en la propiedad heredada de los antepasados y todo acontecimiento importante en la vida de la familia debía comunicarse a los difuntos. Esta relación con los muertos se expre-

1. Max Weber: *Economía y sociedad.* Vol. IV, pág. 178.
2. Olga Lang: *La vie en Chine.* París, 1950, págs. 29 y 65.
3. M. Granet: *La feodalité chinoise.* Oslo, 1952, pág. 189.

saba en los ágapes que los vivos ofrecían a los muertos una vez al año, en los cuales los difuntos estaban representados por los ancianos, el más viejo, el «servidor de los muertos», declaraba al final que los difuntos habían acogido con agrado el homenaje y que continuarían bendiciendo a su familia.[1]

Este culto a los antepasados daba a los viejos una fuerte influencia. Los antepasados, cualquiera que fuese la edad en que hubieran muerto, se imaginaban como ancianos. Había libros de ceremonial que prescribían el tiempo que debía llorarse la muerte de un padre, una madre, un hermano, una prima, etc., (menos tiempo para las mujeres que para los hombres). «El hijo no tratará de viejos a sus padres», dice uno de esos libros. Cuando se tendieron las primeras líneas telefónicas, los campesinos cortaron a menudo los cables, porque la sombra de estos caía sobre la tumba de los antepasados. Los chinos que iban a trabajar al extranjero, pagaban, con el primer dinero que ganaban, a una empresa que se comprometía a enviar su cadáver a la tierra de sus antepasados, para enterrarlo en ella.[2]

Si bien las mujeres viejas no tenían voz en el consejo de los hombres, su condición de mujeres no las privaba del respeto y seguridad que se derivaba de la vejez.

Confucio afirmaba que a los sesenta años «nada podía impresionarme y a los setenta, podía seguir los dictados de mi corazón sin riesgo de desobedecer a la ley moral». Lao-Tse consideraba que a los sesenta el hombre puede librarse de su cuerpo mediante experiencias extáticas. El taoismo afirmaba que el objetivo del hombre era «la conquista de una larga vida» mediante el ascetismo y el éxtasis. La santidad consistía en no morir; la vejez era, pues, la vida en su forma más alta. El nombre mismo de Lao-Tse significaba «niño anciano», porque había llegado a la sabiduría siendo aún joven.[3]

El aparato de gobierno estableció reglas rígidas para el ascenso por edad, sin descartar por ello el mérito. No era raro que el mandarín —funcionario que seguía estudios especiales y pasaba exámenes— llegara a la ancianidad. Al cumplir los 68 años, el emperador le mandaba una bolsa con dinero y un paquete de tejidos finos. No había pensión fija, porque se contaba con que la familia atendería a sus necesidades. Pero si la familia era pobre, un miembro de la misma recibía un cargo en la administración, para ayu-

1. M. Kovalevsky: *Orígenes y evolución de la familia y la propiedad.* Barcelona, s.f. págs. 93-94.
2. Nicolai: *Op. cit.* págs. 497 y sig.
3. Curtius: *Op. cit.* pág. 152.

darle a mantener al mandarían retirado de acuerdo con las comodidades a que su rango lo hubiese habituado.[1]

*La modernización de la China*

Cuando, en 1911, se proclamó la República china, la sociedad feudal burocrática estaba en plena desintegración y con ella la familia comunitaria. La seguridad y el respeto de los viejos se hallaban, pues, amenazados, sobre todo en las ciudades, pues en el campo subsistiría todavía por largo tiempo la tradición de la autoridad paterna absoluta. Como no hubo una verdadera reforma agraria que creara una clase media rural, los señores y las familias comunitarias siguieron conservando la tierra y, por tanto, funcionando más o menos como antes, si bien iba cambiando aquello que en ellas no era estrictamente económico.

La leyes de la República china sobre seguridad social daban a los viejos de las ciudades unas pensiones irrisorias. No existían instituciones de beneficiencia (aparte de las creadas por los misioneros), porque no habían sido necesarias en una sociedad de familias comunitarias. Estas salieron perjudicadas por las leyes sobre la herencia, que limitaban el derecho del padre de legar todos sus bienes a un solo hijo y que no prohibían la división del patrimonio familiar. De todos modos, subsistía la diferencia de penas para los delitos contra viejos, que eran más graves. La ley mantenía el derecho de padres y abuelos a que los sostuviera la familia, pasada cierta edad, pero este derecho se retiraba a los viejos que no eran padres o abuelos. Por suerte para ellos, los campesinos ignoraron estas leyes que sólo se aplicaron en las ciudades.[2]

La resistencia a atender a los parientes ancianos se encontraba sobre todo en las familias acomodadas, que se habían modernizado a través de los negocios. En la discusión de las leyes de seguridad social, los diputados de distritos ricos fueron los más acérrimos defensores del derecho a la pensión, porque esto liberaría a las familias ricas del deber de sostener a sus parientes viejos. En las regiones donde se estableció, a partir de 1930, el sistema soviético, con Mao Dzedong como jefe, el gobierno comunista promulgó diversas disposiciones que afectaban a los viejos. El matrimo-

1. Max Weber: *Op. cit.* vol. IV, págs. 179-181; Jacques Garnet: *La vie quotidienne en Chine à la veille de l'invasion mongole.* París, 1959, pág. 71.

2. Jean Escarra: *Le droit chinois.* París, 1936, pág. 213.

nio debía ser por consentimiento mutuo, sin que los padres pudieran decidir. Los viejos serían atendidos por el Estado, pero mientras esto no se hiciera, los hijos debían seguir manteniéndolos.[1]

Naturalmente, el partido comunista, las ligas campesinas y el ejército atraían más a los jóvenes que a los viejos. Estos miraban con desconfianza a los dirigentes (que, como los del Kuo-Mintang, solían tener menos de 50 años) deseosos de cambiar las cosas. Temían por su autoridad familiar y por la persistencia del culto a los antepasados, pese a que los propagandistas del partido insistían en la importancia de la piedad filial, no sólo para apaciguar a los viejos, sino también porque era un buen terreno sobre el que construir la lealtad al partido. Claro que entre piedad filial y lealtad al partido podía haber conflictos. Si los padres se oponían activamente al partido, entonces la piedad filial aconsejaba denunciarlos, para que el partido pudiera reeducarlos. Después de la victoria comunista de 1949, hubo campañas muy intensas de reeducación y numerosos viejos fueron encarcelados y decapitados después de confesar sus «culpas». Claro que no se les castigaba por viejos, sino por oponentes. Dos instituciones tradicionales, en las cuales los viejos tenían influencia, sirvieron a los comunistas para organizar su poder. Una era el mandarinato, pues a los ojos de la gente los cuadros del partido eran los nuevos mandarines. El común de los chinos encontró natural que quienes habían hecho lo que llamaban la revolución —es decir, pasado las oposiciones más difíciles— ejercieran el poder como tradicionalmente se había ejercido, sin democracia y sin participación popular. Así, el *establishment* de la China comunista fue envejeciendo en el poder, hasta que Mao rebasó los 80 años. Incluso sus sucesivos herederos han sido hombres de más de 70 años. No es extraño, pues, que Chu-Enlai le dijera a Mendés-France, hablando de la reforma de la educación: «Los jóvenes no son quienes han de decidir si han de hacerse más revisiones. Corresponde imaginarlas y aplicarlas a quienes tienen experiencia».[2]

La llamada «revolución cultural» de los años sesenta, que bien puede considerarse un movimiento tecnocrático disfrazado, encontró la oposición de muchos viejos dirigentes comunistas, temerosos de perder su poder y aferrados a los dogmas estalinianos de su juventud, mientras que otros la utilizaron, dejándose utilizar, para descartar a sus rivales. Hoy, el dogmatismo se emplea únicamente

1. Olga Lang: *Op. cit.* págs. 125 y sig.

2. Pierre Mendés-France: «Journal en Chine» en *Le Nouvel Observateur,* París, 8 de mayo de 1972.

para explicar la eliminación de posibles rivales, pero ya no determina la política de ese grupo de septuagenarios, orientados por las necesidades económicas y de defensa del país tal como las ven los jóvenes tecnócratas. Es un caso, no frecuente en la historia, de poder absoluto de viejos privilegiados —la cima del partido— puesto al servicio de las aspiraciones de otra generación, que desea una menor coacción económica.

Con el fin de financiar la industrialización con el esfuerzo de los campesinos se adoptaron distintas medidas, que fracasaron una tras otra (reforma agraria con propiedad individual, colectivización forzosa, microindustrialización de las aldeas, salto adelante, las cien flores, etc.) hasta llegar a la formación de comunas populares, que en realidad son una vuelta burocrática a las familias comunitarias del pasado, pero sin los lazos de sangre y linaje. Es posible que entre los viejos de esas comunas persistan las creencias de antaño (culto a los antepasados, autoridad paterna).

Esas comunas conservan las funciones de las familias para con los viejos, pues son las encargadas de mantenerlos, de modo que el Estado, como lo hizo siempre, pueda olvidarse de ellos.

En 1922, el Partido Comunista chino incluyó en su programa un sistema de pensiones, pero hasta 1958 no pasó a ser ley. El retiro era a los 60 años para los hombres (que hubiesen trabajado 20 años) y a los 50 para las mujeres (que hubiesen trabajado 15 años). Los «héroes del trabajo» y otros elementos «progresivos» recibían pensiones mayores que el grueso de los obreros. Aunque a partir de los 60 años, los trabajadores pueden legalmente descansar, las campañas de producción, «saltos adelante» y otras los llamaban de vez en cuando para que substituyeran por ejemplo, a los empleados mientras se enviaba a éstos a trabajar la tierra. Las viejas recibían a menudo el encargo de realizar tareas ligeras en beneficio del partido. Todo esto se olvidó después de la muerte de Mao en 1976.

Si bien sus necesidades materiales se encuentran relativamente protegidas, los viejos han perdido toda autoridad —fuera de la cumbre—. No se les consulta, no se les designa para puestos dirigentes, en las comunas o el partido, por la simple razón de que, pasando el país por una etapa de modernización acelerada con métodos coactivos, son los jóvenes y adultos quienes aplican las medidas dictadas por los viejos desde lo alto. Esto se vio cuando la cúpula de ancianos del PC mandó a los jóvenes del ejército contra

los estudiantes que pedían democracia en la plaza Tiananmen de Pekín, en 1989.[1]

*La modernización japonesa*

Un país se ha modernizado de modo acelerado, en poco más de un siglo, sin haber alterado hasta muy recientemente el modo de vida de sus viejos: el Japón.

Hasta finales del siglo XIX había pueblos nipones tan pobres que tenían una «colina de la muerte», a la cual llevaban a los viejos inútiles para que se dejaran morir; en algunas partes, la decisión de muerte la adoptaban los propios ancianos; así lo cuenta Fukusawa en su novela *Narayama*, pero en ella vemos, por otra parte, a un viejo que se rehusa a morir y a quien su hijo ata y arroja al precipicio. Parece también que en un pasado lejano los descendientes de un viejo comían la carne de su cadáver, con el fin de absorber su sabiduría y prudencia.

El viejo poseía una fuerte autoridad familiar. Gobernaba el *tonari gumi*, comunidad de varias familias extensas dirigida por un consejo de ancianos, con funciones judiciales, de auxiliares de la policía y de recaudación de impuestos. Los *buraku* eran aldeas de familias pertenecientes a un mismo linaje y dirigidas por ancianos, que cuidaban de la propiedad de la aldea, mandaban abrir caminos, mantener las calles limpias, etc. En los pueblos mayores, un anciano, rodeado de un consejo de jefes de familia, administraba la localidad, recaudaba los impuestos y se ocupaba de la educación, todo ello gratuitamente.

Hay en la lengua japonesa la palabra *on*, que significa devoción con agradecimiento a quienes han hecho algo por uno. El *on* fundamental es con el emperador, seguido del *on* con los padres, luego los maestros, los señores, los jefes militares. Los hijos están en deuda con sus padres y deben pagarla obedeciéndoles. Los padres no han de imponer su autoridad, sino que los hijos han de reconocérsela, por *on*[2] El *on* puede resultar abrumador, porque a

1. Lo mismo que se dice de la China puede afirmarse de los países de su ámbito cultural: Vietnam, Laos, Camboya, Corea del Norte. Las guerras de Indochina, desde luego, representaron graves sufrimientos para los viejos de ambos bandos; muchos tuvieron que encargarse de sus familias cuando los jóvenes fueron movilizados.

2. Ruth Benedict: *El crisantemo y la espada. Patrones de la cultura japonesa.* Madrid, 1974, págs. 80, 95 y sig. y 114.

veces los padres abusan de su autoridad. En toda Asia hay proverbios sobre «las tres cosas odiosas»; en el Japón son los terremotos, los truenos y el viejo (jefe de familia). Por lo demás, los padres no cuidan de sus hijos por amor, sino por *ko*, por deber para con sus antepasados, pues del mismo modo que recibieron de ellos lo que venía del pasado, ellos deben transmitir lo que tienen.

Siendo las cosas así desde hace muchos siglos, era lógico que la modernización pudiera llevarse a cabo sin mucha consideración por los sentimientos de los viejos. Lo interesante es que quienes la impusieron, los estadistas Meiji, no fueran jóvenes, sino adultos cercanos a la vejez. Los viejos siguieron siendo gobernantes y el ascenso de los jóvenes en la política, la administración, los negocios y el ejército siguió siendo lento.

Mientras es adulto, el japonés viste un kimono negro o gris; cuando llega a los sesenta, puede cambiar el color por el rojo. Se convierte en *genro*, «estadista anciano», con derecho a expresar lo que quiera del modo que quiera. Ya no tiene ningún *on* con nadie, excepto con el emperador; se siente libre. Libre ¿para qué? El *on* obliga a ocuparse de su bienestar. Sigue viviendo con su familia en el 80 por ciento de los hogares. Pero a medida que se van introduciendo las costumbres occidentales y se establecen asilos, casas de reposo, se les separa de la familia, que paga pero olvida.

El desarrollo económico del país provoca situaciones que perjudican a los viejos. La escasez de viviendas, que obliga a construirlas pequeñas, destruye el hogar en que viven varias generaciones juntas, aunque esto no haya destruido, hasta ahora, la cortesía para con los viejos. El viajero que visita el Japón se sorprende de la rudeza de los japoneses unos con otros, porque no se percata de que la cortesía es una expresión del *on*, que no es horizontal, con gentes de la misma edad o forasteros, sino vertical, con gentes de más edad y familiares.

El desarrollo económico ha conservado rasgos feudales. Es corriente que se trabaje toda la vida en la misma empresa (igual el obrero que el técnico o el ejecutivo), que proporciona vivienda, distracciones, clubs, y que da una pensión al llegar a los sesenta años. Ese mismo desarrollo ha hecho aumentar la longevidad y la proporción de viejos en la población. No existe atención médica gratuita hasta los 70 años. La naturaleza, el cuidado del propio cuerpo y la artesanía, tres *hobbies* de los japoneses, ayudan a los viejos a ocuparse y a veces a ganar algún dinero. Así y todo, los cambios han sido tan profundos —especialmente después de la Segunda Guerra Mundial—, que muchos viejos se sienten solitarios y resentidos.

El número de suicidios de ancianos ha venido aumentando desde 1955.[1]

El 15 de setiembre de todos los años se celebran ceremonias en honor de los ancianos, derivadas de las que se organizaban en las escuelas en los siglos XVI y XVII para enseñar a los escolares el ceremonial apropiado en el trato con los ancianos. Pero hoy se limitan a la entrega de una carta y una copa de plata enviadas por el primer ministro a cada japonés que ha cumplido 100 años.

Uno de cada veinte viejos está imposibilitado de moverse. Nueve de cada diez hijos consideran, según una encuesta de opinión, que ayudan a sus padres tullidos, pero sólo cuatro de cada diez padres ancianos estiman que sus hijos los ayudan.[2] Aunque las pensiones son superiores a las occidentales, resultan insuficientes, puesto que tres de cada cuatro viejos no recibe bastante para tener que pagar impuestos, y un tercio de los viejos que trabajan declaran que lo hacen no para entretenerse, sino para sostenerse.

La longevidad ha pasado de 45 a 70 años en tres cuartos de siglo; en el año 2000, el 20 por ciento de la población estará compuesta de viejos y esto preocupa para el futuro, cuando los adultos de ahora lleguen a la vejez.

*Las tensiones de Israel*

El Eclesiastes aconseja: «Ampara la vejez de tu padre y no le contristes en su vida, y si le faltara el sentido, perdónalo y no lo desprecies en tu valor, porque la limosna del padre no quedará en olvido».[3] Los judíos no recomendaban que los padres amaran a los hijos, sino que éstos amaran a los padres. Esta actitud se halla también en la diáspora. Los viejos tienen en las comunidades judías un papel de autoridad. En la historia de persecuciones de su pueblo, los viejos no se rebelan ni esquivan los golpes, sino que aprenden a esperarlos y preverlos; son los jóvenes quienes, en algunas ocasiones, reaccionan contra los *progroms* o buscan refugio en otras tierras. La emigración judía a los Estados Unidos, por ejemplo, fue casi toda de jóvenes y adultos; sólo cuando estos se habían

1. Nada Skerly: «Aging in Japan: The Non-Pursuit of Happiness», en *The Alicia Paterson Fund,* Nueva York, 25 de julio de 1972.

2. David W. Plath: «Japan; The After Years» en *Aging and Modernization,* pág. 142.

3. *Eclesiastés,* III, 14-15.

instalado en su nueva tierra los viejos se resignaban a unírseles. Únicamente en el caso Dreyfus encontramos judíos ancianos que reaccionan, tal vez porque de adultos habían puesto su esperanza en la democracia y la integración y no se resignan a verla desmentida; en este *affaire* de finales del siglo XIX en Francia, mientras muchos jóvenes cristianos «distinguidos» se muestran brutalmente antisemitas, los jóvenes judíos son menos activos que sus mayores en la defensa del capitán falsamente acusado. Pero cuando se inicia el movimiento sionista, para establecer en Palestina un Estado judío, apenas si hay en él viejos. Tampoco los hay entre los pioneros de Israel, los fundadores de *kibutz*, acogidos con desconfianza por los viejos judíos que aún vivían en Palestina. En cambio, los ancianos fueron siempre muy dinámicos en todas partes organizando actividades culturales, religiosas, caritativas para mantener viva la tradición judaica.

Durante la Segunda Guerra Mundial los viejos solían ser los más tenaces en creer los engaños nazis y en negarse a aceptar que encubrían la «solución final», el exterminio. En la sublevación del *ghetto* de Varsovia, en 1943, los viejos se mostraron partidarios de negociar, mientras que los jóvenes prepararon la lucha armada.[1]

Una vez se estableció en 1948 el Estado de Israel, surgió inmediatamente la gerontocracia por la fuerza misma de los hechos. El movimiento sionista llevaba tantos años de existencia que sus dirigentes —gobernantes luego de Israel —eran viejos. De ahí una división de generaciones en el nuevo Estado. Todavía hoy, las figuras importantes en él bordean los 70 años.

En los *kibutz* los viejos gozan de una completa seguridad material. No hay retiro, sino un abandono gradual del trabajo de acuerdo con las fuerzas de cada uno, de modo que se evita el rompimiento súbito con el trabajo habitual. Los viejos no viven aparte, sino que continúan participando en la vida de la comunidad y encuentran en ella actividades a su alcance. Como los hijos son independientes de los padres desde la infancia, no hay rompimiento de las relaciones familiares al llegar a la vejez. Los viejos, los pioneros de ayer, son más revolucionarios que los jóvenes (que tienden al nacionalismo radical) y esto no deja de crear tensiones y reproches mutuos.

La longevidad aumenta. Para dar trabajo a los viejos se tiende a emplearlos en la burocracia y en funciones públicas, lo cual conduce al envejecimiento de los cuadros administrativos. Se ha trata-

1. Lucy S. Dawidowicz: *The War Against the Jews, 1933-1945*. Nueva York, 1975, passim.

do de paliar estos problemas individualizando el retiro (para quienes no viven en *kibutz*, que son ya la mayoría). Se procura dar a los retirados ciertos trabajos, se organizan ocios «productivos» y se orienta a los viejos hacia la educación y cuidado de los niños. Los *kibutz* han creado un sistema de seguros que paga no a los afectados, sino a su comunidad, en casos de invalidez, degradación intelectual o incapacidad física, para que el *kibutz* sufrague sin sacrificios las atenciones que hayan de darse a esos casos.[1]

Una minoría de la población de Israel vive hoy en los *kibutz*; en ellos la proporción de viejos es superior a la media del país. La existencia de los viejos no colectivistas es semejante a la de los de cualquier país industrial. Los de familias de origen europeo tienden a vivir solos y a sostenerse con su pensión; los de origen oriental suelen vivir con la familia. Dado el sistema de seguridad social, los viejos que llegaron a Israel hace mucho tiempo viven mejor que quienes llegaron hace poco, lo cual provoca tensiones y rivalidades entre distintos grupos de viejos.[2]

Es interesante señalar que las sectas judías más fanáticas y tradicionalistas, que antaño se componían sobre todo de viejos, hoy cuentan con un alto porcentaje de jóvenes. Son estas sectas las que defienden la idea del «Gran Israel» y rehusan toda negociación con los palestinos.

## 13. EL VIEJO Y LAS DICTADURAS

El grado de libertad existente en una sociedad es importante para cualquier grupo social o de edad que tenga intereses por defender, pues esta defensa no puede hacerse mas que en condiciones de libertad y cuando existen garantías del respeto a los derechos humanos. Pero hay otras razones (dificultad de organizarse después del retiro, escasez de medios económicos, etc.) que hacen especialmente importante la libertad para los viejos.

1. Y. Talmon Garber: «Jeunes et vieux dans les communautés israeliennes», en *Esprit*, París, mayo de 1963, págs. 952 y sig.

2. Hannah Weihl: «Selected Aspects of Aging in Israel», en *Aging and Modernization*, págs. 197 y sig.

*Las dictaduras tradicionales*

En una dictadura tradicional, el dictador desea neutralizar al mayor número posible de súbditos. En la dictadura totalitaria, busca —y exige— el apoyo activo de la mayoría, pero no por medios democráticos, sino por dejación de los derechos. En la tradicional, el neutral se considera amigo; en la totalitaria, enemigo. Como las dictaduras tradicionales no suelen durar en el peor de los casos más que la vida del dictador, y se establecen cuando el dictador es ya adulto o anciano, los viejos que viven bajo ellas han conocido otros regímenes. En cambio, en la totalitaria, que aspira a perpetuarse más allá de la vida del dictador, y a menudo lo logra, puede haber viejos que se hayan formado y educado en dictadura y que no hayan conocido ningún otro régimen. Los viejos chilenos conocen la democracia de antes de Pinochet, pero muy pocos viejos rusos de hoy conocieron el régimen zarista y la democracia republicana.

Esta es una razón por la que las dictaduras en general tienden a dar algunas ventajas a los viejos, a veces en el orden material, a menudo en el orden de autoridad y prestigio. Quieren que noten cierta diferencia en su favor. Los viejos, desde luego, no constituyen una fuerza que, por sí sola, permita al dictador gobernar, pero forman un grupo al que se puede satisfacer a poco coste. Las dictaduras existen, por lo común, en países subdesarrollados o a medio desarrollar, en los cuales, como ya se vio, la seguridad material de los viejos se apoya en la familia. Si se les da algo, por poco que sea, se alivia a la familia. Y como aquello que se les da lo pagan, a fin de cuenta, los contribuyentes, el dictador consigue, sin grandes gastos de dinero público, satisfacer a los viejos y a sus familias, con lo cual puede obtener su adhesión o su neutralización. Les resulta fácil y poco costoso dorar su imagen con medidas en favor de los viejos (y de otros grupos desaventajados y políticamente pasivos), con lo que, de paso, pone de relieve la negligencia —no siempre inventada— de los regímenes anteriores para con esos grupos desvalidos. Para la gente del común, poco informada, es fácil decirse que si el dictador ha hecho algo para quienes no podían darle nada, no pueden creerse los rumores sobre torturas, asesinatos y corrupción. De este modo, por un proceso psicológico muy simple, el dictador obtiene una imagen de paternalista benévolo.

Antaño, las dictaduras tendían a ser tradicionalistas, al establecerse con el fin de impedir los cambios y, por tanto, favorecían la autoridad tradicional de los viejos. Por esto, muchos dictadores no

viejos se rodeaban de consejeros ancianos para beneficiarse de la autoridad de que gozaban con el público. Claro que había ancianos que se oponían a la dictadura, —especialmente entre intelectuales y profesionales—, y que no todos los viejos se dejaban apaciguar por las medidas en su favor y algunos descubrían sus segundas intenciones. Pero no se olvide que la actividad política tiende a descender en la vejez y que para muchos viejos, preocupados por los problemas inmediatos, una ayuda, por mínima que fuese, hacia aparecer la dictadura como algo tolerable comparado con el régimen anterior, acaso más democrático pero menos atento a los viejos.

Ya se habló de la gerontocracia en que se convierte toda dictadura al envejecer el dictador y sus cuadros de mando. Es posible que esto halague a algunos viejos, pero en cambio acaba oponiendo a la dictadura la masa de los ciudadanos. Entonces, el viejo redescubre las virtudes de la democracia y como ya se habituó a gozar de lo poco que el dictador le dio, espera que un nuevo régimen le daría más, y no como concesión, sino como reconocimiento de un derecho. El viejo, así, por la prolongación de la dictadura, se rejuvenece políticamente y no cierra los oídos a ideas que, de haberse expresado en los comienzos de la dictadura, no hubiera querido siquiera escuchar. Naturalmente, todo esto es sólo una tendencia general, con numerosas excepciones, y que se expresa de maneras diversas según los momentos y lugares.

### *La dictadura totalitaria*

La dictadura totalitaria es un fenómeno contemporáneo, sin precedentes en la historia. Se establece para cambiar el orden político con el fin de proteger el orden social amenazado (fascismo), o se desarrolla a partir de una revolución social fuera de tiempo, fuera de lugar o con objetivos inalcanzables, como saltar del feudalismo al socialismo (comunismo). Esta dictadura trata de regir toda la vida del hombre y de la sociedad, quiere la adhesión activa de todos, considera oposición la neutralidad o indiferencia, y la oposición como demencia. No depende directamente de un dictador, aunque en algunos casos (Hitler, Mussolini, Franco) se derrumba con él. Tiene voluntad de permanencia y aspira a sucederse a lo largo de las generaciones.

Si el dictador tradicional es paternalista, el totalitario es elitista. La elite (del partido único) sabe lo que conviene al pueblo, decide en su nombre, al servicio de la raza (nazismo), de la historia (co-

munismo), de la «grandeza» pasada (fascismo italiano, franquismo).

Es natural, pues, que el totalitarismo alarme a los viejos tanto como los tranquiliza la dictadura tradicional, pues aquél les exige tomas de posición, rompe sus hábitos mentales y los utiliza. Por su naturaleza misma, el totalitarismo ha de ser obra de jóvenes o adultos. Por esto, en él los viejos se sienten desplazados y pierden autoridad. Esto no reza con los miembros de los partidos que establecen el régimen totalitario y que envejecen en el poder.

Pero como el totalitarismo crea un orden nuevo, los viejos pueden acabar adaptándose a él y como tienen experiencia pueden convertirse en auxiliares del mismo, que, empleándolos, les da sentido de utilidad. Stalin, por ejemplo, se apoyó en viejos mecheviques contra los bolcheviques compañeros de Lenin (Vichinsky, exmenchevique era más viejo que muchos de los bolcheviques acusados por él en los procesos de Moscú). Cuando las cosas han de hacerse funcionar, no es raro que el dictador totalitario utilice a viejos que, así, recobran una parcela de poder, aunque sea delegado. Naturalmente, a cambio reciben alguna concesión integrada en una política más general, parte de todo régimen totalitario, consistente en mejorar algo los aspectos materiales de la vida de la gente, en la medida en que no impida el mantenimiento del sistema que la dictadura defiende, porque esta es la precondición para que la gente se deje explotar mucho más de lo que toleraría bajo una democracia, en la cual tendría posibilidades de luchar sin grandes riesgos en defensa de sus intereses. Los campos de trabajo forzados no son incompatibles con los clubs de ancianos ni la supresión de los derechos humanos lo es con un buen sistema de pensiones o sanitario.

Por su voluntad de permanencia, la dictadura totalitaria forzosamente ha de desembocar en una gerontocracia apoyada en una paidocracia (la de los que no conocieron otro régimen). Los adultos, los que pueden pensar, los más difíciles de sugestionar (aunque no mucho), se encuentran, pues, entre la espada de los jóvenes y la pared de los viejos. Esto no pudo verse en el fascismo italiano y el nazismo alemán, porque la Segunda Guerra Mundial impidió que la experiencia de estos sistemas afectara a más de una generación, pero se ha visto muy claro en la URSS y los países de Europa del Este, en la China y Vietnam, como se explicará luego, pues en ellos varias generaciones vivieron bajo un mismo sistema totalitario.

*Los fascismos*

El facismo italiano, el nazismo, los fascismos de otros países estuvieron dirigidos por elementos adultos jóvenes y se apoyaron, sobre todo, en los jóvenes. Algunos intelectuales viejos, decepcionados por la democracia, los sirvieron y en algun caso el fascismo local se amparó en viejos para hacerse aceptar (Petain en Francia). Pero había pocos ancianos en esos movimientos.

De todos ellos, los únicos que duraron lo suficiente para que sus fundadores alcanzaran la vejez fueron el fascismo de Mussolini (ejecutado a los 63 años), el franquismo español (Franco murió a los 83 años) y el corporativismo portugués; los tres llegaron a ser gerontocracias, pero incoporando a sus filas a muchos adultos nacidos bajo el régimen.

Aunque muy tradicionalistas respecto a la vida familiar, esos regímenes no devolvieron autoridad a los viejos. Cuando, como en el caso del nazismo, el Estado quiso predominar sobre la familia, tuvo que minar la autoridad del padre. No fueron raros los casos de utilización de los hijos contra los padres y abuelos. Incluso en los negocios, la tendencia fue substituir a los viejos por jóvenes, más entusiastas por el fascismo o más dúctiles y dispuestos a acoplarse tanto a los planes económicos gubernamentales como a la corrupción que los acompañó.

El fascismo no hizo ninguna diferencia de edad en lo referente a la represión. Al exilio o a los campos de concentración fueron lo mismo jóvenes que viejos. Si acaso, los jóvenes salieron menos mal librados, porque por su misma juventud los consideraban «recuperables» y utilizables como fuerza de trabajo y, por tanto, se tendía menos a eliminarlos físicamente. En los campos, los viejos solían perecer antes, por tener menos defensas y reservas físicas, y probablemente también menos voluntad de vivir, minada por la derrota ante el fascismo.

En la oposición en el interior de los movimientos fascistas participaron sobre todo fundadores —por tanto, de mayor edad que la masa de los miembros—. El único caso de complot dirigido por viejos fue el tramado contra Hitler en julio de 1944, y costó la vida a casi todos sus complicados, ahorcados sumariamente.

Por más que el deseo de orden hiciera que muchos viejos aceptaran el fascismo, puede presumirse que el grueso de los viejos politizados no fue fascista o nazi, ni sentían simpatía activa por movimientos que no sólo no les hacían ningún caso, sino que iban

además en contra de sus hábitos mentales, sus convicciones y su experiencia en regímenes más o menos democráticos.

Esto fue especialmente así en Alemania, donde el nazismo se declaró no sólo racista, sino también anticristiano; las iglesias contaban entre sus fieles un alto porcentaje de viejos. En cambio, materialmente, el fascismo benefició algo a los viejos; las instituciones para ancianos fueron sometidas a una centralización absoluta y sirvieron para fomentar la adhesión o sumisión al partido. En la Argentina del general Juan Domingo Perón, su esposa, Eva Duarte, controló todas las instituciones de beneficiencia privada y las usó como eficaz instrumento político, al que debió su asombrosa popularidad. En el Estado Novo brasileño, de Getulio Vargas, se dieron por primera vez pensiones de retiro.

Naturalmente, los viejos no ocuparon cargos de ninguna clase en las instituciones para ellos ni en las que sucedieron a los suprimidos sindicatos. Tuvieron que acostumbrarse a nuevos usos —brazo en alto, uniformes, etc.— y a que cualquier actividad que emprendieran para ayudarse o distraerse estuviera controlada por el Estado. Allí donde surgieron movimientos de resistencia a los nazis, durante la guerra, participaron en ellos numerosos viejos.

Si los viejos no se beneficiaron con el fascismo —aunque sacaron algo de él, materialmente—, en cambio fueron de los que pagaron más caro su fracaso en la Segunda Guerra Mundial. Por su mayor debilidad física, sufrieron mucho con la carestía, el hambre, el mercado negro, la inflación y la destrucción de viviendas por los bombardeos. Por la misma razón los viejos participaron menos que los jóvenes de la prosperidad que siguió a ese período de miseria colectiva. El fascismo había secado la capacidad de iniciativa de los viejos justamente en el momento en que más necesaria era para subsistir.

### *El comunismo*

«El comunismo es la juventud del mundo», escribió el poeta ruso Vladimir Maiakowski poco antes de suicidarse. Podía dar esta impresión en los primeros años después de la revolución rusa de octubre de 1917, porque ésta movilizó a muchos jóvenes y porque los dirigentes de la misma eran adultos que creían romper con todas las tradiciones, aunque en realidad acabaron entroncando con la de la autocracia burocrática zarista. Con el transcurso del tiem-

po, pues, esa impresión ya no fue posible ni siquiera en el sentido metafórico del poeta.

En otros países, los comunistas consiguieron el poder después de la Segunda Guerra Mundial, unas veces gracias al Ejército soviético y otras gracias a la manipulación de los movimientos nacionalistas. Quienes, en esos casos, ocuparon los puestos dirigentes no eran ya jóvenes sino que habían envejecido en el movimiento comunista. Para entonces, los cuadros del partido y el gobierno soviético también habían envejecido. Stalin, cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, tenía 60 años y murió a los 74.

El movimiento comunista es, por definición, elitista. El partido representa a los obreros y a la sociedad, posee la verdad. Con esta convicción, era inevitable que una vez en el poder, se desarrollara un fuerte sentido de la jerarquía, que implicaba mucha consideración por la edad y la experiencia. En 1989, y desde hacía años, los regímenes comunistas eran ya gerontocracias. Tanto era así, que incluso allí donde no ocupaban el poder, los partidos comunistas tendían a estar dirigidos por equipos de viejos.

El sentido de la jerarquía —y por tanto de la edad— se vio reforzado por la extrema burocratización del partido y del régimen. Esto supone el ascenso por antigüedad y, por tanto, el poder a los viejos. La regla se ha violado sólo en momentos de crisis (Kadar en Hungría en 1956, Dubchek transitoriamente en Checoslovaquia en 1968).

El régimen comunista se volvió con el tiempo victoriano. En consecuencia, la autoridad del padre hubiese debido ser absoluta, pero como podía minar la del partido, las leyes y las costumbres impuestas trataron de substituir el poder paternal por el del partido y el Estado (hasta el punto de fomentar la delación de los viejos por sus descendientes, de los maestros por sus alumnos).

Para la masa de los viejos, el sistema comunista no significó ningún progreso político, puesto que estaban tan privados de libertad y de posibilidades de organizarse como los demás súbditos del régimen. La edad no protegió tampoco en las campañas de depuración. Muchos viejos perecieron en el *gulag*, en la colectivización forzosa de la agricultura y en los procesos de Moscú de 1936-38, en los cuales la mayoría de los acusados tenían alrededor de 60 años.

La oposición a Stalin surgió, sobre todo, en hombres de su misma generación, que podían comparar su régimen con el de los primeros años de la revolución y recordar la verdadera biografía de Stalin. En cambio, la oposición en los satélites fue, en general, de jóvenes. Los viejos estaban gastados por los años de ejercicio del

poder o de sumisión a él. Por la misma razón, la oposición en la propia URSS bajo los sucesores de Stalin, fue sobre todo de jóvenes y adultos. Muchos de los personajes de la disidencia hoy famosos (Solzenitzin, Sajarov, Brodsky, Medveedev, Siniavsky, etc.) empezaron cuando no llegaban a los cincuenta y algunos en plena juventud.

En el terreno económico, los viejos han sido relativamente bien tratados, por diversas razones: porque el mejoramiento de su condición forma parte de un contexto general de legislación social, porque el régimen quería atraérselos, porque la legislación dependía del equipo burocrático que sabía que acabaría jubilándose y, finalmente porque habiendo pocos alicientes económicos inmediatos, convenía, para fomentar la disciplina en el trabajo y la productividad, dar algunos estímulos a largo plazo.[1]

*La experiencia soviética*

La condición de la vejez en la Rusia zarista permaneció inmutable desde que Pedro I emprendió la campaña de occidentalización del país. Se estableció entonces una burocracia en la cual la edad tenía cierta importancia, y se crearon algunas instituciones privadas de ayuda a los viejos pobres. En el campo, los *mujiks* viejos eran dueños absolutos de la familia, aunque no de la tierra ni de sí mismos, puesto que vivían en un sistema de servidumbre. La emancipación de los siervos en la segunda mitad del siglo XIX no disminuyó la autoridad del jefe de familia, aunque suscitó muchas rebeliones de los hijos, ávidos de irse a las ciudades. En éstas, el desarrollo de la industria arruinó a muchos artesanos viejos, incapaces de adaptarse. No existía ninguna ley de pensiones cuando estalló la revolución de 1917 y el gobierno comunista tardó once años en promulgar una. Esto hizo que los viejos siguieran viviendo con sus hijos, como antes de la revolución. En realidad, sigue siendo así, con grandes tensiones provocadas por la escasez de viviendas y la exigüedad de las existentes. La presencia de los viejos se resiente como una carga psicológica, debido a la falta de espacio. En el campo se sigue usando el apelativo «abuelo» para designar a todos los viejos, pero en la ciudad ha sido substituido por el de «jubilado», lo que indica que la burocratización ha invadido incluso el lenguaje afectivo.

1. Beauvoir (págs. 555-570) tiene un buen resumen del sistema soviético de pensiones.

Las depuraciones estalinianas y la guerra mundial, que causó muchas víctimas entre los viejos, explican que el porcentaje de personas de más de 60 años sea inferior en la URSS que en los países occidentales: menos del 9 por ciento de la población, en 1970. En cambio, son famosos los centenarios de Georgia y el Cáucaso (144 por mil habitantes, dicen), lo cual ha fomentado el estudio de la gerontología.

En los pioneros, los «sindicatos» y las escuelas insisten en que se den muestras de respeto a los viejos, pero la influencia de estos es nula en la familia y fuera de ella. Sólo en algunas regiones de Asia Central persisten, por debajo de las instituciones oficiales, los consejos de ancianos en los pueblos y *koljoses*.[1]

En 1928 se creó el primer fondo de pensiones, sólo para los obreros textiles, que luego se extendió a otros oficios. En 1930 había 13.000 jubilados en lugar de los 20.000 previstos por el plan. En 1935 recibían pensión el 10 por ciento de los que hubieran debido.[2] Las pensiones fueron disminuyendo, plan tras plan, por la necesidad de capitalizar la plusvalía de los trabajadores; lo que se recortaba de las pensiones servía para financiar nuevas fábricas y nuevas armas. El mismo motivo determinó que muchos jubilados siguieran trabajando pasada la edad del retiro. En 1937 esta costumbre se hizo obligatoria. Los jubilados que no podían trabajar pasaban a depender del presupuesto del Estado; los capaces de trabajar, recibían una pensión del sistema de seguridad social y un empleo. La pensión era del 44 por ciento del salario después de 25 años de trabajo. Los que tenían familia, recibían menos. Los campesinos no entraban en el sistema de jubilación. Las pensiones de los funcionarios e intelectuales eran de casi el 100 por cien (sobre sueldos hasta 10 veces superiores a los salarios obreros). En 1964 se establecieron sistemas de pensión para obreros de *koljos* y del servicio doméstico.[3]

A medida que el nivel de vida y el monto de las pensiones fue subiendo lentamente, se generalizó la tendencia, en las ciudades, a reservar los apartamentos de planta baja, en los nuevos edificios, para los viejos, que así se podían independizar de la familia y orga-

1. Walter C. MacKain: «The Aged in the USSR», en *Aging and Modernization,* págs. 155 y sig.

2. Manya Gordon: *Workers Before and After Lenin,* Nueva York, 1941, pág. 297.

3. S. V. Utechin: *Concise Encyclopedia of Russia. Nueva York, 1964,* págs. 413-414.

nizar sus propios clubs. Para los miembros del partido la ancianidad es menos dura, porque aquél sigue dándoles funciones que cumplir. Los transportes, espectáculos y librerías ofrecen descuentos a los jubilados. En conjunto, la condición material de los viejos, a partir de 1964, se fue haciendo soportable, dentro del deterioro general de la economía. Pero cuando este deterioro se acentuó, en la época que se ha llamado de estancamiento, de Brejnev y otros dirigentes de más de setenta años, la situación de los jubilados empeoró, se degradó el sistema de asistencia médica, el abastecimiento se hizo más difícil y, como el resto de la población soviética, sufrieron de escasez, que para ellos, con ingresos fijos, resultó muy penosa; una manera de aliviarla —aunque físicamente agotadora— era hacer colas delante de las tiendas para vender el puesto a las amas de casa cuando éstas salían del trabajo.

*El culto a la personalidad*

Hay un fenómeno político, en la historia soviética, que, por caminos recónditos, se relaciona con la vejez: el culto a la personalidad. Existen en la historia muchos casos de carisma, pero no dependen de la edad ni suelen ser duraderos. El caso de Stalin es distinto, puesto que no tiene nada que ver con el carisma, del cual carecía por completo. Stalin, de mentalidad burocrática, quería que lo adoraran por razones psicológicas —para compensar sus propios complejos— y políticas —para afianzar su poder—. La burocracia soviética montó constantes campañas de adulación, contrarias por principio a las concepciones que decía servir, pero útiles a la propia burocracia. La cosa acabó en paranoia. No se limitó a la URSS. Los comunistas de todo el mundo y muchos de sus compañeros de camino participaron en ella.

Lo que sus partidarios adoraban en Stalin era el padre, el jefe afable, es decir, un personaje sin relación ninguna con el Stalin real. Precisamente porque lo veían así consideraban que las denuncias del *gulag* y de genocidios eran sólo propaganda. Stalin ahorraba pensar y tomar partido ante cada cuestión. De ahí, en gran parte, su fuerza. De ahí también que en cada partido comunista se adorara y adulara al jefe de turno —designado por Moscú—. En ese culto a la personalidad había mucho de trasposición de la veneración al padre, al viejo de la familia, de las sociedades anteriores. Lo impresionante y que da idea de la enorme fuerza de la propaganda obsesiva, fue que Stalin pudo hacer liquidar a millares de viejos bol-

cheviques, con una estampa de venerables más evidente que la suya, porque a los ojos de los adoradores de Stalin eran los viejos malos, los padres rivales de otros clanes. No hay que olvidar, sin embargo, que ese culto no fue obra exclusiva de la propaganda. Ayudó mucho el terror. Quien no adulaba a Stalin era considerado enemigo y deportado o ejecutado. Si Stalin hubiese muerto a los 50 años, no hubiera habido tiempo para que se desarrollara ese culto a la personalidad. Podría decirse que fue la supervivencia de un concepto ancestral de la vejez lo que permitió el culto.

Después de la muerte de Stalin no se llegó a los mismos extremos aunque abundaban los halagos a los jefes. Pero esto no significó que la imagen de los ancianos que «lo saben todo» se hubiera borrado. En 1983, de los miembros del Buró Político, órgano supremo de Rusia, sólo uno tenía menos de 50 años y sólo 6 menos de 60. Era, pues, una dirección colectiva de viejos. Mijail Gorbachov, que rebasa los 60, rejuveneció algo los órganos del PC y cuando, en 1990, hubo por fin elecciones con cierta libertad, los triunfadores fueron jóvenes y adultos, y pocos viejos. Los viejos del PC en general se oponen a la «Perestroika» y se escandalizan con la «Glasnost».

*Los países satélites*

Los países que se autocalificaban de «democracias populares» y eran en realidad satélites (y en ningún caso eran socialistas, como también solía llamárseles) seguían en Europa el modelo soviético, en lo referente a la vejez, mientras que en Asia se sigue el modelo chino, por más que diplomáticamente estén en la órbita soviética.

En Polonia, Bulgaria y Rumania, países agrarios, los viejos eran respetados y tenían autoridad, mientras que en Hungría y Checoslovaquia, países más industrializados, había ya pérdida de la autoridad familiar y de la influencia política, pero aumento de la seguridad material. La transformación de los mecanismos económicos en los satélites fue más rápida que lo fuera en el modelo, la URSS; además, había menos escasez de vivienda y la incorporación de la mujer al trabajo fue más lenta que en Rusia. Por otro lado, la colectivización de la agricultura no fue tan acelerada como en Rusia, y por consiguiente la familia campesina se desintegró menos y en ella los viejos encuentran aún cierta seguridad, sobre todo psicológica, y cierta autoridad familiar.

La tendencia a la gerontocracia no es menor en los satélites que

en su obligado modelo. Pero los dirigentes de esos países eran menos viejos, porque en ellos los partidos comunistas se fundaron después de la revolución rusa. Con todo, los equipos gobernantes estaban compuestos en general por gentes de más de 60 años, si bien las advertencias de Yugoslavia en 1948, de Berlín Este en 1953, de Polonia y Hungría en 1956, de Checoslovaquia en 1968, de Polonia nuevamente en 1970 y 1980-81, determinó que se tratara de renovar algo esos equipos.

Nada de eso influyó en la legislación, imitada de la soviética, y que da beneficios materiales a los viejos. La longevidad es mayor en los satélites (14.5 por ciento de la población tienen más de 60 años, frente al 9 por ciento en la URSS). En Hungría, por excepción (y a causa de la revolución popular de 1956) los campesinos gozan de los mismos beneficios de seguridad social que los obreros urbanos.

La escasez de vivienda produjo hábitos curiosos. Por ejemplo, un viejo o vieja solo pero con vivienda, firmaba un contrato con una pareja joven, que se comprometía a vivir con él y atenderlo a cambio de recibir la vivienda a su muerte.

El supuesto socialismo de esos regímenes no encontró la manera de aliviar la soledad de la vejez. Existían clubs, centros, talleres artesanos, etc., como en cualquier país, sólo que la «caridad» que entrañaban, en lugar de estar a cargo de instituciones privadas o religiosas, lo estaba del partido o de alguna organización subsidiaria suya.

Yugoslavia ofrece un caso interesante. Separada de la comunidad de los satélites en 1948, por negarse a someterse a las condiciones económicas fijadas por Moscú, tenía que demostrar que sin Moscú podía hacer las cosas mejor. Entre otras, su sistema de pensiones. En efecto, los pensionistas yugoslavos recibían hasta el 85 por ciento de su salario y las diferencias entre pensiones eran escasas (excepto para los miembros de los cuadros dirigentes, que las tenían elevadas). Pero a medida que el país se modernizó y que se apaciguó la rivalidad activa con la URSS, el citado porcentaje descendió hasta el 59 por ciento. Esto determinó que muchos viejos del partido protestaran, pero en vano. Yugoslavia fue el único satélite donde hubo una resistencia antinazi de masas: cincuenta mil jóvenes, hoy viejos, participaron en ella, interrumpiendo estudios o aprendizaje y esto determinó que los desplazaran, por razones de eficiencia, las nuevas generaciones, mejor educadas. Cierto que los años de resistencia se cuentan como dobles a efectos de la pensión,

pero lo que les molestaba, mas que el dinero, era la participación en el poder, el prestigio.

En suma, los problemas de los viejos de los países que se pretendían socialistas y que eran, en realidad, de capitalismo burocrático con régimen totalitario, no aparecen fundamentalmente distintos de los de quienes viven en países de capitalismo de mercado con régimen democrático. Y seguirán siendo similares después del derrumbe del comunismo en Europa del Este en 1989. Contribuyó a él la falta de resistencia de los dirigentes comunistas, viejos casi todos, que habían perdido la fe en sus convicciones, y la memoria de los viejos no comunistas que conservaban el recuerdo de cómo eran las cosas antes de 1945-47. Por cierto que esta memoria de los viejos ha tenido no poca parte en el mantenimiento de los sentimientos nacionalistas y hasta las rivalidades étnicas, lo mismo en la URSS que en la Europa del Este. En este sentido, hay ahí la ambivalencia que hallamos en casi todo lo relativo a la vejez.

## 14. EL VIEJO Y LAS DEMOCRACIAS

Los países con un régimen político democrático son una minoría. Pero son aquellos con mayor desarrollo económico, técnico y cultural. Por lo tanto, son los más influyentes y los que marcan, a veces sin ni siquiera proponérselo, la orientación que sigue el mundo.

En esos países, la existencia de regímenes democráticos permite que los grupos sociales defiendan sin riesgo sus intereses y puntos de vista. Las mujeres, los jóvenes, los trabajadores, los patrones, están organizados y luchan por lo que consideran sus intereses. Parecería lógico, pues, que en esos países los viejos recibieran un tratamiento especial, se organizaran para defender sus intereses y consiguieran lo que en los países con dictadura no pueden siquiera pedir.

Pero, en términos generales, no es así. En parte, porque sólo recientemente ha habido intentos de organización de los viejos. En parte, porque los cambios de modo de vida les son desfavorables. En parte, también, porque las características de la sociedad de los países democráticos —no tanto por democráticos, cuanto por capitalistas de mercado o tradicionales— provocan situaciones en las cuales, si bien es posible proporcionar cierta Seguridad material a los viejos, no lo es reconocerles otras cosas igualmente deseables.

*Los efectos de la prosperidad*

Los países democráticos, —aparte de algunos pocos en el Tercer Mundo y América Latina— han gozado, desde hace por lo menos siglos, de un grado de prosperidad material superior a la del resto del mundo, prosperidad acentuada desde la segunda Guerra Mundial.

Esta prosperidad fue efecto y causa de los progresos técnicos. Basta recordar que las personas que tiene hoy ochenta años vieron en su juventud los primeros taxis, los teléfonos automáticos, los primeros aviones comerciales, la primera seda artificial, y el primer plástico (la bakelita), así como el pneumotorax a los tuberculosos y el tratamiento con arsénico a los sifilíticos, para darse cuenta de los cambios habidos en el transcurso de su vida. Cuando comenzó, tenían una esperanza de vida de 50 años. Ahora, a los 90, pueden esperar vivir seis años más. La electricidad ha penetrado en el medio rural y con ella los electrodomésticos y la electrónica. La velocidad de los automóviles ha pasado de 25 a 150 kilómetros por hora, y la del avión de 100 kilómetros a velocidades supersónicas. En su infancia, nuestro viejo vio el mauser como arma moderna y hoy ve en la televisión las bombas atómicas y los cohetes Scud y Pilot. De niño, podía escuchar la voz de los suyos por teléfono; hoy la radio y la televisión le traen voces e imágenes de todo el mundo y hasta de la luna y los planetas. De muchacho leía el *Viaje a la Luna* de Jules Verne y hace unos años pudo ver en la pantalla de su televisor el pie del primer hombre posarse sobre la superficie lunar. Antes tenía que confiar en el correo; hoy dispone del fax.

Oyó decir varias veces a lo largo de su vida que la guerra mundial del momento, sería la última, porque la próxima representaría la destrucción total de la humanidad y ahora sabe que, en efecto, la tercera guerra mundial podría conducir al aniquilamiento de la vida. Oyó hablar de crisis económicas que iban a acabar con el capitalismo y hoy se encuentra ante insospechadas formas de capitalismo (multinacionales, empresas mixtas, comunismo) y nuevas crisis.

Cuando tuvo sus primeras experiencias sexuales le acosaban el miedo a las «enfermedades secretas» y a la procreación; hoy, las primeras se curan con una inyección de penicilina y la segunda se evita sin engorros, pero ha surgido el sida. La virginidad tenía gran valor cuando se casó y sus nietos la consideran casi como un estorbo. La religión era una serie de ritos y normas de conducta sin mu-

cho contenido teológico y hoy es, más y más, una conciencia desolada de la realidad, sin gran interés por el ritual.

La clase media vive, ahora, como los ricos solían vivir cuando él nació, y los obreros de hoy como la clase media de antes. Los que antaño estaban en situaciones infrahumanas —minorías raciales, peones agrícolas—, hoy consiguen la igualdad de trato, que las mujeres van logrando también. El trabajo del hogar se ha simplificado y mecanizado, las distancias se han acortado, pero el tiempo parece haberse reducido, pues se desperdician muchas más horas, porque las que la técnica hace ganar las hace perder —en el tránsito, por ejemplo— la acumulación de personas que gozan de sus beneficios.

Esa misma técnica, aplicada sin orientación y sin más fin que el provecho material, provoca situaciones que destruyen los mismos beneficios que podía reportar: las ciudades decaen, el hambre, técnicamente evitable, se extiende por exceso de población y escasez de recursos; la naturaleza se desequilibra por la superabundancia de desechos industriales, aumentada por el exceso de población. La vida es teóricamente más cómoda, pero en la práctica menos confortable, más agotadora. Colectivamente, la gente vive mejor ahora que a comienzos de siglo, porque la medicina protege más eficazmente la salud y alarga la vida y las distintas técnicas aligeran el trabajo, pero individualmente, la gente se siente más insegura, la angustia tiñe su existencia, la frustración la impulsa a buscar otras evasiones (drogas, violencia) que el alcohol y el juego de hace medio siglo, y la soledad es más general.

Todo esto configura el tipo de sociedad en el cual han de vivir los viejos, que nacieron y se formaron en circunstancias muy distintas de las actuales. Una sociedad en la cual, además, los no viejos están creando una situación que determinará, a su vez, la condición de su vejez.

Acaso no son esos grandes temas los que afectan a los viejos —por lo menos, no de modo visible y directo—, sino otros menores, consecuencia también de la prosperidad. Por ejemplo, la transformación de la empresa privada con dueño personal en sociedad anónima sin dueño individual y con ejecutivos. La desintegración de la familia patriarcal —en la medida en que aún subsistía—, y su substitución por la familia nuclear y la pareja transitoria.

La prosperidad general de los países industriales, que de momento benefició a los viejos, está teniendo consecuencias que paga toda la sociedad, pero que cobran un precio más alto a los viejos, aparte del que pueda significar la necesidad de adaptarse a modos

de vida contrarios a todo lo que inspiró su existencia, modos de vida, por lo demás, que la actuación de los viejos de hoy cuando no lo eran todavía ayudó a crear sin darse cuenta de que lo hacían.

*La vida desperdiciada*

El viejo de hoy se encuentra con que sus valores no valen o valen cada vez menos. Eran valores esencialmente restrictivos. El viejo piensa, o siente, que todo lo que ve hacer a su alrededor y que cuando era joven estaba prohibido, hubiera podido gozarlo él. Y cree que hubiera podido rebelarse contra las normas restrictivas, como lo hicieron los jóvenes de hace unos años. No se da cuenta de que no hubiera podido rebelarse, que si los jóvenes de apenas ayer se rebelaron fue porque habían surgido las condiciones que permitían esta rebelión e impulsaban a ella. Estas condiciones eran consecuencia de cambios en la sociedad, la cultura, la economía, que los viejos de hoy no previeron.

No se consuelan diciéndose que estos cambios que permiten la «emancipación» actual, se deben, directa o indirectamente, a la acción de quienes ahora son viejos (incluso cuando no se proponían cambiar nada). Ellos no fueron rebeldes, pero con lo que hicieron o dejaron de hacer crearon las condiciones que permitieron la rebelión de ayer.

Cuando ve a los jóvenes gozando sin complejos —relativamente— de los placeres del sexo, el viejo no puede por menos de sentir que toda su vida se privó de lo mejor de esos placeres por causas que no estaba a su alcance modificar, por haber aceptado unas normas de conducta que creía «naturales» y que hoy se han derrumbado. Esta frustración por lo que pudo ser debe resultar aún más dura en las mujeres. Lo que es válido para el sexo, lo es también para otros aspectos de la vida: la obsesión con el ahorro, la acumulación de bienes (para legarlos a los hijos, se decía como justificación). Durante siglos, los padres han tratado de vivir en sus hijos su propia vida y de hacer con ellos lo que no pudieron hacer consigo mismos. De ahí la tendencia a «elevar» social y económicamente a los hijos. Hoy, los hijos son tan distintos que eso es cada vez más difícil. El tiempo es irrecuperable. Lo que no se hizo, ya no podrá hacerse. El viejo de hoy siente —casi siempre sin confesárselo— que su vida ha sido desperdiciada. Lo que él creyó, ya no vale y los hechos le demuestran que la ausencia de esas creencias no perjudica a nadie. El viejo que siente todo esto, se niega

por lo general a pensarlo. Lo que hace es reafirmar verbalmente los valores de su juventud, porque sólo aferrándose a ellos, considerándolos «naturales» e incuestionables, puede eludir la sensación de haber derrochado su vida.

Tiende, por iguales motivos, a realzar lo que se hacía «en sus tiempos». Pone de relieve sus guerras, sus aventuras, su nostalgia de la música popular de cuando era joven, los actores de cuando era adulto, los estilos literarios, las modas, los «heróes» deportivos. Vive, en cierta medida, el pasado. No porque realmente lo encuentre mejor, sino porque fue suyo y sólo «divinizando» este pasado se protege contra la sensación de que su vida hubiese podido ser más libre, más completa; no ve que los adultos y jóvenes de hoy están condicionados por las neurosis, hábitos y convencionalismos de su «emancipación».

De ahí que la separación de las generaciones sea mayor hoy que en cualquier momento del pasado y que aisle a los viejos de un modo radical. El viejo luchó en favor o en contra de esos cambios de ayer mientras que los jóvenes los encuentran hechos, y los aceptan como algo que se les debe, sin darse cuenta de que los gozan a la vez gracias a los viejos de hoy y a pesar de ellos.

Por su parte, los jóvenes ven en los viejos lo que ellos pueden ser cuando envejezcan —en la escasa medida en que los jóvenes «sienten» que envejecerán—. Y esto les hace rechazar a los viejos. De ahí un crepúsculo de la autoridad de padres y abuelos —independientemente de la que les reconozcan las leyes—. Cuando más, los jóvenes se someten a la coacción —dinero de los padres, sobre todo—, pero sin respetar, admirar ni obedecer. El amor que puedan sentir por ellos es cosa distinta, independiente de la función que por su edad solían tener. Antes, el viejo era la excepción y los jóvenes, por ello mismo, veían en ellos lo que querían llegar a ser. Hoy, viven tantos ancianos que los jóvenes ven en ellos lo que no quisieran llegar a ser, por absurdo que parezca. Pero, al reaccionar así, se preparan una vejez igual a la de esos viejos que no quieren ser.

### *La explosión de los seniors*

Al mismo tiempo que la demográfica, hay, ligada a ella, una explosión de la vejez. Nunca hubo tantos viejos como ahora. Es en los países en los cuales la población crece más lentamente donde esto ocurre.

En el siglo XVII, el hijo no solía pasar de los 15-20 años cuando

moría su padre. Hoy llega a los 50-60. La mayoría de los niños y jóvenes de los países industriales tienen abuelos vivos. En esos países la proporción de viejos en la población se ha cuadruplicado en un siglo. La medicina y el mejoramiento general de las condiciones de vida y de comodidad han contribuido a esta situación, especialmente en los países de la Comunidad Económica Europea, igual que el descenso de la natalidad.

De todos modos, ser viejo no es lo mismo si se pertenece a un grupo privilegiado que a uno desposeído. Cuando llega a los 35 años de edad, la esperanza de vida del peón es inferior en siete años a la del maestro. La proporción de cáncer es doble entre los obreros industriales que entre los ejecutivos, la proporción de suicidios de viejos es mayor entre los obreros agrícolas que entre los propietarios de tierras. El ritmo de trabajo, la contaminación, las enfermedades profesionales, la pobreza y la soledad son factores que explican estas diferencias. Pero no hay que olvidar la existencia de una predisposición genética a la longevidad.[1]

Como promedio, un peón, al llegar a los 35 años, tiene una esperanza de vida total de 68 años; el trabajador agrícola y el obrero especializado, de 70; los empleados, comerciantes, artesanos, contramaestres, de 72; los ejecutivos de nivel medio, de 73; los técnicos y el clero, de 74; los profesionales, intelectuales, ejecutivos de alto nivel y maestros, de 75 años.[2]

En los países industriales, las enfermedades del corazón seguidas por el cáncer son las causas principales de muerte. Los adultos y viejos son los protagonistas más numerosos de esas muertes. Los accidentes de tránsito son, para los viejos, una causa de muerte en rápido aumento. No se olvide que un traumatismo fácilmente superable en la adolescencia puede ser mortal en la vejez.

### *El financiamiento de la vejez*

Ya se ha visto que la seguridad material ha sido siempre una preocupación de quienes se acercan a la vejez. Unas veces se ha obtenido por la conservación de la propiedad —cuando la hay—. Otras,

1. Paul Saillant: *Sociologie de la viellesse.* París, 1963. passim.

2. «Santé, chances de vie, retraite» en *L'Ours,* París, agosto-septiembre de 1973. Estos datos se refieren a Francia y a hace unos años. La diferencia con otros países industriales y con hoy no es significativa (un aumento de 2-4 años en la esperanza de vida, según las profesiones)

gracias a la familia. La sociedad se ha preocupado también de esta cuestión y la ha solucionado unas veces eliminando a los viejos, otras atribuyendo a la familia el deber de sostenerlos, otras creando instituciones para atenderlos.

El problema de la seguridad material afecta sólo a cuantos no poseen bienes para sostenerse. La proporción de quienes se hallan en esta situación, en una sociedad de consumo, decrece, a la vez que decrece el de quienes son dueños de sus propias empresas. No hay ningún país industrial que no tenga un sistema de retiro pensionado, pero todavía en algunos sólo abarca a los obreros de los sectores secundario y terciario, dejando al margen a los del sector primario —porque se supone que su familia se ocupa de ellos—, y los profesionales, ejecutivos, etc., porque se da por descontado que sus ingresos les han permitido ahorrar e invertir. Sin embargo, a medida que va cambiando la sociedad, esos grupos van siendo incluidos en sistemas de retiro.[1] Hay sistemas en que las pensiones forman parte de un complejo más amplio (paro, accidentes, salud) y otros en que se hallan separados de esas atenciones. En los países en vías de desarrollo existen también sistemas de seguridad social y comienza a haberlos asimismo en los subdesarrollados, aunque los beneficios que proporcionan son insuficientes para sostener a los pensionados y se confía que la familia los completará. Los burócratas y los militares suelen tener sistemas propios de retiro —financiados por el gobierno—. En algunos países se permite el trabajo más allá de la edad límite; en otros, el retiro es obligatorio. En unos, se permite que los pensionados trabajen y se rebaja entonces su pensión; en otros les está prohibido todo trabajo.

Desde luego, hay desproporción entre la parte del producto nacional bruto que se destina a atenciones a la vejez y el porcentaje de la población que es vieja. En la Gran Bretaña, el 4.2 por ciento del PNB se destina a pensiones; en Francia el 3.9; en Alemania Occidental, el 8.1; en los Estados Unidos, el 3.6.[2] Como se ve, hay diferencias considerables. En la Gran Bretaña el sistema de pensiones es muy comprensivo; en Alemania Occidental, es muy generoso. En los Estados Unidos es tan mediocre que el presidente Kennedy tuvo que proponer un suplemento al sistema para atención médica

1. A. Zelenka: *Les systémes de pension dans les pays industrialisés.* OIT. Ginebra, 1974. En España, la jubilación pensionada se extendió al campo en 1990.

2. Joint Economic Committee of Congress: *European Social Security Systems.* Washington, DC, 1965. Los porcentajes han crecido algo, desde esa fecha, pero la relación entre ellos no ha variado apenas; en los EE.UU. ha empeorado.

a los viejos, pagada en parte por el Estado y en parte por los propios pensionados. Siempre ha habido la tendencia a que los gobiernos socialistas o liberales procuraran ampliar los beneficios y los conservadores procuraran limitarlos en nombre de la «responsabilidad fiscal». Hay países en que la burocracia procura ayudar a los pensionados (los anglosajones hasta hace unos años y nórdicos) y otros en que los humilla, los trata con desconsideración y los considera como un simple pretexto para su existencia (Inglaterra de Thatcher, USA de Reagan y Bush, países mediterráneos, América Latina, Tercer Mundo). Pero en esos los viejos no reciben trato distinto al de las demás víctimas de la burocracia. Allí donde es posible recurrir a la ayuda de la asistencia social, la calidad de ésta se halla en estrecha relación con la calidad de la burocracia. Hay que señalar que ciertas grandes empresas y ciertas profesiones suelen tener sistemas propios de pensiones y que muchas personas, especialmente entre las de ingresos altos, contratan pólizas de seguros, vitalicios, pensiones complementarias. En suma, puede afirmarse que esos sistemas proporcionan en los países industriales un mínimo de seguridad material, que por lo común no puede mejorarse más que con ayuda de la familia o de ahorros reunidos antes del retiro. El viejo, a menos que sea rico, dispone de menos ingresos al jubilarse, cuando tiene más tiempo libre y cuando aumentan sus necesidades culturales, dietéticas, médicas y de confort.

*Los privilegiados*

El aumento del número de viejos que reciben pensión, el descenso de las tasas de crecimiento de población en los países industriales, la inflación y las fluctuaciones de la bolsa provocan en los sistemas de seguridad social y los fondos de pensiones una situación financiera grave y crónica. Desde luego, como cuentan con el aval de los gobiernos, no existe el riesgo de quiebra, pero sí el de que limiten o no revaloricen las pensiones, y, por tanto, hagan disminuir el nivel de vida de los viejos. Esto, claro está, no afecta a los viejos de las clases privilegiadas.

Un ejecutivo de nivel medio, un general del ejército o un comerciante que se retiran pueden ver venir la vejez con cierta tranquilidad, lo mismo que un funcionario del Estado, porque saben que podrán seguir viviendo casi al mismo nivel al que estaban habituados. No han de cambiar de casa, o van a una menor, puesto que los hijos están ya casados, o a una en un lugar más tranquilo. La

perspectiva de una enfermedad no les parece financieramente catastrófica. Hay viejos artistas que siguen produciendo, técnicos con patentes, o profesionales que han podido invertir. Además estos viejos privilegiados, una vez retirados, suelen ocupar cargos a los que su nombre da prestigio o a los que aportan los beneficios de sus anteriores relaciones de negocios o profesionales (por ejemplo, muchos generales, al retirarse, se emplean en empresas que trabajan para la defensa).

En todos los casos, las características del sistema social determinan las condiciones de vida de la vejez, aunque en las sociedades democráticas los viejos y quienes comprenden su condición tienen la posibilidad de ejercer profesiones en su favor, de las que se carece en las sociedades autoritarias y totalitarias.

## 15. HACIA LA ELIMINACIÓN «SUAVE»

Lo que se ha venido explicando en los tres últimos capítulos forma un conjunto de condiciones sociales, económicas, culturales y políticas que se hallan en cambio relativamente acelerado y que conducen a un nuevo tratamiento de los viejos.

Se está generalizando en los Estados Unidos, se extiende por Europa, y sin duda acabará difundiéndose por el Tercer Mundo. Puede caracterizarse con una frase: la eliminación, no física, sino social, y no con medios brutales, sino «suaves».

### *La situación en Norteamérica*

Por múltiples razones históricas, los Estados Unidos son todavía, no sólo el país más poderoso económicamente, sino también aquel que marca los modos de vida de todas las sociedades, ya porque se encuentren con los problemas que Norteamérica afrontó hace unos decenios y les den las mismas soluciones (países industriales), ya porque los imiten y alberguen las mismas aspiraciones económicas, aunque no políticas ni sociales (Tercer Mundo), ya porque hayan decidido que su tecnología es la más útil para las clases dirigentes (países comunistas hasta hace poco). Y esto a pesar de la evidente degradación de la primacía norteamericana, observable desde por lo menos 1980.

En materia de seguridad social, los Estados Unidos no innovaron, sino que imitaron, con retraso, lo que se hacía en Europa. Roo-

sevelt, al establecer la seguridad social (que allí es sólo un sistema de pensiones) lo hizo en época de grave crisis económica y en un contexto de economía de mercado, lo que le dio un carácter progresivo, pues la idea de que el Estado se encargara, a base de las aportaciones forzosas de empresas y obreros, de garantizar cierta seguridad material a los asalariados que llegaran a la vejez, iba en contra de todas las convicciones de la sociedad norteamericana de entonces.

El *New Deal* marcó el comienzo de una nueva etapa del capitalismo, que, al mismo tiempo, aceptaba el sindicalismo obrero como un rasgo normal de la sociedad (y con él la seguridad social) y, creaba condiciones para que pudiera cambiar el modo de vida. En primer lugar, al despersonalizar gradualmente la propiedad —por lo menos, la de la gran industria—, al industrializar la agricultura y al substituir el dueño por el ejecutivo, determinó que las funciones económicas de la familia fueran perdiendo importancia y que, en consecuencia, la familia cambiara. Los hijos se marchan jóvenes a vivir por su cuenta, la herencia es cada día menos importante, la gente se traslada de residencia siguiendo empleos y ascensos, y no se pasa la vida en un mismo oficio y mucho menos en una misma empresa. Los campesinos jóvenes abandonan el medio rural y se convierten en obreros o estudian. Las actividades terciarias se desarrollan, a la vez que disminuye el número de los ocupados en las primarias y secundarias. Los sindicatos crecen en poder (por lo menos hasta 1980) y consiguen sistemas de pensiones en las grandes empresas, que mejoran la seguridad social. Las condiciones materiales de la vejez, pues, mejoran también. Son mejores asimismo para los viejos acomodados, puesto que no se preocupan por dejar una herencia a sus hijos (aparte de educarlos para que se puedan ganar la vida) y así pueden gastar en la vejez todo lo invertido o ahorrado. La dispersión de la familia determina que cuando les llega la vejez, muchos padres se encuentren lejos de sus hijos, o que éstos vivan en apartamentos en los cuales no los pueden alojar, o que, trabajando marido y mujer, no puedan ocuparse de los ancianos, suponiendo que se lo propusieran. La reducción del número de hijos, que ya se inició cuando los viejos de ahora eran jóvenes, hace que no pocos matrimonios se encuentren con los padres de los dos cónyuges a cuestas, cosa imposible de soportar por razones económicas lo mismo que psicológicas. En el campo, los padres viejos se encuentran a menudo dependiendo de mano de obra alquilada, porque los hijos se han marchado. Al acercarse la vejez, dejan su granja, pues ya no pueden atenderla, y como hay pocos *farmers* jóve-

nes dispuestos a comprar tierras, la venden a alguna empresa agrícola, que la explota como una industria.

En las ciudades, los viejos emigran hacia climas cálidos, si sus medios se lo permiten, o se trasladan a un apartamento más pequeño de aquel en que vivieron con los hijos. Si uno de los cónyuges muere, algunas veces el hijo se lleva al superviviente a vivir con él, pero lo más frecuente es que le busque una residencia, una *nursing home*, donde se le atiende a cambio de su pensión. Es cada vez más raro el viejo que vive en familia. El 26 por ciento de las personas de más de 65 años reside con sus familiares (contra el 80 por ciento en el Japón, por ejemplo, o el 50 por ciento en Europa Occidental).

En ciertas partes del país (Florida, California del Sur), hay ciudades enteras de viejos, con casas construidas especialmente para ellos (rampas en lugar de escaleras, paseos sin tránsito, clubs y centros de distracciones, servicios médicos especiales). Estas ciudades para viejos han proporcionado pingües negocios a muchas empresas constructoras no siempre honestas y casi nunca respetuosas del paisaje y la ecología.

La relación entre población productiva y población no productiva y el aumento de la segunda en comparación con la primera plantea problemas de tipo económico que se manifiestan, también, en el plano de la psicología colectiva. Los jóvenes y adultos protestan por el aumento de las cotizaciones a la seguridad social, que sirven para sostener a una creciente población anciana. No ven que ellos, si tienen suerte, serán viejos y que los jóvenes de entonces se quejarán por tener que sostenerlos. En realidad, nadie sostiene a nadie, porque los viejos de hoy cotizaron también cuando eran jóvenes y adultos para los viejos de su tiempo y crearon los elementos económicos que les permitieron tener hijos y educarlos. Económica y socialmente, la cuestión no puede enfocarse como de generaciones, pero quienes ven sus ingresos inmediatos mermados por esas cotizaciones no lo creen así, sino que reaccionan como si nunca hubieran de llegar a viejos. De hecho, esas cotizaciones son un ahorro forzado. No deja de ser significativo que los mismos que de jóvenes se hacen seguros de vida y cotizan sin chistar para un fondo de pensiones, es decir, para ellos mismos directamente, se quejen de tener que cotizar a la seguridad social. Hay, pues, un debilitamiento del sentimiento de comunidad, de la solidaridad social, producto sin duda del nuevo tipo de capitalismo que se ha ido desarrollando, que se manifiesta también en el tratamiento que se da a los viejos, y que, como se ha indicado, puede caracterizarse por el de-

seo de apartarlos de la vida y hasta de la vista de los no viejos.

Esta actitud no indica menos amor a los padres, pero sí más egoismo miope al manifestarlo, puesto que se limita al sostenimiento, pero sin calor, amistad ni compañía. Es significativo que a Kennedy le costara mucho conseguir que el Congreso aprobara su ley de Medicare —ayuda médica a los viejos— a pesar de que muchos electores son viejos y muchos congresistas también; la actitud social predominante pesaba más que esas consideraciones electorales. Hay que señalar que las organizaciones profesionales de médicos se opusieron a esa ley, como se habían opuesto a la de seguridad social de Roosevelt.

Los que van camino de la vejez encuentran dificultad, incluso en épocas de prosperidad, en conseguir trabajo, pues la mayor de las empresas no quieren contratar a quienes hayan rebasado los 40 años de edad. Las *nursing homes* son a menudo focos de malos tratos, negligencia y estafa y han dado lugar a numerosos escándalos y al procesamiento de políticos cómplices de su mala inspección. De ahí que aumente el porcentaje de viejos que viven solos, no sin riesgos, en las grandes ciudades. Por otro lado, la crisis económica y la inflación perjudican el nivel de vida de los viejos más que el de otros grupos de edad, porque sus ingresos suelen ser fijos. Por esto, cuando pueden, muchos viejos desposeídos se avienen a trabajar por una miseria y a integrarse en la economía sumergida. En los suburbios, a donde muchos ancianos se fueron a vivir al retirarse, la soledad es aún más dura, porque faltan transportes, espectáculos y comunidad. De todos modos, con la inflación, muchos viejos no podrían permitírselos. En vista de esto las autoridades (menos bajo los gobiernos conservadores de Nixon, Reagan y Bush) y organizaciones privadas tratan de organizar distracciones gratuitas para los viejos, lo cual significa que incluso cuando se distraen, están rodeados de viejos.

Hay algunos aspectos peculiares. Por ejemplo, los viejos de las minorías —negros, chicanos, indios, puertorriqueños—, que se esforzaron en mantener vivas las tradiciones de su pueblo, ven que los jóvenes, al mismo tiempo que luchan por sus derechos, adoptan formas de vida ajenas a esas tradiciones. Esto los aisla, en una situación en que deberían sentirse como precursores de victorias conseguidas por los jóvenes.[1] Ven incluso como desaparece el uso de la lengua que les es familiar: el castellano entre los puertorriqueños y chicanos, por ejemplo.

1. Robert Coles: *The Old Ones of New Mexico,* Alburquerque, N. M., 1974.

Ya se indicó que los viejos tienden a ser conservadores. Por eso a las zonas cálidas de Estados Unidos, donde hay muchos pensionados, suelen acudir los candidatos de derechas. Esto determina una reacción de los jóvenes y adultos, por lo común algo más liberales, contra los viejos, a los que acusan de cerrar el camino al progreso. También ocurre que en ciudades en decadencia, cuyos jóvenes tienden a emigrar, los viejos votan contra los aumentos de impuestos municipales para la educación, dejando así la formación de los niños y adolescentes en malas condiciones; lo hacen para ahorrarse dinero, no para perjudicar a los jóvenes, pero éstos lo ven, como es lógico, como un ataque a su derecho a educarse.

No se hace casi nada para aprovechar las capacidades de los viejos (si bien en los últimos años comienzan a abundar los que se ofrecen como auxiliares administrativos voluntarios en hospitales y otras instituciones). Se les concede, cierto, algún privilegio —por ejemplo, exención de parte de los impuestos—, pero eso es cosa oficial y no refleja las actitudes privadas. En general, puede decirse que los viejos son objeto de mayor respeto en el medio rural que en el urbano, en las clases baja y alta que en la media.

En un esfuerzo para salir de su segregación, los viejos tienden a vestirse como los adultos; ha desaparecido el «uniforme» de anciano, que solía ser frecuente hasta hace unos decenios, especialmente entre las mujeres. Pero son esfuerzos infructosos. Y como la sociedad norteamericana es poco dada a ceremonias, los viejos se encuentran privados de una de sus funciones, la de conservadores y árbitros de las tradiciones e instructores en ellas. Solamente en el Memorial Day y en el día de los padres o de las madres los viejos tienen un papel, cada vez más comercializado. Por cierto que cuando los jóvenes, debido a la crisis económica y el paro, descienden como mercado comercial, las empresas comerciales tienden a buscar la clientela de los viejos y orientan hacia ellos su producción y su publicidad.[1] Hay que señalar también que en los últimos tiempos se empieza a generalizar, en los casos divorcio, extender el derecho de visita a los hijos menores no sólo a los padres, sino también a los abuelos. Esto ha sido resultado de algunos pleitos iniciados por organizaciones de ancianos.

Nada de lo dicho debe hacer creer que los hijos se desentienden sistemáticamente de sus padres viejos o de sus abuelos, pero el amor

1. Manuel Jiménez de Parga: «El poder gris», en *La Vanguardia.* Barcelona, 24 de agosto de 1983.

se manifiesta sobre todo de modo material. Falta la comunicación.[1]

*La situación en Europa*

Los viejos europeos comienzan a vivir como los norteamericanos de hace unos decenios, es decir, que se tiende a eliminarlos con suavidad, por la marginación y el aislamiento. Esto se debe a que Europa entró en una etapa de desarrollo similar a aquella que en los Estados Unidos llevó al aislamiento de los viejos.

Una encuesta de 1975 resume la situación que no ha cambiado en los lustros transcurridos desde entonces.[2] Aproximadamente la mitad de los viejos europeos viven con su familia; los restantes, solos o en residencias, asilos, etc. (del 6 al 10 por cien, en instituciones oficiales). La mayoría de los viejos interrogados consideran que vivir en familia provoca problemas delicados, especialmente por falta de espacio en la vivienda. Más de la mitad no disponen de cuarto propio, sino que lo comparten con sus nietos. A este respecto, señalemos que los apartamentos de las casas construidas en los recientes decenios son tan exiguos que muestran que los arquitectos dan por descontado que los viejos nunca vivirán con sus hijos. Esto refleja un estado de ánimo general.

Otra queja de los ancianos es su aislamiento social; sólo una cuarta parte de los encuestados suele estar presente cuando se reciben visitas en la familia donde viven. Al juzgar a sus nietos, los abuelos dan importancia, por este orden, a la cortesía, el respeto y el orden en el trabajo. En cambio, el 53 por ciento no desaprueba la manera de vestirse, peinarse, hablar o conducirse de los jóvenes. La selección de los programas de televisión y el alto volumen de la radio provoca tensiones entre viejos y jóvenes. Es sorprendente que el 80 por ciento de los viejos declaren que no se ocupan de la marcha de la casa ni ayudan en ella. Y no lo es menos que el 69 por ciento de los nietos crea que sus abuelos sueñan con una vida independiente (y también el 63 por ciento de los padres). Naturalmente, casi nada de esto es aplicable a los viejos ricos, que pueden vivir solos y rodeados de servicio y a los que, además, nadie aisla.

1. Donald O. Cowgill: «Aging in American Society», en *Aging and Modernization,* págs. 234 y sig.

2. R. C. Paillard: «Les "anciens" dans la famille», en *A. C. I.*, París, 9 de abril de 1975.

Hay que señalar que en Europa se está extendiendo la costumbre norteamericana de no contratar a personas de más de 40 años. En cuanto a los sistemas de pensiones, se explicaron ya en sus líneas generales. He aquí, ahora, algunos rasgos peculiares de distintos países.

Escandinavia tiene la tasa de mortalidad infantil más baja del mundo y la mayor longevidad. La proporción de viejos en la población es de alrededor del 12 por ciento.[1] En Noruega, la alta proporción de personas de más de 70 años determinó que se aplazara hasta esta edad la jubilación, lo que satisfizo a los viejos y benefició la economía. Pero en la sociedad noruega nunca ha habido mucho respeto por los viejos. Ibsen criticó a los que «traicionan los ideales de su juventud». Bjørnson, ya en su vejez, se puso al lado de los jóvenes contra la tiranía de los padres. Hamsum decía que «después de los cincuenta, hay que ahorcarlos a todos»; sin embargo, escribió su obra maestra, *Los caminos cubiertos de hierba*, a los 89 años. Lo que se hace por los viejos es más en el orden material (por ejemplo, apartamentos diseñados especialmente), que en el cultural.

En Austria todavía persiste bastante la tradición de la vida familiar para los viejos. El equilibrio entre los partidos católicos y socialistas da a los viejos (14.6 por ciento de la población) una cierta influencia electoral, lo cual les ha valido un sistema de pensiones decoroso. Más de un cuarto de los hogares austriacos son de tres generaciones (sólo el 3.6 por ciento en Viena).

Se ha dicho que Irlanda es el paraíso de los viejos; la mayoría vive con su familia, lo cual hace que las pensiones sean deficientes. Plantea problemas especiales de atención el hecho de que una cuarta parte de los viejos sean solteros; hasta ahora sólo se resuelven por medio de la familia colateral. A medida que la influencia de la Iglesia católica disminuye lentamente, se «normaliza» la situación de los viejos. No son pocos los viejos, especialmente los solteros, que participan en las luchas políticas violentas a que son tan dados los irlandeses.

En la Gran Bretaña, que vio durante tanto tiempo la gerontocracia aceptada por todos y que desde 1601 tenía una ley de ayuda a viejos y desde 1925 un sistema de pensiones, la Segunda Guerra Mundial produjo cambios importantes; gracias al plan Beveridge, los viejos mejoraron su seguridad económica. Ese plan, aprobado

1. C. T. Pihlblad *et al*: «Status and Role of the Aged in Norwegian Society», en *Aging and Modernization*, págs. 227 y sig.

por el gobierno laborista en 1946 resolvía los problemas materiales, pero evidentemente no los psicológicos y generacionales.

La transformación de la familia ha sido más lenta en Francia que en otros países industriales, pero en los últimos años se ha acelerado y las diferencias generacionales se han evidenciado de modo dramático. El porcentaje de viejos que viven en familia decrece. La extrema burocratización de la vida francesa puede hacer penosa la ayuda que el Estado y su sistema de pensiones proporciona a los viejos. Pese a la existencia de clubs de viejos —también muy burocratizados—, el aislamiento constituye el principal problema en el medio urbano, que la televisión «resuelve» de modo ficticio. Más de una tercera parte de los viejos que viven solos no reciben ninguna visita, ni siquiera de los vecinos.[1] Más de un millón de viejos franceses estarían dispuestos a vivir en residencias, si sus medios se lo permitieran. Los encuestadores concluyen que muchos viejos —más entre los hombres que entre las mujeres— creen que podrían ser útiles, pero no encuentran manera de satisfacer esta aspiración. En años recientes, en Francia y en algunos otros países, han surgido residencias, barrios y pueblos para viejos, con las mismas ventajas e inconvenientes que los de Estados Unidos.

En los países menos industrializados de Europa y en algunos de América Latina, la situación es algo distinta pero tiende a equipararse, a mediano plazo, con la de los países más industrializados. Un ejemplo típico es España, con su rápida, improvisada, desequilibrada, corrupta y desorbitada industrialización de los posteros años del franquismo.[2] En 1877 el 4.2 por ciento de la población española tenía más de 65 años de edad; este porcentaje había subido al 5.3 por ciento en 1920, y el 9.4 en 1970. Por cada mil jóvenes (menos de 15 años) había 129 viejos y 66 por cada mil adultos; en 1990, estas cifras eran, respectivamente, de 397 y 161. La tasa de crecimiento de la población anciana es el doble de la tasa de crecimiento de la población en general. Para una población activa relativamente débil, la seguridad material de los ancianos es insuficiente. Mientras los privilegiados la gozan en su casa o su familia, y la jubilación de los burócratas es superior a la de los trabajadores y los campesinos, estos dos grupos se encuentran mal atendidos.

En Barcelona había el 12 por ciento de la población de más de

1. Paul Paillat y Claudine Wibaux: *Conditions de vie et besoins des personnes agées en France: I. Les citadins agés.* París, 1969, págs. 221 y sig.

2. Confederación Española de Cajas de Ahorros: *La situación del anciano en España,* Madrid, 1975: *La Vanguardia Española,* Barcelona, 3 de mayo de 1975.

65 años de edad; el 32 por ciento de los viejos vivían solos; el 41 por ciento, en familia y el 27 por ciento en desvalidez relativa. Unos 40.000 ancianos viven en asilos en todo el país y, según un estudio de la Confederación Española de Cajas de Ahorros, «asilo es sinónimo de hambre, frío, promiscuidad, pérdida de privacidad, régimen cuartelario, enfermedad y muerte». El 25 por ciento de los asilos no cuentan con enfermería y más del 75 por ciento carecen de salas de trabajos manuales o de rehabilitación.

Los españoles jóvenes y adultos se han apresurado —en las ciudades y en las clases altas— a adoptar las actitudes de otros países, pero sin compensarlas —si en esto caben compensaciones— con los medios materiales que en Inglaterra o Escandinavia, por ejemplo, dan a los viejos, por lo menos, cierta comodidad.

España es un caso. Sirve como ejemplo de la situación muy similar que hay en Portugal, Grecia, Turquía, México, Argentina y otros países latinoamericanos, donde las leyes de seguridad social son completísimas, mas su aplicación financiera, irrisoria.

### *La decadencia de la gerontocracia*

Se ha hablado ya de la gerontocracia. Parece que, por lo menos en nuestra época, ha entrado en crisis. Una de las mayores injusticias de nuestro tiempo es la de los viejos que han perdido todo contacto con la realidad y que, precisamente por ello, se aferran desesperadamente al poder, aunque sea a costa, en las democracias, de hacer perder elecciones a sus partidos, y en las dictaduras, de recurrir a la fuerza y asentar su «trono» sobre montañas de cadáveres. Uno llega a preguntarse si esto lo hacen porque creen tener razón, incapaces sus mentes anquilosadas de absorber nuevas ideas, o si lo que les importa, lisa y llanamente, es mantenerse en el poder, como si esto debiera hacerles inmortales.

La *generation gap* de hace treinta años se ha manifestado de nuevo en los años 80, y de un modo mucho más directamente político. En un país no comunista, hemos visto esto en el rechazo de los votantes chilenos por Pinochet, como antes lo vimos con el establecimiento de la democracia en España a la muerte de Franco. Donde esto es más visible y donde se va generalizando es en los países comunistas. En ellos, la persistencia de un dogma superado, el apego de los burócratas a sus hábitos inmovilistas (en lo que les protege el inmovilismo de los gerontócratas), y el deseo de los que están en la cumbre de no ceder el puesto, han hecho que los efectos de

la falta de realismo de los gerontócratas se hiciera más visible y más penoso de soportar, no sólo porque bloquea el camino de los nuevos viejos, sino también porque cierra puertas y ventanas a la realidad, al conocimiento de la realidad tal como es, a las ideas nuevas, a todo intento de adaptación del sistema.

Mas la realidad es implacable —los hechos son tercos, decía Lenin—. Y como los jóvenes están mucho más en contacto con ella que los viejos de la cima, la presión de los hechos y los deseos de los no viejos acaban forzando a aceptar cambios y una vez éstos se inician, ya no hay manera de detenerlos. En la URSS, al morir Chernenko, sucesor de Andropov, a su vez de Brejnev, consiguió el poder Gorbachov, menos viejo que sus antecesores (aunque bordeando la sesentena). La situación económica, social, de las nacionalidades, de la cultura, era grave, porque tantos años de absoluto inmovilismo habían fomentado la corrupción, abierto la puerta a todos los vicios capitalistas y anorreado la productividad. Gorbachov supo, con la «glasnost» (transparencia) fomentar las esperanzas en el cambio político y los comunistas perdieron abrumadoramente las elecciones de 1989 —las primeras casi libres desde 1917—. Queda por ver si esa ventana abierta a la libertad bastará para que triunfe la «perestroika» (renovación) de la economía. En todo caso, la gerontocracia soviética, como tal, ha entrado en crisis. Gorbachov se rodeó de adultos ya maduros, pero no aún viejos. A medida que avanzaba su política, con altibajos y dificultades, se marcó una división entre sus partidarios: los jóvenes y adultos se mostraban impacientes, mientras que los viejos se aferraban a lo que ya conocían: el Partido Comunista y la economía centralizada. Pero había los más viejos aún, los supervivientes de la época de Stalin, que recordaban las persecuciones y que, al poder hablar libremente, prodigaban sus recuerdos, denunciaban y reclamaban el castigo, por lo menos el de la Historia, para los verdugos y sus cómplices.

Cuando en agosto de 1991 hubo una tentativa de golpe de los comunistas a marchamartillo, fueron sobre todo los jóvenes los que salieron a la calle, en Moscú, Leningrado y otras ciudades, para enfrentarse a los tanques, y fueron los cuadros adultos, de menos de 50 años de edad, de la KGB y el Ejército los que, con los jóvenes de la calle, hicieron fracasar el intento de volver a la dictadura totalitaria. En las numerosas naciones que formaban la URSS, han sido también los jóvenes y adultos y los muy viejos los que han estado en primera línea de la agitación nacionalista. Son los hombres de 40-50 años de edad los que se mantienen al margen, temerosos, porque ellos disfrutaron de la seguridad y tranquilidad económica (por

exigua que fuese) que les proporcionó el sistema de Brejnev. Pero de este mismo grupo de edad han salido, como se acaba de decir, los principales partidarios del cambio, y precisamente porque a ellos le resultaba insoportable esa seguridad basada en la inercia y la corrupción. En Polonia, el sindicato ilegal Solidaridad, creado en 1980 por obreros jóvenes, llegó, al cabo de nueve años, a obligar a una cumbre de militares y comunistas envejecidos a empezar una reforma semidemocrática del sistema, que en 1989 culminó en un cambio total de régimen.

Lo mismo ha sucedido en Hungría donde los comunistas menos viejos aceptan el pluralismo político, tras descartar el equipo de ancianos de Kadar. En Checoslovaquia, Rumania y Alemania Oriental persistió la dictadura absoluta de los viejos. Pero con fisuras ya en el edificio monolítico comunista, fue sólo cuestión de tiempo que nuevas generaciones llegaran al poder en 1989 y efectuaran reformas. En la China, a la gerontocracia personal de Mao sucedió, a su muerte, en 1976, la gerontocracia colectiva de los comunistas que habían sido víctimas de los desvaríos políticos de un «gran timonel» ya chocheante, y se emprendieron reformas que dieron paso a una imitación estrictamente económica de la economía de mercado lo que llevó a la corrupción y las injusticias propias de ella; los estudiantes y muchos obreros jóvenes, protestaron en 1989 y pidieron reformas políticas (democratización), que permitieran combatir los vicios a los que los viejos habían abierto las puertas. Pero los viejos, con Deng a la cabeza, ordenaron al ejército que llevara a cabo una matanza y decidieron muchas ejecuciones. Mas ahí también es cuestión de tiempo. Porque los gerontócratas, incluso cuando están en el poder, mueren (como lo probaron Mao y Brejnev, si es que esto necesitaba probarse). Más aún que «perestroika» y «glasnost», lo que ocurre en los países de dictadura es una crisis general de la gerontocracia.

Los cautelosos pasos que dio Bush en los EE.UU., al terminar su mandato el septuagenario Reagan, para reparar el desastre económico que su dogmatismo causó, y las medidas también cautelosas de los sucesores de Jomeini, en 1989, para paliar los efectos de la sangrienta catástrofe a que el fanatismo iluminado del anciano ayatolla condujo, muestran que esa crisis no es exclusiva de los países comunistas.

*Transición hacia la nada*

La sociedad —cualquier sociedad— no «piensa» más allá de las generaciones que la componen. Es natural, puesto que una sociedad no «piensa» realmente, sino que, con sus modos de producción, su estructura de clases, su cultura y la herencia de sociedades anteriores, lo único que hace es condicionar a sus componentes, los seres humanos y las comunidades, en su modo de pensar y reaccionar, sentir y juzgar. Por esto educa a sus niños para que acepten su sistema de valores y puedan vivir, de mayores, como ciudadanos o súbditos, —dependiendo de si en ellas hay regímenes políticos democráticos o autoritarios—, y como factores de la economía, es decir, productores y consumidores. Esta educación no se da como resultado de una decisión consciente, sino como consecuencia de los valores predominantes, de lo que se acepta como «natural». Y se da en la familia, en la calle, en las escuelas, en instituciones religiosas, culturales, militares, políticas, económicas.

La vejez es una etapa de la vida de facultades disminuidas y una etapa de espera. En una sociedad centrada en la producción de bienes, es natural que no se gasten muchos esfuerzos, dinero ni tiempo en preparar a la gente para la vejez, puesto que ésta no es una etapa productiva de la vida. Por esta falta de productividad se ha eliminado, se ha inducido a la autoeliminación, se ha marginado y asilado a los viejos, se les ha privado de toda función que no sea la espera de la muerte. El hecho de que, en algunas etapas los viejos hayan monopolizado el poder político o influido decisivamente en el económico se ha debido a circunstancias locales o transitorias, ha sido una excepción nunca muy duradera y general, puesto que abarcaba solamente a los viejos de las clases privilegiadas. Incluso la autoridad de los viejos en la familia, que hasta hace unos decenios parecía «natural», no fue de todas las épocas, ni de todos los lugares ni de todas las clases.

La marginación de los viejos, fuera de esos períodos excepcionales, no suscitaba conflictos ni problemas porque la longevidad era corta y los afectados por la marginación constituían una exigua minoría. Precisamente por ser minoría, a menudo se hallaba compensada con signos de respeto y privilegios sociales, que la sociedad podía aceptar porque pocos los gozaban y, por tanto, no mermaban las condiciones de vida de los no viejos.

Pero en cuanto la longevidad aumentó las cosas ya no pudieron continuar del mismo modo. Había demasiados viejos bloqueando el camino, demasiados viejos a cargo de los demás. De ahí leyes

de pobres, asilos, pensiones, residencias, ciudades de ancianos. La tendencia lógica —lógica en una sociedad con el consumo y la producción como fuente esencial de los valores éticos—, era que los viejos se eliminaran, pero por su mismo desarrollo cultural, las sociedades industriales no pueden permitirse la eliminación física. El aumento de la prosperidad ha permitido substituirla por la eliminación social. Puede gastarse, en efecto, una parte del producto nacional bruto en dar a los viejos cierta seguridad material. Pero, al mismo tiempo, por el juego de los valores que van predominando, que hacen virtud de un hecho biológico transitorio (la juventud), la sociedad quiere deshacerse de los viejos. Es la presencia de éstos, mucho más que el gato, lo que molesta. Por lo tanto, pagar y apartarlos. Incluso, a medida que la propiedad privada se despersonaliza, es posible marginar a los viejos privilegiados sin que nadie salga perjudicado, entre los no viejos. Los cambios en la sociedad determinan las reacciones de la gente y estas reacciones, a su vez, determinan la orientación de los nuevos cambios y el rumbo por el cual se buscan las soluciones a los problemas que provocan. La eliminación física terminaba los problemas. Los viejos habían sido condicionados por la misma sociedad en la que ellos fueron jóvenes para ver como natural y parte de la vida su eliminación. La eliminación de funciones, mucho más frecuente, permitía al viejo permanecer entre los suyos, y como había pocos ancianos, la vejez se rodeaba de cierta aureola de rareza. Si la eliminación fue propia de sociedades en que la conciencia colectiva era suprema, la eliminación de funciones lo fue de sociedades en que coexistía con una creciente conciencia individual. Luego la individualización de la conciencia produjo una disminución de la colectiva. Los viejos pagaron a alto costo esta evolución. La medicina los hace válidos para seguir siendo activos, pero la sociedad no los necesita, del mismo modo que la sociedad educa a los niños obreros para que produzcan y periódicamente deja a los trabajadores sin empleo.

La condición de la vejez está, pues, en un período de transición.

## 16. EL MIEDO A LA VEJEZ

La vejez no es sólo cuestión de pensiones, comodidad, cuidados, seguridad material, alojamiento especial. Es también un estado de ánimo, que refleja, cierto, las condiciones físicas y mentales del viejo y los resultados de su experiencia vital, pero que se deriva, sobre todo, del estado de ánimo de los no viejos respecto a la vejez.

Se trata, pues, de un problema de psicología colectiva, sobre cuyas causas y evolución caben muchas interpretaciones. Dándole vueltas al asunto, se llega a la conclusión de que, hoy, la vejez consiste también en el miedo colectivo que asocia vejez con muerte y en el pánico, jamás sentido antes con tanta intensidad, que causa la idea de muerte.

*Los miedos de la sociedad*

Hay al cambio de condición de la vejez razones diversas, unas económicas, otras psicológicas, otras culturales. Todas ellas tienen un denominador común: el miedo.

Ante todo, el miedo que podríamos llamar económico, o sea, el temor a la competencia de los viejos en el trabajo entre los desposeídos, y al inmovilismo de los ancianos entre los privilegiados. Este último es importante en una época con rápidas transformaciones e innovaciones, aunque en el siglo XIX se demostró que ante cambios veloces en la tecnología (y mucho más sorprendentes que los de ahora para mentes no habituadas a ellos), los viejos se adaptaron y no los obstaculizaron.

Por irracionales que estos miedos sean, —o por poco justificados que estén por la experiencia—, no dejan de existir y, por lo tanto, de condicionar las reacciones de la gente. Los agrava —y los utiliza como justificación—, la impaciencia de los no viejos en sistemas en los cuales la veteranía constituye una norma. Los viejos bloquean el camino y por tanto hay que desplazarlos para ascender. De ahí que en muchos lugares se haya tendido a disminuir la edad de retiro, a veces con el pretexto, vano, de crear empleos cuando hay paro.

Otro miedo, mucho más importante, es el miedo prematuro a la muerte. Cuando se moría joven o adulto como cosa normal, la gente estaba habituada desde la juventud a la idea de morirse. A medida que ha ido aumentando la longevidad, se ha desarrollado una nueva actitud respecto a la muerte. El joven medieval sabía que le quedaban unos pocos años de vida, porque había ya visto morir a muchos adultos. Pero jóvenes y adultos de hoy (si sobreviven a las drogas y los accidentes de tránsito) ven morir sobre todo a los viejos. Se sienten lejos de la vejez, por lo que la muerte se aleja no sólo cronológica sino también mentalmente. Por otra parte, la vida, por diversas razones (prosperidad, cambios en los valores morales y modos de vida), ofrece muchos más atractivos. Un campesino medieval de 40 años podía creer que lo había visto ya todo y la muerte

no le era una amenaza, sino casi un alivio, tanto más cuanto que estaba convencido de que iba a una vida mejor. Pero el hombre actual de 40 años (en las sociedades industriales) se siente en plena posesión de sus facultades; como su juventud comenzó más tarde que en el pasado y llegó a adulto más avanzado en la vida, cree que le quedan muchas cosas por hacer, y en vez de cansado, se siente ansioso de vivir. Por lo tanto, la idea de que se acerca a la antesala de la muerte le hiere, le descorazona y, por consiguiente, la aleja, la borra de su mente.

Pero mientras la sociedad produce estos cambios de la cronología vital, provoca también situaciones en que la muerte aparece como cercana, probable, ineludible incluso. No es sólo la frecuencia de los accidentes en los medios de transporte, las agresiones en la calle, la violencia política —que de todo esto ha habido siempre, en distintas formas—, sino también una amenaza nueva, que ha entrado a formar parte del subconsciente individual y colectivo: la aniquilación de la vida y la especie humana por las armas nucleares y la degradación ecológica. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, en efecto, el europeo, el americano y el ruso han vivido marcados por la existencia de esas armas y por la posibilidad de que las rivalidades internacionales, un error técnico o los intereses de instituciones que escapan a su control desencadenen la contienda atómica, que no podría conducir sino a la destrucción de la vida en el planeta. El fin de la guerra fría, en los años 80, no borro este miedo, aunque lo analizó.

Por lo tanto, esa muerte que el aumento de la longevidad aleja, se la acercan las armas atómicas y las rivalidades internacionales. De ahí la obsesión de acabar con la «guerra fría» y muchas actitudes, sobre todo entre los jóvenes, que se expresaron sucesivamente, en el terreno cultural, con corrientes como el existencialismo, los *beatniks* y los *hippies*, en el fondo reacciones de pánico ante la posibilidad de la inminencia de la muerte. Todo esto lleva a temer más a la muerte que en el pasado. Se ha convertido en algo obsceno y hasta la palabra «muerte» se considera vulgar. Todo esto son lugares comunes, pero el hombre de hoy no quiere verlos ni oírlos y por esto desea que los viejos desaparezcan de su vista, ya que los valores morales vigentes no le permiten hacerlos desaparecer de la vida, —lo cual, por otro lado, significaría condenarse también a desaparecer en llegando su propia vejez.

*La fe y la cultura*

En cierto modo, todo se reduce a una cuestión de fe y cultura. Independientemente de si cree en otra vida, en la transmigración o en lo que fuere, o de si se cree que la vida individual termina al morir, es un hecho que la inmensa mayoría de los seres humanos posee una mentalidad religiosa y necesita confiar en poderes superiores y en la posibilidad de enojarlos y apaciguarlos. El sentimiento religioso —institucionalizado o por libre, poco importa— es consubstancial con la creencia en la supervivencia después de la muerte, que hace aceptable, racionalmente y hasta emocionalmente, la idea de la muerte, que así asumida no quita sentido al hecho de existir. Pero en nuestra época, el sentimiento religioso ha ido de baja por una serie muy diversa de razones, sobre todo en los países industriales. Para muchos de sus habitantes, la muerte es, como describió el novelista ruso Boris Pilniak, el «multiplicador cero». Todo lo que se haga en la vida, bueno o malo, agradable o desagradable, creador o destructor queda en cero cuando se muere.

Quienes ven las cosas así —modo de ver que sintetizaron admirablemente el español Miguel de Unamuno y el francés Albert Camus—, piensan que, puesto que estamos vivos, la única manera de no desesperar del hecho de vivir consiste en darle un sentido con nuestra acción. Esto es cosa simple. Nuestra sociedad no facilita el lograrlo. La existencia de los viejos, frente a frente con la muerte, tarde ya para darle sentido a su vida, es abrumadora. Verla como espejo de lo que será la propia existencia dentro de unos años es un motivo para desesperarse de que haya que llegar a ello. Deben pues, apartarse los viejos, para que esta perspectiva no esté siempre presente. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Esto no sería así si la gente, toda la gente, pudiera dar sentido a su vida, lo que le permitiría aceptar la muerte sin pensar que anula el pasado. Pero estamos en una sociedad que considera como base ética de su conducta y como función primordial de sus miembros producir y consumir, y no buscar qué pueda dar sentido a su vida y encontrar placer, comunicar, crear. Hay, pues, una contradicción entre lo que la sociedad reclama del hombre y lo que éste necesita. No se educa para dar sentido a la vida, sino para que no nos demos cuenta de la necesidad de ello. El placer y la comunicación sin otro fin que dar sentido a la vida se ven como inmorales, porque son improductivos en términos contables y no se pueden consumir. Son los únicos recursos potencialmente renovables de modo infinito y,

por tanto, sin valor para esta sociedad regida por la oferta y la demanda.

La educación podría convertir esos recursos potenciales en recursos efectivos. Pero sería una educación que minaría las bases de la sociedad industrial. Una educación que preparase para dar sentido a la vida podría anular o mitigar la muerte como miedo. Automáticamente, rehabilitaría la vejez, es decir, se haría de los viejos personas normales, cuya vida tendría sentido no por su cercanía a la muerte, sino por el modo como hubiesen vivido.

La educación actual no prepara tampoco para envejecer y morir. Las reglas higiénicas contra los achaques de la edad son buenas, pero insuficientes. Lo importante es educar para que la vejez no sea la antesala de la muerte, para que ésta llegue a los viejos como llega en ocasiones a los jóvenes, es decir, no porque sean viejos, sino porque son mortales. Con esa educación ya no se sentiría aprehensión ante la muerte y no se querría eliminar u ocultar lo que recordara que la muerte existe, es decir, la vejez.

Por lo tanto, el deseo de eliminar a los viejos, en una sociedad que no permite que se eduque a los jóvenes para gozar de la vida y, por tanto, para que acepten la muerte, no puede desaparecer. Es un deseo lógico en la sociedad industrial. Si tiene consecuencias graves para los viejos, no cabe atribuirlo a dureza de corazón, ni a pérdida de virtudes ni a ninguna otra causa que al hecho de que la sociedad industrial, capitalista, neocapitalista, mixta, capitalista de Estado o como quieran llamarse sus diversas formas, reduce a sus componentes al papel de productores y consumidores. Para mejorar la condición de los viejos es preciso, pues, cambiar la función del hombre en la sociedad, reconociéndole la de gozar de la vida —es decir, darle sentido—, con lo cual los viejos, sin dejar de ser viejos (cosa imposible), dejaran de ser simples organismos en espera de la muerte. Si ha habido una sociedad en toda la historia en la cual ser viejo carezca por completo de sentido, es la sociedad industrial, que procura que los hombres lleguen cada día a más viejos para darles una vida cada día menos valiosa y haciéndosela desear cada día más.

### *La segregación*

La segregación vuelve negativo hasta lo poco bueno de la sociedad industrial reconoce a los viejos: pensiones, cuidados especiales, gerontología. Y la segregación va siendo un rasgo fundamental

de la existencia de un número cada día mayor de viejos en un número cada día mayor de países.

Segregación en el trabajo, en la posibilidad de ganarse la vida. Segregación económica: suposición, implícita en todos los sistemas de pensiones, de que el viejo necesita para vivir menos dinero que el joven, cuando ser viejo cuesta más y da oportunidad de gozar de placeres, que también hay que pagar, vedados en la época de trabajo, y diferencias de pensiones, injustificables incluso si se justificaran las diferencias de ingresos en la época de trabajo.

Acaso más graves son las discriminaciones no mensurables. La cultural en primer lugar. Un sociólogo francés,[1] dice que hay «una devaluación universal de la vejez», porque no sólo no es ya experiencia operante, sino que los viejos no pueden hacer suyos los valores que se imponen con fuerza cada vez mayor: el amor, el juego, el presente». A la vejez se la aparta del curso real de la vida. «El anciano prudente se ha convertido en el viejecito jubilado. El hombre maduro se ha transformado en el carcamal... Los modelos de identificación, las funciones tutelares, desaparecen a la vez de la familia y del hombre maduro para transferirse a otra parte: los olímpicos de carne y hueso, los héroes imaginarios de la cultura de masas se apoderan de funciones que tradicionalmente realizaban la familia y los antepasados. El nuevo modelo es el hombre en busca de la realización de sí mismo, a través del amor, del bienestar, de la vida privada. Es el hombre y la mujer que no quieren envejecer, que quieren seguir siempre jóvenes, para amarse siempre y para gozar siempre del presente». Por ello el tema de la juventud no concierne sólo a los jóvenes, sino también a los que envejecen. Estos «no se preparan para la senescencia, sino que, por el contrario, luchan por seguir siendo jóvenes. La nueva trinidad —amor, belleza, juventud—, aureola al nuevo modelo: el adulto juvenil a los treinta, cuarenta, cincuenta o sesenta años, y quizá pronto más allá, hasta las puertas de la muerte, con la angustia de la muerte que confiere su fiebre al presente». Nuestro sociólogo constata que «la cultura de masas desagrega los valores gerontocráticos, acentúa la desvalorización de la vejez, da forma a la promoción de los valores juveniles, y asimila una parte de las experiencias adolescentes. Su máxima es: "sed bellos, sed enamoradizos, sed jóvenes"... Metafísicamente, es una protesta ilimitada contra un mal irremediable, la vejez».

1. Edgar Morin: «Los jóvenes en la sociedad de masas» en *Cuadernos,* París, septiembre de 1962, págs. 63 y sig.

No poder aprovechar lo que la cultura aporta con los jóvenes es hallarse segregado, fuera de la corriente de la época. La inmensa mayoría de los jubilados, por falta de medios y de educación, quedan al margen del cambio y no pueden comprenderlo. Los jóvenes, por las características mismas de la juventud, no pueden hacer comprender su «rebelión» a aquellos contra quienes creen rebelarse. Por el juego de la autojustificación, los viejos se olvidan de su propia juventud, cuando ellos cambiaron, y los jóvenes no preven que ellos serán viejos y que otros jóvenes cambiarán y los segregarán. El segundo olvido, el de los jóvenes, es el más grave, porque tiene como consecuencia que se den por definitivos los cambios y, en consecuencia, que se eduque para aceptarlos como modelo y esto tendrá por resultado que los jóvenes de hoy, cuando sean viejos, no estén preparados para aceptar y aprovechar los cambios que vengan.

### *La discriminación sexual*

«Cuanto más viejo, más pellejo», dice un proverbio español. Esto puede ser cierto en lo referente a arrugas, pero nada más. Una expresión castellana, «viejo verde», señala a quien «conserva inclinaciones galantes o apetitos carnales impropios de su edad».[1]

Esta simple definición «oficial» indica la idea predominante sobre la sexualidad de los viejos. En la Antigüedad y la Edad Media y en los países del Tercer Mundo, la vida sexual de los viejos es activa. Pero en Occidente, en los dos últimos siglos, ha venido aceptándose que el hombre, al rebasar la cincuentena, va perdiendo sus facultades sexuales, y que la mujer, en pasando la menopausia, ya no es apta para hacer el amor porque no puede procrear.

Esto son mitos que se derivan de la idea victoriana de la monogamia absoluta. Es sabido, en efecto, que uno de los estimulantes sexuales más poderosos es la diversidad, que la monogamia impide. Por otro lado, debido a la actitud de los hombres, muchas mujeres no gozan sexualmente y, al llegar a la menopausia, consideran como una liberación el no tener que someterse a las exigencias maritales. Esos prejuicios y actitudes preparan una vejez sin erotis-

1. Esto es lo que dice el Diccionario de la Real Academia Española. En realidad, según Lebrija, viejo verde es la persona que, «pese a su edad, no ha dejado la lozanía de mozo», porque, «como de los puerros, se puede decir de ellos que tienen la cabeza blanca y lo demás verde», según Covarrubias. (J. M. Iribarren: *El porqué de los dichos,* Madrid, 1962, págs. 494-495.)

mo. Pero la historia nos presenta numerosos casos de mujeres viejas y hombres canosos cuya vida sexual fue intensa. Ninon de Lenclos es sólo un ejemplo espectacular. En la Antigüedad, un anciano que fecundaba a una mujer no era objeto de burla ni se le consideraba «cornudo». El rey Salomon calentaba su lecho con numerosas doncellas y nadie se escandalizaba. Los geriatras aconsejan que, para no perder deseos ni facultades, lo que debe hacerse es no permitir ninguna solución de continuidad en la actividad sexual. Lo que ocurre es que la monogamia y su consiguiente falta de diversidad desalienta a muchos hombres y mujeres, al envejecer, de continuar haciendo el amor. Si la actividad sexual se practica como un fin en sí misma, sin otro propósito que el placer compartido, puede durar mientras se vive. Pero hay obstáculos sociales y culturales. Por un lado, la idea misma de que los viejos son impotentes (idea acogida con agrado por los jóvenes que, inseguros, temen toda clase de «competencia»). Por otro lado, la persistencia de tabús sexuales, que hace que se diga aquello de «podría ser su padre» (y más raramente «su madre») ante parejas con fuerte diferencia de edad. Finalmente, la noción predominante de belleza que hace de la juventud el canon, sobre todo femenino, y que por ello elimina toda posibilidad de vida sexual para las mujeres de cierta edad, que se ven así, en nombre de una imaginaria «normalidad», condenadas a llevar una existencia de anormal castidad forzada.

Lo mismo cabe decir de los hombres viejos, aunque con mayor número de excepciones. Se considera «normal» pensar que cuando en una pareja hay desigualdad de edad, la persona más joven busca algún beneficio material. De este modo, los viejos se encuentran segregados en un aspecto de la vida en que podrían seguir siendo jóvenes y en que les sería posible ser más útiles. Los jóvenes pagan tan caro como los viejos esta segregación, puesto que han de aprender a hacer el amor con adolescentes sin experiencia, que actúan por presión fisiológica y que se avergüenzan de mostrar ternura, y esto puede marcarlos de por vida. ¿Quién puede ir más desinteresadamente a la cama con otra persona que el hombre o la mujer que, por su edad, ya no tiene problemas de identidad y no busca resolverlos utilizando la pareja?

Es curioso constatar que las reglamentaciones de la seguridad social han inducido en diversos países a pensionistas de distinto sexo a compartir el alojamiento por motivos de economía, —pero sin casarse, porque esto haría disminuir la pensión de la mujer—.[1]

1. Olga Knopf: *Successful Aging,* Nueva York, 1975, págs. 94 y sig. Esta autora recuerda que la mujer del novelista D. H. Lawrence, Frieda, tuvo una

*Una pérdida para todos*

Ni siquiera entre los ricos se escapa a la segregación de la vejez. A veces la vencen de modo humillante, por el dinero, y su compañía es, de hecho, comprada, pero su vida carece tanto de sentido como la de los ricos, excepto para los pocos que desean ocuparla. Los jóvenes y adultos pueden decidir con quien quieren vivir, pero los viejos, de hecho, están obligados a vivir con viejos. Es posible que estén cargados de manías y a veces sean aburridos o pesados, pero una conversación con viejos hace descubrir que son a menudo más interesantes que los jóvenes y adultos. Es lógico, puesto que han tenido más tiempo para vivir y pensar sobre lo vivido.

Los viejos son los débiles y los viejos pobres los más débiles, en una sociedad que ni respeta ni toma en cuenta a los débiles, es decir, a los que ya no pueden hacer fortuna. Tras decenios de trabajo aburrido, sobre el cual no tienen ningún control, se les condena a no trabajar, es decir, a abandonar el ligamen más importante entre el individuo y la comunidad. El obrero, por embrutecedor que sea su trabajo, está en contacto con la empresa, los compañeros de trabajo, el barrio, la familia. Lo jubilan y se cortan todos esos contactos. Se queda solo, incluso si todavía lo rodean las mismas gentes, con las cuales, pero, ya no tiene ninguna relación funcional, sino únicamente de contigüidad espacial.

No nos percatamos de lo que pierde la sociedad con esa segregación de los viejos. Renuncia a sus años de vejez, que son algo rentable para la comunidad, algo necesario para proteger a los no viejos de los efectos devastadores de la sociedad que les prepara su propia vejez segregada. Una feminista norteamericana, que estuvo a las puertas de la muerte por un accidente, quiso conocer, al recobrarse, a quienes por su edad estan en vísperas de desaparecer. Su libro es una crónica de la crueldad por negligencia o comodidad (y falta de imaginación sobre el propio futuro) de quienes nunca se consideraron a sí mismos crueles.[1] Un viajante de muebles retirado sueña con dedicarse a la carpintería artesanal, pero se oponen

aventura a los 47 años con un hombre doce años menor que ella y padre de tres hijos, con quien se casó andando el tiempo, cuando ella contaba 71 años. Cleopatra vivió con Marco Antonio cuando ella tenía 39 años —es decir, en términos de la época, en la frontera de la vejez—. Ninon de Lenclos murió a los 85 años, rodeada de amantes dispuestos a cubrirla de regalos.

1. Sharon R. Curtin: *Nobody Ever Died of Old Age.* Boston, 1973.

los sindicatos, los reglamentos, los bancos, «como si todo el edificio de la civilización occidental se hubiese construido para frustrar el sueño de un solo viejo». En una residencia para ancianos ricos, se les impide que hablen entre sí para que se infantilicen y sus cuidadores tengan menos molestias. Los viejos de un asilo organizan la ayuda a un asilo de oligofrénicos del mismo barrio; los burócratas de los dos asilos, al comprobar su eficacia, ponen fin a la ayuda por miedo a que quede clara su propia indiferencia e inutilidad. Pocos psiquiatras consideran «interesantes» a los pacientes viejos, a los que, en lugar de tratar, mandan a asilos o residencias. La mayoría de los especialistas en fisioterapia prefieren ocuparse de veteranos de guerra o de niños, poque los viejos «a fin de cuentas se van a morir pronto».

Esta autora llega a la siguiente conclusión: «A veces tengo el inquietante temor de que mi generación será la última que haya conocido a los viejos como amigos, que tenga la impresión de lo que significa envejecer, que respete y comprenda la mortalidad del ser humano y el valor de éste frente a la muerte. Mi generación puede ser la última que tenga la sensación de que vive la historia, que conozca hechos que pasan de una generación a otra, que posea una identidad establecida por la historia de la familia».

Al secuestrar y segregar a los viejos, al esterilizar la vejez y la muerte, rompemos el ciclo vital, negamos que la muerte sea parte de la experiencia de vivir. Al ver a la vejez como un período improductivo, quitamos a nuestra vida el poco sentido que la sociedad le haya dejado, puesto que la dependencia y la forzada puerilidad de la vejez borra las realizaciones y la experiencia de la edad adulta y anula los sueños y las ambiciones de la juventud. «Al evitar mirar todo el ciclo de la vida en su conjunto, al fingir que la muerte no existe, o que es de mal gusto, robamos a los viejos la posibilidad de completar su vida. Los hacemos víctimas del robo definitivo, de la indignidad máxima de entre todas las que imponemos a los viejos». La sociedad, empobrecida ya por la economía de riqueza obsesiva, llega así, con el tratamiento que da a los viejos, a la miseria psicológica.

### *La primera víctima de la crisis*

Si la sociedad es, en cierto modo, la primera víctima de sus técnicas de victimización de los viejos, y los jóvenes y adultos son quienes pagan más caro su desdén, su indiferencia y su crueldad para

con los viejos (precio que subirá cuando ellos lleguen a la vejez), los viejos son las primeras víctimas de las crisis que sacuden la sociedad, en cuyo origen tuvieron sin duda parte, cuando aún no eran ancianos, y cuyas consecuencias les afectan con mayor brutalidad y los encuentran más indefensos.

Cuando hay crisis económicas u ocurren catástrofes provocadas por el hombre (guerras), los viejos ven disminuidos sus recursos y pierden los apoyos que pudieran tener en familiares e instituciones porque unos y otras se ven asimismo afectados por la crisis y pueden ayudarlos menos. La crisis peculiar de ahora (a partir de los años 80), que es distinta y más profunda, aunque menos espectacular que las crisis cíclicas habituales, puede constituir una grave amenaza para los viejos, al acelerar y endurecer la tendencia a su segregación. No es exagerado temer que pueda llevar a buscar su eliminación, indirecta y oculta. El grupo de edad productivo —de los 18 a los 65 años— se reduce en la población de los países industriales y aumenta el de los viejos. Aumentan, pues, las cargas sociales pagadas por un porcentaje cada vez menor de la población, aquejado, a su vez, de paro y de inflación.

Ante el alto costo del sostenimiento de los viejos, ha habido sociólogos que han sugerido que sería mejor dar buenas pensiones a un número limitado que pensiones irrisorias a un gran número.[1] Esto llevaría implícita una selección clasista y la eliminación por la miseria de los menos favorecidos. En esta cuestión, el movimiento sindical ha sostenido la posición de que conviene disminuir la edad de retiro, en lugar de propugnar por el retiro voluntario; la crisis agrava estas contradicciones entre las aspiraciones de los viejos, los deseos de los jóvenes, y las posibilidades económicas de la sociedad.

Al mismo tiempo, se desarrollan movimientos cuyos objetivos, al lograrse, encajan perfectamente dentro de una sociedad capitalista próspera, pero que, con la crisis, pueden hacer pagar a los viejos una gran parte de su costo, no de propósito, sino porque esos movimientos tienen más poder de presión que los ancianos. Por ejemplo, las feministas reclaman puestos de trabajo para las mujeres, cosa perfectamente justa; en época de prosperidad podría conseguirse sin grandes sacrificios económicos, pero en época de crisis induce a adelantar la edad de jubilación para dejar puestos libres. Lo mismo cabe decir de los movimientos étnicos en Estados Unidos y otros países. Y, evidentemente el mismo resultado tienen los avances tecnológicos, con sus robots e informática.

1. Paul Paillat: *Sociologie de la viellesse.* París, 1963, pág. 236.

Es lícito preguntarse qué pasará cuando los países industriales deban enfrentarse a la necesidad de seguir una política permanente de austeridad, de freno del crecimiento económico, que hasta hace poco se consideraba indefinido y de distribución del trabajo disponible. Habrá menos para todos. Ante los sacrificios a los que la prosperidad nos ha desacostumbrado, no habrá alternativa en la conciencia de las sociedades industriales: los viejos serán los primeros forzados a sacrificarse.

## 17. OTRO TERCER MUNDO

El anciano de hoy es víctima de la imprevisión que ha conducido ya a graves amenazas al equilibrio ecológico, a la crisis de los recursos naturales por abuso de su consumo, a la explosión demográfica o al aumento del paro por progreso tecnológico. Es decir, la nueva condición del viejo forma parte del complejo de problemas que componen la crisis. No es posible decir, todavía, si se trata de una crisis del sistema capitalista, la civilización industrial, de un fenómeno corregible sin cambiar de sistema o cambiándolo o de un colapso de nuestro modo de vida actual. En todo caso, es más grave de lo que la gente parece considerarla y de ella forma parte la crisis de la vejez.

### *La irrupción del interés*

En los años setenta y ochenta, pero menos en el último lustro, la vejez se ha convertido en un tema que apasiona a muchos —y no necesariamente viejos—, y que es motivo de cientos de libros y artículos.[1] La vejez no es ya un tema exclusivo de los gerontólogos o de los economistas, sino que ha pasado a ser un tema para múltiples disciplinas. En sociedades en que se habla de los derechos de las minorías —raciales o étnicas, sexuales, ideológicas o religiosas— se comienza a mirar a los viejos también como una minoría y, en consecuencia, despiertan un interés que antes no habían provocado.

1. En la bibliografía, el lector encontrará las principales obras. Podrá ver que la mayoría se han escrito y publicado en los Estados Unidos y en los años sesenta y setenta. El tema parece interesar menos en Europa, mucho menos en la URSS y casi nada en España, América Latina y los países del Tercer Mundo.

Para no convertir esta sección en un cátalogo, me limitará a citar algunos ejemplos de este interés. Tal vez el libro que ha causado más impresión, después del de Simone de Beauvoir, *De la viellesse*, sea el ya citado de una joven norteamericana, Sharon Curtin, *Nobody Ever of Old Age* (Nadie murió nunca de vejez), publicado en 1947. Acusa a la sociedad actual, de aislar a los viejos y de privarse, con ello, de una serie de fuerzas equilibradoras de la psicología, pues los abuelos son indispensables para dar a los niños seguridad en sí mismos; atribuye no pocas de las neurosis de los jóvenes y adultos actuales al hecho de haber crecido sin viejos en los que apoyarse.

La ensayista norteamericana Susan Sontang sostiene, por su parte, que el envejecimiento es más duro para las mujeres que para los hombres, debido a los clichés sobre la belleza femenina y propugna que «las mujeres dejen que sus rostros digan la verdad sobre su edad». Sostiene que el envejecimiento puede compensarse por la inteligencia, el espíritu de competencia y la personalidad bien desarrollada, cosas que deben fomentarse ya en los años de escuela.

No faltan las novelas que tienen por tema la vejez. Unos ejemplos entre las más interesantes: *As We are Now* (Como somos ahora) de Mary Sarton, y *Apostle of Light* (Apóstoles de Luz) de Ellen Douglas, entre las norteamericanas. Muriel Spark con *Memento Mori* entre las inglesas. De Inglaterra también Kingsley Amis con *Eding Up* (Al terminar). El norteamericano Harvey Svados, en *Celebration,* destaca las ventajas de la vejez, porque en ella, dice, «la posteridad es ahora». Jean-Paul Sartre no es el primer escritor que habla de su propia vejez con lucidez, pero lo hace con menos amargura que el irlandés Yeats o que el inglés Thomas Hardy.

El cine y el teatro también se ocupan de los viejos. Por ejemplo, *Older People* (Gente vieja), de John Ford Noonan, estrenada en Nueva York en 1974, o la película del belga Benoit Lamy, *Home Sweet Home* (Hogar, dulce hogar), sobre un asilo, o *Homebodies*, en torno a un grupo de viejos que cometen un crimen para conservar los apartamentos donde viven en un edificio que van a demoler. Richard Fleischer en *Sol Verde*, nos presenta la sociedad del año 2022 en la que a los viejos se les elimina y en la que un polícia se rebela al conocer casualmente a un viejo y, a través de él, entrever una sociedad menos fría y cruel.

Probablemente el interés como ocurre con todas las modas, pasará (está pasando ya) y la vejez volverá a ser un tema marginal. Basta con fijarse en el hecho de que la mayoría de las novelas actuales no tienen ni un personaje viejo, simplemente porque en la

realidad muchísima gente, antes de llegar a la vejez, no tiene contacto con viejos: en cambio, es difícil encontrar una novela del pasado sin viejos, precisamente porque los viejos formaban parte del paisaje humano de cualquiera.

*Las tentativas de consuelo*

Ya en el siglo VI, Boecio (muerto a los 45 años) hablaba en su *Consolación por la filosofía* de lo inapreciable que eran la sensatez y moderación producto de los años. Muchos otros, desde los estoicos romanos hasta los racionalistas franceses, insistieron en que la vejez tiene sus ventajas: moderación, falta de ambición, tolerancia, refinamiento de los placeres espirituales, todo lo cual es cierto para unos y no lo es para otros, pero puede aceptarse como descripción general del estado de ánimo de la vejez si se añaden a esos rasgos el temor a la proximidad de la muerte, los sufrimientos por los achaques físicos, el miedo a la decadencia mental y, en nuestros días, la marginación.

Diríase que cuanto más se acentúan los rasgos negativos de la vejez, con el desarrollo de la civilización industrial, más se insiste —por una minoría, es cierto— en las posibilidades de gozar de la vejez. Se aportan largas listas de viejos que desarrollan una actividad productiva, pero los componentes de esas listas son intelectuales, artistas, actores, lo cual equivale a reconocer que quienes no han recibido una formación de intelectuales no pueden ver con tanta tranquilidad acercarse la vejez.

Revela el carácter ficiticio de esta consolación el hecho que a medida que se ha ido marginando a los viejos, haya ido cambiando de nombre la vejez. Se dice que las personas «maduran» o que llegan a los «años dorados», y los asilos de viejos se denominan «comunidades de adultos». En los Estados Unidos se habla de *senior citizens* (ciudadanos seniores) y en Europa de la «tercera edad». Acaso, mejor que de la tercera edad, habría que hablar de un tercer mundo, al lado del mundo de los niños y adolescentes y del de las personas adultas. El mundo de los viejos, el tercero, se halla en una situación de dependencia comparable a la del Tercer Mundo de los países subdesarrollados.

*Los rasgos negativos*

Como algunos de los países, que vivieron en un pasado lejano épocas de esplendor, los viejos tuvieron también sus períodos de plenitud. La vejez es una situación de subdesarrollo, es decir, de no poder aprovechar las fuerzas y los recursos, como esos países, no por causas propias sino por efecto de las presiones externas (sociales y culturales en los viejos, internacionales y económicas en los países). Y como el Tercer Mundo, los viejos se encuentran marginados y dependen, para su subsistencia, de ayudas externas, es decir, han perdido su verdadera independencia y no pueden ejercer la soberanía en toda su plenitud. Como en muchos países tercermundistas, en los hombres de la «tercera edad» surgen actitudes que son negativas. Al extremo nacionalismo, al chovinismo y hasta racismo, que acentúa las diferencias entre países ricos y pobres, corresponde entre los viejos un desdén hacia la juventud que acentúa la separación de las generaciones.

Ejemplos de este desdén abundan. En los Estados Unidos, por ejemplo, no es raro que los votos de los viejos hagan fracasar los referendos locales para aumentar los impuestos con destino a la educación. Después de una oleada de atracos, en Inglaterra, las peticiones de restablecimiento de la pena de la muerte fueron firmadas sobre todo por viejos y fueron éstos quienes más se opusieron sin éxito a la abolición de la pena de muerte en Francia.

Si en los Estados Unidos y en la Iglesia Católica se ha ido generalizando la costumbre de que políticos y obispos, respectivamente, dimitan al llegar a edad avanzada, en los países europeos la persistencia de los viejos a aferrarse al poder, donde lo tienen, es aún considerable. Acaso por esto el ensayista norteamericano Eric Hoffer propone que se establezca el retiro a los 40 años, lo cual haría que los jóvenes comenzaran a sentirse adultos a los quince o dieciséis, de modo que tendrían un cuarto de siglo de vida creadora antes de retirarse a su vez. Esto produciría un renacimiento cultural, puesto que los pensionistas cuarentones dedicarían los años que les quedaran a actividades culturales, ecológicas, sociales, en beneficio de la comunidad, o volverían desinteresadamente a la universidad. Esto reflejaría la realidad demográfica de un mundo en el cual la mitad de la población tiene menos de 25 años de edad.[1]

Otros rasgos negativos de la vejez se perciben fácilmente: el afe-

1 Eric Hoffer: «Born 56, Graduated 74, Elected 76» en *The New York Times,* Nueva York 9 de marzo de 1976.

rramiento a las formas anacrónicas de vida, el miedo a los cambios (que hace votar sistemáticamente por los conservadores a un alto porcentaje de viejos), el apoyo a movimientos que se oponen al divorcio, la igualdad de los sexos, la libertad del aborto, etc. Diríase que los viejos, al percibir las nuevas libertades, se percatan de lo que se perdieron por culpa de los prejuicios que aceptaron y, movidos por una especie de inconsciente envidia retrospectiva, no quieren que los jóvenes gocen de aquello de lo que ellos se vieron privados.

*La ética del bote de náufragos*

El novelista francés Henri de Montherlant escribió a principios de siglo: «Los niños se añaden años para que los tomen en serio. Los adultos se rejuvenecen para mostrarse encantadores. Los muy viejos se envejecen pues ¡qué honor tener noventa años!» (Montherlant, por su parte, rechazó este honor puesto que se suicidó a los 75). Hoy, ser viejo o muy viejo ya no es un honor. La sociedad entierra a los viejos antes de que hayan muerto.

Este trato a los viejos es una ilustración asombrosa de la incapacidad de previsión del ser humano, de su codicia por el presente y su despilfarro del futuro; incapacidad que se manifiesta también en la destrucción del equilibrio ecológico, la procreación desbocada, la depredación de los recursos naturales y los sistemas educativos. Los viejos de hoy fueron responsables de esta misma imprevisión respecto a quienes eran viejos cuando ellos estaban en la juventud.

Un dirigente de la organización de viejos de los Estados Unidos caracteriza esta situación con la frase «ética del bote de náufragos», es decir, la que hace que para salvar a los más resistentes se arrojen al mar los más débiles.

*Sin libertad de trabajar*

El viejo —a menos que sea rico— no tiene libertad económica. No puede trabajar a partir de cierta edad y no se le consulta siquiera si desea seguir trabajando. Se le jubila por ley, cualquiera que sea su capacidad física y mental. Sólo quienes se dedican a actividades intelectuales y artísticas, sin sueldo fijo, pueden seguir ejerciéndolas. Incluso en el mundo de los negocios, hay jubilación a

medida que los «dueños» van siendo reemplazados por los ejecutivos. Esto, a pesar de que los expertos afirman que los viejos suelen ser buenos trabajadores, cuando su salud es normal, y que se adaptan tan bien como los jóvenes a la modernización de los sistemas de trabajo.

Al obligar a los viejos a jubilarse, se les priva también de vida, pues los médicos y psicológos han descubierto algo que el saber popular ya afirmaba: que el trabajo y sus tensiones ayudan a prolongar la vida, que una vida activa es más larga que una pasiva, y que nada contribuye tanto al deseo de vivir como el sentirse útil y necesario.

Contra la voracidad de los no viejos y sus temores y complejos de inferioridad, hasta ahora nada han podido las disposiciones gubernamentales ni las presiones sindicales. Ni siquiera sirven algunos ejemplos de que esta actitud es ineficiente, como el de que a los 74 años de edad, Cyrus Rowlwt Smith, el creador de American Airlines, fuera llamado para presidir de nuevo su consejo de administración, cuando sus sucesores jóvenes habían conducido a la ruina esa poderosa empresa, la tercera del mundo en la industria del transporte aéreo.[1]

## *Sin libertad de movimiento*

Aparte de la libertad de movimientos físicos —que sólo se puede defender con la medicina—, el viejo sufre otra limitación de movimientos: la económica. Y aquí movimiento se entiende en su sentido más amplio, como libertad de escoger el modo de vida.

En efecto, el viejo, si no pertenece a un grupo privilegiado, ha de vivir de su pensión. La estructura actual de la economía es tal que cuando una persona deja de trabajar a causa de su edad (a menudo por decisión de la sociedad y no de ella misma), percibe una pensión, cuyo monto es menor que el de sus ingresos cuando trabajaba. Esto significa que el jubilado ha de reducir, de un día para otro, su nivel de vida. O sea, que al encontrarse con más ocio, no dispone de la posibilidad de llenarlo, viajar, ir a espectáculos, afiliarse a sociedades, adquirir libros, discos, etc., porque sus ingresos han disminuido.[2]

1. *The New York Times,* Nueva York, 29 de septiembre de 1973.
2. Paul Fischer: «Pensiones mínimas de vejez», en *Revista Internacional del Trabajo,* Ginebra, julio de 1970. pág. 67.

Así se da el caso paradójico de que personas que han pasado su vida entera trabajando, sin poder disfrutar de la cultura y los viajes, por falta de tiempo, cuando disponen de éste no tienen los medios materiales para aprovecharlos. La vejez, que podría ser la edad de nuevos horizontes, se halla reducida, por imperativos económicos, a ser una edad de rutina, monotonía y espera de la muerte. La sociedad pierde con ello, como ya se dijo, porque los viejos podrían aportarle no sólo su experiencia profesional y personal, sino también otras cosas que la disponibilidad de tiempo les permitiría recibir y dar.

Desde luego que esta situación no es arbitraria. Viene determinada por una serie de factores económicos y sociales. Por ejemplo, los jóvenes y adultos pagan las pensiones de los viejos, como las suyas serán pagadas por los que ahora son niños. Aparte del resentimiento que esto provoca (y que muestra la ya indicada falta de previsión e imaginación de la gente), este sistema plantea un problema hasta ahora insoluble: el del aumento de pensionados por aumento de la longevidad. La carga que esto significa podría conducir a una rebelión de la población activa y a una crisis del sistema de seguridad social. Por otra parte, los jóvenes, con la prosperidad reciente, formaron un mercado nuevo, mientras que el de los viejos perdía importancia. Los viejos compran menos que los jóvenes y los adultos; de ahí que su existencia no constituya un estímulo para la economía. El costo de las atenciones a los viejos —especialmente a los desposeídos— crece a medida que mejoran los medios técnicos de prestarlas, lo cual agrava la carga de los contribuyentes. Esta situación de crisis no afecta de momento a los grupos privilegiados (alta burocracia, ejecutivos, etc.), cuyas crecidas pensiones les proporcionan la posibilidad de aprovechar el ocio de la jubilación.[1]

En muchos países no industrializados, las pensiones son, por su monto, un escarnio y los pensionados viven en la miseria. Son minoría los países en los cuales los campesinos y las personas no asalariadas o sin patrón forman parte del sistema de seguridad social. Otro problema es la existencia de sistemas de jubilación de empresas o industrias, que con la crisis económica están muy amena-

1. Como esto es una historia, aquí sólo cabe esbozar los problemas presentes y posiblemente futuros de los viejos. El lector puede ahondar en estas cuestiones consultando la bibliografía y en especial algunas publicaciones de la OIT entre ellas: *Los sistemas de pensiones en los países industrializados* y *La seguridad social de los pensionistas de vejez.*

zados y que, en todo caso, introducen diferencias considerables entre los pensionados que gozan de ellos y los que han de confiar sólo en la seguridad social. Se ha sugerido que deje de considerarse la seguridad social como un seguro, y se la vea como una transferencia de ingresos. Pero, de todos modos, esto no obviaría el hecho de que es la población activa la que sostiene a la pensionada ni tampoco el hecho de que la aportación patronal y estatal la pagan, en realidad, los consumidores y los contribuyentes. Finalmente, no desaparecería el hecho de que personas habituadas por la presión social a consumir más de lo necesario, se encuentren al pensionarse reducidas a consumir mucho menos. La cosa se agrava cuando, debido a la crisis, se decide avanzar la edad de jubilación.

Conviene no olvidar que un número considerable de personas han de seguir trabajando pasada la edad del retiro por carecer de otros ingresos que los de su trabajo, pues por diversas razones no reciben pensión. En 1900, el 63.1 por ciento de la fuerza de trabajo norteamericana trabajaba pasados los 65 años; en 1930 (antes de la seguridad social) era el 53.9 por ciento, pero en 1963, con la seguridad social, todavía era 28.5 por ciento.[1]

Para ilustrar la situación, bastan unas cifras: en 1970 el 8 por ciento de la población mundial tenía más de 60 años de edad (14.1 por ciento en los países industriales y 5.4 por ciento en los subdesarrollados). En el año 2000 el porcentaje será de 9 (15.9 en los países industriales y 7 en los restantes), de modo que el aumento resultará más rápido cuanto más avanzado sea el país. En el año 2000 habrá en el mundo, 550 millones de personas de más de 65 años de las cuales 45 millones en la Comunidad Económica Europea.[2]

### *Sin educación para envejecer*

Si el viejo no puede seguir gastando según su costumbre, y si dispone de más tiempo libre del que está habituado, ¿qué puede hacer? La respuesta es evidente: gozar de la vida que le queda en la medida en que no haya que pagar o comprar este goze. Pero el viejo no es una persona «nueva» en el momento en que se retira. Es la misma persona que durante decenios trabajó sin saber gozar de la vida. ¿Cómo, de repente, sabría disfrutar de su existencia? Nada le ha preparado a ello.

1. *Encyclopaedia of Social Sciences*, artículo «Labor Force». Nueva York, 1973.
2. O.N.U.: *The Aging. Trends and Policies*. Nueva York, 1985, pág. 17.

De súbito, al retirarse, se encuentra con que su «valor» supremo, el ser productor, lo ha abandonado, lo mismo que su «goze» supremo, el consumir. Su vida se vacía del escaso sentido que estas dos actitudes le daban. «La juventud», escribió Ramón Sender, «es un vaticinio y en la vejez se ve si se cumplió». Pero cuando se cumple, lo que parecía éxito se convierte en fracaso, puesto que conduce a una vejez sin sentido.

Si la educación prepara para vivir trabajando, pero no para vivir sin trabajar después de haber trabajado, habría que transformar no tanto los métodos educativos cuanto el sentido de la educación, que debería enseñar a gozar de la vida. Entonces, quienes hubieran disfrutado de la vida en época que debían trabajar, sabrían disfrutarla cuando ya no tuvieran que seguir trabajando, y el jubilarse no sería otra forma, más dura, de soledad, sino una posibilidad de nuevos contactos, nuevos gozes, nuevas maneras de vivir.

La vejez, dice el psicólogo Erik Erikson, es la edad en que se llega, a la vez, a la sensatez (por la acumulación de experiencias vitales) y la desesperación (por el acercamiento de la muerte). La madurez real es saber usar de la sensatez para sobreponerse a la desesperación. Pero la educación no prepara para acumular experiencias vitales (en realidad, la vida moderna apenas si las proporciona), y por lo tanto priva al viejo de su madurez.

Por otro lado, cualquier psicólogo nos dirá que cuanto más alto es el nivel intelectual de una persona, tanto menos decrecen con la edad sus facultades mentales. Una educación que no se preocupa de elevar el nivel intelectual, sino sólo de promover la capacidad productiva, es una educación que priva a los viejos de la posibilidad de conservar claras al máximo sus facultades mentales. Al prepararlos para ser eficaces más que cultos, la escuela destina al chocheo a los escolares cuando lleguen a viejos.

### *Sin medicina para la vejez*

Abundan los geriatras y los estudios médicos sobre la vejez. Pero es una medicina *sobre* los viejos, no *para* los viejos. Porque en medicina, como en educación, lo que debe hacerse por los viejos ha de hacerse antes de la vejez.

Claro que esto no significa que no haya que atender a los viejos, pero habría que hacerlo como se hace con cualquier otra persona, independientemente de su edad, y no en cuanto a viejos. La medicina moderna, —en gran medida sin proponérselo,— «ha crea-

do un amplio grupo de personas para las cuales es posible la supervivencia, pero es elusiva la satisfacción de vivir», dice un geriatra.[1]

En la vejez se manifiestan las consecuencias de la falta de cuidados en la juventud y edad adulta. Los viejos pagan en su salud la negligencia de la sociedad cuando ellos eran jóvenes (además de su propia negligencia, desde luego). Es por ahí por donde la geriatría debería comenzar, haciendo que la sociedad atendiera a sus componentes jóvenes de tal modo que cuando llegaran a viejos tuvieran los achaques normales de la edad, pero no sufrieran las secuelas de la negligencia anterior.

Desde luego, la vejez no puede impedirse. Pero mediante la conjunción de la medicina, el trabajo social y la educación, puede conseguirse que no signifique la pérdida de la independencia individual, de la libertad de decisión. Hoy a los viejos se les trata como si fuesen irresponsables porque no pueden hacerse la cama y se les mete en casas de reposo o asilos como se metía a los locos en el manicomio.

Esforzarse en prolongar la vida sin hacerla digna de vivirse es prestar un mal servicio. En este sentido, los «magos» del rejuvenecimiento, que prometen no más años, sino más energía, resultan menos perjudiciales para los viejos que los geriatras convencionales, obsesionados por alargar la vida. Esos «magos», entre los cuales no faltan los charlatanes, han sido populares siempre. Ya en la Edad Media, se hablaba de la Fuente de la Juventud y Ponce de León recorrió Florida y el Mississippi buscándola. Edna Wallace Hopper se enriqueció vendiendo en los Estados Unidos una loción de juventud a comienzos del siglo actual. El ruso Dr. Voronof fue famoso entre las dos guerras mundiales, igual que el suizo Paul Niehaus, y luego la rumana Dra. Ana Aslan. Naturalmente, esas «curas» sólo están al alcance de los ricos.

La investigación científica no ha aclarado todavía ni las causas últimas del envejecimiento ni su mecanismo, ni la influencia de los genes en la longevidad y de la psicología en la muerte. La geriatría, pues, se encuentra todavía en un período de tanteos. Se sabe que una de cada cuatro personas de más de 65 años muere por enfermedades del aparato circulatorio, que las mujeres viejas padecen más que los hombres de arteriosclerosis. Siguen los tumores malignos y las enfermedades del aparato respiratorio. Casi han desaparecido como causa de muerte en la vejez las enfermedades infecciosas y parasitarias (por lo menos en los países industriales). De cada

1. Robert N. Butler: *Why Survive?*, Nueva York, 1975, pág. 19.

100 personas de más de 65 años, 60 ven bien (40 de ellas con gafas) y 8 son ciegos funcionales, 20 tienen defecto del oído, 5 no pueden salir de su casa y 2 están habitualmente inmovilizadas en cama.[1]

La geriatría no es de ahora. Fue cultivada, sin darle nombre especial, por los filósofos, y Descartes en su *Discurso del método* fijaba como uno de los fines de la medicina «eximirnos del debilitamiento de la vejez». Leonardo de Vinci se interesó por los ancianos del asilo de Santa Maria Novella, autopsió sus cadáveres cuando morían sin causa aparente y encontró «piedras en las venas» —primera idea de la arteriosclerosis—. En 1813, M.J. Tenon escribió un *Ofrecimiento a los viejos de algunos medios de prolongar la vida*, y en 1842 Charles Lejoncourt publicó una *Galería de centenarios antiguos y modernos*, en que reunió recetas de esos centenarios para alargar la existencia. Un libro clásico sobre el tema es el de P. Flourens, *De la longevidad humana y de la cantidad de vida en el planeta*, y Claude Bernard señalaba que el organismo se «repara mucho más lentamente en la vejez». C.E. Brown-Sequard quiso combatir la vejez inyectando extractos de glándulas de testes, con lo cual inauguró la galería de «magos» modernos y al mismo tiempo la endocrinología. El ruso Elie Metchnikov atribuyó la vejez a un envenenamiento gradual del organismo.

Algunos, como Alexis Comfort, afirman que el objetivo de la geriatría debería ser no el evitar la vejez —cosa imposible—, sino el aplazarla. Si se pudiera llegar a los 60 años en 80 años, se habrían ganado veinte años. Para esto deberían organizarse planes de investigación tan vastos como los que existen para el cáncer. Muchos geriatras insisten en que las medidas médicas deben completarse con otras psicológicas, es decir, con una actitud «juvenil» y con la conciencia de que la vejez tiene sus compensaciones, como han venido diciendo muchos desde hace siglos.[2]

El VI Congreso Internacional de Gerontología (París, 1975) lle-

1. Estos datos se refieren a España. Las proporciones deben variar poco en otros países industriales. («La difícil busca de una ancianidad feliz», en *La Vanguardia Española*, Barcelona, 16 de noviembre de 1975). Los porcentajes no han variado desde que se hizo esa encuesta.

2. Como curiosidad, he aquí los consejos de la revista neoyorkina *Esquire* (abril de 1974): mantenerse enhiesto, ocultar las zonas de envejecimiento físico más visibles, no dejar de trabajar, no emplear cosméticos, aprender a narrar, enojarse en lugar de quejarse, aprender a disfrutar del invierno, sentirse satisfecho de uno mismo. Las estadísticas indican que envejecen mejor quienes vivieron sin molicie, que resisten mejor el invierno aquellos cuyas casas no estuvieron calentadas en exceso.

gó a las siguientes conclusiones: «la política de la vejez no debe confundirse con una política de cuidados ni con una medicina especializada... No debe identificarse tercera edad con jubilación... Los servicios que precise el anciano —información, sanitarios, vivienda—, deben estructurarse a nivel de barrio, para que aquel se encuentre dentro de su entorno social y humano normal... La actual política laboral que afirma y pone en práctica la máxima de que hay que jubilar a un hombre para que otro más joven tenga un puesto de trabajo —y sólo por este hecho—, demuestra una total falta de competencia e imaginación por parte de los responsables del binomio sociedad-trabajo».

*El sexo y la muerte*

Las actitudes de la sociedad industrial respecto a la vejez privan al viejo de otros dos derechos: el de gozar plenamente del sexo y el de decidir respecto a su propia muerte. La privación de una vida sexual activa, más social que biológica, es como la antesala de la muerte. Cuando no se puede dar placer, se está ya medio muerto. Por esto, las actitudes sexuales respecto a la vejez acentúan su carácter de espera de la muerte.

Humphrey Bogart, el famoso actor de cine, decía: «No creo ni en Dios ni en el diablo. Pero creo en la muerte, y es horrible». Los viejos han de creer forzosamente en la muerte, porque forma parte de su experiencia cotidiana. Sus coetáneos van muriendo; saben que se acerca su propia muerte. A veces, ante esta realidad, hay rebelión —la leyenda fáustica, por ejemplo, porque querer conservar la juventud equivale a alejar los signos de la muerte, la decadencia del cuerpo—. La lista de los libros de nuestra época consagrados a la muerte, a la preparación para la misma, —no en el sentido cristiano, sino en el psicológico—, es ya considerable.[1] La muerte es para nuestra cultura lo que el sexo era para la victoriana: el tema

1. He aquí algunos títulos, casi todos de autores norteamericanos, porque ellos han avanzado más en la revisión de las actitudes ante la muerte: *Last Rights*, por Marya Mannes, Nueva York, 1974; *Living your Dying*, por Stanley Keleman, Nueva York, 1975; *The Unexpected Community*, por Arlie Russell Hoschschild, Berkeley, Cal., 1973; *Living and Dying*, por Robert Jay Lifton, Nueva York, 1974. Y, en el aspecto histórico, los de los franceses Philippe Aries: *L'homme davant la mort*, París, 1977, y *Anthropologie de la mort*, de Luis-Vincent Thomas, París, 1976.

impensable e impronunciable y por eso mismo siempre presente.

Existen todavía algunos países en los cuales el suicidio es considerado delito. Allí donde la ley no lo pena, lo hace la religión (la católica niega el «entierro en sagrado» a los suicidas). No todos los suicidas son viejos (como promedio, la mitad de ellos tienen menos de 60 años). Dado que a menudo los ancianos carecen de posibilidades físicas u oportunidades para ejercer el derecho a poner fin a su vida, éste se liga con otro derecho, que está comenzando a discutirse: el de decidir si se quiere o no que se prolongue artificialmente la vida. Esta cuestión plantea problemas a los médicos, en relación con el llamado juramento de Hipócrates. En todo caso, para los viejos —como para cualquier persona— es muy importante poder asegurarse de que si se hartan de vivir, si el miedo a la muerte o los agobios de la edad se les hacen insoportables, dispondrán de medios de poner fin a su vejez —y su vida—, si así lo desean. Hay en esta cuestión —como en las del aborto, los contraconceptivos y hasta el divorcio— la tendencia a que las mayorías rehusen el derecho a las minorías. Pero esta tendencia va debilitándose y cabe prever el día en que la eutanasia será reglamentada. En Suecia, una encuesta indica que el 66 por ciento de los viejos y el 33 por ciento de las viejas desean morir repentina e inesperadamente, y un 20 por ciento desean que, de sufrir una enfermedad incurable y dolorosa, se les dé muerte por medio de drogas. Esto plantea la cuestión de si la medicina ha de tomar en cuenta los deseos de los enfermos o sólo la conciencia del médico.

### *La pérdida del tiempo*

Si el viejo empieza a reivindicar el derecho a poner términos a su vida es decir, a abolir el tiempo, es lógico que busque también el medio de que la inactividad no se encargue por sí misma de abolirle el tiempo. Hablando de la jubilación, la esposa de un pensionado alababa «la satisfacción de poder terminar una conversación o discusión durante el desayuno», el que muchos hombres parezcan más jóvenes después de retirarse, pues adoptan estilos más fantasiosos de vestir y peinarse.[1] Pero esto no obvia que todas las mañanas, la mayoría de los jubilados hayan de preguntarse: ¿Qué voy a hacer hoy?

1. Carta a *The New York Times Magazine*, Nueva York, 8 de diciembre de 1974.

Este problema del ocio, no de «matar el tiempo», pues esto equivale a perderlo, sino de aprovecharlo, de vivirlo, sólo se soluciona parcialmente en los países subdesarrollados, poco mecanizados, donde siempre hay algo que hacer en la casa o en el campo.

Algunos organismos internacionales han realizado estudios sobre esta cuestión. Pero la práctica suele estar a cargo de gobiernos u organismos gubernamentales, cuando no de organizaciones privadas, a menudo religiosas. Una doctora norteamericana señala, por ejemplo, las aldeas de jubilados, los parques de casas móviles, los hoteles para viejos, los asilos privados y públicos, los centros geriátricos. Esta simple lista indica que se trata de atenciones materiales, pocas veces relacionadas con el ocio; que suele «llenarse» mediante conferencias, juegos, reuniones, espectáculos y fiestas «entre viejos», es decir, con aislamiento.[1] Cabe señalar también la reciente costumbre en Baviera y Suiza de construir casitas para los abuelos al lado de las casas de los campesinos, para que se retiren a ellas cuando ya no puedan trabajar. En Suecia se ha propuesto dar flexibilidad al retiro, permitir que los jubilados trabajen por su cuenta y pasar de la jornada completa a media jornada en los años anteriores a la jubilación, para habituarse a ir abandonando gradualmente el trabajo y llenando el ocio.[2]

Sin embargo lo único relativamente eficaz, hasta ahora, ha sido lo llevado a cabo por los propios viejos, ya por iniciativa individual, ya de organizaciones creadas con tal fin por ellos mismos. Un grupo de jubilados de Redding, California, estimaron que el costo del sistema de aguas de su comunidad era excesivo, trazaron su propio plan y el municipio les encargó, por un precio menor del de la libre empresa, la construcción del sistema. En otras ciudades, los jubilados, aportando sus ahorros, han perforado pozos, instalado tuberías, etc., creando de este modo una fuente de recursos para los pensionados. Otras actividades son menos materiales. Un escritor neoyorkino, Mark Kaminski, estableció la Asociación Judía de Viejos, que en lugar de ofrecer a sus miembros juegos, les daba poesía, conciertos, teatro, no sólo como oyentes, sino como creadores. En algunas localidades cuyos habitantes trabajan todos para una misma empresa, se han creado aldeas de viejos alrededor de un club de jubilados, para que éstos no se alejen del lugar donde

1. Olga Knopf: *Successful Aging. The Facts and Fallacies of Growing Old*. Nueva York, 1975, passim.

2. «Sweden Proposes Eased Retirament» en *The New York Times*, Nueva York, 26 de octubre de 1975.

pasaron toda la vida y donde residen sus familiares, que suelen trabajar en la misma empresa. Esta les proporciona trabajos marginales y se ocupan también en el cuidado de los niños, los jóvenes y hasta los adultos de la comunidad, además de cultivar un huerto común. El ayuntamiento de Nueva York ha organizado centros donde los jubilados aprenden oficios artesanales y luego van por los barrios a enseñarlos a jóvenes y sobre todo a personas que se acercan a la jubilación. Esto, además de fomentar los *hobbies* para el ocio, ayuda a paliar la falta de artesanos. En Connectiuct hay un club de viejos, organizado por ellos mismos, que manda jubilados con carrera o conocimientos especiales a las escuelas, para ayudar a los maestros a encargarse de alumnos retrasados o de alumnos muy dotados. Muchos viejos han encontrado ocupación útil en las guarderías infantiles, que proliferan por presión de los movimientos feministas.

Muchas universidades, en los países industriales, tienen cursos de tarde o noche, o matrículas especiales para personas mayores que quieren empezar o reanudar estudios. Es en general un estudio desinteresado, puesto que el diploma o título, a su edad, ya no les será útil. En Francia se ha creado una universidad para viejos, en Toulouse, que no ofrece títulos y cuyos profesores son catedráticos jubilados. En el mismo país se han formado grupos de *grand-méres au pair*, ancianas que van a vivir en familias para atender a los hijos menores a cambio de alojamiento y comida. Claro que esto es, en el fondo, un nuevo modo de explotación de los viejos por los adultos, en una sociedad en que es difícil encontrar servicio doméstico.

Los sindicatos de algunos países emprendieron campañas para conservar unidos a ellos a los jubilados, dándoles funciones de asesoramiento y enseñanza y dejándoles ayudar en la propaganda, las oficinas y, sobre todo hacerse eco de los problemas de los huelguistas entre la población afectada por las huelgas. Se insiste en que sean los propios viejos los que, en el seno de cada sección sindical, se organicen y dirijan.[1]

Otras veces se organizan, por la asistencia o por los propios viejos, servicios de «abuelos voluntarios» para salir a jugar, pasear, etc., con niños que carezcan de abuelos naturales, y de maestros voluntarios en clubs de barrio, centros de religiosos, ateneos obreros. Otra cosa que en algunos lugares hacen los viejos es preparar

1. Heribert Kohl: «Leisvre and the Old» en *Free Labor World*, Bruselas, septiembre de 1974.

a quienes se acercan a la edad de retiro para enfrentarse a su nueva situación. Diversas encuestas indican que al llegar a los 55 años de edad muy pocos obreros piensan que al cabo de diez años se jubilarán. La jubilación los pilla, así, desprevenidos lo mismo en el plano económico que en el psicológico.

Parece natural que sea en esta dirección, en la actividad social del viejo, que haya que buscar la solución del problema del ocio. Lo que hace de una persona de edad un viejo es sentir que el futuro suyo, individual, se halla ya en el pasado. Para el viejo, pues, el problema consiste en cómo mantenerse interesado por el futuro, influir en él, sentirse parte de la sociedad que mira al futuro. Esto sólo puede lograrse cumpliendo alguna función.

### *La organización para el futuro*

La sociedad (cualquiera que sea la etiqueta que se le ponga) siempre va contra los débiles. Los viejos figuran entre los débiles. En las sociedades con sistemas políticos democráticos, esta debilidad puede convertirse en fuerza si los viejos se organizan y se liberan de su tradicional tendencia a votar por candidatos conservadores o moderados y votan por aquellos que se comprometan a apoyar medidas que les sean favorables.

Aunque a los viejos de hoy les quedan más años de vida que a los del pasado, no son tantos que puedan sentir mucho interés (a menos que lo conserven de su edad adulta) por los cambios de la sociedad, la revolución, etc. Estos cambios han de ser cosa de jóvenes y de hombres maduros. Los viejos sin embargo, sufrirán las consecuencias o recibirán parte de los beneficios de tales cambios. Por tanto, les conviene presionar con el fin de que en ellos se tengan en cuenta los intereses específicos de la vejez. Este es el objetivo de la mayoría de las pocas organizaciones de viejos existentes, aparte, claro está, de la busca de mejoras inmediatas.[1]

En los años recientes han proliferado las organizaciones de viejos, aunque pocas han llegado a adquirir fuerza real. Probablemente la primera fue el Sindicat de Vells de Catalunya, creado en 1936,

1. Pauline K. Ragan y James J. Dowd: «The Emerging Political Consciousness of the Aged. A Generational Interpretation», en *Journal of Political Issues*, Nueva York, vol. 30, nº 3, 1974; Norma H. Nie, Sidney Verba y Jae-on Kim: «Political Participation and the Life Cycle», en *Comparative Politics*, Nueva York, abril de 1974.

en los comienzos de la guerra civil española, por obreros jubilados anarcosindicalistas que decidieron formar un sindicato para hacer frente a los problemas que la guerra iba a plantear a los viejos. Naturalmente, desapareció cuando Franco ganó la contienda.

En nuestros tiempos, la iniciativa ha correspondido a los Estados Unidos (aunque en Europa había algunas organizaciones de viejos, pero no de lucha, sino sólo asistenciales). La más importante organización norteamericana es la de los *Gray Panthers* (Panteras Grises, parodia del título de una organización de jóvenes negros). La fundó Margaret Kuhn en 1971, se opone a la jubilación obligatoria y quiere reformas en el sistema de pensiones; preconiza la coalición de jóvenes y viejos y el empleo de métodos militantes. Una organización menos radical es la *International Senior Citizens Association*. Fines más directamente materiales persigue la *Association pour la Défense des Personnes Agées*, de Francia, que reclama reformas en las leyes laborales que den a los viejos posibilidad de ser útiles. En la Gran Bretaña funciona la *Pre-Retirement Association*, para preparar a los futuros jubilados, la *Age Concern* y una federación nacional de *Old Age Pensions Associations*. En Suiza hay un *Centre de Renseignements et d'Information des Problémes de la Viellesse*, con sede en Lausana. En Alemania, en 1889, se creó el movimiento de los «grises» (por influencia de los «verdes» ecologistas). En el plano internacional funciona en París un *Centre International de Gerontologie Sociale*, que propone planes de acción. En Yugoslavia, los viejos están organizados en Comités de Administración de retirados e inválidos, representados en el Parlamento de la Seguridad Social. Finalmente, en Chantilly-sur-Clarens (Suiza), tiene su sede la *Eurag* (Federación Europea para el Bienestar de las Personas Ancianas) que coordina la acción de diversas asociaciones nacionales. Probablemente la existencia de todas estas organizaciones y de otras que no se citan ha determinado que las Naciones Unidas hicieran algunos gestos, como todos los suyos simplemente simbólicos. La Asamblea de la ONU ha recomendado que los gobiernos establezcan planes de ayuda a los viejos que «maximicen [sic] su independencia económica y su integración social con otros segmentos de la población», lo cual indica que los problemas de la vejez se han filtrado hasta las bien aisladas cámaras de la ONU.[1]

1. Resoluciones 2842-XXVI y 3137-XXVIII.

*Por una vejez juvenil*

El viejo ya no tiene alternativas, pues su vida queda atrás y su vejez es el resultado de esta vida, mientras que el joven tiene muchas alternativas, aunque en nuestra sociedad parece que sólo a algunos de los privilegiados se les tolera la alternativa de prepararse para lo que bien podría llamarse una «vejez juvenil».

André Malraux dice algo en *La Condition Humaine* que es aplicable a los viejos de hoy más que a los de cualquier época anterior: «No se necesitan nueve meses, sino sesenta años para hacer un hombre. Sesenta años de sacrificios, de voluntad, de tantas cosas más... Y cuando ese hombre está hecho, cuando no hay en él ya nada de infancia ni de adolescencia, cuando verdaderamente es un hombre, ya no sirve mas que para morir».

Antes, esto era así porque lo determinaba la naturaleza. Hoy, con las técnicas de que se dispone, ya no es inevitablemente así. Hoy es la sociedad la que impone este despilfarro de los sesenta años que se necesitan para hacer una persona. Es la sociedad más que la biología la que hace viejos a los viejos. Es la indiferencia juvenil, el egoísmo miope de los no viejos, la imprevisión pasada de los propios viejos que no supieron hacer de la educación para la producción una educación para la vida. El problema estriba en dar esta educación a todos, en garantizar a los viejos las condiciones materiales y culturales de una «vejez juvenil», pese al decrecimiento proporcional del número de jóvenes y a los prejuicios surgidos de las distintas liberaciones individuales recientes. Porque estas liberaciones se anulan, se multiplican por cero, si los liberados, al llegar a viejos, no tienen otra alternativa que ser viejos y esperar la muerte.

Será una larga, costosa, penosa solución de un problema nuevo, duro, deprimente. Exigirá cambios en la mentalidad y en las actitudes, establecimiento de prioridades distintas de las aceptadas hasta ahora y, a la larga, la transformación de las estructuras sociales.

La primera de las liberaciones, la más difícil y la más indispensable, es la del presente. Liberarse del yugo del presente para pensar en el futuro (que será el presente de los jóvenes de hoy cuando sean viejos) constituye la condición de toda libertad real. Los viejos son la prueba, hoy, de que esta libertad nunca la hemos conseguido. Y son la piedra de toque de cuanto se haga para lograrla.

## *BIBLIOGRAFÍA*

Se anotan solamente los títulos consultados, aunque no se hayan citado en el texto.


AGATE, JOHN N.: *The Care of the Old*, Londres, 1969.

AGNELLO, THOMAS J.: «Aging and the Sense of Political Powerlessness» en *Public Opinion Quarterly*, Nueva York, 1975.

ALLYN, MILDRED V.: *About Aging: A Catalog of Films*, Lexington, Ma. 1979.

ALTARRIBA I MERCADER, F. X.: *La Tercera Edad,* Barcelona, 1989.

ANDRUS, ETHEL PERCY: *Community Services and the Black Elderly*, Los Ángeles, 1972.

ARIÉS, PHILIPPE: *L'homme devant la mort*. París, 1977.

— —: *Essai sur l'histoire de le mort en Occident*. París, 1975.

— —: *L'heure de nôtre mort*. París, 1982.

BADER, IVA M.: *Social Science Aspects of Clothing, With Implications for Older Women*, Iowa City, 1962.

BALKEMA, JOHN B.: *The Aged in Minority Groups*, Washington, D.C., 1973.

BARN, PAT: *The Elderly. A Handbook on Care and Services*. Londres, 1968.

BEAUVOIR, SIMONE DE: *La Viellesse*, París, 1970.

BELLAK, LEOPOLD: *The Best Years of Your Life*, Nueva York, 1975.

BENSTON, BERN L.: *The Social Psychology of Aging*. Indianapolis, Ind. 1973.

BEYER, GLENN H.: *Economic Aspects of Housing for the Aged,* Ithaca, N.Y., 1961.

— —: *Housing the Aged in Western Countries*. Ithaca, N.Y., 1967.
— —: *Living and Activity Patterns of the Aged*, Ithaca, N.Y., 1963.
BLAU, ZENA SMITH: *Old Age in a Changing Society*. Nueva York, 1973.
BOTWINICK, JACK: *Aging and Behavior*, Nueva York, 1973.
BOIS, JEAN-PIERRE: *Les vieux de montaigne aux premières retraites*, París, 1989.
BOYD, ROSEMONDE R.: *Foundations of Practical Gerontology*, Columbus, Ohio, 1969.
BRACEY, H.: *In Retirement Pensioners in Great Britain and the United States*. Baton Rouge, La, 1966
BURGUES, ERNEST WATSON: *Aging in Western Societies*, Chicago, 1960.
BUSSE, EDWALD B.: *Behavior and Adaptation in Late Life*, Boston, 1969.
BUTTON, JOSEPH H.: *Personality Changes in Aging*, Nueva York, 1972.
CARP, FRANCES: *Retirement*, Nueva York, 1972.
CASALS, J.: *Sociología de la ancianidad*, Madrid, 1982.
CHOWN, SHEILA M.: *Human Aging*, Baltimore, Md., 1972.
CLARCK, MARGARET: *Culture and Aging*, Springfield, Ill., 1967.
CLOGUE, EWIN ET AL: *The Aging Worker and the Union*, Nueva York, 1971.
COLES, ROBERT: *The Old Ones*, Albuquerque, N.M., 1974.
CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE CAJAS DE AHORROS: *La situación del anciano en España*, Madrid, 1975.
CONGRÉS INTERNATIONAL DE LA POPULATION: *Démographie historique*, París, 1938.
CORSON, JOHN JAY: *Economic Needs of Older People*, Nueva York, 1956.
COWGILL, DONALD O., Y HOLMES, LOWELL D. HOLMES (EDS.): *Aging and Modernization*, Nueva York, 1972.
CULL, JOHN G.: *The Neglected Older American*. Springfield, Ill., 1973.
CUMMING, ELAINES: *Growing Old: The Process of Disengagement*, Nueva York, 1961.
CURTIN, S.R.: *Nobody Ever Died of Old Age*, Nueva York, 1973.
DAVIS, RICHARD H.: *The Media Image of America's Elderly*, Lexington, Ma., 1974.
— —: *Aging. Prospects and Issues*. Lexington, Ma., 1981.
— —: *Dealing With Death*, Lexington, Ma., 1973.

— —: *Stress and the Organization*. Lexington, Ma., 1979.
— —: *Television and the Aging Audience*, Lexington, Ma., 1980.
DONAHUE, WILLIAM Y TIBBITTS, CLARK: *Politics of Age*, Ann Arbor, Mich, 1962.
DOUGLAS, ELLEN: *Apostles of Light*, Nueva York, 1973.
DUPAQUIER, J. Y M.: *Histoire de la démographie*, París, 1985.
EISENSTADT, S.N.: *From Generation to Generation: Age Groups and Social Structure*, Nueva York, 1964.
EPSTEIN, ABRAHAM: *Facing Old Age*, Nueva York, 1922.
«La Famille Contemporaine» en *Sociologie Comparée*, París, 1955.
FELSTEIN, IVAN: *Sex and Longer Life*, Londres, 1970.
FEINGOLD, EUGENE: *Medicare: Policy and Politics*, San Francisco, 1966.
FIELD MINNA: *Aging With Honor and Dignity*, Springfield, Ill, 1968.
— —: *The Aged, the Family and the Community*, Nueva York, 1972.
FISHER, PAUL: «Pensiones mínimas de vejez» en *Revista Internacional del Trabajo*, Ginebra, julio de 1970.
FLACK HARLEY: *Some Variables Influencing Geriatric Socio-Recreational Participation*, Kent, Ohio, 1968.
FREEMAN, HOVARD E. ET AL: *Handbook of Medical Sociology*, Nueva York, 1972.
FRITZ, DAN: *The Changing Retirement Scene*, Lexington, Ma., 1978.
FRUSH, JAMES: *The Retirement Residence*. Springfield, Ill., 1968.
GALTO, LAURENCE: *Dont Give Up an Aging Parent*, Nueva York, 1975.
GALLAGHER, DOLORES ET AL: *Depression in the Elderly*, Lexington, Ma., 1981.
GARBACZ, CHRISTOPHER: *Economic Resources for the Elderly*, Boulder, Col. 1983.
GEORGE, J.R.: *High School Seniors and the Aged*, Kent, Ohio, 1969.
GOLANT, STEPHEN: *The Residential Location and Spacial Behavior of the Elderly. A Canadian Example*, Chicago, 1972.
GOLDBERG, ELSA MATILDA: *Helping the Aged*, Londres, 1970.
GORDON, MARGARET: *Aging and Income Security*, Berkeley, Cal., 1960.
GOULD, ELAINE: *Crafts for the Elderly*, Springfield, Ill., 1970.
HARRINGTON, MICHAEL: *The Other America: Poverty in the United States*, Nueva York, 1962.
HAVIGHURST, R.J.: *Adjustment to Retirement*, Aspen, Col., 1969.
— —: *Older People*, Nueva York, 1953.
HAZELL, KENNETH: *Elderly Patiens*, Springfield, Ill., 1962.

— —: *Social and Medical Problems of the Elderly*. Springfield, Ill., 1966.

HESS, CLINTON W. ET AL: *The Silver Lobby*. Lexington, Ma., 1978.

HOCHSCHILD, A.R.: *The Unexpected Community*, Nueva York, 1973.

HOFFMAN, ADELINE MILDRED: *The Daily Needs and Interests of Old People*, Springfield, Ill., 1970.

IMHOF, A.E.: *Le viellissement. Implications et consequences de l'allongement de la vie depuis le XVIIIé siécle*, Lyon, 1982.

IRWIN, THEODORE D.: *Better Health in Later Years*, Nueva York, 1970.

JONES, R. Y MCEVEDY, C.: *Atlas of World Population History*, Londres, 1985.

KALISCH, RICHARD A.: *La vejez. Prespectivas sobre el desarrollo humano*, Madrid, 1983.

KAYNE, RONALD C.: *Drugs and the Elderly*, Lexington, Ma., 1978.

KENT, DONALD P.: *Research Planning and Action for the Elderly*, Nueva York, 1972.

KERSCHNER, PAUL A.: *Advocacy and Age*, Lexington, Ma., 1976.

KNOPF, OLGA: *Successful Aging. The Facts and Fallacies of Growing Old*, Nueva York, 1975.

KOLLES, MARVIN R.: *Social Gerontology*, Nueva York, 1968.

KREPS, JUANITA MORRIS: *Employment, Income and Retirement Problems of the Aged*, Durham, N.C., 1963.

LANO, PENA E.: *La ancianidad*, Barcelona, 1968.

LEVINSOHN, FLORENCE: *A Doctor Talks to Older Patients*, Chicago, 1965.

LIVI-BACCI, MASSIMO: *Ensayo sobre la historia demográfica europea*, Barcelona, 1987.

LOETHERM, HERMAN J.: *Problems of Aging: Sociological and Social Psychological Perspectives*, Belmont, Cal., 1967.

LLIMOREA, JORDI: *Per una mort més humana*, Barcelona, 1991.

MCCLELLAN, ROBERT W.: *Claiming a Frontier. Ministry and Older People*, Lexington, Ma., 1977.

MCCONELL, STEPHEN R.: *Intergenerational Housing Sharing*, Lexington, Ma., 1980.

MCDONALD, PHYLLIS: *The Golden Age Cookbook*, Garden City, N.Y., 1961.

MARKSON, ELISABETH W.: *Older Women*, Lexington, Ma., 1983.

MCKINNEY, JOHN C. (ED): *Aging and Social Policy*, Nueva York, 1966.

MERRILL, TONI: *Activities for the Aged and Inform*, Springfield, Ill., 1967.
— —: *Party Packets for Hospitals and Homes*, Springfield, Ill., 1970.
— —: *Social Clubs for the Aging*, Springfield, Ill., 1973.
MINOIS, G.: *Histoire de la viellesse en Occident*, París, 1987.
MOSS, BERTRAM B.: *Caring for the Aged*, Garden City, N.Y., 1966.
MURPHY, PATRICIA: *Healing With Time and Love*, Lexington, Ma., 1979.
MUSSON, NOVERRE: *Buildings for the Elderly*, Londres, 1968.
O'BRIEN, BEATRICE: *Aging. Today's Research and You*, Lexington, Ma., 1978.
O.N.U.: *The Aging: Trends and Politics*, Nueva York, 1975.
O.T.A.N.: *Decision-Making and Age*, Nueva York, 1969.
PAILLAT, PAUL Y WIBAUX, CLAUDINE: *Les citoyens agés*, París, 1969.
PAILLAT, PAUL: *Sociologie de la viellesse*, París, 1963.
PINNER, FRANCK: *Old Age and Political Behavior*, Berkeley, Cal., 1959.
RABONIWOTZ, DOROTHY: *Home Life: A Story of Old Age*, Nueva York, 1971.
RAGAN, PAULINE K.: *Work and Retirement*, Lexington, Ma., 1979.
REGNIER, VICTOR: *Planning for the Elderly*, Lexington, Ma., 1979.
RILEY, MATHILDE WHITE: *Aging and Society*, Nueva York, 1968.
ROBERTS, NOSTA: *Our Future Selves*, Londres, 1970.
ROQUE, MARIA ÀNGELS, ED.: *Movimientos humanos en el Mediterráneo Occidental*, Barcelona, 1889.
ROSE, ARNOLD MARSHALL: *Older People and their Social Work*, Filadelfia, 1965.
ROSE, CHARLES L.: *Research Methods in Gerontology*, Lexington, Ma., 1984.
ROSENBERG, GEORGE S.: *The Worker Grows Old*, San Francisco, 1970.
ROSOW, IRVING: *Social Integration of the Aged*, Nueva York, 1967.
ROTHENBERG, ROBERT E.: *Health in the Later Years*, Nueva York, 1964.
RUBIN, ISADORE: *Sexual Life After Sixty*, Nueva York, 1965.
— —:*Sexual Life in the Later Years*, Nueva York, 1970.
RUDD, THOMAS NEWTON: *Human Relations in Old Age*, Londres, 1967.
RUTHERFORD, ROBERT B.: *Homes for the Aged. The European Approach*, Peoria, Ill., 1963.
SARTON, MAY: *As We Are Now*, Nueva York, 1973.

SCHWARTZ, JEROME L.: *Medical Plans and Health Care*, Springfield, Ill., 1968.

SCOTT, FRANCES G.: *Perspectives in Aging*, Corvallis, Ore, 1971.

SEAMMELS, BRIAN: *The Administration of Health and Welfare Services*, Manchester, 1971.

SEIDL, FREDERICK W.: *Delivering In-Home Services to the Aged and Disabled*, Lexington, Ma., 1983.

SEGUIN, MARY M.: *Releasing the Potential of the Older Volunteer*, Lexington, Ma., 1976.

SEYMOUR, EUGENE: *Psychosocial Needs of the Aged*, Lexington, Ma., 1978.

SHANAS, ETHYL: *Old People in Three Industrial Societies*, Nueva York, 1968.

— —: *Social Structure and the Family: Generational Relations*, Englewood Cliffs, N.Y., 1965.

SIMMONS, LEO W.: *The Role of the Aged in Primitive Society*, Nueva York, 1945.

SIMPSON, IDA HARPER: *Social Aspects of Aging*, Durham, N.C., 1966.

SMITH, BURT: *Aging in America*, Boston, 1973.

SOLNIK, ROBERT L.: *Sexuality and Aging*, Lexington, Ma., 1978.

STEARNS, P. N.: *Old Age in Preindustrial Society*, Nueva York, 1982.

STERAND, PETER N. (ED): *Old Age in Preindustrial Society*, Nueva York, 1983.

STERN, EDITH: *A Full Life After 65*, Nueva York, 1967.

STUART, BRUCE: *Health Care and Income*, East Lansing, Mich., 1971.

SUDNOW, DAVID: *Passing on. The Social Organization of Dying*, Nueva York, 1967.

SULLIVAN, HUGH: *A Study of Housing Environments for the Elderly*, Londres, 1969.

SUMMER, GRETA: *Planning Local Authority Services for the Elderly*, Londres, 1969.

TARTLER, RUDOLPH: *Das Alter der Modernen Gesellschaft*, Stuttgart, 1961.

*Technical Bibliographies on Aging* (serie de bibliografías, publicadas por el Andrus Gerontology Center) constantemente puestas al día. Lexington, Ma., 1975 y sig.

THOMAS, LOUIS-VINCENT: *Anthropologie de la mort*, París, 1976.

TIBBITS, CLARK: *Handbook of Social Gerontology*, Chicago, 1960.

TUNTALL, JEREMY: *Old and Alone: A Sociological Study of Old People*, Londres, 1966.

TWENTE, ESTHER: *Never too Old*, San Francisco, Cal., 1970.

VEDDER, CLYDE BENNETT: *Problems of the Aged*, Springfield, Ill., 1965.

*La Vie et le Temps. Les générations dans le monde actual*, Neuchâtel, 1962.

«Viellesse et viellissement», en *Esprit*, París, mayo de 1963.

WEG, RUTH B.: *Nutrition and the Later Years*, Lexington, Ma., 1978.

WICKETT, ANN Y HUMPHRY, DEREK: *The Right to Die*, Nueva York, 1986.

WILLCOX, WALTER F.: «The Length of Life in the Early Roman Empire», en *Démographie historique*, París, 1938.

WOLTERECK, HEINZ: *La vejez, segunda vida del hombre*, México, D.F., 1962.

YOUMANS, E. GRANT: *Older Rural Americans*, Lexington, Ky., 1967.

ZELENKA, A.: *Les systémes de pension dans les pays industrialisés*, Ginebra, 1974.

ZINBERG, N.E. ET AL: *Psicología normal de la vejez*, Barcelona, 1987.

# ÍNDICE ALFABÉTICO


## A

Abdullá, 102
Adenauer, Konrad, 102
África, 108, 114, 115, 116, 118
Alamut, 115
*Alceste*, 43
Alejandría, 38
Alejandro VI, 54
Alemania, 13, 17, 61, 79, 83, 86, 101, 102, 136, 149, 161, 190
América, 61
América Latina, 101, 144, 150, 158
Amiano, Marcelino, 49
Amiel, Federico, 29
Amis, Kingsley, 175
Amsterdam, 67
Anacreonte, 43
Andropov, Yuri, 160
*Apocalipsis,* 57
Apsu, (Deidad), 38, 39
Arabia, 102, 114
Argentina, 88, 136, 159
Aristófanes, 43
Aristóteles, 42
Artús, rey, 57
Asia, 114, 128, 139, 141
Aslan, Dra., Ana, 183
Atenas, 41
Atica, 41
Attlee, Clement, 102
Augusto, emperador, 13
*Aumone Générale*, 66
Austin, Jane, 73, 74
Austria, 82, 101, 157
Auxonne, 65

## B

Ba, Hampete, 116
Bali, 120
Balzac, Honoré de, 74, 84
Bantú (tribu), 118
Barcelona, 66, 158
Baruch, Bernard, 29
Baviera, 187
Beaumarchais, P.-A. Caron de, 69
Beauvoir, Simone de, 25, 175
Beecher-Stowe, Harriet, 84
Bélgica, 82, 89
Benedicto IX, 52
Berlín Este, 142
Bernard, Claude, 184
Bernstein, Eduard, 88, 98
Beveridge, plan, 157
*Biblia,* 40
Bierce, Ambrose, 29
Birmania, 110
Bismarck, O.L., 79, 83, 101
Bizancio, 45
Bjørnson, B.M., 157

Blum, León, 100
Bocaccio, 58
Boecio, 57, 176
Bogart, Humphrey, 185
Bolivia, 36
Borja, Rodrigo, v. Alejandro VI
Brantôme, Pierre de, 68
Brejnev, Leonid I, 102, 140, 160, 161
Bretonne, Restif de la, 69
Breughel, Jan, 69
Brown-Sequard, C. E., 184
Bruyére, Jean de la, 29
Buda, 119
Bühler, Johannes, 55
Bulgaria, 88, 141
Bush, G., 150, 154, 161

## C

Cádiz, 66
California, 153, 187
Camboya, 110
Campanella, T., 70
Camus, Albert, 166
Canadá, 110
Carlomagno, emperador, 52, 57
Carlos V, rey, 50, 61
Castigliane, Baldasare de, 61
Castilla, 61
Catón, 44, 57
Cáucaso, 139
Cicerón, 29, 44, 57
Cid Campeador, v. Díaz de Vivar, Rodrigo
Clemenceau, Georges, 26, 100
Comfort, Alexis, 184
Confucio, 123
Connecticut, 188
Constantino I el Grande, 47
Constantinopla, 45
Contrarreforma, 61, 62, 66
Cornaro, Alviso, 60
Corneille, P., 69
Cortés, Hernán, 33
Coty, René, 101
Crespo, Pedro, 61
Crispi, Francesco, 101
Cristo, 46, 47, 53, 57, 85
Cromwell, Olivier, 71
Cronos (Deidad), 39, 40
Cuba, 25
Curtis, Sharon, 175

## CH

Chamberlain, Neville, 101
Chantilly-sur-Clarens, 190
Chaucer, G., 58
Checoslovaquia, 101, 137, 141, 142, 161
Chernenko, Konstantin U., 160
Chiang Kai Chek, 102
China, 36, 88, 121, 125, 134, 161
Chindasvinto, rey, 52
Chu-Enlai, 125
Churchill, Winston, 26, 81, 102
Chydhyr (Mit.), 114

## D

Dacia, 45
Daniel, profeta, 40
Dante Alighieri, 57
Defoe, Daniel, 67
Deng Xiaoping, 161
Descartes, René, 184
*De Senectute*, 44
Díaz, Porfirio, 101
Díaz de Vivar, Rodrigo, 57
Dickens, Ch., 73, 84
Diderot, Denis, 69
Disraeli, Benjamín, 101
Douglas, Ellen, 175
Doumer, Paul, 101
Dreyfus, Alfred, 130
Duarte, Eva, 136
Dubchek, Alexander, 137

## E

*Eclesiastés,* 129
Egeo, mar, 41
Egipto, 38, 121
Eisenhower, Dwight D., 25, 102
Emerson, Waldo, 29, 84
*Enciclopedia,* 67
Engels, F., 77, 89
Enrique VIII, rey, 66
Epigeios (Mit.), 39
Erasmo, 68
Erikson, Erik, 182
Escandinavia, 157, 159
España, 66, 67, 88, 97, 101, 109, 158, 159
Esparta, 41
Estados Unidos, 13, 14, 17, 23, 58, 83, 86, 89, 93, 101, 110, 129, 149, 150, 151, 155, 156, 158, 161, 170, 176, 177, 178, 183, 190
Etiopía, 118
Eúfrates, río, 37
Eurípides, 43
Europa, 14, 17, 23, 50, 53, 62, 66, 67, 82, 104, 107, 121, 134, 141, 143, 151, 153, 156, 157, 158, 176, 190
Europa medieval, 114
*Eusébec Lombard*, 84

## F

Falliéres, A., 101
Felipe II, rey, 61, 100
Fidji, islas, 100
Fielding, Henry 67
Flaubert, Gustave, 84
Fleischer, Richard, 175
Florida, 69, 153, 183
Flourens, P., 184
Francia, 50, 52, 58, 64, 69, 79, 80, 84, 86, 88, 89, 101, 102, 130, 135, 149, 158, 177, 188, 190
Franco, Francisco, 133, 135, 159, 190
Franklin, Benjamín, 29
Frente Popular, 100
Fukusawa, Yukichi, 127

## G

Gales, 51
Galia, 45
Galilei, Galileo, 26
Galileo, v. Galilei
Gandhi, Mohandas K., 26
Ganges, río, 37
Gasperi, Alcide de, 102
Gaulle, Charles de, 99, 101
Georgia, 139
Gide, André, 26
Giolitti, Giovanni, 101
Gladstone, W. E., 101
Goethe, J. W. von, 30
Goldoni, Carlo, 69
Gómez, Juan Vicente, 101
Góngora, Luis de, 69
Gorbachov, Mijail, 104, 141, 160
Goya, 85
Grant, Ulysses, 101
Grecia, 45, 109, 159
Gregorio I Magno, 52, 54
Gregorio V, 52
Gregorio de Tours, 50
Gresques, Jefuda, 54
Grévy, Jules, 101
Grimm, Jacob, 84
Guatemala, 110

## H

Hamsum, Knut, 157
Hardy, Thomas, 175
Héctor (Mit.), 41
Hereros (tribu), 116
Herodoto, 39
Hispania, 45
Hitler, Adolf, 100, 101, 102, 133, 135
Hoffer, Eric, 177

Holanda, 13, 82, 89
Homero, 42
Horacio, 43
Hovas (tribu), 116
Hugo, Víctor, 25, 84
Hungría, 82, 101, 137, 141, 142, 161
Hungwe (tribu), 118

## I

Ibn Saud, Abd ul-Aziz, 102
Ibsen, Henrik, 157
Imperio romano, 31, 48, 60
India, 13, 26, 101, 108, 110, 115
Indo, río, 37
Indonesia, 115
Inglaterra, 13, 58, 64, 66, 67, 73, 77, 79, 86, 101, 102, 149, 150, 157, 159, 175, 177, 190
Irlanda, 51, 157
Isabel I, reina, 66
Islam, 114
Israel, 40, 121, 129, 130, 131
Itaca, 41
Italia, 69, 82, 86, 101, 109

## J

Jacob, 40
Japón, 86, 121, 127, 128, 153
Jenofonte, 43
Jinnah, Mohammed Ali, 102
Joel, profeta, 29
Jomeini, R., 161
Juan XII, 52
Justiniano, emperador, 46
Juvenal, Décimo Junio, 45

## K

Kadar, János, 137, 161
Kaminski, Mark, 187
Kautsty, Karl, 88
Kennedy, John F., 25, 149, 154
Kenya, 117
Kenyatta, Jomo, 117
KGB, 160
Kikuy (tribu), 117
Kongo (tribu), 116
Kropotkin, P.A., 88
Kruschev, Nikita S., 25
Kuhn, Margaret, 190
Kuo-Mintang, 125

## L

Labreuille, L.C., 84
Laertes (Mit.), 41
Lafargue, Pablo, 20
Lamennais, Robert de, 80, 84
Lamy, Benoit, 175
Lao-tse, 123
Largo Caballero, Francisco, 100
Lausana, 190
Le Nain, Antoine, 69
Le Chapelier, ley, 72
Lejoncourt, Charles, 184
Lenclos, Ninon de, 170
Lenin, 102, 134, 160
Leningrado, 160
León, Ponce de, 69, 183
Lille, Alain de, 57
*Lisístrata*, 43
Lloyd Georges, David, 81, 100
Londres, 75, 76
Lope de Vega, Félix, 30
Luciano de Samosata, 43
Luis XIV, rey, 69, 100
Luis Felipe de Francia, 89, 103
Lutero, Martín, 73
Lyon, 50, 66, 75

## M

Machonas (tribu), 118
MacMahon, E.P.M. conde de, 101
Magreb, 115
Maiakowski, Vladimir, 136

Maimenton, Madame de, 69
Malasia, 115
Malraux, André, 29, 191
Manchester, 77
Mao Dzedong, 102, 124, 125, 126, 161
Maquiavelo, 67, 68
Marcuse, Herbert, 25, 102
Marduk (Deidad), 39
Marx, Karl, 77, 88, 89
Marx, Laura, 20
Masai (tribu), 117
Masaryck, Tomás G., 101
Matusalén, 12, 40
Maupassant, Guy de, 84
Mauriac, François, 29
Maynard, François, 69
Medina del Campo, 65
Meiji, estadistas, 128
Meléndez Valdés, Juan, 67
Melun, Armand de, 80
Memorial Day, 155
Mendés-France, Pierre, 125
Mercado Común Europeo, 17, 26, 102, 148, 180
Mercier, Louis, 70
Metchinov, Elie, 184
México, 101, 110, 113, 159
Michaelis, Karin, 29
Miguel Ángel, 68
Mississippi, río, 182
Moisés, 40
Moliére, 69
Monnet, Jean, 102
Montaigne, Michel de, 61
Montana, 83
Montherlant, Henri, 178
Montmorency, Anne de, 61
Montrichard, asilo de, 84
Moro, Tomás, 68, 70
Moscú, 134, 137, 140, 142, 160
Mussolini, Benito, 100, 101, 133, 135
Mutagga (tribu), 115

## N

Napoleón, 72, 85
Nehru, Pandit J., 101
Nerwik (Deidad), 110
Néstor, rey, 41, 57
Nevada, 83
Niehaus, Paul, 183
Nilo, río, 37
Nimes, 64
Nixon, R., 154
Noonan, John F., 175
Noruega, 157
Nueva Guinea, 110
Nueva Zelanda, 83
Nueva York, 175, 188

## O

Odiseo, rey, 41
Olavide, Pablo de, 67
O'Neil, Eugene, 23
ONU, 190
Oromo (tribu), 116
OTAN, 102
Ovidio, 45

## P

Pablo VI, 99
Paderewski, Ignacy, 101
Pakistán, 102
Palestina, 130
Pandolfini, Pier Filippo, 60
París, 50, 84, 184, 190
Parsifal, 48
Partido Comunista chino, 126
Partido Comunista ruso, 25, 160
Payane, Tom, 89
Pedro I, emperador, 138
Pekín, 127
Pennsylvania, 83
Pérez Galdós, B., 74

Perón, Juan Domingo, 136
Perú, 113
Petain, Philipe, 102, 135
Pilniak, Boris, 166
Pinochet, Augusto, 132, 159
Platón, 13, 41, 42
Plauto, Tito Maccio, 44
Polonia, 101, 141, 142, 161
Portugal, 159
Príamo (Mit.), 41
Primera Guerra Mundial, 26, 73, 96, 100, 101
Propercio, Sexto, 45
Ptah-hotep (Deidad), 38

## R

Reagan, Ronald, 101, 150, 154, 161
Redding, 187
Redfield, Robert, 32
Reforma, 58, 59, 61, 62, 71
Rembrandt, 69
Renacimiento, 40, 58, 59, 60, 62, 68, 71
República Dominicana, 101
*Retórica*, 42
Revolución Francesa, 69, 100
Ribera, José de, 69
Rochefoucauld, François de La, 29
Rojas, Fernando de, 68
Roma, 13, 44, 45, 65, 66, 114
Roosevelt, F. D., 83, 101, 102, 151, 152, 154
Rumania, 141, 161
Rusia, 82, 88, 138, 141
Russell, Bertrand, 25, 93, 102

## S

Sagnier, Marc, 80
Saint-Evermond, Charles de, 69
Salomón, rey, 170
San Isidoro de Sevilla, 48
San Benito, 54
Santa Maria Novella, hospital de, 68, 184
Santong, Susan, 175
Sarton, Mary, 175
Sartre, Jean-Paul, 175
Schopenhauer, Arthur, 84
Schuman, Robert, 26, 102
Segunda Guerra Mundial, 26, 96, 99, 102, 110, 128, 130, 134, 136, 137, 144, 157, 165
Seguro Nacional de Enfermedad, 81
Seksawa (tribu), 115
Sender, Ramón, L., 182
Séneca, 29, 44
Shakespeare, William, 29, 53, 69
Shaw, Bernard, 26
Smith, Cyrus Rowlwt, 179
Smith, L. P., 29
Solón, 41
Spark, Muriel, 175
Stalin, 102, 134, 137, 138, 140, 141, 160
Steinlein, Th. A., 85
Suecia, 86, 88, 186, 187
Suiza, 187, 190
Svados, Harvey, 175
Swetchine, Sra., 84
Swift, Jonathan, 29, 69

## T

Tages (Deidad), 40
Tenon, M. J., 184
Terencio, Publio, 44
Thatcher, Margaret, 150
Theuriet, André, 84
Tiananmen, 127
Tiamet (Diosa), 38
Tíber, río, 43
Tigris, río, 37
Tiresias (Mit.), 42
Titonio (Mit.), 42
Tiziano, 26
Tolstoy, León, 85
Toulouse, 188

Troya, 41
Trujillo, Rafael Leónidas, 101
Truman, Harry S., 102
Turquía, 109, 115, 159
Twain, Mark, 89

## U

Unamuno, Miguel de, 166
Urano (Mit.), 40
URSS, 83, 102, 104, 134, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 160

## V

Vargas, Getulio, 136
Varsovia, 130
Vaticano, 80
Venecia, 53
Venezuela, 101
Verdi, Giuseppe, 85
Verne, Jules, 144
Vichinsky, Andrei Y., 134
Viena, 157
Vietnam, 134
Vilcabamba, 114
Vinci, Leonardo de, 68, 184
Vives, Juan Luis, 66, 73
Voltaire, 67
Voronof, Dr., 38, 183

## W

Wallace Hopper, Edna, 183
Washinton, Georges, 101
Wilde, Oscar, 29
Wireker, Rogelio, 56

## Y

Yang-Tse, río, 37
Yeats, William B., 175
Yevimbé (tribu), 117
Yugoslavia, 142, 190

## Z

Zeus (Mit.), 40, 42
Zola, Emile, 26, 84
Zurich, 66
Zweig, Stefan, 29

Perón, Juan Domingo, 136
Perú, 113
Petain, Philipe, 102, 135
Pilniak, Boris, 166
Pinochet, Augusto, 132, 159
Platón, 13, 41, 42
Plauto, Tito Maccio, 44
Polonia, 101, 141, 142, 161
Portugal, 159
Príamo (Mit.), 41
Primera Guerra Mundial, 26, 73, 96, 100, 101
Propercio, Sexto, 45
Ptah-hotep (Deidad), 38

## R

Reagan, Ronald, 101, 150, 154, 161
Redding, 187
Redfield, Robert, 32
Reforma, 58, 59, 61, 62, 71
Rembrandt, 69
Renacimiento, 40, 58, 59, 60, 62, 68, 71
República Dominicana, 101
*Retórica*, 42
Revolución Francesa, 69, 100
Ribera, José de, 69
Rochefoucauld, François de La, 29
Rojas, Fernando de, 68
Roma, 13, 44, 45, 65, 66, 114
Roosevelt, F. D., 83, 101, 102, 151, 152, 154
Rumania, 141, 161
Rusia, 82, 88, 138, 141
Russell, Bertrand, 25, 93, 102

## S

Sagnier, Marc, 80
Saint-Evermond, Charles de, 69
Salomón, rey, 170
San Isidoro de Sevilla, 48
San Benito, 54
Santa Maria Novella, hospital de, 68, 184
Santong, Susan, 175
Sarton, Mary, 175
Sartre, Jean-Paul, 175
Schopenhauer, Arthur, 84
Schuman, Robert, 26, 102
Segunda Guerra Mundial, 26, 96, 99, 102, 110, 128, 130, 134, 136, 137, 144, 157, 165
Seguro Nacional de Enfermedad, 81
Seksawa (tribu), 115
Sender, Ramón, L., 182
Séneca, 29, 44
Shakespeare, William, 29, 53, 69
Shaw, Bernard, 26
Smith, Cyrus Rowlwt, 179
Smith, L. P., 29
Solón, 41
Spark, Muriel, 175
Stalin, 102, 134, 137, 138, 140, 141, 160
Steinlein, Th. A., 85
Suecia, 86, 88, 186, 187
Suiza, 187, 190
Svados, Harvey, 175
Swetchine, Sra., 84
Swift, Jonathan, 29, 69

## T

Tages (Deidad), 40
Tenon, M. J., 184
Terencio, Publio, 44
Thatcher, Margaret, 150
Theuriet, André, 84
Tiananmen, 127
Tiamet (Diosa), 38
Tíber, río, 43
Tigris, río, 37
Tiresias (Mit.), 42
Titonio (Mit.), 42
Tiziano, 26
Tolstoy, León, 85
Toulouse, 188

Troya, 41
Trujillo, Rafael Leónidas, 101
Truman, Harry S., 102
Turquía, 109, 115, 159
Twain, Mark, 89

## U

Unamuno, Miguel de, 166
Urano (Mit.), 40
URSS, 83, 102, 104, 134, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 160

## V

Vargas, Getulio, 136
Varsovia, 130
Vaticano, 80
Venecia, 53
Venezuela, 101
Verdi, Giuseppe, 85
Verne, Jules, 144
Vichinsky, Andrei Y., 134
Viena, 157
Vietnam, 134
Vilcabamba, 114
Vinci, Leonardo de, 68, 184
Vives, Juan Luis, 66, 73
Voltaire, 67
Voronof, Dr., 38, 183

## W

Wallace Hopper, Edna, 183
Washinton, Georges, 101
Wilde, Oscar, 29
Wireker, Rogelio, 56

## Y

Yang-Tse, río, 37
Yeats, William B., 175
Yevimbé (tribu), 117
Yugoslavia, 142, 190

## Z

Zeus (Mit.), 40, 42
Zola, Emile, 26, 84
Zurich, 66
Zweig, Stefan, 29